

Prólogos:  
Emmanuel Rodríguez López  
Pablo Iglesias Turrión

Raúl Sánchez Cedillo

# ESTA GUERRA NO TERMINA EN UCRANIA







Raúl Sánchez Cedillo

***ESTA GUERRA  
NO TERMINA EN UCRANIA***





Raúl Sánchez Cedillo

***ESTA GUERRA  
NO TERMINA EN UCRANIA***

Prólogos: Emmanuel Rodríguez López, Pablo Iglesias Turrión

Título original: *Esta guerra no termina en Ucrania*

Autoría: Raúl Sánchez Cedillo

Ilustración interior: Imagen de la campaña *Insumisión a las guerras*, desarrollada en primavera de 2022

Prólogos: Emmanuel Rodríguez López, Pablo Iglesias Turrión

Primera edición: noviembre de 2022

Diseño de portada: Koldo Atxaga Arnedo

Edición y maquetación: **Katakarak Liburuak**

Calle Mayor 54-56  
31001 Iruñea-Pamplona  
editorial@katakarak.net  
www.katakarak.net  
@katakarak54



Este libro tiene una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. Está permitido copiar, distribuir, ejecutar y exhibir libremente esta obra solo con fines no comerciales. No está permitido distribuir trabajos derivados basados en ella.

ISBN: 978-84-16946-78-5

Depósito legal: NA 2440-2022

Impresión: Gráficas Alzate

*El impacto de un texto no se mide por su sencillez, por su complejidad o por su popularidad. Ni por estar cómodamente situado en una disciplina, o por la fidelidad a reflexiones previas. Su valor depende de la virulencia o la transgresión intelectual con que excede las leyes que una sociedad, una ideología, una filosofía o una disciplina se dan a sí mismas para compartir una inteligibilidad histórica.*



## ÍNDICE

BREVE GUÍA DE LECTURA .....	13
PRÓLOGO (Emmanuel Rodríguez López) .....	15
PREFACIO (Pablo Iglesias Turrión) .....	19
<b>ESTRUCTURA Y CONTENIDO</b> .....	<b>23</b>
<b>PRESENTACIÓN</b> .....	<b>37</b>
<b>1</b>	
<b>UCRANIA MON AMOUR</b> .....	<b>51</b>
Sobre la impotencia del derecho internacional .....	57
Guerras humanitarias .....	63
La guerra justa .....	67
Jürgen Habermas en el laberinto .....	74
Paul Mason enajenado .....	78
La contradicción desgarradora de <i>Sotsyalnyi Rukh</i> .....	82
El neostalinismo zombi .....	87
Los <i>wobblies</i> señalan el camino .....	92
Internacionalismo o barbarie .....	94
La acumulación en el espacio postsoviético .....	102
Ucrania bajo los oligarcas de la guerra .....	107
Rusia semiperiférica .....	114
En el centro del mundo .....	123
La decantación corrupta del estalinismo .....	129
El <i>shock</i> .....	136
Los <i>siloviki</i> necesarios .....	140

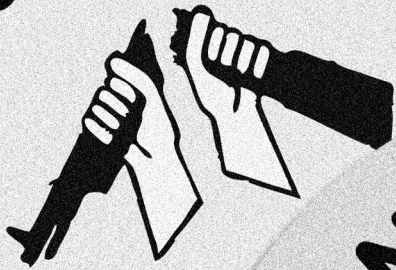
## 2

<b>PARA ENTENDER ESTA GUERRA</b> .....	147
El momento populista.....	152
Un capitalismo siempre terminal .....	155
El filo maquínico.....	163
La guerra moderna .....	167
Bancarrota socialista.....	173
Fascismo y guerra indisolubles.....	178
Resultantes fascistas.....	191
Neofascismos y tecnofascismo .....	195
La paradoja anticomunista .....	199

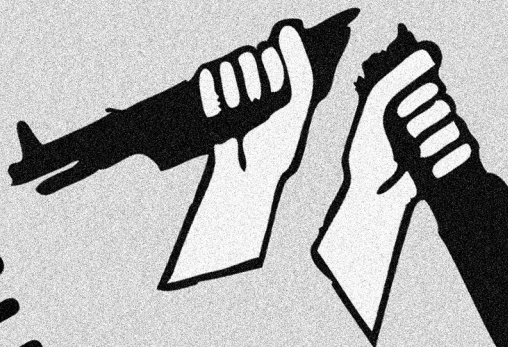
## 3

<b>LA NECESIDAD DE UNA PAZ CONSTITUYENTE</b> .....	205
Metamorfosis bélica del Nuevo Pacto Verde .....	209
La hora de los halcones .....	213
Green New Deal <i>ist kaputt</i> .....	218
Una descarbonización imposible .....	221
<i>Pathos</i> colapsista .....	225
Excursó sobre el problema del comunismo .....	229
Luchas de clase .....	233
No son guerras comerciales.....	238
Ilusiones fallidas y ruptura epistemológica.....	243
Producción del común .....	247
Transecologías contra la devastación .....	252
Capitaloceno año cero .....	256
El éxodo, <i>da capo</i> .....	260
EPÍLOGO (Aitor Balbás Ruiz).....	269
AGRADECIMIENTOS .....	283

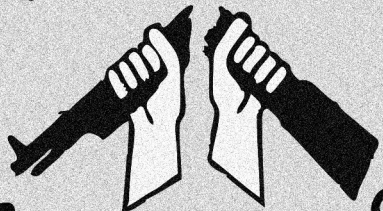
**INSUMISION**



**INSOUMIS**

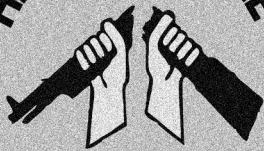


**INSEMISION**



**A LAS GUERRAS**

**НЕПОДЧИНЕНИЕ**



**ВОЙНАМ**

**AUX**  
**GUERRE**

**INSUBORDINAÇÃO**  
**A GUERRA**



**INSUBMISSION**

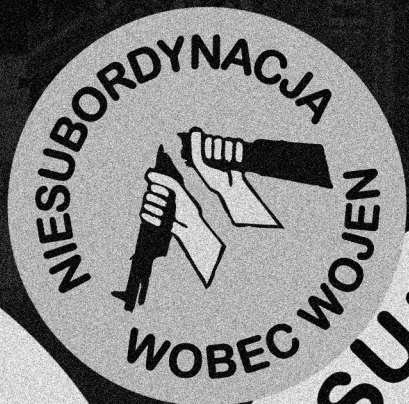


**TOTALI**



**KRI**





## BREVE GUÍA DE LECTURA. A MODO DE NOTA DE LA EDITORIAL

El texto ha quedado estructurado en tres capítulos. En los tres se dibujan, a modo de tríptico, tres caras distintas de la cuestión del régimen de guerra que se impone a nivel global como lógica de gobierno.

El primer capítulo se adentra en el tiempo presente: cómo se describe y justifica la invasión de Ucrania, qué voces entran en pugna en la opinión pública y, en definitiva, qué discursos sostienen el régimen de guerra en su versión actual. Recorre, también, el pasado más reciente para explicar el actual modo de acumulación de capital en el espacio postsoviético.

El segundo capítulo es un salto hacia atrás en el tiempo, una genealogía que conecta la escalada belicista de hoy con el origen de todas las guerras modernas: la I Guerra Mundial. El parecido de familia se justifica por la condición de ambos conflictos de disputas entre bloques imperiales, unos en decadencia y otros emergentes, y porque la consolidación del régimen de guerra genera las condiciones para que aparezcan las formas más extremas de defensa del mando capitalista: los fascismos. No por casualidad es la parte central del libro. En ella se dan claves de comprensión, históricas y psicosociales, de las trampas y amenazas que conlleva la aceptación del marco belicista.

En el tercero se defiende la urgencia de una paz constituyente como proyecto político contrapuesto al régimen de guerra. A modo de manifiesto, se esboza una salida emancipadora a la crisis sistémica en la que nos encontramos. ¿En qué podría consistir un modo de producción ordenado para la constitución y cuidado de los comunes y para el sostenimiento de la

vida? ¿Qué tipo de comunismo necesitamos para plantar cara al capitaloceno?

Dicho esto, que la lectura comience, prosiga y finalice por donde cada quien desee. Pues el orden de los factores es contingente y el único producto que buscamos es que esto quede bien claro: ¡Guerra a las guerras!

Iruñea-Pamplona  
30 de septiembre de 2022

## PRÓLOGO

# GUÍA PARA SABOTEAR LA GUERRA

Seguramente no hay modo alguno de leer un libro de una sola forma, de imponer una única lectura. Muy lejos de este propósito, *Esta guerra no termina en Ucrania* de Raúl Sánchez Cedillo ofrece un repertorio abrumador de lecturas posibles, animadas tanto por el número como por la calidad de las invitaciones a la reflexión.

En efecto, en este libro se pueden seguir, casi sin tiempo para respirar, evoluciones y genealogías históricas diversas, si bien todas ellas entrelazadas en la comprensión de esta coyuntura crítica, determinante y trágica que se abre con la entrada de las tropas rusas en la República de Ucrania. Teóricos antiguos y modernos se citan así para conducir y reinterpretar la Gran Guerra de 1914, quizás el marco comparativo más interesante del escenario bélico actual. Como señala Sánchez Cedillo, esta es también una guerra interimperialista y una guerra entre bloques capitalistas en una situación de creciente caos geopolítico y sistémico.

En otro plano, los análisis propuestos del fascismo histórico nos devuelven una y otra vez a la actualidad de ese repertorio, siempre inserto en la historia del capitalismo desde la década de 1920, de una política de masas reaccionaria, resentida y genocida. Llamam aquí la atención tanto el recorrido a la revolución conservadora en Alemania (con las inevitables referencias a Schmitt y Jünger), salida de la experiencia de masas en la masacre bélica, como las referencias al fascismo español y al «huevo de la serpiente» africanista incubado en la guerras de Marruecos impuestas por una potencia menor, como era entonces la propia España.

La obligada revisión de la tradición marxista también se debe agarrar a la Gran Guerra de 1914. La votación de los créditos bélicos en ese funesto verano de 1914 selló la suerte de la socialdemocracia europea, convertida desde entonces en un absceso del nacionalismo, así como de sus delirios imperiales. De nuevo haciendo uso de la comparación histórica, el autor vuelve a reivindicar un internacionalismo proletario y comunista que, aparte de las referencias europeas (la izquierda de Zimmerwald), se reconoce mejor en la práctica sindical multinacional y multi-racial de los *wobblies* en Norteamérica.

Más allá, sin embargo, de esta madeja histórica, que forzosamente comprende también la caída del bloque soviético y la consolidación de los regímenes oligárquicos en Rusia y Ucrania, este libro nos propone además otra lectura de nuestra época. Las páginas que siguen suenan a algo parecido al golpe grave y atornador de un cañón pesado, que nos obliga despertar del sueño moderado y tranquilizador de una paz garantizada por las instituciones internacionales de Occidente. La crisis de época, crisis bélica y económica, pero también ecosistémica, viene marcada por la imposición de lo que Sánchez Cedillo llama «régimen de guerra». Por eso «esta guerra no termina en Ucrania» y quizás también comenzara antes, con la guerra contra el terror iniciada tras el 11S de 2001.

La quiebra del neoliberalismo, o de forma más genérica de la globalización financiera, al tiempo que la disputa caótica por la hegemonía mundial, nos ha devuelto a una situación en la que la política se dirime de nuevo sobre las categorías de amigo/enemigo, sobre la posibilidad siempre presente del uso de la violencia y de la excepción jurídica. La advertencia de Cedillo se concentra en señalarnos que este régimen de guerra no se contiene en la política exterior, sino que tiende a irradiarse fronteras adentro, con el señalamiento del enemigo interno (el extranjero en primer lugar, pero también toda figura ajena a la norma social / cultural / sexual / nacional), así como en la perpetuación de las políticas de excepción. La vuelta del fascismo es en buena medida esto.

Sobre este presupuesto, se nos invita también a considerar los actuales debates de época —y muy concretamente la discusión sobre la crisis climática que divide a los «transicionistas» partidarios de soluciones como el Green New Deal y a los

«colapsistas» que subrayan el carácter irreversible de la crisis—, a partir de la consideración del régimen de guerra. Y, al tiempo, se nos conmina a no ceder a forma alguna de «solución» que desemboque en una suerte de nuevo socialismo de Estado, que por verde que sea tenderá a declararse libre de todo contrapeso social y político.

Es en este aspecto donde este libro manifiesta mejor su propósito, que como se advierte en la introducción «pretende hacer las veces de guía de uso para la intervención urgente en la coyuntura política y ecosistémica determinada por la invasión rusa de Ucrania». Como se puede ya intuir, este ensayo comparte el afán por descartar cualquier tentación belicista, explícita o velada, putinista o atlantista, condicionada por la necesidad de detener a un enemigo mayor (con indiferencia de que se trate del imperialismo estadounidense o de la autocracia rusa) o volcada en la posibilidad de transformar el conflicto internacional en guerra revolucionaria.

Casi al final, estirando la reivindicación de un internacionalismo antibelicista, Sánchez Cedillo nos sorprende con la idea de una paz constituyente impuesta «como un gran acto multitudinario de sabotaje de la guerra». Esta paz tiende a coincidir además con la rearticulación de un nuevo proyecto comunista inscrito en las potencias emancipatorias de las nuevas composiciones políticas y subjetivas de clase. Extrayendo una última cita del libro, la época está abierta paradójicamente a la posibilidad del fin del capitalismo; a condición, sin embargo, de reconocer que este solo «terminará cuando lo entierren las clases explotadas (racializadas, generizadas, nacionalizadas, psiquiatrizadas) que, a través de sus luchas, invenciones, instituciones y máquinas de guerra políticas y sociales, tengan la buena suerte de reducirlo a un umbral crítico de inconsistencia, desconexión e ineficacia».

Emmanuel Rodríguez López  
Madrid, septiembre de 2022



## PREFACIO

### MUÉRASE USTED, SEÑORA VON DER LEYEN

«Los ucranianos están dispuestos a morir por la perspectiva europea». Con esta cita del llamamiento criminal de Ursula von der Leyen, arranca Raúl Sánchez Cedillo este libro. Como explica el autor, el texto se configura como un tríptico para entender el régimen de guerra (quédense con esta noción) que define las lógicas políticas (global y estatal) de nuestros días.

En la primera parte del libro, el autor explora el origen y las claves de la guerra ruso-ucraniana en el contexto postsoviético y analiza los discursos dominantes que normalizan o asumen como inevitable la lógica del régimen de guerra.

En la segunda parte, Cedillo explica cómo la referencia histórica fundamental para entender el momento histórico y geopolítico actual tiene mucho más que ver con la I Guerra Mundial que con la Segunda, precisamente como momento de competición global entre la vieja potencia hegemónica en decadencia (EE. UU.) y la potencia emergente (China). Hoy, como hace un siglo, el contexto de competición a muerte interimperialista genera el contexto idóneo para la aparición de lo que Raúl analiza como «forma extrema de defensa del mando capitalista»: los fascismos. La guerra vuelve a ser, una vez más, la partera del fascismo.

La tercera parte de libro es una defensa del pacifismo como proyecto político comunista frente al capitalismo y su forma guerra. Raúl defiende, en modo manifiesto, una paz constituyente que impulse nuevas instituciones y modos de producción del común que desafíen la lógica de la acumulación y la expansión sin fin. El ecologismo aparece en esta parte del libro desde una perspectiva de clase como proyecto alternativo a las lógicas del capital.



Puedo decirles que este libro que tienen en sus manos es una verdadera joya que presenta una completa caja de herramientas de análisis para entender no solo la guerra, sino las claves del funcionamiento político del sistema-mundo capitalista en sus dimensiones política (el sistema de Estados) y económica (la competición y la lógica de acumulación), así como la extrema debilidad de un proyecto político europeo que, al tiempo que normaliza a una ultraderecha que podrá devorarlo muy pronto, se arriesga a volver a ser convertido en cenizas por las llamas (en este caso nucleares) de la guerra.

Sánchez Cedillo se revela en esta obra como un intelectual militante con una lucidez marxista de una frescura extraordinaria y con una erudición arrasadora. La pasión militante que encontrarán en sus páginas no hace de este libro, ni de lejos, un conjunto de materiales divulgativos, sino un verdadero corpus teórico de lectura ineludible para los cuadros políticos de la izquierda en permanente riesgo de caer en el cretinismo al que el régimen de guerra les trata de empujar con sus aparatos ideológicos. De hecho, el régimen de guerra ha descolocado a buena parte de las izquierdas (un asunto que se afronta en el libro en toda su crudeza) que, o bien han quedado atrapadas en una estéril y patética nostalgia de la Guerra Fría que ha derivado en posiciones rojipardas en busca de una potencia que encarne el antiimperialismo (que en realidad nunca existió del todo y menos tras la caída del muro de Berlín), o bien han repetido como farsa el crimen de la socialdemocracia alemana votando los créditos de guerra, esta vez asumiendo el consenso otanista.

Raúl hace además en este libro una reivindicación del pensamiento político leninista que recuerda a la lucidez de la vieja autonomía italiana que supo, por momentos, arrebatar el genio comunista de las mistificaciones stalinianas. En un contexto en el que las izquierdas en buena parte del mundo viven atrapadas en la caja de Procasto neoliberal que apenas les permite organizar sus propuestas en forma de programas más o menos socialdemócratas de vocación redistributiva, en el marco de la economía de mercado, reivindicarse comunista frente a la guerra y el capitalismo es un soplo de aire fresco, pura proteína ideológica para la lucha política.

Cuando una tecnócrata como Ursula von der Leyen llama a los europeos a entregar su vida en nombre de los tratados europeos y su banco central (poco más que eso es la Unión Europea hoy) pero siempre al servicio de la OTAN, el viejo fantasma internacionalista, como máxima aspiración del proyecto político de la Ilustración, debe emerger como movimiento europeo por la paz y la justicia social que señale un horizonte alternativo al capitalismo y a su forma actual como régimen de guerra. Raúl, en este libro, nos trae de vuelta la actualidad del viejo fantasma.

Pablo Iglesias Turrión  
Madrid, octubre de 2022





## ESTRUCTURA Y CONTENIDO

Este trabajo es fruto de la urgencia política ante las consecuencias desastrosas que la guerra en Ucrania ha tenido y que, de seguir así las cosas, seguirá teniendo sobre las fuerzas políticas y sociales emancipadoras en Europa. Una guerra dramáticamente unida a la historia del siglo XX, cuyo origen más inmediato se sitúa en el final de la Guerra Fría, que responde al modelo de acumulación de las élites oligárquicas rusas y ucranianas y que, en el contexto global de caos ecosistémico, es aceleradora de procesos preexistentes —incluidas nuevas formas fascistas, tanto en Ucrania y el este europeo como en Rusia, en el interior mismo del régimen de Putin—. Su singularidad se completa con la combinación de la variable nuclear, la histórica condición ucraniana como cruce de caminos geográfico e histórico, las nuevas formas aceleradas de propaganda de guerra, y el régimen de guerra planetario que viene desarrollándose desde el 11 de septiembre de 2001, al calor de la «guerra global contra el terrorismo» emprendida por la administración neoconservadora de George W. Bush. Estructurado en tres capítulos, el texto pretende dar respuestas a los entuertos más apremiantes de la refriega política entre las izquierdas del subsistema occidental.

Era inevitable, y en cierto modo correcto, que en un primer momento la guerra de agresión rusa generara una reacción de condena basada en el respeto al derecho internacional y en la doctrina de la «guerra justa». Hacerlo no era incompatible con la certidumbre de que con ello se apelaba a instancias puramente morales, y no a un poder efectivo dotado de *imperium* para defender el derecho. La única instancia que se aproxima

formalmente a esa capacidad es el Consejo de Seguridad de la ONU, completamente neutralizado desde el momento en el que el agresor ruso forma parte permanente del mismo como heredero de la desaparecida URSS, potencia vencedora que cofundó la ONU en octubre de 1945. En el primer capítulo se aborda este asunto, a través de referencias históricas y de análisis de las coyunturas en las que, en el pasado reciente, se ha gestado el *crescendo* que ayuda a entender el recurso de la oligarquía rusa a la guerra de agresión contra Ucrania.

Tras el decreto de «movilización parcial» de cientos de miles de reservistas militares a raíz de la contraofensiva ucraniana sobre Jarkov, iniciada el 6 de septiembre de 2022, seguido de la anexión a Rusia (previo «referéndum», de las «repúblicas populares» de Donetsk y Lugansk, así como de los *óblast* ocupados de Jersón y Zaporíyia) suenan a disco rayado tanto la psiquiatrización de Vladimir Putin para explicar su reacción (un recurso clásico de la propaganda de guerra moderna), como la siniestra narración del Kremlin sobre la «operación militar especial para la desmilitarización y la desnazificación de Ucrania» (al mismo tiempo que los relatos y los grupos paramilitares fascistas son crecientemente parte integrante y esencial del esfuerzo revanchista e imperialista del gobierno ruso).

Resulta espantoso comprobar cómo sectores de la antigua izquierda prosoviética y contrarios al imperialismo estadounidense caen, de buena gana o con remordimientos, en las estrategias rusas de «control reflexivo».<sup>1</sup> Y no menos pavorosa

---

1 La llamada Doctrina Guerasimov —de la que forman parte fundamental las estrategias de control reflexivo abordadas en el primer capítulo— está presente en esta guerra. Quizás como plan B, puesto que la ofensiva generalizada del 24 de febrero apuntaba a una guerra rápida que neutralizara al ejército y al gobierno ucranianos (lo que solo puede explicarse por una pésima labor de inteligencia respecto de la situación del enemigo, antes que como un signo de demencia del círculo de Putin). La Doctrina Guerasimov se pone de manifiesto en el chantaje energético y alimentario a Europa occidental y a buena parte del mundo y, sobre todo, en las consecuencias políticas del conflicto energético en los países más afectados. La doctrina también se expresa en la victimización de Rusia frente al «imperialismo estadounidense» y sus máscaras «globalistas», «multiculturales», incluidas las políticas de derechos civiles de las minorías LGTBQ+. Es un mecanismo sofisticado que intercepta y explota tanto la reacción contra las revueltas de 1968 y sus resultados políticos, culturales y éticos, como la política del resentimiento y el *pathos* de la decadencia y del enemigo interno. Ambas operaciones alimentan los fenómenos políticos y culturales de nueva «revolución conservadora» en los que viven, sin confundirse con ellos, nuevos proyectos fascistas, cuyas genealogías, precedentes y condiciones de surgimiento se analizan en el segundo capítulo.

es la constatación de cómo las opiniones públicas y los partidos progresistas europeos (con pocas excepciones) se deslizan, tímida o fanáticamente, por la espiral de la necesidad belicista occidental y, en consecuencia, van introduciéndose con paso firme en la jaula de acero del régimen de guerra, lo que solo puede conducir a mutaciones tan espantosas como las que con razón se denuncian en el campo prorruso.

Si la narración putinista oscila entre el revanchismo panruso (en clave interna) y una serie de variaciones sobre el euroasianismo y el multipolarismo de raíz tanto ilynista<sup>2</sup> como duguinista (es decir, una variante actualizada del fascismo paneslavista),<sup>3</sup> la narración «occidentalista» se sostiene en el victimismo ante la agresión rusa, pero no está tardando en verse presa de sus propias contradicciones tanto éticas,<sup>4</sup> como de clase<sup>5</sup> y geopolíticas.<sup>6</sup> Pero el capítulo aborda también las cuestiones

- 2 Por Iván Ylin (1883-1954), intelectual ruso-germano, perteneciente al entorno anticomunista y antidemocrático de la emigración blanca rusa; ferozmente contrario a la independencia ucraniana y partidario de un corporativismo cristiano ortodoxo y monárquico para Rusia.
- 3 Relativo a Alexandr Duguin, filósofo ruso. Miembro del partido nacional-bolchevique en su juventud es, desde hace un par de décadas, el más destacado promotor del eurasiatismo. Su hija, Daria Duguina, murió en atentado por coche bomba el 20 de agosto de 2022, en una operación cuyo objetivo más plausible parece que era el padre [la sombra del *Sluzhba Bezpeky Ukrayiny (SBU)*, los servicios secretos ucranianos, planea sobre el asesinato].
- 4 Erdogan, Bin Salman, Mohamed VI, El Sisi, la inmensa mayoría del ejército y de las élites políticas teocráticas israelíes, los antisemitas polacos de Ley y Justicia, y un largo etcétera de una lista que aumenta sin cesar, serían nuestros indeseables «*sons of bitches*» (parafraseando a Franklin Delano Roosevelt y a Henry Kissinger a propósito de «Tacho» y «Tachito», padre e hijo, ambos presidentes nicaragüenses de la familia Somoza). Dicho con otras palabras, y en clave de la cínica superioridad moral occidental, Erdogan siempre será mejor que Putin, Lukashenko o Xi Jinping, a pesar de que el presidente turco aproveche la guerra para blindar la impunidad del régimen autoritario que encabeza, al mismo tiempo que se cobra su colaboración con el bloque occidental en vidas y libertad de los refugiados políticos kurdos en Europa, al tiempo que consigue que se haga la vista gorda respecto a sus acciones militares contra la comunidad política de Rojava.
- 5 El régimen de guerra está funcionando como mecanismo de acumulación de capital-poder, exacerbando y acelerando el ciclo que se puso en marcha con la crisis de 2008. Desde entonces, las políticas del Nuevo Pacto Verde se han transformado en un pacto de supervivencia (de los obedientes al Estado-guerra) que gestiona la austeridad del gasto contra la inflación de origen corporativa y financiera (no salarial).
- 6 Cada día que pasa se ponen más de manifiesto los objetivos de eliminación de toda autonomía estratégica de la UE en materia de defensa, diplomacia y energía respecto al hegemon enfermo estadounidense (ya que solo la OTAN puede «proteger» los suministros de gas que necesitan, sobre todo Alemania y su área de influencia, y que justifican la urgencia de guerra del gasoducto MidCat). Ello apuntala las tendencias a la disgregación interna (un objetivo que el *establishment* estadounidense comparte

más difíciles para un análisis político que se quiera encarnar en el punto de vista de las clases subalternas y, en este caso, de quienes sufren la agresión rusa. En particular, responde a las acusaciones de filoputinismo que, en contra de *todas* las posiciones contrarias a la guerra, han lanzado algunos grupos socialistas y anarquistas ucranianos, que han decidido sumarse al esfuerzo de guerra del gobierno de Zelenski y del régimen nacido tras el Euromaidan.

Unas acusaciones que se conjugan con el apoyo a la intervención directa de la OTAN en la guerra en Ucrania, es decir, con la declaración de guerra de la OTAN a la Federación Rusa como único recurso, no solo para acabar con la invasión, sino para abrir un horizonte emancipador en la propia Ucrania y, al mismo tiempo, en la Federación Rusa (tras un derrocamiento violento del régimen oligárquico encabezado por Vladimir Putin). Para defendernos de esta causa general, nos servimos de otras voces ucranianas<sup>7</sup> y de una crítica a la ideología de la «guerra justa» también en el pensamiento leninista, que ha llevado a una auténtica parálisis política respecto a cuestiones como el envío de armas o el tipo de internacionalismo que ha de practicarse con las clases subalternas ucranianas. En todo ese debate empiezan a aflorar las voces antimilitaristas y pacifistas ucranianas y europeas, y ese esfuerzo es algo que, junto a las editoras de Katakarak, hemos querido reconocer con el apéndice que lleva la firma de Aitor Balbás Ruiz.

En el resto del primer capítulo se aborda una cuestión fundamental: la caracterización del largo recorrido del sistema-mundo desde el final de la Guerra Fría. Este enfoque es necesario para contrarrestar *ab ovo* las narraciones que pretenden explicar la invasión de Ucrania como un episodio de la historia reciente, producto de un giro enloquecido del Kremlin. Es un punto de vista que corresponde a una corriente de fondo occidentalista, que identifica la geografía política del antiguo Imperio ruso y luego la URSS con tiranía, irracionalidad, intolerancia e incapacidad para la democracia liberal. Se trata de una

---

con la inteligencia estratégica putinista) y a la profundización del cisma diplomático y geopolítico con el Sur global, en torno a unos BRICS que ven así reforzada su existencia como bloque geopolítico.

7 Volódimir Ischenko principalmente.

mirada compatible con la elección de Ucrania como la «parte salvable» de esa geografía política, puesto que, como se muestra en este primer capítulo, la historia moderna de Ucrania como entidad política independiente nunca ha podido separarse de los intereses estratégicos de las grandes potencias europeas, (conforme a una suerte de utilización mutua entre las potencias y los distintos bloques del proyecto nacional siempre inacabado), por un lado, y, por otro, desde 1991, de la agenda de Estados Unidos. Se trata de aquello que, unido a su condición histórica de territorio limítrofe entre imperios, naciones, lenguas y pueblos, así como a sus inmensos recursos naturales, ha convertido su historia moderna en una de las más trágicas y terribles del siglo XX y de lo que llevamos del siglo XXI. Tanto la visión panrusa del Kremlin como la versión occidentalista del bloque atlántico tergiversan y violentan la complejísima historia ucraniana y la empujan a una nueva catástrofe humana, económica y medioambiental, que bien podría ser tan solo la espita de una conflagración bélica directa entre bloques militares en otros escenarios.

En este sentido, y siguiendo a Derluguian, Kagarlitski y Wallerstein, tengo en cuenta la larga tendencia de la entidad política rusa, considerada como una formación semiperiférica que emprendió sucesivos intentos de acceder al centro del sistema-mundo, desde el periodo de Pedro el Grande hasta la URSS previa al «gran estancamiento» bajo el liderazgo de Leonid Brézhnev (y a su posterior desplome, que la tardía e insuficiente *Perestroika* del desaparecido Mijail Gorbachov no pudo evitar y que, probablemente, solo contribuyó a acelerar). El fracaso de la revolución mundial bolchevique supuso en la URSS la reproducción de las dinámicas propias de los países semiperiféricos, desde el punto de vista de la opresión interna de campesinos e *intelligentsia*, del ascenso de figuras dictatoriales como Stalin y de la conformación de un Estado policial. Todo ello a pesar de que nunca como en la URSS se estuvo en condiciones de transformar una economía exportadora y extractiva primaria en una economía manufacturera y basada en la aplicación de las ciencias a la producción industrial y a las economías urbanas. Contra las narraciones atlantistas, pero también contra las narraciones revanchistas de Rusia Unida y de la extrema derecha tradicionalista rusa, lo cierto es que el desplome soviéti-



co desencadenó una catástrofe biopolítica, promovida además por las instituciones financieras de Bretton Woods. Se pilotó, tanto en Ucrania como en la Federación Rusa y en el resto de países que formaban la URSS y el Pacto de Varsovia, una destrucción deliberada de las grandes cotas de bienestar sanitario, educativo y cultural alcanzadas, y un revisionismo histórico anticomunista que ha dejado servido en bandeja el espacio político y cultural para la revolución conservadora en Europa del Este. En paralelo, se programaba un bestial proceso de pillaje de los activos públicos y ciudadanos para la producción, en un tiempo récord, de una oligarquía que se suponía que tendría que liderar la restauración del capitalismo de libre mercado en la zona.

Sí, Putin y su grupo de siloviki<sup>8</sup> son el producto derivado de la doctrina del *shock* a la que ha quedado ligado el nombre de Jeffrey Sachs, hoy notorio arrepentido de aquella empresa civilizatoria. Las alternativas democráticas y populares, aquello que en su momento Jürgen Habermas llamó «revolución recuperante»,<sup>9</sup> (es decir, la introducción del pluralismo político, la separación de poderes, y mercados de capitales bajo control público, pero sin demoler ninguna de las conquistas humanas del llamado «socialismo real»), fueron marginadas, reprimidas y ridiculizadas tanto en el Este como en el Oeste. Venció la narración que equiparaba democracia a contrarrevolución neoliberal, porque la historia la escriben los vencedores.

El segundo capítulo es una aproximación a los temas principales que necesitamos tener en cuenta para entender la guerra en Ucrania, un recorrido sobre cuestiones decisivas: las relaciones entre capitalismo, guerra moderna, movilización total, máquinas de guerra y vetas históricas de subjetivación fascista. Dicho de otra manera, sobre la relación de íntima solidaridad entre los maquinismos de la guerra moderna y los fascismos, entendidos como una (micro)política del agujero negro,<sup>10</sup> de las líneas de goce y pasión en la opresión y el

---

8 En Rusia, políticos que provienen del ejército, de las fuerzas de seguridad y de inteligencia. «*Sila*» significa «fuerza» en ruso.

9 Véase, al respecto, Joaquín Estefanía, «La transición al capitalismo», *El País*, 26 de octubre de 1990, [https://elpais.com/diario/1990/10/26/opinion/656895607\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1990/10/26/opinion/656895607_850215.html), así como Jürgen Habermas, *Die nachholende Revolution: Kleine Politische Schriften VII*, Berlín, Suhrkamp, 1990.

10 Para un uso del concepto de agujero negro, véase el capítulo segundo del presente libro.

asesinato mientras todo se precipita hacia la muerte. De ahí la miopía de la propaganda occidentalista y el cinismo tético de la propaganda putinista: ambos bloques se acusan mutuamente de fascistas, mientras crían y se sirven de los fascistas en su esfuerzo de guerra. El *pathos* de la catástrofe se ve reforzado por las narraciones apocalípticas de la crisis ecosistémica del capitalismo, cebadas por la guerra en Ucrania, y por sus consecuencias en el suministro de gas, petróleo, minerales y cereales, conforme a una realimentación positiva.

Hay una gran diferencia con respecto al periodo que siguió a la I Guerra Mundial, cuando surgen los fascismos como una síntesis subjetiva, como un compuesto de gestos políticos, formas organizativas, afectos y narraciones que parten de elementos preexistentes y siempre vinculados a los nacionalismos coloniales continentales y al antisemitismo secular centroeuropeo. Y esa gran diferencia consiste en que desde entonces, el fascismo, en sus expresiones micro y macropolíticas, es una terrible irreversibilidad que nunca ha desaparecido de nuestras sociedades y que, frente a las narraciones oficiales, jugó un papel no desdeñable en el periodo de la Guerra Fría, tras el cual lo hemos visto reaparecer y metamorfosearse, siempre conforme a las que en este capítulo expongo como seis matrices principales de generación y transformación de los fascismos.

La guerra en Ucrania no cristaliza por azar. Es la continuación de la política por otros medios, no solo en las relaciones entre potencias, sino como recurso del cerebro del colectivo capitalista —escindido o perturbado, paranoico o frío y calculador, como lo imaginan los devotos de la inteligencia artificial, es otra cuestión que se toca en el segundo capítulo— para desbloquear o remover obstáculos sociales, institucionales y constitucionales; para articular el paso a nuevos regímenes de acumulación de capital-poder, en los que la política y la guerra se vuelven indiscernibles. La guerra es el acontecimiento por antonomasia, la mejor expresión de las potencias del lenguaje y del dominio de la incertidumbre, de la diferencia entre el «todavía no» y el «ya no» que separan dos estados de cosas: la vida y la muerte, la victoria y la derrota. En este sentido, las discusiones sobre decrecimiento, colapso, un Green New Deal (GND) «fuerte» o «débil» solo pueden quedar yermas si no adoptan como punto de partida los siguientes supuestos: la va-

riable de la guerra y de los regímenes de guerra; las conclusiones del Sexto Informe del IPCC (2021-2022), aún no publicado en su integridad pero ya punto de referencia de toda hipótesis política seria y la imposible repetición de un pacto o tregua entre capital y fuerzas biopolíticas del trabajo (incluido todo el proceso de trabajo social, productivo y reproductivo, sin exclusiones).

El tercer capítulo problematiza la posibilidad de hacer política emancipadora en el presente inmediato y plantea, al margen de cualquier ilusión utópica o voluntarista, cómo vincular una paz ofensiva y destituyente con una práctica constituyente que cancele el régimen de guerra indisolublemente vinculado a la incesante transformación, autoritaria y exproliadora, del sistema-mundo capitalista. Es decir, necesitamos una práctica que no separe ni a los sujetos ni a las luchas, que no fragmente tiempos ni espacios; una práctica que aúne (1) las luchas de clase contra la nueva austeridad derivada de la subida de tipos de interés y de la protección violenta de las rentas financieras y corporativas, y que va unida al punto final a la recuperación postpandémica de rentas del trabajo y de los sistemas de bienestar; (2) las luchas contra el neocolonialismo extractivista, inseparable del calentamiento global, el crecimiento capitalista, y el pillaje de la biosfera bajo el pretexto de la descarbonización; (3) las luchas feministas y contra las tecnologías e instituciones de género patriarcales, en sus planos micropolíticos y de la esfera pública; (4) las luchas antifascistas, es decir (conforme a lo que se explica en el segundo capítulo) contra todos los fenómenos de resurgimiento y/o de nueva mutación, dentro y fuera de la forma estado, de formas políticas basadas en el *pathos* del resentimiento, la identidad transcendente exterminista y el agujero negro mortífero asociado a la máquina de guerra; (5) las luchas contra el militarismo y la militarización de la sociedad como correlato del régimen de guerra, y en las que se incluyen el rechazo del aumento del gasto militar directo o indirecto, al aumento de efectivos militares y a la reintroducción del Servicio Militar Obligatorio (*Macron rules*);<sup>11</sup> (6) las luchas contra las legislaciones de *apartheid* en la

---

11 El presidente francés ha manifestado en repetidas ocasiones su deseo de restablecer la conscripción militar.

UE, contra la colonialidad del poder en la sociedad, y por los derechos de las personas migrantes y refugiadas; (7) las luchas contra la segregación algorítmica y farmacológica del malestar psíquico y de las anomalías del comportamiento social y de género, basadas en la conjunción de prácticas *hacker* y de prácticas *queer* de la existencia; y (8) las luchas por la libertad de expresión y comunicación directa, contra las plataformas digitales y las oligarquías mediáticas, por la autonomía de la comunicación dentro y fuera de la esfera pública del capitalismo informacional.

En esa convergencia, no-separación y, por lo tanto, en las articulaciones, intersecciones, recomposiciones, enjambres y coordinaciones, se condensa la dimensión estratégica de la propuesta de una paz constituyente en Europa, el único marco en el que pueden darse rupturas políticas emancipadoras. La cuestión va más allá de la elección (voluntarista y decisionista) de tácticas reformistas o revolucionarias. Estos son falsos problemas, trampas de la ideología y trampantojos para subjetividades fascinadas por escenas históricas (que se anhela repetir). El problema fundamental es la eficacia de la potencia, conforme a gradientes que serán suaves o bruscos, continuos o dislocados: tomarse mínimamente en serio la hipercomplejidad y la incertidumbre implica abstenerse de someter, *a priori*, los procesos a esquemas dialécticos y teleológicos. A pesar de todo, sí que hay algunas certidumbres: la apuesta por la restricción de la oferta monetaria con las subidas de tipos de interés solo puede poner en crisis el régimen de alianza entre la forma Estado financiarizada y las clases medias propietarias de activos inmobiliarios, introduciendo desgarramientos entre rentas altas y bajas, un humus de malestar emancipador, pero también de resentimiento y revanchismo de extrema derecha. Y, asimismo, ello conduce probablemente al cuarteamiento interno de los sistemas de partidos, de los sindicatos y de los sectores públicos europeos, tanto en los campos de la socialdemocracia neoliberal como de las derechas. Se perfilan aquí nuevas oportunidades para las extremas derechas más o menos fascistizantes, pero no antes de que su ambigüedad respecto

al régimen de Putin se resuelva y produzca una selección de alternativas, sobre todo en Francia, Italia y el Reino de España.<sup>12</sup>

No resulta muy útil prefigurar procesos políticos concretos donde puedan trazarse estas líneas de no-separación y de alianza. Tampoco lo es determinar exclusiones *a priori* de unos u otros actores políticos de la izquierda institucional europea. Y, en cualquier caso, lo importante es construir la hegemonía de las formas de contrapoder y de sus creaciones institucionales también en la dialéctica de la representación política.<sup>13</sup> Lo determinante es que los marcos y límites de la representación política y mediática del sistema de partidos actual conducen a la derrota en la batalla contra el régimen de guerra, la restricción de las libertades civiles y materiales, y el pacto de obediencia civil y política.<sup>14</sup>

Al hilo de la capacidad de agencia de las propuestas emancipadoras, si he introducido la cuestión de las instituciones del común no es por motivos retóricos o por sumarme a la corriente que identifica «lo común» con una nueva forma de extensión de la propiedad pública a partir de la participación ciudadana. Las instituciones del común son, por el contrario, las que se crean en la lucha por la constitución de un modo de producción del común: son la forma actual del proyecto de superación del capitalismo, basado en la liberación de la multitud de las fuerzas del trabajo respecto al poder de mando del capital (sobre las condiciones de cooperación, de cuidado y de

---

12 En lo que respecta al sur de los Pirineos, la paz constituyente solo puede traducirse en una ruptura republicana que sea capaz de construir, mirando a su pronta y deseable extensión europea, una entidad política basada en la hegemonía de las clases subalternas: una república constituyente, plurinacional y confederada, erguida sobre nuevas instituciones del común (instituciones de contrapoder contra la división del trabajo capitalista, tanto en empresas y plataformas como en los barrios, en el «sector público» como en el «sector privado», en las áreas metropolitanas y ciudades como en los territorios rurales, en la «producción» como en la «reproducción»). Como en Chile, pero con el contagio europeo como objetivo irrenunciable, so pena de aislamiento, implosión y derrota.

13 Nuevamente al sur de los Pirineos, y frente al Régimen del 78, la defensa de las libertades y las garantías jurídicas dentro de las instituciones del Estado es, pese a sus límites, un correlato necesario del mejor ejercicio de los contrapoderes en el agonismo y en el antagonismo políticos (dimensiones positiva y conflictiva de la pugna política, respectivamente).

14 Los resultados del ciclo político que en España se inició en 2011 así lo ponen de manifiesto.

reproducción de la vida humana) y respecto a las consecuencias de la ecología del capital sobre la biosfera.

En este capítulo se evalúa también la tendencia a la guerra en el sistema-mundo en relación con el agotamiento de la compatibilidad entre acumulación de capital, vida digna y seguridad de las multitudes en el planeta Tierra. El capitalismo de Estado y sus formas de legitimación social e ideológica, al que se denominó «socialismo real», fueron —junto a la socialdemocracia basada en el New Deal entre las clases trabajadoras de los países del centro y de capitalismo industrial y fordista, así como en las experiencias argentina y brasileña,<sup>15</sup> ambas nacionalistas y muy anticomunistas— las últimas oportunidades de validación del modo de producción capitalista como el menos malo de los sistemas posibles.

La última versión de ese compromiso es la experiencia de la RPCh, que ahora se enfrenta a las incompatibilidades de clase y ecosistémicas del llamado «socialismo con características chinas». Los dirigentes chinos se están mostrando incapaces de abordar los desafíos políticos que implican dedicar sus enormes excedentes en la balanza comercial a la formación de una demanda interna de Prosperidad Común para la mayoría trabajadora y campesina del país. Tampoco se muestran capaces de revertir la destrucción de sus ecosistemas por obra de la megamáquina de crecimiento urbano y de las industrias alimentarias y extractivas.

En el tramo último del capítulo se exponen las características del común (como modo de producción) y de sus temporalidades abiertas. Se plantea, además, la relación íntima y descubierta entre los criterios de medida de la regeneración ecosistémica que hoy en día se vinculan a la noción de decrecimiento y los de la constitución del común, entendida como liberación (del trabajo vivo de la multitud) del poder de mando del capital (sobre la producción y reproducción de la vida como condición de la supervivencia y de la movilidad social).

Por otra parte, la lucha de clases es un motor de emancipación ecosistémica y no una dinámica parcial e incluso contradictoria respecto a los objetivos de mitigación del ca-

---

15 Perón entre 1946 y 1955 y el Estado Novo brasileño de Getúlio Vargas entre 1937 y 1945.

lentamiento global y de decrecimiento de la acumulación de capital. Es más, es una condición esencial para la consecución de esos objetivos y permite imaginar la construcción coaligada de máquinas de guerra sociales capaces de desestructurar el poder de chantaje de las oligarquías financieras, corporativas y políticas. La lucha de clases opera sobre las direcciones que han de tomar las dinámicas sociales, disputando el poder, a la par que se transforman los sujetos subalternos que han de ejercerlo, en tanto que red o sistema de contrapoderes capaces de dinámicas unitarias. La lucha de clases es el vector más eficaz de fuerza del interés colectivo biopolítico (la expropiación de los expropiadores, la constitución del común ecosistémico, la emancipación real de las singularidades de género y de deseo) en comparación con la sociología política y electoral del interés (medioambiental, de identidad cultural, de posición de renta, de minoría integrada), que está abocada a hundirse en las contradicciones insalvables derivadas de su pretensión de representar al mismo tiempo a las clases medias progresistas y a las clases subalternas (cuya exclusión política y económica es la condición de pervivencia del conjunto de las clases medias). La lucha de clases de las fuerzas del trabajo es de suyo transformadora y desestructuradora (de las distribuciones de clase determinadas estratégicamente por la forma Estado del capitalismo financiarizado).

La última dimensión fundamental que aborda el tercer capítulo es la extensión del enfoque ecológico a todas las dimensiones de la vida, recogiendo la propuesta de las «tres ecologías»: <sup>16</sup> no solo medioambiental, sino también social (lucha de clases de la multitud) y mental (producción y clínica política de la subjetividad en y contra el régimen de guerra). En cierto modo, e inspirándonos en el punto de vista de Jason W. Moore, se trata de plantear que un enfoque ecosistémico basado en los metabolismos de la naturaleza y sus disfunciones (donde la dinámica económica y social del capital e incluso la propia actividad humana genérica serían injerencias patológicas) es incapaz de abordar el nexo capitalismo-naturaleza salvo en las formas de la catástrofe o del colapso, correlativas a un

---

16 Félix Guattari, *Les Trois Écologies*, Gallilée, Paris, 1989.

voluntarismo tecnocientífico y/o a una huida imposible hacia pequeñas comunidades ecosostenibles. Antes al contrario, el modo de producción capitalista implica una producción de ecosistemas específicos destructores de la potencia de la cooperación humana. En el polo opuesto, el modo de producción del común implica la producción de metabolismos ecosistémicos como finalidad social fundamental, como contenido material de la liberación de la potencia de la cooperación humana. La ecología social, entendida como el sistema de agonismos y antagonismos de clase,<sup>17</sup> dentro y contra el régimen de guerra, es la instancia determinante en la situación actual pero, al mismo tiempo, es impracticable sin un cuidado de la producción de la subjetividad, es decir, de los territorios afectivos, perceptivos, corpóreos e incorpóreos, lingüísticos e imaginarios que se dan en la larga y terrible violencia del dominio ecosistémico capitalista.

Porque, ¿de qué sirven las «soluciones» y las «propuestas» políticas si no acceden al corazón del sufrimiento y del espanto psíquico ante el destino mortífero al que se enfrentan individuos, familias y sociedades? Las instituciones del común tienen que ser también instituciones de la ecología emancipadora de la mente. En ello juegan un papel decisivo las prácticas transindividuales de reconstrucción de la potencia de la finitud<sup>18</sup> en tiempos de gran incertidumbre, inseguridad y vulnerabilidad o de lo que, en el tercer capítulo, denomino la época de la contingencia absoluta y (con Isabell Lorey) de la exposición de la condición precaria de la existencia humana. La asociación en los imaginarios capitalistas de la finitud —individual, de las sociedades, de y en la biosfera— con el fracaso, la miseria y la impotencia, correlativos a la aceleración del espacio-tiempo (inherente a la reproducción ampliada de la relación de capital-poder), es el principal factor ansiogénico y de sufrimiento psíquico de nuestro tiempo. Y se lleva hasta lo insoportable en las formas de movilización total que acompañan la instauración del régimen de guerra.

---

17 Dimensiones positivas y conflictivas de las luchas entre clases, respectivamente.

18 Sobre la cuestión de la finitud (ecosistémica, existencial, de los conocimientos) véase el apartado «Transecologías contra la devastación» en el tercer capítulo del presente libro.



La propuesta de paz constituyente es hoy la matriz que contiene las dinámicas no separadas de luchas necesarias para derrotar al régimen de guerra en Europa. Es la base (de luchas, de construcción de contrapoderes) para iniciativas diplomáticas ciudadanas que aspiren a una paz lo más justa posible en la guerra en Ucrania, y contra la extensión del conflicto y la guerra entre hegemones. Su dinámica antagonista y de autoconstitución es un éxodo del capitalismo entregado a las máquinas de guerra. En el camino, los límites y meandros de su despliegue corresponden a los obstáculos y a las dislocaciones que puedan oponer las fuerzas políticas y oligárquicas coaligadas en torno al régimen de guerra. Son el reflejo terrible, y a la vez sintomático, de estos tiempos desquiciados, en los que el único realismo político posible, deseable y eficaz, creemos, es el que aquí se expone.

## PRESENTACIÓN

### EL PUNTO DE INFLEXIÓN DEL CAPITALOCENO

Los ucranianos están dispuestos a morir por la perspectiva europea. Queremos que vivan con nosotros el sueño europeo.

Ursula von der Leyen.

*Aviso! La mostra contiene immagini cruente e forti. Si consiglia la visione solo agli adulti.*<sup>19</sup>

Imaginemos, a cuenta de la guerra en Ucrania, una ficción de debate público en algún rincón de Europa occidental, en el supuesto de que algo así aún fuera posible:

—La guerra ha vuelto —afirma la Persona Convencida de que se trata de un Episodio Imprevisto y Finito (P1).

—Falso: la guerra nunca ha dejado de estar presente en la historia del sistema-mundo y, en particular, tras la II Guerra Mundial —le contesta la Persona Convencida de que la guerra ni Empieza ni Acaba en Ucrania (P2).

—De acuerdo, pero esta vez nos toca muy de cerca, con todo lo que ello significa —insiste P1, señalando al tablero geopolítico.

—Falso: es vergonzoso que hayamos olvidado las guerras que hubo en la antigua Yugoslavia de 1991 a 1999 —rebate P2.

---

19 «¡Aviso! La exposición contiene imágenes macabras y fuertes. Visionado recomendado solo para adultos». Cartel a la entrada de la exposición *Guerra alla guerra!, Krieg dem kriege!, The war against war!, Guerre à la guerre !*, Michelle Simonetti, Lorenzo Galbusera, Asociación Fronte dei Ricordi, en colaboración, entre otros, con el Anti-kriegs Museum de Berlín. La muestra está instalada a 2730 metros de altura, en un túnel junto a la *Cima de la Costabela*, en la cresta que va del Passo le Selle a Ponta delle Velate, en la Vía Ferrata Bepi Zac de los Alpes Dolomitas. Todo el sector, que fue línea del frente durante la I Guerra Mundial entre los ejércitos italiano y austrohúngaro, está repleto de galerías y trincheras. El pequeño museo recoge, con textos y abundante (e impactante) material gráfico, los desastres y las mentiras de la guerra moderna.

— Cierto, pero aunque Yugoslavia formara parte histórica y geográfica de Europa, el proyecto de las comunidades europeas occidentales, trazado en la Conferencia de Yalta de 1945, hizo posible que Europa occidental no sufriera apenas los efectos de las guerras balcánicas, ni tuviera una responsabilidad directa en sus terribles limpiezas étnicas y matanzas masivas de civiles. Lo más probable es que ahora ocurra algo parecido —se explaya, con aires geoestratégicos, P1.

—Falso: la principal razón por la que Europa occidental no entró de lleno en las guerras balcánicas fue su sospechosa coincidencia con el final de la Guerra Fría. Es la época en la que se derrumba el sistema de estados del «socialismo real» de Europa del Este, dominado por la URSS, y con la neutralidad estratégica de la China de entonces, que ni siquiera reaccionó a la provocación del bombardeo de su embajada en Belgrado por parte de cazas estadounidenses el 7 de mayo de 1999. Esta vez, además, la guerra implica directamente a una potencia nuclear semiperiférica en graves dificultades, Rusia, e indirectamente a Estados Unidos, el hegemon en decadencia que, precisamente por ello, es más susceptible de mostrar su ferocidad. Y por si esto fuera poco, el hegemon *in pectore*, China, sabe perfectamente que las modalidades que adoptará el conflicto con el hegemon estadounidense en el futuro más cercano dependen, en gran medida, de los resultados de la guerra iniciada con la invasión rusa de Ucrania. Así las cosas, es difícil que Europa Occidental no se vea cada vez más implicada en el conflicto. Muestra de ello es el acuerdo de los ministros de Defensa de los 27 de enviar una misión europea para el adiestramiento de los ejércitos ucranianos del 30 de agosto de 2022; es decir, como una iniciativa directamente europea y no del mando unificado de la OTAN, o el compromiso épico de la presidenta Ursula von der Leyen<sup>20</sup> con la causa ucraniana como bandera de la demo-

---

20 Conservadora luterana, fue ministra de Defensa de Alemania entre 2013 y 2019, y es la actual Presidenta de la Comisión Europea. Desciende de los Albrecht, saga de altos funcionarios de Hannover y Bremen, y luego de la RFA. Una rama familiar estuvo vinculada al comercio de algodón de plantación en Estados Unidos, y su padre, Ernst Albrecht, fue uno de los principales altos funcionarios de la Comisión Europea. Debe su apellido al matrimonio con el noble Heiko von der Leyen, una dinastía secular enriquecida con el comercio de la seda. Ver <https://twitter.com/vonderleyen/status/1537739940942991360?s=20&t=Yf7B9Xutg5QWOwy0nnx91g>

cracia mundial en su discurso sobre el Estado de la Unión del 14 de septiembre de 2022 —replica P2.

—Ya, pero de ahí no se desprende que la guerra en Ucrania no vaya a acabar en el corto plazo mediante la negociación, o en forma de una tregua prolongada con altibajos: de lo contrario, la situación se convertirá en progresivamente catastrófica para las partes implicadas. Basta ver el recalentamiento de la guerra permanente entre Azerbaiyán y Armenia —sentencia P1, segura de la eficacia pragmática de la *Realpolitik*.

—Falso: el argumento de utilidad ha dejado de ser válido en este periodo histórico. De lo contrario, no se habría llegado a esta situación. El agresor ruso podría perfectamente haber mantenido la situación de guerra por delegación en territorio ucraniano, sin perjuicio de haber reforzado y profundizado sus formas de guerra no convencional —acota P2, apuntando a la guerras sin restricciones, híbridas y no lineales.<sup>21</sup>

—Bien, pero la prolongación de una guerra de agresión y conquista, además de aumentar el número de atrocidades y crímenes de guerra, tendrá un efecto devastador en la economía rusa, debido a las sanciones, que no harán más que aumentar, y a los costes insostenibles del esfuerzo militar, por no hablar de los efectos del descontento social en el país —replica P1 con vehemencia.

—Falso: si hay algo cada vez más difícil de calcular cada día que pasa en este conflicto es la relación coste/beneficio, no solo para Rusia sino, sobre todo, para Ucrania. Es suficiente con echar un vistazo a la situación económica y financiera ucraniana, cuando se cumple menos de un año del inicio de la invasión: si hay algo incompatible con un eventual final provisional de esta guerra, es una Ucrania soberana en un sentido que no sea propagandístico y puramente cínico. Conforme avanza la guerra, las mejores opciones de los dirigentes ucranianos pa-

---

21 La guerra sin restricciones combina acciones diplomáticas y de disuasión, operaciones de comunicación y de pacificación, alianzas interestatales, sanciones, bloqueos y apoyos a las fuerzas de oposición de los países adversarios. La guerra híbrida es una estrategia militar que da por superada la guerra asimétrica entre un ejército convencional y una fuerza insurgente, y en la que no hay una diferenciación nítida entre la guerra y la paz: ambos bandos emplean recursos tanto convencionales como irregulares, y los modelos cerrados y (relativamente) predecibles no son útiles para su comprensión, sino que deben emplearse métodos no lineales.

san por convertirse en un protectorado occidental. Basta leer con un mínimo de rigor las promesas de la Conferencia por la Reconstrucción de Ucrania del 4-5 de julio de 2022: tras la pomposidad de los Principios de Lugano<sup>22</sup> y de la referencia a un Plan Marshall para Ucrania, lo que se está proponiendo es una subasta multilateral de lo que quede del país. Solo los fondos ya invertidos por Estados Unidos y los países de la UE superan el billón de dólares, más que suficiente para comprar su deuda pública, que en 2021 era de más de 82 000 millones de dólares y que, con la continuación de la guerra, se multiplicará —se explaya aquí P2.

—Confíemos en que, en última instancia, los esfuerzos de la comunidad internacional den resultado —P1 no se rinde tan fácilmente.

—¿En una guerra de invasión iniciada por un miembro del Consejo de Seguridad de la ONU? El intento de mediación del Secretario General Antonio Guterres ha servido de pieza de caza propagandística tanto para Zelenski, que afirma que solo negociará si Rusia se retira a las fronteras de 1991 (Crimea incluida) como para Putin. Dice que está dispuesto a verse con Zelenski y, mientras, sabotea los acuerdos sobre la seguridad del envío de cereales desde los puertos ucranianos o replica, en la reunión de la Organización de Cooperación de Shanghai que se celebró el 15 y 16 de septiembre en Uzbekistán, que el nuevo documento ucraniano de garantías de seguridad para la posguerra no merece discusión. Y Dmitri Medvédev dice que es «el prólogo de la III Guerra Mundial» —P2 tampoco afloja el paso.

—Vamos a ver: sin descartar una escalada catastrófica y/o nuclear, es de sentido común pensar que, sobre todo en el bloque atlántico, se creen intereses comunes entre gobiernos que vean peligrar su elección por causa del esfuerzo bélico. Y no me refiero a gobiernos con escaso peso, como el húngaro, sino a ejes de la Unión Europea (UE) como Francia o Alemania, desgarrados por el peligro de la anulación de su soberanía militar y energética en el primer caso, y por contradicciones internas

---

22 Los acuerdos abarcan siete ámbitos: (1) colaboración de estados, corporaciones y sociedad civil; (2) la importancia central de las reformas; (3) transparencia, rendición de cuentas, Estado de derecho; (4) participación democrática; (5) acuerdos multipartitos; (6) igualdad de género e inclusión; y (7) sostenibilidad.

de su modelo industrial y fiscal en el segundo. Hasta en Estados Unidos, el Inflation Reduction Act [Ley de reducción de la inflación] que ya es una versión menor del fallido Build Back Better Act [Ley para la última reconstrucción], demuestra sin paliativos la debilidad de la coalición de guerra en el país. Y ello, mientras el país se aproxima, con ritmos difíciles de predecir, a una situación de guerra civil, larvada o expresada en procesos de secesión y de doble poder armado. Lo que sí que parece es que la política exterior estadounidense (militar, financiera y energética) tiende a ser el perno central para la conservación de su hegemonía sobre los aliados occidentales y asiáticos.

Y que su esperanza radica en que la derrota o la postración de Rusia despeje el camino para contener al adversario estratégico de la OTAN, la República Popular China (RPCh), pero tendrían que alinearse demasiadas variables para que los Demócratas revaliden la presidencia y la mayoría en las dos cámaras en 2024. Porque si pierden, sea o no con Donald Trump como candidato republicano, es probable que se regrese al enfoque transaccional de la política exterior que dominó la presidencia de este último, lo cual se traducirá en una retirada estratégica de la guerra en Ucrania —repone, casi sin aliento, P1.

Y la discusión, en estos términos, o en términos parecidos, o en variaciones interminables de ambos, podría continuar *sine die*...<sup>23</sup> Pero lo cierto es que no nos interesa gran cosa, porque este no es un libro sobre la guerra como género de ilustración y comentario militar, geopolítico o estratégico, sino sobre cómo

---

23 Por ejemplo, la contraofensiva ucraniana en la zona de Járkov a primeros de septiembre de 2022 renueva las esperanzas de victoria ucraniana, excita al ejército de comentaristas profesionales y *amateurs* en medios de comunicación occidentales, y pone visiblemente nerviosos a sus homólogos rusos. En este sentido, es interesante la posición del exmilitar ruso Mijaíl Jodarionok, que tiene la rara virtud de no subordinar el análisis estratégico a la propaganda y que, antes de y durante la invasión del 22 de febrero, ha insistido en que el concepto estratégico oficial, condensado en la dicción «operación militar especial», era una mistificación propagandística para ocultar la realidad de un ejército nacional ucraniano de más de un millón de personas: unas tropas dotadas de medios y, sobre todo, de la determinación política de combatir hasta el final (y se remitía para ello a la doctrina militar soviética sobre la superioridad de la milicia políticamente motivada respecto del ejército profesional). Su artículo «Las predicciones de los politólogos sedientos de sangre», publicado semanas antes del inicio de la invasión, es un análisis demoledor del sentido militar de la invasión de Ucrania y de las falsedades propagadas por los halcones del Kremlin. Véase: «*Prognozy krovozhadnykh politologov*», *Nezavisimoye voyennoye obozreniye*, 3 de febrero de 2022, [https://nvo.ng.ru/realty/2022-02-03/3\\_1175\\_donbass.html](https://nvo.ng.ru/realty/2022-02-03/3_1175_donbass.html)

hacer política emancipadora frente a la propaganda de guerra y a la instauración de un régimen de guerra en nuestras sociedades.

El presente trabajo, decíamos, pretende hacer las veces de guía de uso para la intervención urgente en la coyuntura política y ecosistémica determinada por la invasión rusa de Ucrania iniciada el 24 de febrero de 2022. Es apremiante porque la consecuencia más inmediata de la invasión es una guerra que, antes de que se cumpla un año, ya cuenta por miles los civiles muertos (sobre todo por la acción del ejército ruso) y por decenas de miles las bajas militares de ambos bandos, mientras se multiplican los crímenes de guerra. Hablamos de una guerra que no va a terminar, salvo eventuales y efímeras treguas, o solemnes acuerdos de paz, violados tan pronto como firmados, porque en ella se concentran contradicciones y antagonismos de tres tipos, todos irreconciliables bajo el actual estado de cosas del capitalismo: un conflicto de independencia nacional, un conflicto interimperialista, y un choque de hegemonías en el sistema-mundo.

Al mismo tiempo, la guerra en Ucrania se presenta como un acelerador de procesos que ya estaban en curso antes de su estallido, intensificándolos, agravándolos y, en cierto modo, haciendo que converjan y se refuercen mutuamente, conforme a interacciones difíciles de predecir y no digamos ya de evitar. Toda guerra, entendida como operación de ejércitos y armas, de destrucción de vidas, cuerpos, ciudades, pueblos y ecosistemas, es siempre inaceptable: rechazarla y luchar por una paz lo más justa posible se vuelve acuciante cuando, como en este caso, estalla en el centro de un sistema-mundo que ya se encaminaba hacia puntos de inflexión preñados de potenciales devastadores (junto con resquicios de rupturas emancipatorias).

Desde la pandemia de la Covid-19 y las sucesivas crisis de las cadenas de suministro globales se hablaba ya de «policrisis» (Adam Tooze), como si unas y otras crisis pudieran abordarse de manera separada, o como si tuvieran un origen independiente más allá de su coexistencia en el tiempo. A mi modo de ver, resulta más riguroso hablar de un proceso de caos ecosistémico creciente en el sistema-mundo capitalista o, dicho de otra manera, de un punto de inflexión caótico en el proceso de

globalización capitalista dominado por el hegemon estadounidense desde la II Guerra Mundial. Entonces, para enfrentarnos a esta situación, es necesario un abordaje político ecosistémico que permita relacionar —por medio de matrices causales comunes— procesos dispares como: la desmesurada acumulación de poder financiero por parte de las élites capitalistas del sistema-mundo; los desequilibrios de las balanzas comerciales de los grandes exportadores manufactureros como China o Alemania; la densificación e infartación de las cadenas de suministro globales; el aumento exponencial del calentamiento global; las pandemias provocadas por coronavirus zoonóticos como el SARS-CoV o la Covid-19; la consolidación de gobiernos y regímenes oligárquicos autoritarios; y la fuerza de los bloques capitalistas basados en el extractivismo de minerales, tierras y combustibles fósiles.

Dicho paradigma nos permite enmarcar la guerra de agresión rusa en Ucrania dentro de las tensiones y antagonismos irresolubles entre los principales bloques y coaliciones capitalistas en el sistema-mundo. Como veremos en los capítulos de este trabajo, dichas fricciones y dialécticas tienen su origen más inmediato en las consecuencias del final de la Guerra Fría o, dicho de otra manera, tenemos que retrotraernos a los efectos combinados de (1) la derrota de los movimientos revolucionarios nacidos en torno a 1968 en el centro del sistema-mundo; (2) el fracaso del Movimiento de Países No Alineados y de las experiencias de descolonización más o menos socialistas; (3) el desplome previsible de la URSS y de sus regímenes afines; (4) el desastre político y social del último periodo maoísta en China tras la Revolución Cultural; y (5) la hegemonía neoliberal en Estados Unidos, Gran Bretaña y en las instituciones de Bretton Woods y, posteriormente, en todos los gobiernos y principales partidos del subsistema occidental.

Es un hecho manifiesto que no existe voluntad ni capacidad en las élites capitalistas planetarias para generar otro tipo de acumulación de poder y capital. Esto queda bien reflejado en la secuencia que va desde la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en junio de 1992, que dio lugar a la Convención sobre el cambio climático (y posteriormente a la firma del Protocolo de Kyoto para la reducción de gases de efecto invernadero de diciembre de



1997), y que llega hasta hoy, cuando lo publicado en el Sexto Informe del IPCC<sup>24</sup> (tanto las partes filtradas como las maquilladas) señala la inminencia de los principales puntos de inflexión o  *tipping points*  debidos al aumento sostenido de las temperaturas medias globales.<sup>25</sup> La guerra, esta guerra, está echando por tierra los débiles esfuerzos que habían emprendido estados y corporaciones, y su continuación es la garantía de que dichos puntos de inflexión se alcanzarán mucho antes de lo esperado.

Por otra parte, no puede dejar de mencionarse que Rusia es una potencia nuclear; que, antes y durante la invasión, tanto Putin como los miembros de su gobierno han insistido en que recurrirán al armamento nuclear en caso de invasión de su territorio, incluso del territorio anexionado en 2014 (Crimea) y el 30 de septiembre de 2022 (las «repúblicas populares» de Donetsk, Lugansk y los óblast ocupados de Zaporíyia y Jersón). Y que la probabilidad de dicha reacción ha sido corroborada por los estrategas del Pentágono. El ingreso extraordinario de Ucrania en la OTAN se presenta como un hecho probable. ¿Qué decir al respecto? La única potencia que ha empleado armas nucleares en la guerra ha sido Estados Unidos, en dos ocasiones y de manera completamente gratuita y criminal. Cuando la disuasión nuclear, basada en la doctrina de la destrucción mutua asegurada, deja de ser un principio rector implícito en las relaciones internacionales y en las aventuras bélicas, no hace falta invocar los puntos de inflexión inminentes de la emergencia climática para constatar que, más allá de faroles, bravuconadas y tácticas de inteligencia militar y diplomática, con la guerra en Ucrania, la existencia del mundo, parafraseando irónicamente a Ernest Renan en sus reflexiones sobre la nación, «es un plebiscito cotidiano en el que deciden líderes psicópatas cada vez más fascistizados».<sup>26</sup>

Por desgracia, estas y otras consideraciones son casi inexistentes en una esfera pública dominada por la propaganda

---

24 Intergovernmental Panel on Climate Change, por sus siglas en inglés.

25 La desintegración de la capa de hielo en Groenlandia y en la Antártida Occidental; el deshielo de las zonas de Permafrost, la circulación meridional de retorno del Atlántico; la deforestación del Amazonas; la desaparición de los arrecifes de coral; y el calentamiento/enfriamiento anómalo del Niño-Oscilación del Sur.

26 Para el original de Renan, véase *Qu'est-ce qu'une nation?*, 1882: «L'existence d'une nation est (pardonnez-moi cette métaphore) un plébiscite de tous les jours [...]», en [https://fr.wikisource.org/wiki/Qu%E2%80%99est-ce\\_qu%E2%80%99une\\_nation\\_%3F](https://fr.wikisource.org/wiki/Qu%E2%80%99est-ce_qu%E2%80%99une_nation_%3F)

de los bloques en guerra. Ello se pone de manifiesto en la virulencia de la polarización binaria de los dos bandos, que arrastra y destruye matices, diferencias, dudas, explicaciones alternativas y puntos de vista no binarios. El conflicto, en tanto que guerra híbrida, o lineal, o sin restricciones, ha colonizado las redes sociales en todo el planeta, impidiendo las vacuolas de silencio y de pensamiento que permitan resistir y sustraerse a su arrastre. *A priori*, cabía pensar que la multiplicación de fuentes de información y documentación a través de las redes sociales en el siglo XXI contribuiría a desmontar la propaganda de guerra. Sin embargo, sucede lo contrario: imágenes, escritos y audios se presentan engastados en narraciones propagandísticas replicadas a velocidades imposibles de procesar con tu propia cabeza. Sería ingenuo no caer en la cuenta de que esto siempre ha sido así en la guerra moderna, pero hoy resalta una diferencia: la velocidad y la multiplicación de fuentes de las redes sociales que, combinadas con la función de propaganda de la inmensa mayoría de las emisiones, producen una ofuscación completa, un efecto de arrastre y de polarización entre los bloques en guerra, avalanchas de discursividad zombi. El sabotaje de los dos gasoductos Nord Stream 1 y 2, cometido el 26 de septiembre de 2022, es el paso más claro en la dirección de la extensión de la guerra a las infraestructuras civiles de los bloques en guerra, un signo de irreversibilización y desbordamiento del conflicto más allá de las fronteras ucranianas. Una señal de que el daño y el terror sobre las poblaciones forman parte de las variables de esta, al igual que de todas las guerras en las que opera la movilización total de los cerebros (y sus comportamientos). La práctica del desastre ecológico como arma de guerra o del colapso comunicativo, cuando se habla de los *backbones* submarinos de la Internet como objetivo posible de nuevos sabotajes, constituyen un continuo de terror sobre las poblaciones que culmina en la amenaza del arma nuclear, la probabilidad de cuyo uso aumenta cada día que se prolonga esta guerra que no acaba en Ucrania.

En efecto, tal y como señala la tesis principal del segundo capítulo, si fijamos y aceptamos la convención de que la I Guerra Mundial es el episodio tectónico primigenio de la guerra moderna, desde entonces toda guerra moderna siembra, promueve y acelera formas de fascismo. Este proceso añade una dimensión

de gravedad y urgencia adicionales al rechazo de esta guerra en Ucrania, y convierte en imperativa la investigación de las condiciones para una paz emancipadora o, como se plantea en el tercer capítulo, para una *paz constituyente* en Europa.

De ahí la esterilidad política de los argumentarios reflejados en la conversación ficticia que da pie al comienzo de esta presentación, basada sobre todo en el comportamiento de los Estados y bloques considerados como sujetos geopolíticos. Por un lado, un diálogo de este tipo es improductivo por varios motivos: porque la hipercomplejidad y la incertidumbre son los factores dominantes de una guerra en el centro de Europa; porque están implicadas las principales potencias del sistema-mundo; o porque esta guerra tiene efectos de propagación multiplicadora sobre las crisis y conflictos sociales salariales y redistributivos, migratorios y sobre el calentamiento global. Por otro lado, la discusión no conduce a ninguna parte, sobre todo porque elude la cuestión decisiva para el nexo entre paz y liberación de las clases subalternas: el proceso (conflictivo) de instauración de un régimen de guerra en el subsistema atlántico (en Rusia y sus satélites el régimen de guerra es ya un hecho consolidado).

¿Qué entendemos por régimen de guerra? Fundamentalmente, la introducción del esquema amigo-enemigo en las acciones de gobierno en la política exterior y en la política doméstica. Es decir, el régimen de guerra se aplica a las relaciones entre partidos y fuerzas políticas, entre el gobierno y las luchas políticas y sociales, en la esfera pública de los medios de comunicación y de las redes sociales, y en la práctica real de las libertades de expresión y de manifestación. ¿Qué significa introducir un esquema amigo-enemigo en la acción de un gobierno constitucional? Significa, en primer lugar, la producción y difusión eficaz de una narración en la que se imputa al enemigo (construido, más o menos explícito, siempre presente bajo nuevas formas y designaciones) el agravamiento de las crisis y de sus efectos. Al enemigo se le atribuye la responsabilidad de las medidas antipopulares que se hayan tenido que adoptar, ya se trate de un «pacto de rentas», de moratorias en el abandono de combustibles fósiles, de aumento de los presupuestos militares,

o de necesidad de llegar a negocios con dictaduras petroleras para hacer frente a otras dictaduras petroleras.<sup>27</sup>

¿Cómo se va gestando y acomodando el régimen de guerra en Europa? ¿Se impone como un rodillo o no está exento de contradicciones entre el mandato europeo y atlántico y los intereses de oligarquías financieras y políticas nacionales? Para analizarlo hay que tener en cuenta los precedentes. Como abordamos en el capítulo primero, desde la crisis financiera y luego fiscal y económica de 2008, los conflictos sociales y políticos giraron en torno a los axiomas fiscales y monetarios del neoliberalismo (austeridad y devaluación de las fuerzas del trabajo y, por lo tanto, de las instituciones educativas y sanitarias) y a las jerarquías distributivas producidas por esos regímenes de acumulación de capital-renta, así como a la cuestión de la democracia y de la soberanía nacional en la UE. En el marco de la austeridad fiscal, la respuesta del BCE en ese periodo no pudo impedir, por un lado, las revueltas de 2009-2011 en Grecia, Portugal y el Reino de España, ni, por el otro, el crecimiento del supremacismo blanco de las extremas derechas europeas. Tampoco las políticas de expansión monetaria para bancos y corporaciones de la Reserva Federal del ahora premio Nobel Ben Bernanke evitaron, a partir de 2008, la transformación del Tea Party estadounidense en la constelación supremacista y nacionalista que llevó a la presidencia a Trump y que se expresó como potencia insurreccional en el asalto al Capitolio del 6 de enero de 2021.

En la UE, los mecanismos de compra de activos de deuda pública y bonos corporativos conocidos como Quantitative Easing, unidos a las políticas de austeridad del Pacto de Estabilidad y Crecimiento del Consejo Europeo, estabilizaron los precios de los títulos de los gobiernos más endeudados de la Zona Euro. Asimismo, mantuvieron a raya la deflación y salvaron la alianza interclasista de propietarios de activos inmobiliarios y financieros, al mismo tiempo que aceleraban la transferencia/expropiación de rentas de las fuerzas del trabajo dependiente, que perdieron

---

27 En el caso específico de la Federación Rusa, su democracia oligárquica no necesitaba mucho más para consolidar un régimen de guerra, puesto que, tal y como se aborda en la segunda parte del capítulo primero, la legitimación interna del bloque de poder ruso se ha basado en la respuesta a la humillación histórica que siguió al desplome de la URSS.

sus niveles de remuneración, sus propiedades (si las tenían), y vieron desplomarse la calidad y la garantía de la sanidad y la educación públicas y en general de todos los servicios públicos. Pues bien, a pesar de todo lo anterior, en aquel entonces la narración dominante seguía estableciendo una distinción entre el plano de una economía capitalista, objetivada como un sistema natural que podía presentar excesos o perturbaciones, y el plano de un enemigo sistémico que, desde el 11 de septiembre de 2001, encarnaban fundamentalmente las distintas formas del terrorismo salafista de Al-Qaeda y luego del Estado Islámico.

La República francesa, debido a su peso político fundamental en la UE, es un buen ejemplo de esa mutación hacia el régimen de guerra. En su caso, además, el peso de la extrema derecha colonial francesa del FN [Frente Nacional] y luego de RN [Reagrupación Nacional] ha reforzado las narraciones de guerra en las políticas de orden público en Francia, desde la presidencia de Sarkozy hasta las de Macron. Ello se ha traducido en el hecho de que, desde noviembre 2015, el país vive bajo el estado de emergencia,<sup>28</sup> con suspensiones breves de su vigencia, la primera en 2017. De esa manera, se han convertido en norma los poderes especiales de la policía para restringir las libertades de expresión, reunión y movimiento, en especial en lo relativo a las personas musulmanas o prejuizadas como tales por su aspecto físico (racializado) o por su nombre. Cuando en noviembre de 2018 estalló el *Mouvement des «gilets jaunes»* [Movimiento de los «chalecos amarillos»], fue recibido por el gobierno francés como otra manifestación de los ataques a la seguridad del Estado y de la sociedad que, tres años antes, habían provocado la declaración del estado de emergencia. Dicho tratamiento contó con la colaboración activa de casi todo el sistema de medios de comunicación privados y públicos y de sus plantillas de periodistas e intelectuales.

Al mismo tiempo, el movimiento de los chalecos amarillos demostró que es posible combatir un estado de emergencia, pero pagó un precio enorme, no solo por la bestialidad policial sobre los cuerpos y por la represión judicial,<sup>29</sup> sino por el aislamiento

---

28 Véase <https://www.tni.org/en/stateofemergency>

29 A este respecto, véase Paul Rocher, *Gasear, mutilar someter*, traducción de Raquel Reboredo García, Katakarak, Pamplona-Iruñea, 2021; y «Ne parlez pas de violences policières», *La revue Dessinée*, édition spéciale, París, 2020.

social que padeció y por el consiguiente bloqueo del proceso de su expansión y recomposición con otras luchas sociales. Cabe decir, pues, que la presidencia de Macron se caracteriza por haber hecho uso de las facultades dictatoriales que permite la Constitución presidencialista de la V República, en su momento un traje a medida confeccionado para el general De Gaulle.

En la agenda de Macron sigue pendiente una transformación neoliberal más profunda, de momento retrasada y bloqueada por las luchas de clase dentro y fuera de la forma Estado francesa desde la década de 1990. En cualquier caso, la pandemia de la Covid-19 encontró un estado de emergencia perfectamente engrasado para imponer una gestión neoliberal de sus consecuencias, administrando la mortandad masiva de pobres y subalternos, y su empobrecimiento drástico por la falta de ingresos, a la vez que se rescataba a los propietarios de capital. Por extensión, en toda Europa la narración «contra la Covid-19» se sirvió hasta la saciedad de la metáfora de la guerra dentro de un estado de alarma y/o de emergencia de intensidad variable.<sup>30</sup> Cuando hoy se analizan las contradicciones que crea el régimen de guerra como mandato europeo sobre las escenas políticas nacionales, resulta fundamental acertar en la identificación de la contradicción principal. Esto es relevante para el caso del Reino de España, donde un gobierno progresista, debido a su ventaja geopolítica respecto a la dependencia del gas y el petróleo rusos, juega discretamente la carta del régimen de guerra europeo para blindar su posición en los mercados de deuda y en la disputa con las corporaciones energéticas sobre la factura social de la inflación de precios. Al mismo tiempo, ve proyectos como el MidCat<sup>31</sup>

---

30 También bajo una pandemia, el capitalismo se basa en una relación de explotación fundamental entre trabajo vivo (hoy ya socializado, cooperativo, tanto manual como cognitivo, de manufactura, de servicios, de cuidados, sexual y afectivo, en la «producción» y en la «reproducción») y poder de mando (o *Kommando*, como escribe Marx) del capital. Como todo poder, es una *relación*. La degradación de los cuerpos y las mentes, las incapacitaciones brutales, la descualificación y el malestar físico y psíquico insoportables afectan a toda la relación de explotación biopolítica del capitalismo. En ese sentido, el proceso concomitante de deflación ocurrido durante la Covid-19 fue un signo ominoso para la civilización capitalista, una alarma roja sonando a todo volumen. Necesitamos recordarlo para entender la motivación de aquello que la invasión rusa de Ucrania ha interrumpido momentáneamente, y, con bastante probabilidad, arrojado al basurero de la historia: los Green New Deals (Nuevos Pactos Verdes) estadounidense y europeo.

31 Con la rotunda oposición de la *grandeur* francesa interpretada por Macron, lo que

o las plantas de «hidrógeno verde» como la gran ocasión de un pacto con las corporaciones y bancos del IBEX 35 que más podrían beneficiarse de esas grandes operaciones.

Hay que recordar el precio nefasto que las ilusiones sobre el «socialismo de guerra» y sus correlatos de «unión sagrada» tuvieron para el movimiento obrero europeo en la I Guerra Mundial, y que hoy se insinúan en una parte de la izquierda política y sindical española en sintonía con la mayoría de la izquierda occidental. Se trata de una posición indiferente a las consecuencias del régimen de guerra y de la extensión geográfica e hibridización de la guerra, que vuelve a jugar la baza de las pequeñas ventajas de una contradicción secundaria (la disputa sobre la factura social del precio de la energía), sin querer darse cuenta de que la retórica del control público de las corporaciones y los mercados energéticos en la UE es inseparable de las consecuencias sociales y políticas sobre las clases subalternas provocadas por el régimen de guerra (que está detrás de dicha retórica).

---

equivale a un boicot *de facto*, signo de una tensión creciente en el eje franco-alemán. Ello tiene que ver no solo con la amenaza que para la autarquía energética (y nuclear) francesa supone la maniobra de coordinación de guerra de los mercados de la distribución de gas para reducir la dependencia respecto de Rusia (y sustituirla, entre otras, por el gas de esquisto estadounidense, mucho más barato), sino que hay que enmarcarla en la razonable suspicacia francesa ante la completa subsunción de su autonomía energética y de defensa al nexo OTAN-UE-seguridad militar de los suministros energéticos.

# 1

## UCRANIA *MON AMOUR*

Geltokian geunden. Aita lo zegoen. Amari komunera joateko baimena eskatu nion. —Itzuli bizkor! —esan zidan amak. Gure herriko hiru zihoazen tren hartan. Iluntzen ari zuen dagoeneko. Lurrun makina ura hartzen ari zen. Komuniketik entzun nuen: bonbardaketa hasia zen. Lasterka joan nintzen gure trenera. Bagoitik urrun samar zeuden aita eta ama etzanda; tirokatuta. Tirokatu egin nahi zituzten, seguru. Eta metrailagailuz tirokatu zituzten. Zauriak estali nizkien, odola atera ez zedin. Aita esnatzen saiatu nintzen: zaurituta dago, pentsatu nuen. Baina alferrik. Gero aita amaren ondora eraman nuen, hurbilago egon zedin. Aurpegira begiratu nien, negar egin eta pusken bila hasi nintzen.

Donia Khaienko, 13 urte, Kyrykivka-koa (Ukraina, Sumi eskualdea).<sup>32</sup>

La guerra ha estallado en pleno sistema euroasiático, y de manera inmejorable para que el militarismo occidental ponga en práctica una «guerra ordenadora».<sup>33</sup>

A pesar de que para el eurocentrismo occidental, atlántico y colonial la guerra en Ucrania funciona como un principio

32 «Estábamos en la estación. Mi padre estaba dormido. Pedí permiso a mi madre para ir al baño. —¡Vuelve rápido!— me dijo mi madre. En ese tren iban tres de nuestro pueblo. Ya estaba anocheciendo. La máquina de vapor estaba repostando agua. Lo oí desde los baños: había empezado el bombardeo. Fui corriendo a nuestro tren. Mis padres estaban tumbados, un poco alejados del vagón, tiroteados. Les habían disparado adrede. Con ametralladoras. Les tapé las heridas para que no saliera la sangre. Intenté despertar a mi padre, pensé que estaría herido. Pero nada. Luego llevé a mi padre junto a mi madre, para que estuviera más cerca. Les mire a la cara, lloré y me puse a buscar los trozos». Donia Khaienko, 13 años, de Kyrykivka (óblast de Sumy, Ucrania). Lidia Txukovskaia y Lidia Zhukova, *Hurrek hitza* (capítulo *Aita eta ama*), Katakarak, Iruñea-Pamplona, 2022. Publicado originalmente en 1942, en plena II Guerra Mundial, recoge los testimonios de niños y niñas huérfanos de guerra y desplazados a Uzbekistán. Inédito en castellano.

33 Una guerra que se hace para imponer órdenes sociales, destruyendo obstáculos políticos, jurídicos o de contrapoder que no pueden ser salvados mediante procedimientos diplomáticos, comerciales, o de corrupción.



de percepción y conocimiento sesgado (esta vez en contra de la historia, del proceso histórico real de las relaciones internacionales entre el bloque atlántico y el ex bloque soviético desde el final de la URSS), la invasión rusa es solo el enésimo episodio de más de un siglo de guerras y matanzas sin fin, desde el final de la I Guerra Mundial y la disolución de los imperios multinacionales coloniales (ruso, austrohúngaro, otomano y alemán).

Ucrania se convirtió entonces en el epicentro mortífero de varias guerras solapadas, donde la lucha del nacionalismo ucraniano por la independencia se tornó inseparable de la prolongación de la guerra mundial imperialista en suelo ucraniano, y de la guerra civil en el antiguo Imperio ruso, tras la Revolución de Octubre de 1917 (hasta 1922). Una guerra en el infierno que era la zona después de cuatro años de I Guerra Mundial; una guerra por territorios, pero sobre todo por las cosechas de cereales y por los minerales de Donetsk.

Durante ese periodo, tras la retirada de los ejércitos alemanes con el armisticio del 11 de noviembre de 1918, se enfrentarán entre sí hasta siete ejércitos distintos: el de la República Popular de Ucrania (nacido en Kiev el 22 de enero de 1918 y que, en su Cuarta Declaración Universal, rompía con el gobierno bolchevique y proclamaba la independencia); el de la República Popular de Ucrania Occidental (que había proclamado su independencia el 1 de noviembre de 1918 en la Galitzia oriental del Imperio austrohúngaro); los ejércitos rojos ucraniano y ruso (que luchaban por la instauración del gobierno de los sóviets); las fuerzas de la reacción blanca encabezadas por Kornílov y Denikin; el Ejército Revolucionario Insurreccional de Ucrania (es decir, el ejército negro consejista de Néstor Majno, Simón Karétnik y Fedir Shchuss); los ejércitos de la Segunda República Polaca de Józef Piłsudski (en su guerra de conquista del territorio ucraniano); y los ejércitos de Rumanía (en pos de sus ambiciones territoriales tras la caída alemana y el Tratado de Brest-Litovsk). El horror desencadenado en el territorio ucraniano a partir de la I Guerra Mundial, y la llegada de los Jóvenes Turcos al poder del Imperio otomano (con el posterior genocidio armenio entre 1915 y 1923), son dos de los grandes ejemplos históricos para entender las relaciones mortíferas entre imperio y nación.

Como ha ocurrido siempre, la guerra fue la prolongación de la política por otros medios y, la política, una continuación de la guerra. Ucrucianos, polacos, rusos, bielorrusos, griegos, minorías judías, romaníes, alemanas, tártaras: en la guerra, las líneas de clase de campesinos y obreros revolucionarios, tanto socialistas como anarquistas o bolcheviques, se ensamblaron con las líneas de la nación, y con las líneas del antisemitismo transversal a todos los bandos. Porque, tanto en las guerras civiles rusas y ucrucianas tras las revoluciones de febrero y octubre, como en la guerra entre Polonia y Ucrania, y en la guerra entre Polonia y la Unión Soviética, encontramos la misma invariante antisemita, con la excepción notable de anarquistas y bolcheviques: a pesar de que unidades del Ejército Rojo cometieran crímenes de guerra contra la comunidad judía en distintos momentos y lugares de la guerra ucruciana,<sup>34</sup> estos fueron «leves» en comparación con el resto<sup>35</sup> y, en algunos casos, los soldados y responsables fueron castigados.

En consecuencia, si queremos entender el largo proceso que lleva a la invasión rusa del territorio controlado por el gobierno ucruciano de Kiev tenemos que abordar las relaciones que se dan entre Ucrania y Rusia, Ucrania y la OTAN, Ucrania y la UE, Rusia y la OTAN, Rusia y la UE, y las relaciones bilaterales entre los estados implicados, desde el punto de vista de la fase

---

34 En el año de 1920 se asistió a una serie de pogromos del Ejército Rojo cometidos, casi exclusivamente, por el Primer Ejército de Caballería de Semión Budienni; sobre todo la división Tarshschan y el regimiento de Bohun, durante la lucha contra el ejército blanco de Denikin en el sur de Ucrania. La mayoría de los soldados de esos regimientos habían estado antes bajo el mando de Denikin. En Kremenchuk les reconocieron por haber llevado a cabo un pogromo en la ciudad un año antes, cuando luchaban bajo la bandera de Denikin. El mando del Ejército Rojo condenó enérgicamente aquellas masacres y envió un regimiento compuesto únicamente por miembros del partido comunista para desarmar al regimiento de Bohun. Al respecto, ver los trabajos del judío bolchevique Isaak Babel (como testigo y parte de los acontecimientos), del escritor judío Ivan Bunin (que a propósito de las escenas del pogromo del Ejército Rojo en Odessa el 2 de mayo de 1919 dice que «irrumplieron en la noche, sacaron de sus camas y mataron a todos los que encontraron: la gente huyó a la estepa, se tiró al mar, fue perseguida y disparada en una verdadera cacería»); y de Zvi Gitelman (como historiador de la experiencia judía en la URSS, y que señala que «graves pogromos del Ejército Rojo tuvieron lugar en Hlújiv y en Nóvgorod-Siverski en 1918, pero el mando del Ejército Rojo no emprendió ninguna acción al respecto»).

35 Mientras que el Ejército Rojo mató a 725 judíos en 106 pogromos, las bandas (nacionalistas) de (Nikífor) Grigóriev ejecutaron a 3 471 en 52 pogromos, y las fuerzas de Petliura (Presidente del Directorio Ucruciano) fueron las más asesinas, con un saldo de 16 706 muertes.

imperial-humanitaria/justiciera de la globalización neoliberal que abarca las últimas tres décadas, con el anticomunismo como invariante, y con el siglo XX como marco.

Como veremos más adelante, la ambigüedad del periodo que se inicia en 1989 no es solo producto de los dobles lenguajes diplomáticos y de la batalla de las narraciones, sino que es un dato objetivo y constitutivo de la última década del siglo XX, diez años que serán determinantes.<sup>36</sup> El proceso de demolición de las estructuras políticas, jurídicas y económicas del socialismo real en los países del Este y, en particular, en Ucrania y Rusia, presenta las características de una acumulación originaria de capital por apropiación o desposesión.

Lo importante aquí es que se trata de un proceso programado y acordado entre las élites ganadoras en Rusia y Ucrania y las élites de las instituciones financieras. Siguiendo el ejemplo de Polonia y Hungría, ya en los últimos meses de vida de la URSS de Gorbachov, Boris Yeltsin, que en junio de 1991 sería elegido presidente de la República Socialista Federativa de Rusia, y presidente de la Federación de Rusia en diciembre del mismo año (tras el fallido golpe de Estado de agosto de 1991 y la disolución de la URSS), preparó el proceso de privatización salvaje de las empresas de propiedad estatal y colectiva del periodo soviético. Dicho expolio lo llevaron a cabo los equipos encabezados por Yegor Gaidar primero y Anatoly Chubais después, en estrecha relación con el Earth Institute de la Universidad de Columbia de Jeffrey Sachs (su director y verdadero protagonista de las propuestas de *shock* económico para la «transición al capitalismo y a la democracia» en los países del Este) así como con el FMI. A este respecto, son pocas las diferencias entre las respectivas «transiciones» de Ucrania y Rusia.<sup>37</sup> La violencia «humanitaria»

---

36 Las relaciones de ambos países con la OTAN durante este periodo presentan la misma ambigüedad constitutiva: la primera intervención de la Alianza Atlántica en Ucrania tuvo lugar en Járkov con motivo de la emergencia humanitaria provocada por las inundaciones del 29 de junio de 1995, que dejaron a la ciudad sin agua potable.

37 Las consecuencias social y políticamente devastadoras de ambos procesos fueron aleccionadoras para Deng Xiao Ping y el resto de dirigentes chinos. Como ha contado Isabella Weber en *How China Escaped Shock Therapy?*, resolvieron la discusión interna sobre la introducción de la propiedad privada del capital (industrial, inmobiliario, financiero) con arreglo al modelo que conocemos: predominio de la propiedad estatal de los sectores sistémicos del capital y férreo control de los mercados (domésticos y exteriores) por parte del poder político central, regional y local, a su vez monopolizado

de la transición en ambos países puso en unas pocas manos privadas las industrias energéticas y la propiedad de la tierra y, de paso, empujó a la pobreza, la miseria y la devastación psíquica a decenas de millones de personas en ambos países. Esta ilusión colectiva de amplias mayorías sociales no tardó en desvanecerse debido a la catástrofe humanitaria que produjo.<sup>38</sup> La masacre social, inicialmente asumida como peaje necesario en el proceso de globalización neoliberal (entendido como el «parto difícil de la democracia y de los derechos humanos»), vino acompañada de la defensa de la propiedad privada de la tierra y del capital, y de la destrucción de todas las formas de protección social heredadas del periodo soviético.

En 2022, la relación entre imperios y naciones, entre hegemones y Estados pivote, vuelve a funcionar de nuevo a toda máquina, como la tramoya donde el público de televisiones y redes sociales asiste apasionado a la nueva bacanal de sangre y terror. Puesto que en toda guerra moderna hay masacres de Bucha, ¿qué es la «vivencia» de la guerra a distancia sino un goce particular, un salario libidinal/sádico compensatorio por el empobrecimiento y envilecimiento de la vida que las democracias liberales en guerra imponen a amplios sectores de sus propias poblaciones?

A pesar de todo lo anterior, o precisamente por ello, nunca es sencillo oponerse a la *realidad dominante*. Como veremos en el segundo capítulo, la guerra moderna se basa en la *movilización total*, en un ejercicio de fuerza que arrastra las vidas de las poblaciones, lo quieran o no. Al mismo tiempo, ya hemos dicho que la distinción entre la guerra y la paz no es binaria ni dicotómica, que el proceso de la guerra ya no solo pasa por las acciones militares, sino que la guerra es híbrida o no lineal, una guerra sin restricciones conforme a los estrategias chinos del

---

por el Partido Comunista Chino (PCCh), lo cual no excluía la apertura de sus filas a los «capitalistas honestos y patriotas».

38 Ello explica el mantenimiento de los respectivos partidos comunistas refundados tanto en Rusia como en Ucrania. El Partido Comunista de la Federación Rusa encabezado por Guennadi Ziugánov llegó a sacar el 32 por cien de los votos en las elecciones generales de junio-julio de 1996. Por su parte, el Partido Comunista de Ucrania nunca dejó de ser el partido más votado en el país desde 1990 hasta la llamada Revolución Naranja desarrollada entre noviembre de 2004 y diciembre de 2005, pero siempre estuvo en la oposición. Ahora es ilegal.

EPL,<sup>39</sup> o basada en la «doctrina Guerassimov».<sup>40</sup> En un mundo en red, la movilización total opera para la conquista y el condicionamiento de la psique global.<sup>41</sup>

Entonces, ¿qué sentido tiene, más de cien años después de la I Guerra Mundial, analizar la guerra moderna no convencional, a partir del derecho internacional?<sup>42</sup> Ninguno, puesto que ya no puede haber guerras modernas justas puesto que todas ellas siembran el fascismo.

Por otra parte, considerando las relaciones entre Estados y sistemas de Estados, ¿qué es el derecho sin el poder, el *ius* sin el *imperium*? Y el poder de mando, el *imperium* planetario, ¿a quién corresponde? Justamente es lo que entra en disputa decisiva con esta guerra: el nuevo siglo coincide con el resquebrajamiento decisivo de la hegemonía estadounidense sobre el sistema-mundo, que poco antes había quedado sellada con el desplome de la URSS y la victoria aplastante de las fuerzas occidentales en la I Guerra

---

39 Ejército Popular de Liberación, fuerzas armadas chinas.

40 General, estrategia y viceministro de Defensa ruso.

41 Resulta de una ironía macabra que todos estos aspectos estratégicos que se atribuían a la excelencia de la inteligencia militar rusa (junto a lo que conoce como «control reflexivo» —acciones engañosas de todo tipo para condicionar las acciones u omisiones del adversario— y como *maskirovka* —técnicas de engaño y enmascaramiento—) estén brillando por su ausencia en la «operación especial» de Vladimir Putin y que, por el contrario, ese aspecto de la guerra lo esté ganando el gobierno de Volodimir Zelenski, el actor convertido en héroe. El núcleo duro del Kremlin ha cometido varios errores de apreciación de envergadura a la hora de planificar la invasión, no solo por la cálculo erróneo respecto a la respuesta militar ucraniana o a la reacción occidental, sino por la miseria de su narración imperialista y la tosquedad de su neopolítica en las redes sociales. El bloque occidental, por su parte, no ha dejado pasar semejante oportunidad y se ha volcado militarmente en este último acto de la larga serie de enfrentamientos estratégicos y periodos de cooperación entre el sistema OTAN y Rusia.

42 La invasión rusa de Ucrania es una (enésima) violación flagrante de la Carta de Naciones Unidas, que en su art. 2, párrafo 4, dice que «los Miembros de la Organización, en sus relaciones internacionales, se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado, o en cualquier otra forma incompatible con los Propósitos de las Naciones Unidas». Asimismo, la Resolución 2625 (XXV) de la Asamblea general, promulgada en 1970, recuerda «el deber de los Estados de abstenerse en sus relaciones internacionales de ejercer coerción militar, política, económica o de cualquier otra índole contra la independencia política o la integridad territorial de cualquier Estado, o en cualquier otra forma incompatible con los propósitos de las Naciones Unidas», mientras que la Resolución 3314 (XXIX), de 1974, define la agresión como «el uso de la fuerza armada por un Estado contra la soberanía, la integridad territorial o la independencia política de otro Estado», e incluye además el «envío por parte de un Estado, o en su nombre, de bandas armadas, grupos irregulares o mercenarios que lleven a cabo «actos de fuerza armada» contra otro Estado».

de Irak en 1991. A continuación abordamos el problema de la caracterización de la guerra en Ucrania a la luz de este marco.

### **Sobre la impotencia del derecho internacional**

Nosotros somos la Ucrania española —ha dicho un catalán, procurando hacerse más comprensible al huésped—. De nuestro destino dependen muchas cosas. Si los provocadores crean una situación terrorista, será inevitable la intervención, y no solo la de Italia y Alemania. Es necesario poner todos los nervios en tensión, dominarse cuanto haga falta para evitar el desorden en Barcelona.

Mijaíl Kolstov, *Diario de la guerra de España*.

En lo que atañe a la validez política y analítica de la distinción entre agresor y agredido, conviene recordar que, en la guerra moderna, su uso y aplicación han estado completamente imbricados con el colonialismo y el imperialismo. No solo por las implicaciones étnicas, racistas y fascistas que desde entonces, como veremos en el capítulo siguiente, cobran las narraciones de guerra, sino porque colonias, naciones oprimidas, pueblos sin Estado y minorías étnicas se convierten en epicentros y víctimas propiciatorias de los enfrentamientos entre bloques imperiales en torno a distintos estados nación dominantes. El efecto inmediato de ello consiste en que, en lo sucesivo, no hay conflicto bélico entre estados que no presente la complejidad de al menos dos dimensiones de hostilidad: el plano bélico y jurídico de una guerra de invasión o de agresión, y el plano (que estira hacia el pasado y hacia el futuro los acontecimientos) del antagonismo entre bloques y/o sistemas de Estados.<sup>43</sup> En efecto, con el siglo XX, entran en juego naciones y pueblos sin Estado distribuidos en los conjuntos coloniales e imperiales.<sup>44</sup>

---

43 Ciertamente, los ejemplos son extensibles al siglo XIX, que va prefigurando la guerra moderna: en el conflicto franco-prusiano de 1870-1871 estaban fundamentalmente en disputa Alsacia y Lorena, territorios híbridos sometidos a las tensiones propias de toda región fronteriza, de todo *limes* entre viejos imperios y reinos, desde la Guerra de los Treinta Años (1618-1648).

44 Hay que recordar las matanzas, torturas y «experimentos científicos» del colonialismo alemán en el Sudoeste africano entre 1904 y 1908, que se cobraron cientos de miles de vidas de personas Herero, Nama y San (creando un precedente de la «ciencia del exterminio» que posteriormente pondría en marcha el régimen hitleriano). Y tampoco hay que olvidar los genocidios cometidos por los Jóvenes Turcos del Imperio Otomano durante la I Guerra Mundial: contra los pueblos armenio (más de un millón de

Cuando se trata de guerras entre Estados nación, tanto occidentales como de origen colonial, la forma jurídica del conflicto no se corresponde con la forma real del proceso de la guerra. El derecho internacional contemporáneo sigue siendo el antiguo *ius gentium* y se basa en la personalidad jurídica de los Estados nación y en sus relaciones en tanto que unidades elementales de soberanía. La Carta de Naciones Unidas y la Convención de Ginebra forman el núcleo de las relaciones de guerra y paz entre los estados soberanos, considerados «individuos» con derechos y obligaciones, con independencia de su tamaño, población, o potencia económica y militar. Desde este punto de vista, la guerra en Ucrania es una guerra de invasión<sup>45</sup> y, por lo tanto, de violación de la soberanía y de la integridad territorial del Estado ucraniano, conforme al artículo 2(4) de la Carta y a la Resolución 2625 (XXV) de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Anteriormente, el Tratado de Versalles había creado la Sociedad de Naciones (SDN) tras el final de la I Guerra Mundial, con los mismos fines que la posterior Organización de las Naciones Unidas (ONU), pero sin los límites sobre el derecho público doméstico que posteriormente prescribiría la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948.<sup>46</sup> Con la SDN, por primera vez un pacto internacional entre Estados nación soberanos se proponía arbitrar las disputas interestatales para evitar la guerra. A lo largo de su existencia, la SDN consiguió arbitrar y evitar la escalada bélica en algunos conflictos, pero otros enfrentamientos con potencias coloniales fuertemente implicadas pusieron de manifiesto lo que ya sabían Spinoza o

---

víctimas), asirio en Mesopotamia (750 000 personas asesinadas), o griego de Anatolia (matanzas de cientos de miles de civiles).

45 Sin embargo, la I Guerra Mundial no estalló como consecuencia de una agresión, sino del atentado contra el archiduque Franz Ferdinand, heredero al trono del Imperio austrohúngaro, y su esposa Sophie Chotek. El gobierno del Imperio austrohúngaro atribuyó el magnicidio directamente al Estado serbio, el 23 de julio de 1914 le lanzó un ultimátum y el 28 le declaró la guerra.

46 Entre otros, la disputa entre Suecia y Finlandia por las Islas Åland en 1920; el conflicto por la Alta Silesia entre Alemania y Polonia en 1921; la guerra entre Grecia y Bulgaria tras los combates fronterizos en Petrich en octubre de 1925; la disputa entre Reino Unido e Irak por la ciudad de Mosul (resuelto a favor del primero con el Tratado de la Frontera en junio de 1926); o la guerra entre Colombia y Perú en 1933 (Conflicto de Leticia).

Tucídides, es decir, que la potencia hace el derecho y que, como se lee en el célebre pasaje de la *Historia de la guerra del Peloponeso*:<sup>47</sup>

La justicia (*dikaia*) [...] solo se tiene en consideración en una relación entre iguales en fuerza [*apo tis isis anankis*]; pero los poderosos (*dinatá*) hacen todo lo que está en su poder y a los débiles no les queda otra opción que aceptarlo.

Aunque las potencias coloniales derrotadas en la I Guerra Mundial terminaron siendo aceptadas en la SDN,<sup>48</sup> no tardaron en ser expulsadas en el *crescendo* de hostilidades que condujo a la II Guerra Mundial. Esto no podía ser de otra manera y, en última instancia, pone de manifiesto la invalidez analítica de las categorías del derecho internacional público entre sistemas de Estados para resolver los conflictos entre regiones, bloques y élites, desde el momento en que se dan dentro del desarrollo político e institucional de un mercado mundial bajo formas coloniales, imperialistas o de dominación entre centros, semiperiferias y periferias, en correspondencia con las fases históricas del desarrollo del mercado mundial capitalista desde el siglo XVII.

En consecuencia, ni la SDN ni la ONU (la continuadora tras la II Guerra Mundial), han podido refutar con sus actuaciones las viejas observaciones de Tucídides y Spinoza. Este último no aplicó su estudio a las relaciones internacionales, pero consideraba una proposición de validez absoluta que también los estados [*imperia*] tienen «tanto derecho como potencia». Ambas organizaciones internacionales (SDN y ONU) nacieron bajo las condiciones de los vencedores de las dos guerras mundiales. Y en el contraste entre la *isonomía* (mismo derecho) y la *alocracia* (diferencia de poder) de sus miembros reside su incapacidad para cumplir los objetivos de paz y seguridad. Ello deriva en el recurso a la guerra como última instancia, bajo las normas perentorias del derecho internacional humanitario que definen la «guerra justa» y que vamos a considerar más abajo.<sup>49</sup>

---

47 Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, texto inglés y griego en <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.01.0199%3Abook%3D5%3Achapter%3D89%3Asection%3D1>

48 Austria en 1920, Alemania en 1926, y la URSS en 1934.

49 El conflicto de Palestina ilustra a la perfección la escasa valencia de la distinción (jurídica) entre agresor y agredido. Es más, en ningún otro caso como ese la práctica



En definitiva, la SDN estaba condenada a fracasar (y la incorporación alemana y soviética no cambió mucho las cosas) debido a las condiciones humillantes que el Tratado de Versalles impuso a Alemania, a la consideración del naciente poder soviético (la URSS se crea en 1922) como estado criminal, y a que las decisiones vinculantes del Consejo de la SDN habían de tomarse por unanimidad.<sup>50</sup> En consecuencia, la SDN no pudo impedir la ocupación francesa del Ruhr entre 1923 y 1925 (el Tratado de Versalles facultaba a Francia para hacerlo en caso de impago de las indemnizaciones de guerra alemanas); dio la razón a la Italia fascista en su conflicto con Grecia por la isla de Corfú (con Albania como Estado pivote); fue incapaz de parar los pies al imperialismo japonés en Manchuria (que consolidó su avanzada en China y abandonó la SDN en 1933); y tampoco pudo evitar la invasión italiana de Abisinia en 1935 (que se saldó, a su vez, con la salida de Italia de la Sociedad en diciembre de 1937). La SDN se cubriría finalmente de oprobio por su comportamiento en los años que conducen a la II Guerra Mundial: con la Guerra Civil española, la guerra chino-japonesa en 1937, la anexión alemana de los Sudetes en 1938, o la invasión soviética de Finlandia en 1939.

Suele aducirse que ese fracaso se debió a factores que podían haberse evitado, como (1) la decisión del Congreso estadounidense de no adherirse a la Sociedad (a pesar de que esta había heredado el espíritu de los 14 puntos del presidente Woodrow Wilson);<sup>51</sup> (2) el hecho de que no dispusiera de una fuerza armada propia; (3) debido a que no prosperaran propuestas fundamentales, como el Protocolo de Ginebra de 1924, que habría establecido el arbitraje obligatorio en las disputas entre estados, y que preveía la creación de una Corte Internacional de Justicia; (4) o el fracaso de la Conferencia de Desarme de 1932-1934, que no pudo hacer nada para impedir o retrasar el rearme de las potencias que luego formarían el Eje nazi-fascista en la II

---

real del *imperium* ha destruido el valor vinculante y cualquier resquicio de ética del derecho internacional.

50 En ese sentido, la ONU es menos democrática porque existe el derecho de veto de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

51 En particular el último de ellos: «Debe formarse una asociación general de naciones conforme a pactos concretos, con el objeto de ofrecer garantías mutuas de independencia política y de integridad territorial a los estados grandes y pequeños por igual».

Guerra Mundial. Pero esos supuestos no resisten la prueba de los hechos. Y el principal de ellos es que la fundación de la ONU en 1945 tuvo lugar después de la peor guerra que la humanidad haya soportado en toda su historia, en la que los horrores que resquebrajaron las pretensiones de la civilización eurocéntrica en la I Guerra Mundial se multiplicaron hasta lo indecible: hasta la Shoah, hasta Hiroshima y Nagasaki, y hasta los más de 23 millones de personas que perdieron la vida en la URSS para impedir que el Tercer Reich aniquilara al resto de su población, conquistara Eurasia y dominara el orbe entero.

La ONU ha contribuido a evitar que durante siete décadas se produjera una guerra abierta entre grandes potencias, pero, como en el caso de la SDN, difícilmente podemos atribuir ese efecto a la constitución misma de la organización y a su estructura de gobierno.<sup>52</sup> En este punto, el problema no consiste en que la constitución jurídica de la ONU responda a un modelo mixto, que reúna la primacía de la norma universal (que pone límites al ejercicio de la soberanía de los estados nación) con el realismo jurídico que se refleja en la composición y las facultades del Consejo de seguridad (cuyos miembros permanentes —las potencias vencedoras de la II Guerra Mundial, China incluida— tienen derecho de veto sobre las resoluciones del Consejo). Esta facultad de los miembros permanentes del Consejo hace que la institución fundamental surgida de la ONU y que responde a la inspiración kelseniana, la Corte Penal Internacional, vea impedida su actuación independiente y, por lo tanto, no desempeñe el papel de institución suprema cuyas sentencias sean vinculantes. No pudo ser: a pesar de que Hans Kelsen expondría un año antes del fin de la guerra (es decir, antes de Hiroshima y Nagasaki), y antes también de que se conocieran las dimensiones de los genocidios nazis y del precio pagado por la población de la URSS, en su trabajo *Peace through law* [Paz mediante el derecho]<sup>53</sup> que:

La guerra es un asesinato de masas, la mayor desgracia para nuestra cultura, y asegurar la paz mundial es nuestra principal tarea política, una

---

52 La filosofía alocrática o jerárquica, tanto de la SDN como de la ONU, se refleja en su estructura: en ambas, el Consejo está ocupado por las potencias vencedoras de la guerra más los miembros no permanentes elegidos por una Asamblea General.

53 Hans Kelsen, *Peace Through Law*, University of North Carolina Press, NC, 1944 (la traducción es nuestra).

tarea mucho más importante que la decisión entre democracia y autocracia, o entre capitalismo y socialismo; no hay progreso social esencial posible mientras no se cree una organización internacional en la que la guerra entre las naciones de la tierra se impida efectivamente.<sup>54</sup>

La ONU tendría que haberse constituido con una arquitectura jurídico-política distinta a la que finalmente tuvo para garantizar la paz de forma efectiva. Debería haber sido una organización basada en la definición de Kelsen:

Una fuerza de policía internacional [que] solo es efectiva si se basa en la obligación de los estados miembros de desarmarse o de limitar radicalmente su propio armamento, de tal suerte que solo la Liga está facultada para mantener una fuerza armada con una potencia considerable. Una fuerza de policía es «internacional» solo en lo que atañe a su base legal, el tratado internacional. Sin embargo, es «nacional» respecto a su grado de centralización, ya que una Liga con un poder ejecutivo centralizado ya no es una confederación internacional de estados, sino un Estado en sí mismo.<sup>55</sup>

Sin embargo, como sabemos, el «dogma de la soberanía» (como lo llamó el propio Kelsen) se impuso y dio sus frutos. Pero no lo hizo por una mera cuestión de opciones ideológicas, sino porque el *imperium* del sistema de Estados que sale de la II Guerra Mundial<sup>56</sup> impuso el reparto de zonas de influencia y la realidad de lo que ya en 1948 se determinó como una Guerra Fría controlada mediante la doctrina de la disuasión nuclear. El equilibrio del terror es lo que garantizó, en tales condiciones, que no hubiera otra guerra mundial, es decir, garantizó que la guerra como continuación de la política de los bloques por otros medios se diseminara a lo largo del planeta como una serie de *proxy wars*, o guerras subsidiarias, o por delegación: Corea, Canal de Suez, Vietnam, Centroamérica, Angola, Afganistán, entre tantas otras.

El patrón que domina el periodo gira en torno a la dirección política de los estados y gobiernos surgidos del gran proceso de descolonización tras la II Guerra Mundial. Si la

---

54 *Peace Through Law*, p. 7.

55 *Ibid.*, p. 19.

56 Su articulación se inicia con la Declaración de Londres de junio de 1941 y continúa con la Conferencia de Yalta en febrero de 1945, que llamó a la creación de la Conferencia de Naciones Unidas en San Francisco, que tendría lugar en abril de 1945.

guerra en el continente europeo o en las vecindades de una de las dos superpotencias estaba prohibida (porque se consideraba equivalente a un ataque directo), no sucedía lo mismo con las guerras periféricas del llamado Tercer Mundo o, a partir de 1955, entre los miembros pertenecientes al Movimiento de Países No Alineados.<sup>57</sup>

### Guerras humanitarias

Ahora bien, ¿cambió algo cuando el llamado bloque soviético se derrumbó entre 1989 y 1991? ¿Acaso el fin de la dinámica de bloques y de la amenaza de una nueva guerra mundial permitió un respiro y, en ausencia de rivales del hegemon absoluto estadounidense, facilitó la adecuación entre el derecho internacional y el ejercicio efectivo del *imperium* en el planeta? Así lo quisieron ver los comentaristas occidentales de entonces. La Carta de París para una nueva Europa de noviembre de 1990, que reunió a casi todos los gobiernos europeos (junto a la URSS, Estados Unidos y Canadá), dio origen a la Organización para la Cooperación y la Seguridad en Europa (OCSE), y pareció anunciar no solo un proceso de desarme, sino también una homogeneización de los sistemas políticos y jurídicos euroasiáticos; con arreglo al Estado de derecho, la libertad de mercado y el multilateralismo.

Pero no podemos analizar las narraciones desde un punto de vista meramente formal o atendiendo solo a sus valores de verdad, sino que tenemos que considerarlas dentro de sus dispositivos prácticos, porque las narraciones responden siempre a agentes de enunciación y a sus agenciamientos o ensamblajes institucionales, mediáticos o militares. En efecto, es el mercado mundial de la hegemonía estadounidense y del régimen neoliberal el que denuncia —como capitalista colectivo— el discurso sobre la homogeneización jurídica, económica y política

---

57 Cuando la Corte Penal Internacional condenó a Estados Unidos (EE. UU.), por el apoyo a las acciones armadas de la Contra contra el gobierno sandinista en Nicaragua en 1986, EE. UU. se retiró del procedimiento e impidió que el Consejo de Seguridad de la ONU hiciera efectivo cualquier tipo de compensación a Nicaragua. En el caso de la invasión soviética de Afganistán 1979, la ONU presidida por el exnazi Kurt Waldheim no reaccionó hasta 1981, con la designación de Javier Pérez de Cuéllar como enviado especial. La doctrina de la «soberanía limitada» no fue solo un atributo de la dirección soviética cuando invadió Hungría en 1956 y Checoslovaquia en 1968, sino que Estados Unidos la practicó igualmente en Cuba en 1961, en República Dominicana en 1965, Granada en 1983 y Panamá en 1989.

del mundo tras la «anomalía» de la existencia de la URSS y de su subsistema de estados. Comienza así un proceso general de codificación proactiva de los cambios políticos en el mundo. Aquello que, considerado desde la larga duración de los siglos XIX y XX, aparece como una profunda «contrarrevolución neoliberal», se presentó entonces como la realización, no exenta de «obstáculos», de un *imperium* global finalmente democrático. Si no tenemos en cuenta este proceso general de codificación y homogeneización que, con notables cambios, domina la escena mundial desde 1991, no podremos entender la correspondencia profunda entre el proceso de ampliación de la UE desde el Acta Única de 1992 (y la expansión hacia el Este de la OTAN), con la integración en el mercado mundial del antiguo bloque soviético, y con los altibajos de las relaciones entre Rusia y el mundo atlántico desde 1999 hasta hoy.

Las incertidumbres sobre los efectos de la nueva enunciación del capitalismo colectivo occidental en boca de su hegemon estadounidense no tardaron en despejarse, y el viejo eslogan de la «paz mediante la fuerza» volvió a desplegarse con todo su cinismo. En el periodo final de la presidencia Reagan, la doctrina militar del hegemon estadounidense (que no había contemplado un desplome tan vertiginoso del bloque soviético) se condensó en el documento de la Comisión sobre estrategia integrada a largo plazo de 1988.<sup>58</sup> El enfrentamiento con la URSS seguía siendo el centro de atención («en los próximos 25 años»), pero ya se apuntaba a China y Japón como grandes potencias «en las dos próximas décadas». Lo interesante es que no se trata de un texto retórico con referencias a los grandes valores encarnados por Estados Unidos, sino de un diagnóstico escrito en un periodo que se adivinaba nuevo, pero del que se desconocían los vértices singulares de conflicto. En este sentido, abunda en la consideración estratégica de los puntos neurálgicos del Golfo Pérsico (Irán), la Península Arábiga, Levante y el Pacífico, y en la insistencia de apoyar militarmente a todos los movimientos anticomunistas en el llamado Tercer Mundo. Pero al texto no se le escapa que la URSS podría dejar de ser el *leitmotiv* de la doctrina de seguridad

---

58 *The Commission on Integrated Long-Term Strategy*, controlada por los grandes nombres del último periodo de la Guerra Fría: Albert Wohlstetter (que tanto influiría en los sucesivos *neocons*), Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski.

y, por lo tanto, de la movilización de recursos para el «complejo militar industrial» tal y como lo denominó el presidente Dwight Eisenhower.<sup>59</sup>

No por casualidad, aparece entonces la expresión que luego cobraría, con el fin de la URSS, una importancia central: estados canalla (*rogue states*). Estados agresores, partículas peligrosas en un mundo en el que, por primera vez, aparecía en el horizonte la plena vigencia del derecho internacional, la realización última de las finalidades del derecho mediante un *imperium* global democrático, el «final de la historia» de Francis Fukuyama:<sup>60</sup> democracias liberales y derechos humanos.

Quiso la historia —o sus caprichos— que el mismo día que el presidente Bush presentaba la «nueva estrategia regional» en Aspen, Colorado, Irak invadiera Kuwait (el 2 de agosto de 1990).<sup>61</sup> El régimen de Saddam Hussein era aliado y había sido respaldado militar y financieramente por Estados Unidos en su guerra de desgaste con Irán (1980-1988), pero estaba completamente arruinado y era incapaz de asumir sus obligaciones financieras internacionales. El resto de la historia es conocido, pero sería un error pasarlo por alto: la Guerra del Golfo es la gran ocasión de la potencia vencedora de la Guerra Fría (pero fiscalmente arruinada y asfixiada por el peso de su complejo militar-industrial, y por décadas de ataques a las instituciones del largo New Deal construido entre las presidencias de Franklin D. Roosevelt y Lyndon B. Johnson) para reanudar una nueva secuencia de afirmación hegemónica/imperial en la renovada crisis del sistema-mundo.

Así nace el Imperio de los Derechos Humanos, en un mundo profundamente desequilibrado que no va a dejar de ofrecer motivos para la transformación de la Alianza Atlántica en un nuevo club de defensa del «mundo libre» contra estados canalla y «residuos del totalitarismo» esparcidos por el planeta (incluida

---

59 Colin Powell, entonces presidente del Estado Mayor Conjunto, se enfrentó entonces a las presiones que desde el Congreso querían reducir y reestructurar el presupuesto militar estadounidense.

60 Véase Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, traducción de P. Elías, Planeta, Barcelona, 1992.

61 El Irak de Saddam Hussein mantenía una guerra económica con su vecino Kuwait debido al exceso de producción de petróleo de este último (que reducía los precios y, por consiguiente, los ingresos del gobierno iraquí), y por la propiedad del campo petrolífero fronterizo de Rumaila que, según Irak, Kuwait explotaba ilegalmente.

China, que en junio de 1989 había aplastado militarmente la revuelta democrática de la Plaza de Tiananmen).

A este respecto, es importante reseñar las fuertes correspondencias entre este periodo de «guerras humanitarias y por los derechos humanos» y el ciclo de liberalización financiera o de globalización neoliberal «ascendente» que tiene lugar en el sistema-mundo más o menos a la vez, si consideramos los diez años comprendidos entre la llamada primera crisis del postfordismo de 1990-1991 en Estados Unidos (que en Europa tendrá su correspondencia entre 1992-1994) y el estallido de la «burbuja punto.com» de 2000-2001. Desde el punto de vista de los conflictos bélicos y las alianzas militares, este es el periodo álgido de lo que John Mearsheimer denominará «La gran ilusión liberal (progre)» en su choque creciente con las realidades internacionales de la Posguerra Fría. En dicho marco ideológico, la consigna de liberalización es proclamada al unísono (como una suerte de producción industrial de realidad dominante) por gobiernos y corporaciones, politólogos y economistas, bancos centrales y privados, y el FMI y el Banco Mundial, estos últimos ya prácticamente purgados de todo rastro de keynesianismo.<sup>62</sup>

El «conflicto humanitario» por antonomasia de los años 90 fue la guerra en la República Federativa Socialista de Yugoslavia (RFSY) durante toda la década. Las crónicas atribuyen la crisis que llevó a su disolución, a la guerra entre las federaciones (convertidas en estados nación de base étnica), al peso del nacionalismo panserbio y a las dinámicas reactivas del resto de nacionalidades. Poco se tiene en cuenta que la RFSY ya era por entonces otra víctima de los programas de ajuste estructural del FMI y que, a comienzos de la década de 1980, su deuda interna se acercaba a los 40 mil millones de dólares, con importantes tasas de paro (sobre todo de la juventud) y crecimiento negativo en algunos ejercicios anuales. Llegó un momento en que la supervivencia financiera dependía de los miles de millones procedentes de las remesas de la fuerza de trabajo cualificada que trabajaba en grandes obras repartidas por todo el mundo. Y no es casual que, en octubre de 1989, el primer ministro yugoslavo Ante Markovic se encontrara

---

62 El infausto Michel Camdessus y el exdirectivo de JP Morgan, Lewis Thompson Preston, serán director y presidente respectivamente en estos años decisivos.

con el presidente George H. W. Bush para negociar un rescate de la economía yugoslava a través de un nuevo acuerdo con el FMI. Aquella operación, que incluyó una devaluación salarial y monetaria, la reducción brutal del gasto público y la privatización de las importantes empresas autogestionadas (elemento decisivo y diferencial del socialismo real yugoslavo) terminó de destruir las bases económicas y políticas de la federación. Dos años después, la guerra había estallado y, tras la primera guerra del Golfo, una ONU desequilibrada por el desplome de la URSS, y una China aún incapaz de hacer valer su peso en el Consejo de Seguridad, no pudieron impedir las limpiezas étnicas en el país. Este es el periodo dorado de la OTAN humanitaria, de descollante superioridad en máquinas de guerra, comenzando con la operación Deliberate Force a raíz de las masacres de Srebrenica y Sarajevo, en julio y agosto de 1995 respectivamente. El fracaso de las guerras humanitarias de los años noventa, con la carnicería balcánica como epítome, dará paso a una nueva narración de la cruzada por la democracia: la guerra justa.

### La guerra justa

Debemos detenernos especialmente en las argumentaciones políticas que, vinculadas a razonamientos jurídicos amparados en el derecho internacional, y desde posiciones de izquierda y de defensa de los derechos humanos, justifican el esfuerzo de guerra ucraniano contra la invasión rusa calificándolo como «guerra justa». No deja de resultar sorprendente comprobar el recurso de algunas de esas posiciones al Derecho Público Internacional, a la teología, a la arquitectura de la moral pública (estudiada por Cicerón en *De officiis*),<sup>63</sup> y a las instituciones de la polis bien gobernada (que Aristóteles analiza en su *Política*).<sup>64</sup>

Esto no quiere decir que el argumento de la «guerra justa» sea ajeno a la tradición del movimiento socialista y comunista. Ya en 1936, Erich Wollenberg analizaba la cuestión en «Las guerras justas a la luz del marxismo».<sup>65</sup> En su opinión, el tema de la

---

63 Marco Tulio Cicerón, *De los deberes*, traducción de José Guillén Cabañero, Alianza, Madrid, 2006.

64 Aristóteles, *Política*, traducción de Manuela García Valdés, Gredos, Madrid, 1988.

65 Disidente comunista alemán. (1892-1973). Véase Erich Wollenberg, «Just War in the Light of Marxism», *New International*, Vol. 3, núm.1, febrero de 1936 (la traducción es nuestra). Versión digital en <https://www.marxists.org/history/etol/newspape/ni/vol03/>



«guerra justa» no puede plantearse al margen del periodo y del análisis concreto de la situación concreta considerada. Y desde su punto de vista, que es el del marxismo ortodoxo de la III Internacional (y, a este respecto, también el de las IVs Internacionales) la principal distinción es que en el periodo ascendente de la burguesía, durante el siglo XIX, las guerras de liberación nacional del yugo de los imperios, aquellas revoluciones burguesas «cuyo contenido, además de la abolición del feudalismo (emancipación del campesinado, nuevas jurisprudencias, cambios institucionales, transformación del estado), consistía precisamente en la *formación de grandes estados nacionales*» eran definitivamente legítimas. Pero en el siglo XX ya no cabe una revolución burguesa, sino una revolución socialista que lleve a cabo las tareas democráticas que la burguesía será en lo sucesivo incapaz de acometer (porque se ha convertido en una clase mundial reaccionaria, que atisba en toda revolución el peligro de que la clase obrera lidere al proletariado y al campesinado pobre, para derrocar el poder de los propietarios del capital).<sup>66</sup> Este recordatorio de que también en la tradición leninista se adopta, modificándolo, el argumento de las guerras justas, nos parece muy importante, porque ayuda a entender la repetición de los mismos argumentos, a día de hoy, en lo que atañe a la definición del esfuerzo de guerra del gobierno de Volodímir Zelenski como «guerra justa». En efecto, el propio Lenin se encarga de aclarar el contenido de la variación bolchevique sobre el tema en un texto publicado en septiembre de 1916, en mitad de la I Guerra Mundial y antes de la Revolución de Febrero de 1917, «El programa militar de la revolución proletaria».<sup>67</sup> Para Lenin, las guerras nacionales, al igual que los nacionalismos, no son de suyo negativas, sino que ello depende de su contenido emancipador. Del mismo modo que no se puede comparar el nacionalismo de las grandes potencias imperialistas

---

no01/wollenberg.htm

66 Para Wollenberg «el carácter de una guerra conducida por un Estado tiene que ser determinado por los marxistas con arreglo a la política de la *clase dominante* en ese estado».

67 Vladimir Ilich Lenin, «El programa militar de la revolución proletaria». Publicado por vez primera en septiembre y octubre de 1917, en los núm. 9 y 10 de *Jugend-Internationale*. En ruso se publicó por vez primera en 1929, en las ediciones 2 y 3, tomo XIX, de las *Obras Completas de V. I. Lenin.*, versión electrónica en <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/1916mil.htm>

con el nacionalismo de los pueblos y naciones sin Estado, o de las grandes naciones colonizadas, la guerra nacional es justa y legítima:

Una de las características esenciales del imperialismo consiste, precisamente, en que acelera el desarrollo del capitalismo en los países más atrasados, ampliando y recrudesciendo así la lucha contra la opresión nacional. Esto es un hecho. Y de él se deduce inevitablemente que en muchos casos el imperialismo tiene que engendrar guerras nacionales. Junius, que en un folleto suyo defiende las «tesis» arriba mencionadas, dice que en la época imperialista toda guerra nacional contra una de las grandes potencias imperialistas conduce a la intervención de otra gran potencia, también imperialista, que compite con la primera, y que, de este modo, toda guerra nacional se convierte en guerra imperialista. Mas también este argumento es falso. Eso puede suceder, pero no siempre es así. Muchas guerras coloniales, entre 1900 y 1914, no siguieron este camino. [...] Negar toda posibilidad de guerras nacionales bajo el imperialismo es teóricamente falso, erróneo a todas luces desde el punto de vista histórico, y equivalente, en la práctica, al chovinismo europeo. ¿Nosotros, que pertenecemos a naciones que oprimen a centenares de millones de personas en Europa, en África, en Asia, tenemos que decir a los pueblos oprimidos que su guerra contra «nuestras» naciones es «imposible»?

Lenin tendría ocasión de comprobar en la práctica la realidad intratable de esas dimensiones superpuestas con motivo de la guerra de independencia de Ucrania entre 1917 y 1921, y que trataremos en el segundo capítulo. Pero en su largo artículo, aparte de una variación sobre el argumento de las guerras justas, hay toda una concepción política de la guerra y de su relación con la lucha de clases. Citando explícitamente el lema de Clausewitz sobre la guerra como continuación de la política por otros medios, Lenin expresa a las claras que la revolución socialista solo puede ser el resultado victorioso de la guerra civil dentro de cada país:

En segundo lugar, las guerras civiles también son guerras. Quien admite la lucha de clases no puede por menos que admitir las guerras civiles, que en toda sociedad de clases representan la continuación, el desarrollo y el recrudescimiento —naturales y en determinadas circunstancias inevitables— de la lucha de clases. Todas las grandes revoluciones lo confirman. Negar las guerras civiles u olvidarlas sería caer en un oportunismo extremo y renegar de la revolución socialista. En tercer lugar, el socialismo triunfante en un país no excluye en modo alguno, de golpe, todas las gue-

rras en general. Al contrario, las presupone. El desarrollo del capitalismo sigue un curso extraordinariamente desigual en los diversos países. No puede ser de otro modo bajo el régimen de producción de mercancías. De ahí la conclusión indiscutible de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente en todos los países. Triunfará en uno o en varios países, mientras los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, países burgueses o preburgueses. Esto no solo habrá de provocar rozamientos, sino incluso la tendencia directa de la burguesía de los demás países a aplastar al proletariado triunfante del Estado socialista. En tales casos, la guerra sería, por nuestra parte, una guerra legítima y justa. Sería una guerra por el socialismo, por liberar a los otros pueblos de la burguesía. Engels tenía completa razón cuando, en su carta a Kautsky del 12 de septiembre de 1882, reconocía directamente la posibilidad de «guerras defensivas» del socialismo ya triunfante. Se refería precisamente a la defensa del proletariado triunfante contra la burguesía de los demás países.<sup>68</sup>

Sería de una extrema vulgaridad y mala fe considerar aquí que Lenin, o los bolcheviques, o las y los comunistas de las III y IV Internacionales, son responsables de una concepción bélica de la política que, a su vez, explicaría la violencia y el terror que jalonan la historia mundial hasta hoy, en nombre tanto del proyecto de revolución mundial bolchevique como de la lucha contra las democracias liberales y dictaduras fascistas que combaten su existencia y expansión. Un cierto antileninismo ideológico olvidada que, cuando Marx y Engels analizaron la experiencia de la Comuna de París, a su panfleto lo titularon *La guerra civil en Francia*. Por el contrario, lo riguroso pasa por comprobar que, desde las revoluciones inglesa y francesa en adelante, el poder constituyente democrático —es decir, el poder constituyente que tiene en las variadas composiciones históricas de la multitud su centro de imputación subjetiva— solo ha podido expresarse mediante la violencia revolucionaria en respuesta a la violencia reaccionaria anterior desplegada por los poderes constituidos. Y que el acontecimiento revolucionario y la desmesura del poder constituyente democrático (respecto a los objetivos de las clases burguesas ascendentes) no tardaron en producir una síntesis que desde el siglo XIX activará grados crecientes de violencia reaccionaria, concomitantes en los Estados nación esclavistas y coloniales (Francia, Prusia, Inglaterra), que aplicarán sobre las

---

68 *Ibid.*

«clases peligrosas» el mismo tipo de violencia desplegada en las colonias. Cuando la Convención Nacional francesa abolió la esclavitud en Francia y en las colonias entre 1793 y 1795, la reacción napoleónica tuvo en los plantadores blancos haitianos el máximo apoyo, puesto que el objetivo era la restauración de la esclavitud. La intervención de españoles, británicos, y luego estadounidenses, no modificó este objetivo central, que redujo en un tercio la población negra del país.<sup>69</sup>

El siempre fascinante reaccionario extremeño Juan Donoso Cortés tiene la virtud de cargar sus juicios extremistas sobre la realidad política del Reino de España a mediados del siglo XIX con las auténticas pasiones del contexto europeo de su tiempo, como demuestra ejemplarmente su «Discurso sobre la dictadura»,<sup>70</sup> pronunciado el 4 de enero de 1849 en el Congreso español de la monarquía isabelina, pocos meses después del estallido revolucionario europeo de 1848:

Pues esos son, señores, en casi toda Europa los gobiernos constitucionales; sin pensarlo, sin saberlo el señor Cortina, nos lo demostró el otro día. ¿No nos decía Vuestra Señoría que prefiere, y con razón, lo que dice la historia a lo que dicen las teorías? A la historia apelo. ¿Qué son, señor Cortina, esos gobiernos con sus mayorías legítimas, vencidas siempre por las minorías turbulentas, con sus ministros responsables que de nada responden, con sus reyes inviolables siempre violados? Así, señores, la cuestión, como he dicho antes, no está entre la libertad y la dictadura; si estuviera entre la libertad y la dictadura, yo votaría por la libertad, como todos los que nos sentamos aquí. Pero la cuestión es esta, y concluyo: se trata de escoger entre la dictadura de la insurrección y la dictadura del Gobierno. Puesto en este caso yo escojo la dictadura del Gobierno, como menos pesada y menos afrentosa; se trata de escoger entre la dictadura que viene de abajo y la dictadura que viene de arriba; yo escojo lo que viene de arriba, porque viene de regiones más limpias y serenas; se trata de escoger, por último, entre la dictadura del puñal y la dictadura del sable; yo escojo la dictadura del sable, porque es más noble.

«Noble», aquí, no indica solo una elección estilística de Donoso Cortés, sino que apunta a aquello que para el historiador Arno Mayer es clave en la lectura de la modernidad europea hasta nuestros días: la necesidad existencial de acabar con la

---

69 C. L. R. James, *Los Jacobinos Negros*, Katakarak, Iruñea-Pamplona, 2022.

70 Juan Donoso Cortés, «Discurso sobre la dictadura», pronunciado en el Congreso de Diputados [https://es.wikisource.org/wiki/Discurso\\_sobre\\_la\\_dictadura](https://es.wikisource.org/wiki/Discurso_sobre_la_dictadura)

autonomía política de la multitud de las clases obreras, proletarias y populares convierte la creciente hegemonía burguesa y la soberanía democrática en una dialéctica de recomposición con el Antiguo Régimen, es decir, con las élites militares, judiciales, eclesiásticas y grandes propietarias de suelo.<sup>71</sup> Donoso tiene la virtud de explicitar (y al mismo tiempo convertir) el *pathos* reaccionario (y la reafirmación de la compatibilidad entre el industrialismo y el extractivismo colonial y rentista) en una pulsión extrema. Y lo hace sobre la base de la afirmación del principio de la violencia fundadora y conservadora del poder de clase, del carácter inmediatamente teológico-político del poder de mando del Estado. Ello llevará a Carl Schmitt a considerarle uno de los padres de la soberanía moderna, basada en la capacidad de declarar el estado de excepción en un campo político en el que solo es válida la distinción entre amigo y enemigo.<sup>72</sup> Es el mismo espíritu con el que la III República francesa de Adolphe Thiers, nacida de la derrota ante la Alemania bismarckiana, no quiso excluir de la constitución material y formal a orleanistas y legitimistas, porque el enemigo existencial era la Comuna de París, proclamada casi al mismo tiempo que la República. La ferocidad de la represión contra los *communards*, y la condena de su memoria, forman parte de ese lento metabolismo de la violencia del capitalismo realmente existente, que procede a partir de cristalizaciones sucesivas de máquinas de guerra ensambladas en aparatos de captura/policiales de los estados constitucionales coloniales.

El realismo de Lenin se basa en esa realidad y, más de un siglo después, este punto de vista del materialismo histórico ha tenido que enfrentarse a un problema que un Engels aún optimista (y sumamente influido por la realidad de las luchas de las clases subalternas en la Inglaterra de finales de siglo, y por el progreso electoral y sindical de la socialdemocracia alemana) consideraba resuelto. Es decir, que la guerra civil no era necesariamente inevitable. En su polémica con el socialista antisemita Eugen Dühring dice, en el apartado sobre la «Teoría de la violencia»:

---

71 Véase Arno Mayer, traducción de Fernando Santos Fontenla, *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza Editorial, Madrid, 1994.

72 Véase Donoso Cortés, *Carl Schmitt, Interpretación europea*, Rialp, Madrid, 1963.

En esta atmósfera política y jurídica adecuada a ella [la violencia], esa situación económica se ha desarrollado brillantemente, tan brillantemente que la burguesía no está ya muy lejos de la posición que ocupaba la nobleza en 1789: la burguesía se está haciendo progresivamente no solo socialmente superflua, sino un verdadero obstáculo social. Cada vez se separa más de la actividad productiva y se convierte, como en su tiempo la nobleza, en una clase meramente dedicada a la percepción de rentas; y ha producido esa subversión de su propia posición y el nacimiento de una nueva clase, el proletariado, sin el arte de birlibirloque de la violencia, sino por vías puramente económicas. Aún más, la burguesía no ha querido en modo alguno ese resultado de su propio hacer y agitarse, sino que, por el contrario, ese resultado se ha impuesto con irresistible poder contra la voluntad y las intenciones de la burguesía. Sus propias fuerzas productivas han rebasado el alcance de su dirección y empujan a toda la sociedad burguesa, como con necesidad natural, hacia la ruina o la subversión. Y cuando los burgueses apelan ahora a la violencia y al poder [contra el proletariado] para evitar el hundimiento de la resquebrajada «situación económica», prueban exclusivamente que se encuentran en el mismo engaño que el señor Dühring, creyendo que «la situación política es la causa decisiva de la situación económica». Se imaginaron, exactamente igual que el señor Dühring, que con lo «primitivo», con «el poder político inmediato», pueden transformarse aquellos «hechos de segundo orden», la situación económica y su inevitable desarrollo, y que pueden desterrar sencillamente del mundo los efectos económicos de la máquina de vapor y de toda la moderna maquinaria movida por ella, los del comercio mundial y los del actual desarrollo bancario y crediticio, utilizando precisamente, para esa expulsión, cañones Krupp y fusiles Máuser.<sup>73</sup>

Versiones muy mejoradas de los cañones Krupp y de los fusiles Máuser (así como el empleo de las fuerzas productivas de la ciencia por parte de la empresa Bayer para la invención de armas químicas como el gas mostaza o el fosgeno) contribuyeron a hacer del ensamblaje entre máquinas de guerra y poderes de mando de los estados imperialistas algo que va más allá de las consideraciones de Clausewitz sobre las guerras napoleónicas: contribuyeron a cristalizar las variantes o resultantes fascistas con arreglo a las seis matrices fundamentales que analizaremos en el segundo capítulo. Desde entonces, hemos descubierto que la axiomática capitalista ha incorporado la matanza, la hambruna, el genocidio y el ecocidio como variables de shock de

---

73 En resumen: la burguesía considera que la misma violencia que usó para derribar el edificio en ruinas del Antiguo Régimen puede emplearla para aplastar a quienes se rebelen contra su carácter superfluo.

acumulación originaria de capital y, como veremos más adelante, ha introducido el fascismo como una especie de componente alternativamente latente o activo del capital fijo humano, de nuestros cerebros conectados y explotados en red. Y esto no puede dejar de tener consecuencias sobre la *necesidad* de la guerra civil o de la guerra de liberación nacional, sobre las que serían las «guerras justas» de las que escribe Lenin.

Vemos pues que la distinción entre agresor y agredido es válida desde el punto de vista del derecho internacional, pero fallida desde el punto de vista del funcionamiento real del *law enforcement* planetario. A pesar de todo, o precisamente por ello, el gradiente de apoyo a la política de guerra desde los sectores de izquierdas incluyen, al menos, tres orientaciones que apelan al pueblo ucraniano o ruso en abstracto, representados *in absentia* por Volodimir Zelenski o Vladimir Putin.

En primer lugar estaría la posición favorable a las sanciones diplomáticas, económicas y políticas contra Rusia, que en esta fase de la guerra ha sido arrinconada, y que enarbolan intelectuales como Jürgen Habermas. En segundo lugar, se sitúa la mayoritaria postura belicista favorable al envío de armas, al rearme de la UE, y al sostenimiento del esfuerzo de guerra sin matices, representada principalmente por sectores minoritarios de las fuerzas izquierdistas ucranianas y por la socialdemocracia europea, y que encarnarían grupos como *Sotsyalnyi Rukh* [Movimiento social] de Ucrania o intelectuales como Paul Mason. Y en tercer lugar, existe una corriente muy minoritaria que se alinea con el imperialismo ruso. Frente a estas tres líneas de abolición, se sitúa el internacionalismo antimilitarista, de largo recorrido histórico (los *wobblies* entre otros), que se enfrenta al reto de articular una agenda para alcanzar una paz constituyente en Europa.

### **Jürgen Habermas en el laberinto**

A sus 92 años, el que todavía es uno de los últimos teóricos de la Escuela de Frankfurt vivos no podía dejar de intervenir en la opinión pública alemana tras el *Zeitenwende* [punto de inflexión histórico] de la política exterior y comercial de su país hacia Rusia a raíz de la invasión de Ucrania.<sup>74</sup> Habermas siempre ha participado,

---

74 Y lo ha hecho frente a la mala conciencia de plumas como las de Dardot y Laval, o la

con su estilo compuesto de exposición de los marcos y términos racionales del debate, unido a un posicionamiento ético ilustrado y progresista, en los debates importantes en Alemania desde la década de 1960. Lo hizo cuando se produjo la irrupción del Sozialistischer Deutscher Studentenbund (SDS) [Liga Estudiantil Socialista Alemana] en la RFA ordoliberal y autoritaria de 1967, con la posterior formación de la llamada «Oposición Extraparlamentaria» (APO), para la cual acuñó la expresión poco cariñosa de «fascismo de izquierdas»; y también, aún en la RFA, en la «disputa de los historiadores» a mediados de la década de 1980 a propósito de la excepcionalidad o no del «episodio nazi» en la historia alemana, donde apuntó con el dedo a la tentativa revisionista de académicos como Ernst Nolte o Joachim Fest. Más tarde se pronunció sobre la reunificación, acuñando la expresión de «revolución recuperante» (*Nachholende Revolution*) como opción para una Alemania unida que integrara las conquistas sociales de la RDA; a cuenta de la I Guerra del Golfo, justificando la intervención de la coalición sancionada por la ONU en razón de la violación flagrante del derecho internacional por parte del régimen de Saddam Hussein; o, con el mismo argumento, para oponerse más de una década después a la invasión encabezada por el gobierno de Bush Jr., flanqueado por Tony Blair y José María Aznar, en contra de la voluntad de la Asamblea y del Consejo de Seguridad de la ONU.

Esta vez Habermas plantea lo que ha denominado como «dilema occidental», a raíz de la virulencia de las críticas del *establishment* político y mediático más atlantista contra la *Ostpolitik*, inaugurada por el gobierno de coalición socialdemócrata-liberal de Willy Brandt en 1969 y que, desde entonces, ha sido una invariante asumida por los gobiernos conservadores posteriores, desde Helmut Kohl a Angela Merkel. Ante la polémica mediática alemana por el envío de armas a Ucrania, el rearme del *Bundeswehr* y la posibilidad de intervención militar alemana en el conflicto, Habermas expresa en «Guerra e indignación»,<sup>75</sup> su:

---

del propio Étienne Balibar, que no han dudado en calificar la estrategia político-militar ucraniana de «guerra justa», y en acusar de «nostálgicos de la URSS» y de «amigos de Putin» a quienes señalan la responsabilidad de la Alianza Atlántica en la creación de un escenario hiperexplosivo durante lustros.

75 Artículo publicado el 28 de abril de 2022 en *Süddeutsche Zeitung*. La traducción es nuestra.



[...] Intranquilidad ante la seguridad en sí mismos con la que los acusadores moralmente indignados en Alemania salen a escena contra un gobierno federal introspectivo y reservado. [...] Toda vez que Occidente ha tomado la decisión de no intervenir en este conflicto como beligerante, hay un umbral de riesgo que impide un compromiso sin restricciones con el armamento de Ucrania. Ese umbral de riesgo ha vuelto a ocupar el centro de atención a raíz de la solidaridad desplegada por el gobierno alemán con nuestros aliados en la reunión en la base aérea de Ramstein, y por la reiterada amenaza del ministro de exteriores Sergei Lavrov de una escalada nuclear. Quienes ignoran ese umbral y continúan presionando, agresivamente y con seguridad en sí mismos, al canciller alemán para que lo cruce, o han pasado por alto o no comprenden el dilema en el que esta guerra ha sumido a Occidente [...] El dilema que obliga a Occidente a buscar un equilibrio lleno de riesgos entre dos extremos –una derrota de Ucrania o la escalada de un conflicto limitado a una III Guerra Mundial– se presenta perfectamente claro.

Para Habermas, está claro que ni se puede despreciar la amenaza del uso del arma nuclear en el conflicto ni, por miedo al arma nuclear, se puede abandonar a su suerte a Ucrania, lo que probablemente no sería sino un cheque en blanco para que el gobierno ruso hiciera lo mismo con Georgia o Moldavia. En ambos extremos de la prudencia (ante la amenaza nuclear y ante el entusiasmo moral de quienes apoyan el envío de armas a Ucrania para frustrar la invasión rusa, para derrotar políticamente a Putin en la escena internacional e, incluso, para desestabilizar a su régimen) Habermas ve un desajuste generacional entre quienes vivieron la Guerra Fría (y por lo tanto entendieron que, sin menoscabo alguno del compromiso atlántico y anticomunista de la RFA, una *Ostpolitik* de distensión y relaciones comerciales era la mejor vacuna contra una escalada nuclear) y las generaciones posteriores, que crecieron con las guerras humanitarias.<sup>76</sup> Estas últimas amalgaman su compromiso compasivo e indignado con la situación ucraniana, sintiéndose interpeladas en su responsabilidad histórica y moral ante los agresivos emplazamientos del presidente Zelenski, lo que se traduce en una disposición a la ayuda militar sin restricciones, con una conciencia poco clara de los riesgos indudables de una guerra de desgaste contra una

---

76 Caso de la Ministra de Exteriores Annalena Baerbock, y del vicescanciller Robert Habeck, ambos miembros de Alianza 90 / Los Verdes.

potencia nuclear invasora, de cuyos planes y posibles reacciones se tiene un conocimiento muy incompleto.

Habermas no ahorra comentarios críticos sobre la conversión de los antiguos pacifistas a la cruzada ucraniana, acompañada de una reactualización de los lugares comunes antisoviéticos unidos esta vez a la caracterización de Putin como un nuevo Hitler que esta vez invade Occidente desde el Este. Una confusión emocional que hace que se opongan a los principios «realistas» en las relaciones internacionales a partir de un idealismo que les lleva a situarse peligrosamente más allá del umbral a partir del cual una escalada se torna impredecible e incontrolable. Pero a Habermas tampoco se le escapa que, precisamente en este contexto, el rearme alemán y el abandono de los criterios de la *Ostpolitik* bien puede favorecer un reingreso de las posiciones imperialistas y agresivas de la derecha histórica alemana. Los sectores reaccionarios siempre se han opuesto a la *Ostpolitik* y no han desaprovechado ninguna ocasión para revisar la historia del país desde la unificación bismarckiana, y para cuestionar el resultado de la derrota nazi en la II Guerra Mundial en lo relativo al mandato constitucional sobre las funciones y el tamaño del *Bundeswehr*. Este es otro de los factores que llevan a la extrema prudencia y a la necesidad de un debate abierto y plural sobre el modo de apoyar a Ucrania ante una invasión contraria al derecho internacional, haciendo valer este respecto a las responsabilidades del gobierno ruso y, al mismo tiempo, evitando una militarización de las relaciones internacionales que supondría el final de las democracias pluralistas y deliberativas que Habermas defiende.

Hemos dado importancia a la intervención de Jürgen Habermas, no solo por el peso de su voz en el debate mediático europeo y alemán, sino también porque es un síntoma de que la guerra en Ucrania, y sus largos prolegómenos que arrancan en 2014, han inaugurado un horizonte de imprevisibilidad sin precedentes en el último medio siglo. Es una incertidumbre que no solo atañe a los riesgos de una escalada bélica que involucre directamente a otros países, como Moldavia y Georgia (o, directamente, a miembros de la OTAN como Polonia o los países bálticos) sino que, como veremos en el segundo capítulo, en tanto que guerra moderna introduce factores de aceleración y enorme

opacidad en los circuitos financieros, energéticos, alimentarios, comerciales, en la movilidad humana y en la evolución de los ecosistemas. Además, facilita las interacciones densas e imprevisibles entre esos planos, conforme a un cuadro hipercomplejo en el que hablar de «crisis» o de «crisis multifactorial» se torna insuficiente. Una voz, casi siempre moderada como la de Habermas, formula hoy el más radical e intratable de los dilemas del proyecto europeo.

### Paul Mason enajenado

La posición de Habermas ha sido sin embargo muy minoritaria. En líneas generales, la *intelligentsia* europea es partidaria de la intervención de la OTAN en la guerra en Ucrania, incluso con la ayuda de los funcionales enunciados leninistas que comentamos anteriormente. En este apartado, y representando a la esfera anglosajona, Paul Mason<sup>77</sup> se ha distinguido en su decidida apuesta por la intensificación del esfuerzo de guerra occidental, como medio para que triunfe la resistencia socialista y anarquista a la invasión rusa y, por si esto fuera poco, para con ello llegar incluso al derrocamiento popular de Putin, y a una posible revolución socialista en la Federación Rusa. No, no es una broma. El 18 de enero de 2022, menos de una semana antes del lanzamiento de la «operación especial» sobre suelo ucraniano, Mason afirmaba en *The New European*<sup>78</sup> que:

Partiendo de estos supuestos, socialistas como yo la vemos [a la OTAN] como una pieza valiosa de la arquitectura geopolítica: una forma realista de disuasión para un Putin que podría emplear tácticas de mano dura en Estonia, Grecia o Polonia, y una institución vital para el mantenimiento de la seguridad nacional británica. [...] El realismo estratégico dicta que Ucrania no puede unirse a la OTAN antes de que un levantamiento políti-

---

77 Paul Mason escribió hace unos años *Postcapitalismo*, traducción de Albino Santos Mosquera, Paidós, Buenos Aires, 2016, que entre otras cosas tenía la virtud de introducir al público británico, y en general anglosajón, algunos de los debates continentales sobre la crítica del capitalismo posfordista, y la crítica del socialismo, tanto «real» como socialdemócrata veterofordista. Su enfoque de la crítica al trabajo asalariado era de matriz operaísta y postoperaísta, así como respecto a las temáticas asociadas como la renta básica universal, individual e incondicional, o los comunes como nuevo modo de producción y no como atavismo precapitalista.

78 Véase Paul Mason, «The West can't win against Putin and Xi unless we renew ourselves», *The New European*, 22 de febrero de 2022, <https://www.theneweuropean.co.uk/paul-mason-on-putin-xi-as-russia-is-sanctioned/> (la traducción es nuestra).

co democrático barra al propio Putin [...] Sin embargo, puede convertirse en una democracia estable y transparente, abandonando las medidas represivas contra los opositores de izquierda y librándose de la corrupción crónica. Esos deberían ser los dos objetivos de Occidente que deberían perseguir activamente los movimientos renovadores, de izquierda y progresistas en la sociedad civil.

Esto escribía Mason poco antes de la invasión rusa. A las pocas semanas de la agresión, redoblaba el envite y perfeccionaba lo que ya podemos llamar la posición «atlantista revolucionaria» en un artículo titulado *Outlines of a marxist position*<sup>79</sup> y que tenemos que citar aquí porque expresa el opuesto simétrico del «realismo geopolítico» prorruso: «atlantismo» contra «tanquismo». En efecto, la pieza es una diatriba contra posiciones reales e imaginarias de la izquierda occidental, que Mason amalgama apresuradamente como «estalinismo». Apresurada y torticeramente, habría que añadir, puesto que bajo la categoría entran todos aquellos que piensan que hay una responsabilidad de la OTAN por el aumento de la tensión y el recrudecimiento de la guerra en el Donbás desde 2014:

De lo que se trata aquí es del estalinismo —y no solo de una lealtad residual a Rusia en tanto que antiguo Estado soviético, sino del estalinismo como un modo de pensar— compartido por nostálgicos de la época soviética de 60 años y por izquierdistas de 20 años que han ingerido el bebedizo del antihumanismo de Althusser y Foucault. [...] Una vez que se acepta que «la humanidad es un constructo social» y que «la historia es un proceso sin sujeto», uno puede mirar a los 1 500 civiles muertos en Mariupol y caracterizarlos como «neonazis»; uno puede mirar el desplazamiento de los países de Europa del Este hacia el ingreso en la OTAN en la década de 1990 y llamarlo «cerco»; uno puede clasificar a toda una nación de 41 millones de personas bajo la categoría de «marionetas de Occidente».

Es cierto, la prosa política del atlantismo de izquierdas anglosajón ha perdido muchos enteros desde los tiempos de George Orwell. Pero vayamos a las tesis de su artículo. En primer lugar, Mason afirma que Ucrania está librando una guerra de autodefensa contra una invasión criminal, lo cual es correcto, y que reconocerlo no implica apoyar los aspectos poco demo-

---

79 Véase Paul Mason, *Outlines of a Marxist Position*, 12 de marzo de 2022, en <https://paulmasonnews.medium.com/ukraine-outlines-of-a-marxist-position-8410859acfc7> (la traducción es nuestra).

cráticos del gobierno de Zelenski. En segundo lugar, afirma que hay una dimensión de conflicto interimperialista en esta guerra, puesto que a partir de 2010 emerge un «triimperialismo» en el mundo, donde junto a Estados Unidos y Rusia, China pasa a operar como potencia neocolonial. Y añade que, si solo se tratara de esto, tendría sentido la posición leninista de no elegir bandos en un conflicto interimperialista, pero:

Hay otra dimensión, que es la de un conflicto entre «dos dictaduras capitalistas militarizadas y el Occidente liberal-democrático. Tanto Putin como Xi han aplastado a la oposición interna, y al movimiento obrero independiente, han pisoteado el estado de derecho y han dirigido toda la fuerza del capitalismo de vigilancia hacia sus propias poblaciones. [...] No hay nada intrínseco al capitalismo que nos lleve a pensar que, de siempre y para siempre, seguirá siendo liberal democrático. Sin embargo, ahora mismo es lo que es. Además, aparte de las facciones de ultraderecha (Trump, Zemmour, Orban), *las élites políticas y económicas occidentales expresan una activa preferencia por o un apego al Estado de derecho, la ciencia, el proceso democrático y los derechos humanos universales.*

La cursiva es nuestra, sí. Porque cuesta entender la mezcla de voluntarismo extremo y de ostentosa mala fe con la que Mason quiere vincular nada menos que una posición revolucionaria socialista europea y mundial con el apoyo en los hechos a la escalada bélica completamente dominada por el comando político-militar de la OTAN que, a su vez es, con la excepción del aliado con privilegios francés, una extensión de la política exterior estadounidense. Para Mason, se trata de apoyar a la «izquierda, los sindicatos y las organizaciones de derechos humanos ucranianas», mientras «mantenemos nuestra oposición a los recortes presupuestarios, las leyes represivas, las legislaciones racistas sobre inmigración y refugio, y contra todo intento de utilizar la situación para imponer restricciones sobre las libertades civiles».

Por desgracia, Mason no pudo oponerse con suficiente fuerza a la ilegalización, una semana después, de 11 partidos políticos ucranianos hasta entonces legales, entre ellos varios partidos de izquierda: la Oposición de Izquierda, la Unión de Fuerzas de Izquierda, el Partido Socialista Progresista de Ucrania, el Partido Socialista de Ucrania y el Partido de los Socialistas. Otros, como el Partido Comunista de Ucrania, el Partido Comunista de Ucrania (renovado) y el Partido Comunista de Obreros

y Campesinos, ya habían sido ilegalizados en 2015 por parte del gobierno de Petró Poroschenko, el principal responsable político de la militarización y el rearme, así como de las políticas del nacionalismo ucraniano hostiles a la presencia lingüística, cultural y política rusa en el país.

En el caso de Mason, no estamos ante un arrebato político y emocional provocado por la crudeza y el cinismo de la invasión rusa, sino ante una apuesta política hecha y derecha, que se traduce en una asunción de responsabilidad, vigilancia y aliento del esfuerzo de guerra conjunto de la OTAN junto al gobierno y el estado mayor ucranianos. Llegando a los 100 días de la invasión, Mason se preocupaba<sup>80</sup> por el descenso de la atención y el interés de las opiniones públicas occidentales por el curso de la guerra, justo cuando tenía lugar la batalla calle a calle en la ciudad de Severodonetsk. Aquí el tono civilizatorio de Mason se torna aún más agudo:

En cada uno de estos planos, [la guerra naval y terrestre; la guerra de la información; la cuestión estratégica], la guerra pende de un hilo. No es un hecho aburrido: debería ser un hecho aterrador. *Significa que el destino de Occidente —al que no defino geográficamente, sino como una mentalidad [state of mind]— pende de un hilo.*

De nuevo la cursiva es nuestra. En el mismo artículo Mason ya había puesto de manifiesto su perspicacia afirmando que:

Por muy horrorizado que estés ante los resultados humanos de la guerra, *el pueblo ucraniano, por una mayoría aplastante*, quiere que le permitáis seguir combatiéndola.

Efectivamente, la cursiva tampoco es suya esta vez. No sabemos, porque no nos lo dice, cómo se pueden hacer y qué valor tienen los sondeos de opinión en un país completamente atravesado por la guerra, en el que un 30 % de la población tiene el ruso como lengua materna y, cuando el artículo fue escrito, con un 20 % de su territorio en manos del invasor.

El caso de Mason es extremo, pero interesante, porque expresa el umbral de transformación de una posición voluntarista

---

80 En otro artículo publicado en *The New Statesman*: «Western fatigue over Ukraine war risks handing victory to Putin», 1 de junio de 2022, . <https://www.newstatesman.com/world/europe/ukraine/2022/06/western-fatigue-over-ukraine-war-risks-handing-victory-to-putin> (la traducción es nuestra).

e ideológica sobre las virtudes emancipadoras de la guerra, en una posición de «izquierda civilizadora occidental». Dicho punto de vista político pretende que guerra, democracia, socialismo y emancipación pueden formar parte de un continuo, incluso bajo el comando unificado de la OTAN. Esto ha llevado a Mason a participar en una verdadera cruzada para la eliminación (de la esfera pública) de todas las voces discordantes con la narrativa sobre el conflicto promovida por la OTAN, el Pentágono y la Comisión Europea. Su aportación particular se ha centrado en meter en el mismo saco a medios y personalidades claramente alineados con las opiniones del Kremlin, junto con grupos políticos y podcasts contrarios a la guerra y al régimen de guerra que se está implantando en las relaciones internacionales, en la esfera mediática y en las políticas domésticas de los estados.<sup>81</sup>

### **La contradicción desgarradora de *Sotsyalnyi Rukh***

Ensamblada con la retórica militarista de Paul Mason, y con la inmensa mayoría de la *intelligentsia* y de la socialdemocracia europeas, se ubica la realidad concreta y corpórea de algunas de las minorías políticas, sindicales y activistas de la izquierda ucraniana. Estas fuerzas apoyan el esfuerzo de guerra de su gobierno y la intervención de la OTAN, convencidas de que la Rusia de Putin es el enemigo existencial que amenaza con la desaparición de la entidad nacional estatal ucraniana, y con la repetición de las historias de opresión por parte de la Gran Rusia.

En la polémica europea se han distinguido, sobre todo, los miembros del *Sotsyalnyi Rukh* [Movimiento social] ucraniano, una federación de grupos anticapitalistas y antiestalinistas que ha decidido tomar las armas para combatir a la invasión rusa, y que se ha mostrado ferozmente crítica con lo que han llamado la «izquierda occidental», y con su actitud ante la agresión rusa. Entre ellos ha destacado Taras Bilous, un sociólogo —además de

---

81 El grado de implicación de Mason en lo que podríamos denominar «operaciones encubiertas» se puso de manifiesto después de que *The Grayzone* (proyecto de comunicación, de filiaciones bastante ambiguas por lo demás, contra el que Mason intentó orquestar una campaña de calumnias y censura) filtrara una parte de sus intercambios con responsables de agencias de difamación mediática vinculadas a las inteligencias británica y estadounidense. Véase «Paul Mason's covert intelligence-linked plot to destroy The Grayzone», <https://thegrayzone.com/2022/06/07/paul-masons-covert-intelligence-grayzone/>

activista— que en distintos artículos y entrevistas ha insistido en la incompreensión (cuando no en la hostilidad) de las izquierdas de Europa occidental respecto a las izquierdas alternativas en los países del antiguo bloque soviético. De las intervenciones de Bilous se desprende que habría algo así como una simetría de espejo entre el Este y el Oeste europeos: si para las izquierdas antineoliberales occidentales la OTAN y su hegemon estadounidense serían el baluarte de unas democracias de la propiedad privada contra la democracia económica y social, en el Este de Europa ese mismo papel lo juega el hegemon regional ruso desde antes y después del desplome de la URSS. De ello se desprende que toda fuerza política y militar que sirva de contrapeso a la hipoteca rusa sobre la autonomía decisional de los países del Este es una fuerza positiva y, por ende, tanto la OTAN como la UE han desempeñado y desempeñan una función de disuasión y no de provocación respecto a Rusia. Tal vez este supuesto de un eje de simetría de espejo entre el Este y el Oeste sea lo que lleva a Bilous a adjudicar unilateralmente una postura implícita o explícitamente prorrusa al conjunto de la izquierda antineoliberal, sin hacer grandes distinciones entre aquellas posturas que podríamos adscribir al neoestalinismo (y/o a las expresiones minoritarias del rojipardismo), y las posiciones de lo que podríamos llamar los restos de la nueva izquierda nacida con la revuelta mundial de 1968.

¿Qué decir respecto a esta simetría? Es importante que abordemos este problema porque, como hemos visto antes, la ampliación de la UE a los países del Este y de los Balcanes no ha supuesto un reforzamiento de los lazos entre las izquierdas europeas, ni una relativa sincronización de los ciclos políticos entre las distintas regiones.

El hecho cierto es que esa sincronización tampoco se ha producido en el Oeste, salvo con motivo de los grandes puntos de inflexión en el proyecto europeo, en especial durante la secuencia que va desde el Tratado de Maastricht (1993) al Tratado de Amsterdam (1997), que consolida la constitución neoliberal de la Unión como una confederación de regímenes fiscales y laborales diferenciados pero subordinados a una moneda única de tipo privado-financiero como el euro y, más tarde, cuando descarrila el proceso fallido del Tratado Constitucional Europeo



entre 2004 y 2005. A partir de la crisis financiera de 2008 esa paradójica concentración de las esferas políticas no ha hecho más que profundizarse, sobre todo en los países miembros del euro, coincidiendo con el crecimiento electoral de las variantes de izquierda y derecha del llamado «soberanismo». Este proceso ha ahondado el foso entre el Este y el Oeste, pero las razones son tan políticas como contingentes y tienen que ver con la incapacidad de construir movimientos políticos y sociales transeuropeos o, al menos, dentro de los 27 países miembros de la UE. No han faltado intentos, como el Euromayday en la década de los 2000, pero lo cierto es que la falta de agencia transformadora ha hecho que la «integración» de las esferas públicas de los países del Este con las esferas de los países del Oeste se haya dado a través de la mediación nada neutral de las agencias de la UE y de las ONG, que han estado haciendo la labor externalizada de promoción de los «valores europeos» en la «sociedad civil» postsocialista. Es decir, su función ha consistido en hacer publicidad del neoliberalismo respecto a servicios públicos, propiedad del suelo y del dinero, o endeudamiento público, más los aspectos positivos de la Carta de Derechos Fundamentales de la UE (los relativos a los derechos y la protección de mujeres, personas LGTBIQ+, minorías nacionales, y pueblos europeos sin Estado —como los roma, sinti y calós—). Percibimos el efecto de la poderosa agencia desempeñada por la Comisión Europea y su cohorte de ONGs también en la relativa ingenuidad con la que las izquierdas alternativas del Este de Europa han considerado la integración en la UE y en la OTAN. Una ingenuidad, en todo caso, compartida por buena parte de la población, sobre todo jóvenes, mujeres y personas LGTBIQ+, y no sin motivo, si tenemos en cuenta el peso relativo del conservadurismo, la misoginia, la transfobia y el racismo en los países del Este durante la «transición» de los años noventa en adelante.

Pero, más allá de estos posibles fenómenos de simetría de espejo, de lo que se trata es del argumento a favor de la plena implicación de la OTAN en la guerra contra la invasión rusa y en las posibilidades emancipadoras que una victoria en esa guerra abriría para Ucrania y, *last but not least*, para Rusia. Lo que sorprende es la ingenuidad con la que el citado Bilous y su área de referencia política se identifican con la conducción de

la guerra por parte del binomio formado por el gobierno ucraniano y el comando supremo de la OTAN. Decimos ingenuidad porque, al mismo tiempo, pretenden que en esa dinámica de guerra (que, como enseña la experiencia de la guerra moderna, solo puede volverse más bestial y asesina) una minoría revolucionaria puede reunir en torno a sí misma el programa de la liberación nacional y la revolución social, «derrocar» a Vladimir Putin y, ya de paso, animar un levantamiento popular en Rusia.

Ya hemos afirmado rotundamente que resulta indecente prescribir a una población civil cómo ha de comportarse ante una agresión militar contra su territorio, sea extranjera o doméstica. Así que sobre la decisión de grupos y movimientos como el Movimiento Social Ucraniano de formar parte de las Unidades de Defensa Territorial (la milicia civil en la que se integran voluntarios internacionales y civiles ucranianos en armas) no cabe más que el respeto. Pero el respeto no puede implicar la desatención respecto a las consecuencias probables de una decisión de este tipo. Por ejemplo, el Movimiento Social se opone a todas las políticas neoliberales que el gobierno de Zelenski y su mayoría parlamentaria han llevado a cabo durante el periodo de guerra, entre otras una reforma laboral que precariza aún más las condiciones de contratación a favor de los patronos.<sup>82</sup> Su dirigente Vitaliy Dudin envió una carta<sup>83</sup> al presidente Zelenski en protesta por su aprobación. En el texto podemos advertir los dilemas trágicos en los que se encuentra una fuerza que decide sumarse al esfuerzo de guerra de un Estado que desde inicios de siglo ha seguido a rajatabla los «ajustes» de las instituciones atlánticas y occidentales de crédito como el FMI, la National Endowment for Democracy, y la Comisión Europea.<sup>84</sup> En la carta, Dudin escribe:

«La ley llega en un momento en el que los sindicatos ucranianos y el conjunto de los trabajadores están movilizados en la resistencia popular y

---

82 Ley «Sobre la organización de las relaciones laborales bajo la ley marcial» (Ley 7160) aprobada por la Rada Suprema, el parlamento ucraniano, el 23 de marzo de 2022.

83 [https://ukrainesolidaritycampaign.org/2022/03/16/resist-russia-defend-workers-rights/?fbclid=IwAR0\\_x09Rt9VreYuRi\\_bg\\_IJTe6g8iiFdMe2\\_KjXjZtWdykfqqg2JuvFuz4o](https://ukrainesolidaritycampaign.org/2022/03/16/resist-russia-defend-workers-rights/?fbclid=IwAR0_x09Rt9VreYuRi_bg_IJTe6g8iiFdMe2_KjXjZtWdykfqqg2JuvFuz4o)

84 Desde 2016 se aplica el llamado Deep and Comprehensive Free Trade Agreement [Acuerdo de libre comercio de gran alcance] también a Georgia y Moldavia.

en la organización de la ayuda mutua» y supone «una bofetada para su valor y su sacrificio. [...] Tales medidas trasladarán el peso de la guerra de los más ricos a la mayoría trabajadora. [...] Las restricciones impuestas para proteger el interés público han de ser proporcionadas a la consecución del objetivo perseguido. [Esta ley] Está diseñada para reforzar las capacidades de defensa, pero crea la posibilidad de explotación de los trabajadores en las empresas de cualquier industria en toda Ucrania. Dicho de otra manera, las reglas de emergencia que proporciona pueden ser utilizadas no para llevar a cabo el trabajo necesario para la defensa, sino para aumentar las ganancias de los patronos».

En las palabras de Dudin se condensa una contradicción desgarradora, de esas que no se puedan «cabalgar», como les gusta afirmar a quienes entienden la dialéctica como un ejercicio permanente de mediaciones entre aspectos y aristas maleables, aplanables, deformables. De hecho, más que una contradicción, es un puro antagonismo con la movilización total de guerra en un país capitalista oligárquico invadido (completamente en manos de la OTAN y de la UE), y con las estrategias políticas y militares históricas de estados miembros como Polonia. No hay independencia de clase posible cuando te pones al servicio del ejército patriótico<sup>85</sup> de un Estado oligárquico como el ucraniano. Desde el respeto, lo único que se puede decir al respecto es que, en semejante escenario, la lucha de clases emancipadora es impracticable, puesto que cuando se formula y se practica es considerada una actividad de sabotaje al esfuerzo de guerra (y al servicio del enemigo).

En definitiva, la propuesta política de Sotsyalnyi Rukh se mueve en una especie de circuito cerrado de legitimación, compartido por partes mayoritarias de la opinión pública de la izquierda occidental y por pequeñas minorías políticas izquierdistas ucranianas. Es propaganda moral encapsulada, porque no produce nada que no sea aquiescencia ante el despliegue de las máquinas militares rusa y ucraniano-atlántica. Y, además, hay que sumarle que, en paralelo, los nazis ucranianos llevan operando desde 2014 como vanguardia leninista, subordinando a los

---

85 Unas fuerzas armadas subordinadas al Comando Central de la OTAN a través de John Abizaid, que implementa la doctrina militar norteamericana en una estructura de tradición soviética y que integra a las milicias paramilitares y a los mercenarios en los cuerpos del ejército.

liberales prooccidentales y a los nacionalistas del «banderismo»<sup>86</sup> difuso, y alineándolos con el programa fascista.

### **El neoestalinismo zombi**

Frente a la apuesta de Jürgen Habermas por la coexistencia con la Rusia postsoviética (de cara a garantizar la viabilidad del subsistema capitalista europeo), y frente a la concreción compuesta por la axiomática moralista y quebrada de Sotsyalnyi Rukh y el neoliberalismo teleológico de Paul Mason, se sitúa la corriente cuyo deseo es capturado por el agujero negro del capitalismo oligárquico e imperialista ruso.

La victoria aplastante del bloque atlántico en la Guerra Fría ha generado una serie de variantes específicas de metabolismo de la derrota en las organizaciones e instituciones del llamado «socialismo real» en toda Europa, Rusia incluida. Resulta importante que las tengamos en cuenta, por falaz que sea la acusación de la propaganda de guerra occidental y de la izquierda pro OTAN de que bajo el pacifismo se esconde una posición filorrusa. Porque lo cierto es que, en una parte considerable de las posiciones de la izquierda antes prosoviética (o contraria al sistema atlántico) que han seguido criticando a la OTAN (su ampliación a los países del este europeo y su papel en la guerra en Ucrania), encontramos una especie de síndrome alucinatorio geopolítico, gobernado por la lógica del amigo-enemigo, por la cual todo debilitamiento del poder del hegemon atlántico es un hecho positivo. Pero no un hecho positivo *absolutamente*: no vimos ese tipo de actitud, por ejemplo, ante los ataques de Al-Qaeda contra Estados Unidos, antes y después del 11-S.

La Rusia postsoviética es un proyecto del nacionalismo panruso, que integra la memoria oficial de la victoria en la Gran Guerra Patriótica, la condición de potencia militar nuclear que no admite bromas (fundamento último de la presencia rusa en

---

86 Stepan Bandera fue el máximo dirigente de la Organización de Nacionalistas Ucranianos, que participó en la masacre de polacos en Volinia y en los pogromos antisemitas durante la II Guerra Mundial (el fascismo exterminó a 1 500 000 judíos ucranianos). Encarcelado por los nazis en 1941 por sus demandas de un Estado independiente, colaboró con ellos a partir de 1944. En 1959, ya abandonado por los suyos en la Guerra Fría debido a su carácter problemático, fue asesinado en Múnich por el KGB cuando colaboraba establemente con los servicios secretos de la RFA. Su figura es reivindicada por el nacionalismo ucraniano.

el Consejo de Seguridad de la ONU), y un *modus operandi* basado en «tener las manos libres» para intervenir en los conflictos y guerras regionales. Se trata de un bloque imperial cuya dirección en el poder (en torno a Putin y a Rusia Unida) procede casi en su totalidad de las fuerzas de seguridad, el ejército y los servicios de inteligencia (*siloviki*). En síntesis, responde a la máxima impotencia de un proyecto histórico fracasado que se nutre de pasiones tristes de la revancha, al mismo tiempo que está completamente subordinado al juego de ilusiones de una alternativa al capitalismo global a cargo de una potencia histórica no occidental. Esta misma ilusión paranoica puede aplicarse al Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR), liderado casi vitaliciamente por Guennadi Ziuganov, el candidato que figuraba como ganador con diferencia en todas las encuestas previas a las elecciones generales de 1996 frente a un Yeltsin completamente hundido en los sondeos.<sup>87</sup> Todos los recursos de los servicios de inteligencia y de la inmensa mayoría de los medios de comunicación, dependientes del gobierno, sin menospreciar el préstamo providencial de más de 10 000 millones de dólares por parte del FMI, consiguieron dar la vuelta al resultado.

Así se afianzó el régimen oligárquico que tres años más tarde heredaría el entonces director del Servicio de Seguridad Federal (FSB), con sede en la Plaza Lubianka de Moscú, Vladimir Putin. Desde entonces, el PCFR es más un grupo de presión de funcionarios, pensionistas y trabajadores públicos, incapaz de desafiar al régimen corrupto que representa Rusia Unida (e impotente ante el reiterado fraude electoral en las elecciones presidenciales y legislativas) que coincide en lo fundamental con la política exterior de Putin, incluida la invasión de Ucrania. El estalinismo zombie no es privativo de las viejas generaciones. La aparición de los neoarcaísmos no deja de afectar a las nue-

---

87 Como veremos en la parte final de este capítulo, una coalición de oligarcas y financieros (Anatoli Chubais, Mijail Jodorkovski, Vladimir Gusinsky, Boris Berezhovski, Vladimir Vinogradov, Vladimir Potanin y sí, también George Soros) se conjuró en el Foro Económico Mundial de Davos al ver que las élites económicas mundiales ya le reconocían como futuro presidente de la Federación Rusa. De ahí nació la llamada «campana *Soskovets*» para relanzar su figura, que incluía el desencadenamiento de la guerra en Chechenia, lo que produjo el resultado contrario. No obstante, la campaña acertó en el objetivo de poner a Yeltsin como único obstáculo frente al restablecimiento de la URSS, un objetivo que Ziuganov se había molestado en confirmar.

vas hornadas conforme a un patrón simétrico entre las extremas derechas y el neoestalinismo. Los perfiles en Instagram, Tik Tok, streaming en Twitch o Youtube, chats en Telegram, Whatsapp o Signal, son tanto una reafirmación del *pathos* estalinista (de pensamiento paranoico, policíaco y de la fuerza bruta como juez último de la lucha de clases) como especulares, aunque no idénticos, a las composiciones de la Alt-Right y de los movimientos paramilitares en Estados Unidos. No en vano ambas composiciones pelean a veces en el mismo bando al servicio de la invasión rusa de Ucrania. La retórica antiatlántica y antiamericana de Putin ha capturado el deseo de ambas.

Pero a pesar de las zonas de indistinción y de convergencia, no podemos identificar al neoestalinismo con las variantes del pensamiento comunitarista, tradicionalista, imperialista, antisemita y supremacista que se congrega en torno al llamado nacional-bolchevismo o a la «cuarta teoría política» de Alexander Duguin. A Duguin le corresponde el mérito de hacer de nexo de unión entre la política exterior y cultural del Kremlin y las corrientes del comunitarismo supremacista y soberanista en Europa occidental.<sup>88</sup> Respecto a la invasión de Ucrania, Duguin hace aparecer a Putin o Lavrov como *Realpolitiker* que no prestan suficiente atención a lo que está en juego en el conflicto, que no es sino un avance decisivo en la creación de una esfera política euroasiática, la Unión de los Eslavos Orientales:

Creo que la única solución será la creación de una Unión de los Eslavos Orientales compuesta por Rusia, Ucrania y Bielorrusia. Si los ucranianos y, en parte, los bielorrusos se niegan a llamarse a sí mismos «rusos», ya que piensan que es un nombre que solo designa a los grandes rusos («moscovitas») —en honor a la Rus de Vladimir (Moscovia) que posteriormente construiría un imperio de alcance mundial—, entonces será necesario usar un término mucho más amplio. Es un problema que debemos tener en cuenta, pero es un hecho que tanto los grandes rusos como los pequeños rusos y los bielorrusos (e igualmente otros pueblos) se consideran a sí mismos parte de los eslavos orientales. Es por eso que debemos unir a es-

---

88 Dicho espacio político reúne fundamentalmente a la vieja extrema derecha intelectual de la «tercera posición» que comprende el enfoque desarrollado desde la década de 1970 por el Groupe de Recherche et d'Études pour la Civilisation Européenne (GRECE), así como por el filósofo neocomunitarista italiano Costanzo Preve y su discípulo mediático Diego Fusaro, así el llamado «movimiento identitario» pangermánico en torno a Götz Kubitschek, la editorial Antaios, que a su vez han influido poderosamente en iniciativas supremacistas como PEGIDA.

tos pueblos en una Unión que los abarque a todos. Necesitamos crear un gobierno que reúna a todos los eslavos orientales, independientemente de cómo ellos mismos se definan de acuerdo a una taxonomía étnica bastante complicada. Es hora de que hagamos a un lado tanto el nacionalismo como los Estados nacionales, ya que los nacionalismos son los responsables de las guerras fratricidas tal y como está aconteciendo actualmente en Ucrania. [...] La Unión de los Eslavos Orientales deberá preservar los diferentes pueblos que existen en su interior, pero tendrá que abolir los Estados nacionales ya que son entidades artificiales y ficticias.<sup>89</sup>

Para Duguin el «globalismo» es la figura que cobra el impulso de dominación unipolar del liberalismo occidental, que a sus ojos se ha convertido ya en una amalgama de influencias tóxicas y destructoras de la civilización:

En estos momentos, Rusia está siendo excluida de todas las redes atlantistas, por lo que no tenemos otra elección que construir nuestro propio sistema o desaparecer. Es hora de que construyamos nuestra propia civilización. Estamos dando el primer paso hacia ello. No obstante, solo un Gran Espacio, un Estado continental o un Estado-civilización puede ser soberano ya que un país aislado es incapaz de enfrentarse a una desconexión total de forma indefinida. Rusia se está convirtiendo en un polo de resistencia frente al globalismo. [...] La victoria de Rusia será una victoria para todas las fuerzas antiglobalistas, tanto de derecha como de izquierda, y los pueblos del mundo. Rusia es la vanguardia que realiza los cambios más bruscos y peligrosos, pero nuestra victoria siempre inspira a todos los demás a buscar la suya y ese es precisamente nuestro deber. Rusia está creando las condiciones previas para el surgimiento de la multipolaridad. Y todos los que ahora nos amenazan reconocerán en el futuro nuestra hazaña. [...] La única forma de salvarnos es romper con Occidente. ¿Qué significa para Rusia la ruptura total con Occidente? La salvación de nuestro pueblo, ya que Occidente se encuentra dominado por personajes nefastos como los Rothschild, Soros, Schwab, Bill Gates y Zuckerberg, que han creado la civilización más repugnante de toda la historia de la humanidad. El Occidente actual no tiene nada que ver con la cultura mediterránea grecorromana ni tampoco con la Edad Media cristiana, o con el Occidente violento y caótico del siglo XX. Nos estamos enfrentando a una anticivilización llena de residuos tóxicos que envenenan al planeta. Por lo tanto, cuanto más rápido se desconecte Rusia de ella, antes seremos capaces de volver a nuestras raíces. ¿Cuáles son estas raíces? El cristianismo, el mundo mediterráneo grecorromano, la civilización europea [...] es decir, las verdaderas raíces que comparten tanto Rusia como Occidente.

---

89 Véase Alexander Duguin, «Notas sobre la guerra I» <http://www.4pt.su/es/content/notas-sobre-la-guerra-i>

Estas raíces han vuelto a florecer en Rusia mientras Occidente destruyó sus propios cimientos y degeneró.

No cuesta entender el modo el que Duguin es un activo fundamental del régimen ruso,<sup>90</sup> un centro de gravedad capaz de recoger las derivas reaccionarias de la crítica a la globalización neoliberal bajo el predominio atlántico para dirigir las hacia una dinámica de guerra de civilizaciones con Europa como epicentro de la batalla.

Así, del mismo modo que en el movimiento por la paz en Europa en la década de 1980 convivían, por un lado, las expresiones y movimientos inspirados en un genérico comunismo libertario y emancipador nacido con las revueltas de 1968, junto a las sucursales «pacifistas» de la política exterior del bloque soviético, hoy el nuevo campismo prorruso se insinúa en las protestas contra la implicación de la OTAN y de la UE en la guerra en Ucrania. No es nada nuevo. Pero la diferencia es importante: durante el agravamiento del enfrentamiento de bloques en la década de los 80 se luchaba contra una amenaza de conflicto nuclear, a raíz del despliegue de los «Euromisiles» en Europa occidental y del lanzamiento de la Iniciativa de Defensa Estratégica por parte de la presidencia Reagan (la llamada «Guerra de las Galaxias»). Por el contrario, hoy no luchamos contra una amenaza, sino contra una guerra multidimensional en la que la población ucraniana lleva todas las de perder, pero que además no se acaba en Ucrania, sino que abre un periodo de violencia desatada en las relaciones sociales, políticas y diplomáticas en todo el planeta. Hasta el momento, la guerra en Ucrania expresa el punto de mayor intensidad del proceso de caos sistémico al que se ve arrastrado el sistema-mundo capitalista; un régimen incapaz de resolver sus contradicciones salvo bajo la forma de la guerra, la conquista y la devastación ecosistémica.

De ahí que el pacifismo de quienes lo tienen todo que perder eligiendo bandos en la masacre solo pueda ser un pacifismo constituyente y revolucionario, activo, inteligente, osado y superador del miedo. Pero, ¿quién puede ser el sujeto de ese pacifismo constituyente? Habría que formular la pregunta de otra manera:

---

90 Junto a Konstantin Malofeev, su promotor, teórico, oligarca financiero y conexión fundamental con la extrema derecha fundamentalista estadounidense.



¿qué subjetividades políticas pueden producirse y autoorganizarse en ese pacifismo constituyente? Sobre todo aquellas que, a un lado y otro de los frentes de guerra, pierden la vida, la salud, los derechos, el entorno, los ingresos y el territorio existencial en el choque entre polos paranoicos del poder capitalista global. Como siempre, tenemos que juzgar las cosas a partir del punto de vista de los subalternos. El tiempo de la guerra, y su correlato de fascistización, solo prometen más horrores sin fin al pueblo ucraniano, y un ensañamiento con las minorías que lo forman.

### **Los wobblies señalan el camino**

En este punto, y en contraposición a las tres líneas de abolição que han capturado la matriz emancipadora, tenemos que recordar que la historia de los Industrial Workers of the World (IWW), los *wobblies*. Hasta la fecha, son el mejor ejemplo de sindicalismo político revolucionario transnacional, consejista, antirracista y antibelicista: pusieron en jaque a las grandes patronales de la minería, la industria textil, o la industria maderera estadounidenses durante los primeros lustros del siglo XX,<sup>91</sup> y se enfrentaron sin matices a la dinámica de guerra en las relaciones laborales que solo empezaría a cambiar tras la crisis sistémica mundial de 1929 y el posterior New Deal.<sup>92</sup>

La gran crisis de los IWW, que no era un sindicato nacional, sino inmediatamente mundial, llegó precisamente con la I Guerra Mundial y la represión interna del gobierno estadounidense. ¿Qué diría hoy nuestra izquierda otanista de una organización sindical y política, trans y multinacional que se opone a la guerra declarada por su propio gobierno? En efecto, un año antes la declaración de guerra del Congreso estadounidense contra Alemania, promulgada el 6 de abril de 1917, los IWW habían expresado en su periódico *Industrial Worker* su postura sobre la guerra en Europa y la eventual participación estadounidense:

---

91 La llamada «Era Progresiva» de reformismo legislativo e impotencia frente al Gran Capital.

92 Los *wobblies* no solo amenazaban con deshacer las divisiones raciales y nacionales de las clases trabajadoras estadounidenses: fueron un sindicato completamente agnóstico respecto al nacionalismo estadounidense y a la creencia en su excepcionalismo civilizatorio.

Capitalistas de Estados Unidos, ¡lucharemos contra vosotros, no para vosotros! No hay poder en el mundo que pueda obligar a luchar a la clase obrera si esta se niega.<sup>93</sup>

Esta actitud de rechazo frontal no fue unánime en la dirección de los *wobblies*. Big Bill Haywood encabezó la postura de mantener un perfil bajo en la campaña contra la guerra, porque no había que subestimar la capacidad de represión del gobierno en tiempos de movilización militar. No se equivocaba: la campaña de prensa contra los *wobblies*, por su antibelicismo y su antiimperialismo, les convirtió en un enemigo interno y en el objeto privilegiado de la represión oficial y paramilitar. En junio de 1917 el Congreso aprobó el Espionage Act, el paquete legislativo que un siglo más tarde llevaría al exilio a Edward Snowden y Julian Assange. Frank Little, el organizador de los IWW más partidario de una campaña activa contra el esfuerzo de guerra estadounidense, no tardaría en ser linchado en agosto de 1917 en Butte (Montana). El golpe principal lo recibirían un año más tarde, con el juicio en Chicago contra más de 100 activistas con cargos contemplados por el Espionage Act. La mayoría salieron condenados con sentencias de entre 5 y 35 años de cárcel. Los IWW recuperarían su potencia después de la guerra, con el inicio de la década de 1920. Pero entonces lo que terminó con el periodo glorioso de la organización fueron las disensiones internas: tras la Revolución de Octubre, y la nueva realidad de la III Internacional, serán las fracturas internas las que llevarán a los *wobblies* a una crisis de la que ya no se recuperarán, cediendo el protagonismo de las luchas obreras (y, no lo olvidemos, del mayor esfuerzo de autoorganización de la clase obrera afroestadounidense hasta la fecha) al Partido Comunista de Estados Unidos y al Congress of Industrial Organisations [Congreso de Organizaciones Sindicales de la Industria] durante el New Deal rooseveltiano.

Cierto, no tiene sentido comparar contextos tan dispares geográfica, política e históricamente. Pero, volviendo a Sotsyalnyi Rukh, los IWW son un ejemplo de que hasta una fuerza formidable, salvaje y antiimperialista como aquella no pudo impedir verse desarticulada, y casi destruida, por una administración do-

---

93 Resolución publicada en *Industrial Worker*, el periódico de los IWW, poco antes de la entrada de Estados Unidos en la I Guerra Mundial, el 4 de abril de 1917 (la traducción es nuestra).

tada de la legitimidad del estado de guerra. Si además esa fuerza política y sindical quiere mantener su independencia de clase en el contexto implícito o explícito de un frente nacional unido contra el invasor, la situación se nos antoja aún más impracticable. La independencia de clase, es decir, la capacidad de luchar por objetivos como la libertad de huelga, las conquistas de derechos laborales y sociales, las instituciones propias de contrapoder, y de formular un proyecto emancipatorio dentro y contra el marco de las democracias neoliberales de la propiedad, es incompatible con la ley marcial de un Estado oligárquico y neoliberal como el ucraniano. Y se torna cada vez más difícil si, además, hay un ejército invasor que avanza y pone en peligro vidas, recursos, y libertades políticas y sindicales.

### **Internacionalismo o barbarie**

Un siglo después de experiencias internacionalistas revolucionarias como las de los *wobblies*, el marasmo en el seno de la izquierda occidental respecto a la respuesta a la invasión rusa expresa una descomposición que podríamos remontar al periodo de la Guerra Fría, producto del patrocinio soviético de numerosos movimientos de liberación nacional en los países del Sur colonizado, el conflicto chino-soviético y sus efectos, y el declive del Movimiento de los Países No Alineados.

Es cierto que, a pesar de todo, la sobredeterminación<sup>94</sup> de todo conflicto local a los intereses estratégicos de las dos principales potencias de la Guerra Fría no impidió un internacionalismo desfigurado pero, sin embargo, eficaz. Recordemos los procesos de independencia en el Sudeste asiático, con Vietnam en el centro; la Revolución cubana y, más tarde, los movimientos guerrilleros en Nicaragua y El Salvador en las décadas de 1970

---

94 Concepto que explica cómo funciona el efecto final de una totalidad compleja con muchas partes: la parte dominante es la que estructura el todo. En este caso quiere decir que los conflictos locales estaban subordinadas a la política de bloques o, lo que es lo mismo, que en lo local estaba presente la estructura de estructuras de la Guerra Fría. En términos generales, Althusser señala (rompiendo el esquema base-superestructura del marxismo clásico) que no es que la economía sea más importante que la política (ni viceversa), sino que la economía lo «sobredetermina» todo: lo concreto no se define por la combinación de infinitos casos particulares sino por una sobredeterminación del sistema-mundo que, eso sí, deja un campo de juego limitado. En el psicoanálisis, el contenido reprimido operaría sobredeterminando el conjunto de la psique.

y 1980; o la independencia argelina y, después, mozambiqueña y angoleña en el continente africano. La intensidad bélica del enfrentamiento diferido entre los bloques se distribuía a los focos locales de cambio político y social, introduciendo grados de violencia y destrucción cada vez mayores, lo que no podía dejar de reflejarse en la naturaleza de los regímenes políticos nacidos de ese enfrentamiento sobredeterminado. Pero, como decimos, al mismo tiempo, en el occidente capitalista, pudo existir un internacionalismo que, sin ser capaz de sustraerse a esa sobredeterminación soviética o china, desempeñó un papel fundamental en la deslegitimación de las políticas coloniales e imperialistas del bloque atlántico. Desde la guerra de Argelia a la de Vietnam, desde la Revolución cubana al proceso chileno y a la Revolución sandinista, sin olvidar el apoyo a la lucha contra el régimen supremacista en la Sudáfrica del *apartheid*, la esfera pública del internacionalismo emancipador era capaz de operar con relativa independencia, traduciendo su acción en una presión desde abajo sobre los propios gobiernos y su acción diplomática y militar. Lo hizo con el envío de ayuda material y financiera directa y con el voluntariado en tareas sanitarias, logísticas o políticas. Los grandes golpes al internacionalismo de matriz socialista de este periodo se llaman aplastamiento de la revuelta berlinesa en junio de 1953, invasión de Hungría en 1956, y de Checoslovaquia en la primavera de 1968. La invasión soviética de Afganistán y la guerra entre China y Vietnam tienen lugar ambas en 1979 y señalan el final sombrío de este internacionalismo de la Guerra Fría.

No por casualidad este periodo coincide con la guerra en Palestina, y con el comienzo de la Nakba y del protagonismo palestino en la solidaridad internacionalista del periodo. Desde entonces, el Levante y Oriente Medio no han abandonado el terreno de la más brutal sobredeterminación de la causa anticolonial y de los límites del internacionalismo. Entre la crisis de Suez de 1956 y la Primera Intifada que empieza en 1987 y que, en cierto modo, facilita los acuerdos de Madrid (1991) y Oslo (1993), se juega el periodo en el que la causa palestina se presenta, a pesar de la sobredeterminación de la geopolítica de bloques, como la punta de lanza de las políticas anticoloniales en el mundo árabe, bajo el liderazgo de la OLP. Después de la creación de la Autoridad Nacional Palestina empieza el declive imparable de la OLP, que no

en vano coincide con el final de la Guerra Fría y con el comienzo de la hegemonía del islamismo político wahabita y salafista, igualmente sobredeterminado por las monarquías petroleras de la península arábiga en su enfrentamiento con Occidente.

Sin embargo, el levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994 inaugura una política revolucionaria global completamente nueva, que interpela a un mundo globalizado bajo el dominio incontestado del neoliberalismo, y a una humanidad sufriente y explotada que integra, en una multitud, geografías, géneros, diferencias racializadas y figuras de la explotación. El movimiento global, antiglobalización y/o alterglobal se inspira profundamente en este internacionalismo transnacional, de movimientos, grupos y personas, y no de gobiernos y regímenes; de agitación mediática y tecnopolítica antes que de militarización y cadenas de mando; de apoyo mutuo en las respectivas luchas y de convergencia en eventos y contracumbres. Es un internacionalismo que evita el choque militar afirmando el derecho a la autodefensa. Como sabemos, la violencia extrema de los regímenes neoliberales, tanto en México como en Estados Unidos y Europa llevó al debilitamiento de este nuevo internacionalismo o transnacionalismo. Sin llegar a desaparecer en absoluto, la ruptura inaugurada por el EZLN se vio desplazada por los proyectos estadocéntricos, que se cimentaron en las plataformas sociales y políticas que impulsaron, respaldaron y sostuvieron lo que en la década de los 2000 se llamaría el «ciclo progresista gubernamental latinoamericano» a partir del Foro Social Mundial iniciado en Porto Alegre. Dicha fase de «asalto institucional» solo ha sido capaz de paliar muy parcialmente las consecuencias del régimen financiero, económico y de colonialidad del poder neoliberal, y no ha llegado a construir una alternativa continental.

Por lo tanto, para analizar el internacionalismo europeo actual hay que tener en cuenta el llamado ciclo político latinoamericano,<sup>95</sup> que inaugura la insurrección zapatista de 1994 en

---

95 De los nuevos gobiernos progresistas latinoamericanos —acepción laxa, en la que caben procesos tan distintos como el bolivariano en Venezuela, el de Lula y el PT en Brasil, el indigenista y socialista de Evo Morales, el neoperonista de Néstor y Cristina Kirchner, o el Frente Amplio uruguayo— surgen fundamentalmente modelos y narrativas de gobierno y de gobernanza del Estado. No es este el lugar para analizar en detalle estas experiencias; lo que nos interesa es que en los nuevos gobiernos progresistas se renueva (con notables variantes regionales y nacionales) el discurso

Chiapas, y que contribuyó a renovar prácticas y discursos de los movimientos sociales y de parte de las izquierdas europeas: de la Selva Lacandona y de las calles de Seattle, Praga o Génova surge una nueva figura del internacionalismo en el periodo de la globalización capitalista. A grandes rasgos y con notables excepciones, cabe decir que la influencia y los procesos de traducción del zapatismo (los modelos de coalición de acción directa que se enfrentarán a las cumbres de las oligarquías políticas y corporativas del proceso de globalización capitalista) se dan en Europa sobre todo en los movimientos radicales, autónomos, y asamblearios.<sup>96</sup>

El «Golpe en el Imperio» por parte del gobierno Bush Jr. a raíz del atentado contra las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001 (11-S) puso un fin abrupto al nuevo transnacionalismo global inaugurado por el movimiento zapatista, imponiendo bajo el nombre de la «guerra contra el terrorismo» un régimen de guerra y de policía que define lo que llevamos de siglo XXI (con la excepción ambivalente de la presidencia Trump, mucho más volcada en el ajuste de cuentas interno). Pocos meses antes del 11-S, el cariz de la globalización armada se dejó ver en el estado de sitio declarado en la ciudad de Génova con motivo de la cumbre del G8 (con Vladimir Putin *inter pares*) y que se aplicó con violencia feroz contra la multitud transnacional de activistas que participaron en las acciones de la contracumbre, cobrándose la

---

y la práctica del antiimperialismo y del soberanismo nacional con base popular (mientras que los modelos de acumulación son fundamentalmente extractivistas y, por ende, profundamente rentistas y conservadores de las jerarquías sociales). Es concomitante con la emergencia del ciclo global más amplio de los BRICS que, en Latinoamérica, termina cuando el PT de Dilma Rouseff, partido de gobierno en Brasil (la potencia regional hegemónica) es incapaz de absorber las revueltas de 2013 para la transformación social: la represión —y el posterior desencanto— allanará el camino a la ultraderecha de Bolsonaro.

96 Al mismo tiempo, las experiencias del ciclo progresista gubernamental latinoamericano ejercen su influencia sobre las izquierdas socialdemócratas y el eurocomunismo tardío o, dicho de otra manera, sobre organizaciones y colectivos con fuerte vocación de partido, gobierno y ocupación de los centros de gravedad de la forma Estado. El ejemplo más notable de influencia directa e inmediata es el Foro Social Mundial que comienza en Porto Alegre en 2001, y que en sus ediciones europeas servirá de ágora pública para el diálogo y la confrontación entre movimientos sindicales y sociales, e izquierdas y extremas izquierdas europeas. Su objetivo nuclear será la búsqueda de modelos de gobernanza y participación renovados, y como base de proyectos de ocupación del Estado, al objeto de «usarlos» como baluarte contra la globalización capitalista.

vida de Carlo Giuliani, y con la detención y torturas de cientos de activistas a manos de la policía, los carabinieri, el ejército y los servicios secretos italianos.

Diez años más tarde, el internacionalismo/transnacionalismo vivió con fuerza el ciclo de protestas y revueltas de 2011 (siendo capaz de constituir nuevas agendas políticas y comunicativas y de llevar a cabo una producción de subjetividad),<sup>97</sup> que puede entenderse como una respuesta a la gestión capitalista de la crisis sistémica abierta en 2008. El ciclo reaccionario posterior redoblará la militarización de esas mismas herramientas (lo que en inglés se expresa mucho mejor con la expresión *weaponization*) mediante ensamblajes profundamente solidarios entre las plataformas digitales y mediáticas oligárquicas, y el fomento de la producción de subjetividades fascistas, misóginas, racistas y neoimperialistas.

Antes que de tecnofeudalismo, tenemos que hablar de hiperconcentración oligárquica de medios de producción de subjetividad, lenguajes, sentimientos, percepciones, afectos, todo lo cual no es incompatible —sino más bien al contrario— con la formación de figuras del beneficio a partir de la actividad misma de esas subjetividades producidas. La nueva reacción pone la guerra de razas, géneros y naciones como objeto de la producción de rentas y privilegios, mientras introduce la guerra civil en el seno de las esferas públicas, políticas y mediáticas. Los siempre atentos teóricos de la RAND Corporation, plenamente integrados en la conformación de la política estadounidense y atlántica respecto a Rusia y el papel de la OTAN, caracterizan esta transformación como ciberguerra.<sup>98</sup>

---

97 Es un ciclo de protestas que, como novedad, pone sobre la mesa una tentativa de emancipación a partir de la reapropiación de los sistemas de máquinas de la globalización, desde el software y el hardware de Internet a las redes logísticas transnacionales. Fue la última ocasión antes de que la ola reaccionaria se extendiera por todo el mundo (desde Rusia a Brasil, pasando por Egipto, Siria, Estados Unidos, India, Reino Unido o Turquía, entre otros focos), como respuesta exasperada y paranoica a las formas y contenidos de las revueltas basadas en el sistema red de plazas, redes sociales y contrapoder comunicativo.

98 Uno de los principales teóricos de la transformación de las relaciones entre guerra, política y comunicación, John Arquilla, ha publicado *Bitskrieg, The New Challenge of Cyberwarfare*, Meford, Polity Press, 2021, donde analiza esta *weaponization* generalizada del cuerpo-máquina que va más allá de las funciones auxiliares en la guerra híbrida.

En semejante contexto, ¿qué validez, que no sea propagandística, tiene hablar de «guerras justas»? El comportamiento de un dispositivo de guerra ya no depende, si alguna vez lo hizo, de una tutela política o ética de un sujeto colectivo, partido político o gobierno, sino de un ecosistema biopolítico dominado por las máquinas de guerra, lingüísticas, perceptivas, informativas o digitales, que impiden el control político de la guerra. Como veremos más adelante, hoy política, operación capitalista y guerra se insinúan y se metamorfosean unas en las otras con arreglo a una movilización total en la que las «personas» no están al mando, sino sometidas —en cuanto cuerpos-máquina— a una *weaponization* de la subjetividad, del espacio público y de los ecosistemas; al servicio de una inevitable fascistización. Los documentos de la OTAN hablan de la «interoperabilidad» como esa capacidad de diferentes organizaciones militares para conducir operaciones conjuntas.<sup>99</sup>

Si ampliamos la noción de interoperabilidad al conjunto de activos que conforman una guerra sin restricciones, no lineal e híbrida como la que se libra en Ucrania contra la invasión rusa, constatamos que el operador central de la interoperabilidad es el cuerpo-máquina conectado (sensor y emisor). En un conflicto que lleva la guerra a las poblaciones civiles (donde estas son una extensión más de los campos de batalla) la interoperabilidad no solo se da entre cuerpos de ejército, sino también entre las máquinas de visión y percepción humanas y digitales (los drones de reconocimiento), conectadas a través de redes encriptadas o de la misma Internet: el cuerpo-máquina como arma, inteligencia e información anticipa, *avant la lettre*, el androide combatiente del futuro.

Por consiguiente, si queremos seguir hablando de guerras justas, será de aquellas en las que se juega la existencia física

---

99 «Estas organizaciones pueden ser de diferentes nacionalidades o de diferentes servicios armados (fuerzas terrestres, navales o aéreas) o ambos a la vez. La interoperabilidad permite que fuerzas, unidades o sistemas operen juntos. Para ello es necesario que compartan una doctrina y unos procedimientos comunes, la infraestructura y las bases de los demás, y ser capaces de comunicar entre sí. [...] La interoperabilidad no exige necesariamente un equipo militar común. Lo importante es que ese equipo pueda compartir servicios comunes y sea capaz de comunicar con otros equipos», NATO, «Interoperability for Joint Operations», 2006 [https://www.nato.int/nato\\_static\\_files2014/assets/pdf/pdf\\_publications/20120116\\_interoperability-en.pdf](https://www.nato.int/nato_static_files2014/assets/pdf/pdf_publications/20120116_interoperability-en.pdf)



misma de pueblos y culturas enteros. En las que se pelea por la supervivencia misma. Pero llamarlas justas no puede escatimar que aquello por lo que se batalla es la supervivencia, que, épica o romanticismo excluidos, dista un tanto de una vida emancipada. En este sentido, eran guerras justas la de los judíos polacos en el gueto de Varsovia, o la del pueblo soviético ante la Operación Barbarroja en 1941; como lo son hoy las del pueblo kurdo en Rojava, el palestino contra la forma específica del fascismo y militarismo colonial del Estado de Israel, el saharauí contra la invasión marroquí, o como lo sería la del pueblo rohingya en Myanmar si decidiera empuñar las armas. Pero desterremos para siempre la idea de que de una guerra moderna puede surgir una democracia emancipadora, o que una democracia puede ser compatible con una guerra moderna.

Este es el momento de preguntarnos si la guerra de defensa de Ucrania, provocada por la invasión rusa, no es precisamente una guerra de supervivencia física de la población. Y aquí entramos en el corazón mismo del problema: el modo en el que el chantaje moral con el nazismo forma parte de la propaganda de ambos bandos. Desde la II Guerra Mundial, tanto la Shoah como los objetivos del Generalplan Ost figuran en la memoria de los crímenes políticos intolerables. Dependiendo de las geografías políticas, se concede mayor importancia o significado excepcional a uno u otro genocidio.<sup>100</sup>

Tanto las oligarquías rusas como ucranianas están describiendo —hasta la saciedad— al enemigo como el nuevo nazismo, al mismo tiempo que se sirven decisivamente de mercenarios y activistas nazifascistas en su esfuerzo de guerra y en la expresión propagandística del valor en el combate: Wagner y Azov, Utkin y Prokopenko. La propaganda rusa justifica su «operación militar especial» en Ucrania por la necesidad de «proteger al pueblo» en el Donbáss que «desde hace ocho años viene sufriendo la humillación y el genocidio perpetrados por el régimen de Kiev», contra los cuales la «operación» tendría como objetivos la «des-

---

100 En Europa occidental pesan tanto el desdén como la ignorancia sobre las dimensiones del genocidio incompleto de los pueblos eslavos y bálticos detallado en el *Generalplan Ost* nazi, tan programado como la «*Endlösung*» del «problema judío» aprobada en la Conferencia de Wannsee.

militarización y desnazificación» de Ucrania.<sup>101</sup> Por su parte, la propaganda ucraniana ha explotado hasta la saciedad las comparaciones con el gueto de Varsovia, el bombardeo de Gernika, la invasión nazi de Ucrania (entonces parte de la URSS), y ha acusado a Moscú de planear un genocidio en el Donbás. El grado de irreversibilidad de las palabras (que desatan acciones o que transforman el contexto de referencia de las acciones) se acentúa cuando el presidente estadounidense Joe Biden, comandante en jefe de la mayor potencia militar de la historia de la humanidad y del segundo mayor arsenal nuclear, afirma el 12 de abril de 2022 que Vladimir Putin está cometiendo un genocidio en Ucrania.<sup>102</sup> Casi un mes después, el 9 de mayo de 2022, 77 aniversario de la victoria aliada sobre el Eje, Biden firmó el documento de la «Ley de Préstamo y Arriendo por la Defensa de la Democracia en Ucrania». La última Ley de Préstamo y Arriendo fue la firmada por Franklin D. Roosevelt el 11 de marzo de 1941 para facilitar la ayuda militar a los aliados, incluida la URSS.<sup>103</sup>

Lo que debería ser el mayor ejercicio de responsabilidad política y ética ante una guerra (por delegación o no) entre potencias nucleares, se convierte en una cantinela de consumo mediático y político sin restricciones. Porque, si estamos ante nazis y genocidas, entonces hay que emplear todas las fuerzas humanas y militares necesarias para detenerlos y desarticularlos, dado que no hay precio para la supervivencia de buena parte de la humanidad o de la humanidad entera. No hay límite al número de muertos en combate ni a las armas empleadas porque, de lo contrario, el exterminio y/o la esclavitud y el hambre son seguros o probables. Cuando la llamada «*reductio ad Hitlerum*» pasa de las tertulias y redes sociales a las comunicaciones presidenciales de guerra, se cruza el umbral de la alta probabilidad de una guerra mundial, y se justifica la subordinación plena de la vida social, económica y política (así como de los ecosistemas) al esfuerzo de guerra contra el «nazismo» redivivo. De esta suerte, tenemos el escenario perfecto para las profecías autocumplidas: como hemos visto al principio,

101 Discurso de Vladimir Putin, 24 de febrero de 2022.

102 Textualmente: «Sí, lo llamé genocidio [...] Está cada vez más claro que Putin está intentando borrar la idea misma de que los ucranianos existan».

103 La ley permite la ayuda militar sin restricciones para el esfuerzo de guerra ucraniano bajo la figura del préstamo y arriendo (con el supuesto implícito de que la ayuda deberá ser devuelta).

es la continuación misma de la guerra la que acelera y siembra las ansias de genocidio y exterminio en cualesquiera de los bandos.

Sin embargo, sabemos y tenemos que remarcar que, por más vil y criminal que sea, no es cierto que el objetivo de la invasión rusa sea el genocidio o la desaparición del pueblo ucraniano. Como tampoco es cierto que el gobierno de Zelenski sea una pantalla para ocultar un régimen «nazi» y «banderista». Intervenir en esa diferencia para detener la guerra es lo decisivo. Promover la indistinción mediante la «*reductio ad Hitlerum*» es, además de pura propaganda de guerra, el mayor ejercicio de irresponsabilidad en la historia reciente de la comunicación social.

### **La acumulación en el espacio postsoviético**

Del combate contra la propaganda depende la posibilidad de resistir —y acaso de contraatacar— al régimen de guerra que se extiende por el mundo desde el centro de Europa. El núcleo de la publicidad de ambos bandos consiste en negar la posibilidad de un alto el fuego y de una solución diplomática provisional.<sup>104</sup>

Los Acuerdos de Minsk han sido violados y están muertos aunque, necesariamente, sus contenidos tienen que ser la base de cualquier entendimiento mínimamente sólido. El problema es que, conforme pasa el tiempo, aumentan los crímenes de guerra, la devastación del territorio y las ciudades, y se hacen sentir los efectos globales de la guerra sobre los recursos energéticos y alimentarios del país, todo lo cual se convierte en un poderoso acelerador de partículas. Esta dinámica hace que viejos y nuevos agravios contribuyan a cristalizar conjuntamente las pasiones de venganza y de justicia en el lado ucraniano (por los crímenes de guerra y por la destrucción de Ucrania), así como el revanchismo en el lado ruso, por la enésima humillación del «colectivo occidental» sobre lo que históricamente se ha denominado «Rusia Menor» (*Malorosiya*).

Cuando afirmamos que esta guerra no es una más en el archipiélago de conflictos repartidos por el mundo, sino que supone una condensación exacerbada de violencia efectiva y potencial en Europa, y un incremento sustancial de violencia militar, paramili-

---

104 A su vez, ninguno de los actores implicados directamente en el conflicto puede permitirse una derrota que no pueda disimularse mediante un acuerdo de alto el fuego.

tar y estatal en el resto del mundo, tenemos que justificarlo, yendo más allá de lo que razonablemente se puede inferir a simple vista. La percepción del horror y del peligro, así como la indignación ante el aplastamiento de la población civil ucraniana a manos de un ejército invasor, se ve mezclada con la propaganda de guerra que busca capturar nuestra inclinación a hacer algo para evitarlo (para ponerla al servicio de uno u otro bloque).

Por eso es necesario ir a la raíz de la situación: para que nuestro rechazo a la guerra no quede atrapado ni en la impotencia de una argumentación jurídica,<sup>105</sup> ni en la parálisis ética inducida por la mala conciencia (que calla pero otorga ante la escalada militar provocada por la respuesta del occidente atlántico), ni en la conciencia neutralizada por el miedo a las consecuencias de verse tildados de cómplices de los crímenes del gobierno ruso.<sup>106</sup> Ir a la raíz de la situación significa entender la altísima probabilidad de que esta invasión tuviera lugar a partir del análisis de la naturaleza y la dinámica de los principales agentes implicados. Significa además tener una perspectiva temporal del desarrollo de los acontecimientos y de sus puntos de inflexión.

Más adelante trataremos algunos episodios determinantes de la siempre trágica historia de la nación política ucraniana en el periodo moderno y, en particular, entre las dos guerras mundiales. Sin embargo, hay una causa radical en la Ucrania contemporánea que es más importante que la historia y la geografía, aunque estas nos ayuden a explicar la guerra: en 2018, la Ucrania contemporánea era ya el país más pobre de Europa desde el punto de vista de la renta per cápita y de los índices de desarrollo humano de Naciones Unidas. Como sabemos, las razones de esa enorme desigualdad no se corresponden con la riqueza de recursos naturales ni con los niveles de desarrollo técnico, científico y humanístico de las poblaciones ucranianas desde su integración en la URSS. Por el contrario, están íntimamente vinculadas a la naturaleza política (de clase) del proceso de independencia política de Ucrania

---

105 «La guerra la empezó Putin, luego es el culpable de la guerra y a él le corresponde pararla» es más o menos lo que vino a decir Jens Stoltenberg, Secretario General de la OTAN, en su comparecencia del 23 de marzo de 2022.

106 Un putinista, un «*Putin versteher*» como dicen en Alemania, o un «*fiancheggiatore di Putin*» como se descalifica en Italia.

tras la disolución de la URSS en 1991. En efecto, como ha señalado el experto en Rusia Mark Galeotti, a Ucrania le cabe el dudoso honor de haber contado con unas élites políticas peores aún que las rusas durante el proceso brutal de salida del llamado «socialismo real». Como sucediera en Rusia, en Ucrania se optó por la terapia de *shock* en la introducción de la «economía de mercado».

Con la excepción de Volodímir Zelenski, todos los presidentes y gran parte de la clase política del país tras la independencia son producto del «capitalismo político» de Max Weber, es decir, de una producción *ex novo* —y por lo tanto necesariamente violenta— de las condiciones necesarias del capitalismo.<sup>107</sup> Un capitalismo político sería el uso del *imperium*, del poder de mando condensado en un Estado nación, o en un sistema de poder de mando compuesto también por organizaciones transnacionales, para imponer esas condiciones en disputa con otras fuerzas sociales. Sin embargo, el capitalismo político que se impuso en los países del «socialismo real» tiene poco que ver con el modelo weberiano.

Para la década de 1990, las instituciones de Bretton Woods, el FMI y el BM, ya habían dejado atrás los postulados keynesianos y, durante la década de 1980, habían podido ensayar sus fórmulas de «ajuste estructural» con los grandes rivales semiperiféricos: México se había declarado en bancarrota en 1982 y Brasil suspendió el pago de su servicio de deuda en 1987. El proyecto desarrollista de la Conferencia Económica para América Latina (CEPAL), nacida en 1948, había sido derrotado definitivamente. Una inmensa transferencia de riqueza de las arcas públicas a las élites criollas y su sistemática fuga de capitales a bancos y fondos estadounidenses es la realidad de clase de esta transformación

---

107 Recordemos que, en su última teoría del capitalismo, Weber considera que hay cuatro componentes del capitalismo racionalizado: (1) una oferta de «trabajo libre», es decir, fuerzas de trabajo sin medios de subsistencia autónoma; (2) una organización empresarial mínima; (3) una infraestructura tecnológica aplicada a la producción; e (4) instituciones de mercados sin trabas. Al mismo tiempo, son necesarias condiciones intermedias (un sistema normativo previsible y un «espíritu» o ética pública acorde con los objetivos del capitalismo) y condiciones subyacentes necesarias (un Estado burocrático y administrativo, y una definición normativa clara de los derechos de propiedad y de los derechos de ciudadanía). Asimismo, están las condiciones fundamentales o últimas: la educación del funcionariado; las infraestructuras de transporte y comunicación; un sistema monetario y fiscal; un sistema eficiente de contabilidad y registro; y un monopolio práctico del control y acceso de las armas.

en todo el continente, que hasta la fecha no ha sido enmendado, ni siquiera durante la década de los 2000 del llamado «ciclo progresista latinoamericano».

La aplicación de la misma terapia al Este de Europa había contado con ensayos previos en Polonia, tras la transición pactada a un sistema de partidos dominado por las elites católicas del sindicato Solidarnosc [Solidaridad]. El gobierno del general Wojciech Jaruzelski dio paso al del primer ministro Tadeusz Mazowiecki, para el cual Jeffrey Sachs preparó un documento adoptado inmediatamente por el nuevo gobierno. Polonia es la única historia de éxito relativo del personaje, y no cuesta entender por qué: era el país menos «socialista» de toda la Europa del Este, y las condiciones subjetivas y de clases para la formación de un capitalismo político eran las más favorables. Él mismo explica, en un balance sobre Polonia, de 1994 que:

La crisis sistémica también puede ser abordada rápidamente, pero no en el mismo horizonte temporal que la crisis financiera. Mientras que la crisis financiera puede estar bajo control en unos meses, abordar la crisis sistémica lleva años, incluso bajo las condiciones políticas más favorables, con el gobierno y la ciudadanía respaldando las acciones de reforma. La conversión de la planificación central a los mercados exige dos conjuntos de acciones. La primera, y más fácil desde el punto de vista administrativo, es la eliminación de la planificación central. Se ha de poner fin a las intervenciones burocráticas en la economía, y se ha de dejar funcionar libremente a los mercados. Esto implica, entre otras cosas, la eliminación de los controles de precios, licencias para el comercio internacional e interno, la libertad de entrada de nuevas empresas en prácticamente todos los sectores de la economía, y el final de las intervenciones burocráticas dentro de las empresas particulares. El segundo conjunto de medidas implica la construcción de nuevas instituciones del capitalismo moderno, lo que incluye el derecho comercial moderno; un sistema judicial independiente para hacer valer el nuevo derecho comercial; y una estructura de propiedad privada corporativa que sustituya a la propiedad estatal de las empresas. Mientras que el desmantelamiento de la planificación central puede hacerse literalmente en días o meses, la construcción de nuevas instituciones exige años. Hasta la privatización masiva de empresas estatales, como la que se llevó a cabo en la República Checa y en Rusia, es un proyecto de varios años.<sup>108</sup>

---

108 Véase Jeffrey Sachs, «Shock Therapy in Poland: Perspectives of Five Years», 6 de abril de 1994» (la traducción es nuestra). <https://www.jeffsachs.org/newspaper-articles/zw4rmjwsy4hb9ygw37npgs97bmn9b9>

Resulta irónico que el Jeffrey Sachs de 2022 achaque la invasión rusa y la guerra en Ucrania a:

[...] La culminación de un proyecto de 30 años del movimiento neoconservador estadounidense. La administración Biden está repleta de los mismos neocons que promovieron las guerras selectivas estadounidenses en Serbia (1999), Afganistán (2001), Irak (2003), Siria (2011), Libia (2011), y que tanto hicieron para provocar la invasión rusa de Ucrania. El historial neocon ofrece un desastre sin paliativos. Sin embargo, Biden ha llenado su equipo de neocons. Como resultado de ello, Biden está dirigiendo Ucrania, Estados Unidos y Europa hacia otra debacle geopolítica. Si a Europa le quedara algo de criterio, tendría que separarse de tales debacles geopolíticas estadounidenses.<sup>109</sup>

Parece como si Jeffrey Sachs proyectara sobre otros, los «neocons», los efectos de 40 años ininterrumpidos de operaciones capitalistas de *shock* tras el final del régimen de la Guerra Fría. Como si la continuidad de la política exterior estadounidense, condensada para Jeffrey Sachs en la figura de Victoria Nuland, actual subsecretaria de Estado en la administración Biden, pudiera explicar toda la dimensión ecosistémica de la contrarrevolución capitalista neoliberal desde la década de 1980. Como si la existencia de paraísos fiscales en los países de la Commonwealth o de la UE (como Luxemburgo) pudiera explicar por sí sola la acumulación/expropiación de riqueza de las élites capitalistas globales. Victoria Nuland lleva dedicada a la política rusa desde antes del final de la URSS, y ha servido en todas las administraciones presidenciales salvo en la de Trump. En su figura se condensa la «unión sagrada» que no conoce divisiones entre partidos para la defensa de los intereses estratégicos estadounidenses en el planeta y, sobre todo, respecto al Este de Europa. Compañera del fundador del Project for a New American Century [Proyecto para un nuevo siglo americano] y estrella intelectual de la Guerra de Irak, Robert Kagan, su propia actuación a lo largo de las décadas hace innecesario inducir de su relación personal la profunda sintonía de sus puntos de vista políticos. Sería irresponsable no recordar, por miedo a ser acusados de putinismo por

---

109 Véase Jeffrey Sachs, «Ukraine is the Last Neocon Disaster», 27 de junio de 2022» (la traducción es nuestra). <https://www.jeffsachs.org/newspaper-articles/m6rb2a5tskpcxzsesjk8hhzf96zh7w7> Luego vendrían las «estabilizaciones monetarias» en Eslovenia y Estonia.

la inquisición atlántica, su papel operativo central en la escalada militar durante y después del Euromaidan de 2014. Victoria Nuland pasará a la historia de la diplomacia por el célebre «*fuck the EU*» que pronunció en una conversación suya (interceptada) con el embajador estadounidense en Ucrania respecto a la posibilidad de que la UE protagonizara el proceso de mediación en la situación ucraniana posterior al Euromaidan, frente a Naciones Unidas (opción preferida por Nuland). En suma, apunta a ser, junto con John Abizaid,<sup>110</sup> uno de los pivotes principales del proceso que lleva el recrudecimiento de la guerra civil ucraniana (bajo la presidencia de Petró Poroshenko) a la situación de tensión extrema en la que el círculo estrecho del poder ruso tomó la decisión de invadir el país.

### **Ucrania bajo los oligarcas de la guerra**

Si queremos ahondar en las raíces socioeconómicas de la guerra en Ucrania, además de atender a la dinámica de bloques y a los conflictos históricos entre la formación estatal rusa y la nación ucraniana inacabada, es necesario considerar el experimento biopolítico que supuso la «doctrina del *shock*» encabezada por Jeffrey Sachs en la Federación Rusa y en Ucrania. Hay muchos paralelismos y diferencias de importancia en el desarrollo de los respectivos procesos y en sus resultados.

En 1991, Ucrania, como parte de la URSS, era una de las repúblicas más pobres de la Unión. En 1986 había sufrido en su territorio la catástrofe nuclear de Chernóbil que supuso, además de la devastación ecosistémica de un área de más de 5 000 kilómetros cuadrados a menos de 100 kilómetros de Kiev, unas pérdidas evaluadas en 68 000 millones de dólares de hoy en día. El proceso de descomposición económica y política que afectó a toda la URSS durante la década de 1980 se tradujo en Ucrania, reserva cerealística y polo minero y siderúrgico en el Donbáss, en una catástrofe humanitaria, de la que el país solo empezó a recuperarse antes de sumergirse en una guerra civil en 2014: entre 1991 y 2014 la población pasó de 52 millones de personas a 45, consecuencia tanto de la migración, como del aumento de

---

<sup>110</sup> General retirado y exmiembro del Comando central estadounidense (CENTCOM), con mando en combate en la II Guerra de Irak. Obama lo designó consejero del ministro de Defensa ucraniano en septiembre de 2016.



las tasas de mortalidad y del descenso de la natalidad. En 2021 la población rondaba los 41 millones de personas. La esperanza de vida empezó a descender en 1989 y en 1998 se situaba en 67 años. Tuvieron que pasar 15 años hasta que en 2013 recuperara el máximo de 71 años que había alcanzado en 1988.

Esta situación no se produjo porque hubiera una falta de inversión extranjera o un aislamiento económico del país. Al contrario, el país se vio inundado de préstamos del FMI y del Banco Mundial, pero estos sirvieron para crear una clase oligárquica en medio de una corrupción estratosférica, que un estudio del Consejo Atlántico en 2007 estimaba en niveles propios de los países más corruptos del mundo. Lo que podría denominarse, irónicamente, una «corrupción constituyente».

¿Quiénes estaban en mejores condiciones para convertirse en oligarcas? Precisamente aquellos miembros de la burocracia estatal y de partido que entraron en contacto con los organismos financieros internacionales y que, por su posición de directivos en la empresas públicas o sus responsabilidades políticas, fueron capaces de apropiarse criminalmente de los activos privatizados mediante el acceso privilegiado a los distintos procedimientos utilizados regularmente en estos procesos: subastas, cupones de participación, certificados de propiedad, etcétera. Previamente, era necesario un circuito de corrupción y de reparto de rentas para que los bienes privatizados fueran tasados a precios ridículos o incluso negativos, lo que los hacía poco atractivos para el «capitalismo popular» que era el noble objetivo de los programas de *shock* inspirados por Jeffrey Sachs. Jueces, fiscales, inspectores, miembros del gobierno: una corrupción transversal hizo posible que el proceso de independencia ucraniana coincidiera con la formación de un Estado oligárquico.

No se discute mucho la afirmación de que el padre fundador de la oligarquía ucraniana fue Leonid Kuchma, segundo presidente de la Ucrania postsoviética. Tras su acceso a la presidencia en octubre de 1994, contó con el respaldo de un préstamo de 360 millones de dólares por parte del FMI para llevar a cabo un nuevo ataque a la protección social en el país. Impulsó la eliminación de ayudas sociales no contributivas y de los controles de precios sobre bienes de primera necesidad. Asimismo, inició la privatización de las explotaciones agrícolas y del suelo fértil

en las regiones del Chernozem o Tierras negras (un proceso que aún no ha terminado), con consecuencias devastadoras, no solo sociales, sino también puramente macroeconómicas: una inflación del 400%, que se tradujo en una desmonetización de buena parte del comercio de primera necesidad, y en un descenso de cerca del 46% del PIB respecto a 1990. El periodo de Kuchma se extiende hasta la «Revolución Naranja» de 2004. Entonces es cuando se forman los grupos oligárquicos que a su vez dominan el sistema político ucraniano, en el que, recordemos, el Partido Comunista era la principal fuerza de oposición hasta su ilegalización en 2015, tras el Euromaidan.

El sociólogo ucraniano Demid Chernenko ha establecido tres criterios para el análisis de la formación de grupos oligárquicos en Ucrania. Por un lado, son los principales propietarios privados del país en una clasificación de los 100 más ricos y tienden a camuflar su patrimonio sirviéndose de empresas *offshore* y testaferros, donde la estructura típica de la propiedad presenta entre dos y cuatro intermediarios entre la compañía pública y su propietario real. Por otro lado, el poder oligárquico se basa en la fusión entre poder político y propiedad, de tal suerte que cada grupo oligárquico cuenta con al menos un representante en el parlamento o en el gobierno, y puede hacer efectivos sus intereses gracias a ello. Por último, los oligarcas controlan dos o más negocios que están coordinados en sus operaciones habituales, lo cual no excluye la coordinación de tipo estratégico entre distintos grupos oligárquicos. Bajo estos criterios identifica la existencia de al menos 35 grupos oligárquicos, sobre todo en la minería, la industria de maquinaria y equipos eléctricos, la industria alimentaria, la metalúrgica, y en empresas de servicios públicos.<sup>111</sup>

Por lo tanto, es pertinente señalar que la dialéctica del sistema político ucraniano responde a los enfrentamientos entre grupos oligárquicos. Pensemos en el que ha sido considerado el mayor patrimonio ucraniano, Rinat Ajmétov y su holding System Capital Management. Ajmétov fue uno de los oligarcas más atacados durante el Euromaidan de 2014, en buena medida por su

---

111 David Chernenko, «Capital Structure and Oligarch Ownership», 2018, [https://mpr.ub.uni-muenchen.de/83641/1/MPRA\\_paper\\_83641.pdf](https://mpr.ub.uni-muenchen.de/83641/1/MPRA_paper_83641.pdf)

dominio explícito del Partido de las Regiones, que llevó a la presidencia a Viktor Yanukovich en 2010. Hasta su disolución tras el Euromaidan, el Partido de las Regiones fue el más inclinado a las buenas relaciones con Rusia, además de representar a las minorías de lengua rusa, y de ser partidario de una descentralización federativa en el país. Resulta interesante comprobar cómo lo que era fundamentalmente un partido tan clientelar y corrupto como el resto de los partidos que han ganado elecciones en el país se viera acusado de ser prorruso, como si tener unas buenas relaciones con Rusia respondiera a un comportamiento de sumisión o rendición, cuando no de traición. La sociología electoral de sus resultados no respalda ese juicio. Resulta más verosímil pensar que, en tanto que partido clientelar serio, no podía renunciar a hacer negocios con todos los intereses del país. Esto se refleja en el intento de mantener el equilibrio en las relaciones con la UE, la OTAN y Rusia. En 2010, el partido de Yanukóvich y Ajmétov se comprometió a dar los pasos legislativos necesarios para crear una zona de libre comercio con la UE, y en 2012 se inició el proceso para la firma conjunta del Acuerdo de Asociación entre la UE y Ucrania, que se demoró en buena medida por el apoyo alemán a la exprimera ministra Yulia Timoshenko, encarcelada por acusaciones de corrupción.

La historia de ese encarcelamiento refleja igualmente la imposibilidad de interpretar la historia política ucraniana reciente en términos de un enfrentamiento entre prooccidentales y prorrusos, y mucho menos entre partidarios del Estado de derecho de corte eurooccidental y partidarios de la democracia autoritaria conforme al ejemplo ruso. En cualquier caso, la que fue llamada «princesa del gas», antes de su entrada en política en 1998, representa una figura especial en el paisaje político ucraniano: académica e ingeniera, saltó a la empresa privada en cuanto las medidas de la *Perestroika* de Gorbachov lo permitieron. Fundó junto a su marido la Corporación Petrolera Ucraniana que, poco después, rebautizarían como Sistemas Energéticos Unidos de Ucrania. En poco tiempo se hizo con el negocio de la importación de gas ruso a Ucrania, contribuyó decisivamente a las relaciones comerciales de exportación e importación con Rusia y, antes del final de siglo, Timoshenko era ya una de las empresarias más ricas del país. Cuando se convirtió en viceprimera ministra de Energía

en el gabinete del primer ministro y futuro presidente Víktor Yúvschenko, su labor destacó por la eficacia y no por la corrupción, contribuyendo a hacer de las empresas energéticas un sector capitalista particularmente eficiente respecto a la media de los sectores económicos ucranianos. Al contrario de la interpretación campista, los intereses que llevaron a Yulia Timoschenko a prisión en 2011 respondían a una coalición transversal de líderes oligárquicos. En el centro de dicha alianza se situaría Víktor Yanukóvich, en estrecha colaboración con el expresidente Víktor Yúshchenko, líder junto a Timoschenko de la «Revolución Naranja» de 2004 contra el presunto y muy probable fraude electoral en las elecciones presidenciales, a favor de Yanukóvich. Tanto Nuestra Ucrania, el partido formado en torno a Yúshchenko, como el Bloque de Yulia Timoshenko eran partidos pertenecientes al Partido Popular Europeo, es decir, de derecha pro UE y atlantista. Sin embargo, ello no impidió que sufriera una primera persecución judicial en su primer periodo como primera ministra (febrero-septiembre de 2005) instigada por el propio presidente Yushchenko. La razón principal parece que fue la independencia de Timoshenko respecto a los intereses oligárquicos del propio presidente Yushchenko y sus aliados (entre otros el futuro presidente y principal responsable político de la escalada militar en el conflicto civil ucraniano tras el Euromaidan de 2014, Petró Poroshenko).

Contra cualquier simplificación lineal y esquemática, el segundo periodo de Timoschenko como primera ministra refleja el laberinto político ucraniano como una constante guerra de apropiación de rentas y propiedades entre distintas facciones de las élites políticas y económicas, en una nacionalidad ucraniana siempre inacabada. La cuestión del gas ruso fue de nuevo protagonista, conforme a un guión poco habitual: la primera ministra Yulia Timoshenko quiso retomar directamente las relaciones con Rusia en torno a los contratos de suministro de gas. El motivo era que la presidencia de Yushchenko había decidido comprar el gas ruso a través de una sociedad intermediaria con domicilio fiscal en Suiza, RosUkrEnergó, de propiedad mixta entre capitales rusos y capitales oligárquicos ucranianos. En conversaciones directas con Vladimir Putin, Timoshenko consiguió en 2007 que el suministro de gas se reanudara sin intermediarios y allanó el camino para la firma de nuevos contratos bilaterales. La llamada «guerra del gas» que esta-

lló en 2009 y que se tradujo en una escasez de gas en Ucrania y, por añadidura, en los países europeos más dependientes del gas ruso, estuvo motivada por la rescisión de los contratos bilaterales y por la deuda de 2400 millones de dólares que la compañía pública de gas ucraniana, Naftogaz, tenía con la rusa Gazprom. La participación directa de la familia del presidente Yushchenko en Naftogaz explica mucho mejor la campaña y la persecución judicial contra Timoshenko que la división entre orientaciones prorrusas o prooccidentales. Esto nos habla de una dinámica política nacional en la que la crisis sistémica de 2008 interviene como factor de radicalización de los conflictos interoligárquicos, por un lado, y del malestar político y social de las poblaciones, por otro.

Pocos análisis resultan tan esclarecedores como los del ucraniano Volodimir Ischenko, que ha interpretado las tres revoluciones políticas ucranianas de las tres últimas décadas, la Revolución de Granito de octubre de 1990 (cuando todavía existía la URSS), la Revolución Naranja entre noviembre de 2004 y febrero de 2005, y la Revolución de la Dignidad o Euromaidan entre noviembre de 2013 y febrero de 2014, como «revoluciones inconsecuentes». Bajo su criterio, las tres fueron revueltas populares capturadas por fuerzas ajenas a sus participantes. En este sentido, el Euromaidan de 2014 no hizo más que intensificar negativamente la crisis de representación política que acompaña al país desde su independencia en agosto de 1991:

Las revoluciones *maidan* postsoviéticas fueron a lo sumo una amenaza de que uno u otro grupo de las élites fuera reemplazado por un grupo rival, pero nunca presentaron una amenaza existencial para la clase dominante que la forzara a «líderar» las clases subalternas, en vez de limitarse a dominarlas. La representación política de los intereses de los grupos sociales se vio socavada tanto «por arriba» como «por abajo». Los principales partidos de las élites gobernantes reprodujeron y exacerbaron los vicios del Partido Comunista brezhneviano tardío —una ideología sin sentido, clientelismo y escasa participación activista—. La desintegración desmodernizadora dejó los intereses sociales de los grupos que constituían las sociedades postsoviéticas mal articulados y organizados. La distancia entre los intereses inmediatos de una persona normal y toda política o ideología no ha hecho más que ampliarse.<sup>112</sup>

---

112 Véase Volodimir Ischenko, «Ukraine in the Vicious Circle of the Post-Soviet Crisis of Hegemony», 29 de octubre de 2021. <https://lefteast.org/ukraine-in-the-vicious-circle-of-the-post-soviet-crisis-of-hegemony/>

¿Quiénes son para Ischenko esos grupos de las élites que capturaron la revuelta? ¿Puede hablarse de una contraposición neta entre las élites y las bases activistas del movimiento? En su análisis, las élites en conflicto eran dos. Por un lado estarían el que luego sería presidente y uno de los principales responsables de la escalada hacia la guerra, el oligarca y político Petró Poroshenko; las ONGs occidentales de todo tipo, desde el National Endowment for Democracy (un instrumento clásico de la política exterior estadounidense) a la Open Society pasando por organizaciones de DDHH con financiación de la UE; la coalición derechista Levántate, Ucrania, formada en marzo de 2013 e impulsada por la Unión panucraniana Patria de Yulia Timoshenko (y que en junio de 2014 formaría su propia rama paramilitar, activa en los combates en el Donbás desde entonces y hoy integrada en las Unidades de Defensa Territorial); la Unión panucraniana Svoboda [Libertad], entonces en crecimiento electoral y principal responsable de la relegitimación del fascismo «banderista» en Ucrania; y Arseni Yatseniuk, un aliado de Timoshenko y figura preferida por Victoria Nuland como mejor candidato a la presidencia del país tras el Euromaidan, que sería primer ministro tras la caída de Yanukóvich, para dimitir poco después y fundar en septiembre de 2014 el derechista, atlantista y nacionalista Frente Popular. Por el otro lado, estaban los que Ischenko llama también «capitalistas políticos», es decir, fundamentalmente el entonces presidente Víktor Yanukóvich y el Partido de las Regiones, que perderá su poder político, pero no el económico; y, Junto al Partido de las Regiones perderá también toda la izquierda oficial, con el influyente Partido Comunista a la cabeza, y que un año después será ilegalizado por el gobierno presidido por Petró Poroshenko.

Hay un elemento muy importante en el análisis de Ischenko que suele pasar desapercibido y que contribuye a explicar la aparente paradoja de una radicalización nacionalista y derechista en el país sin su correspondiente reflejo electoral tras el Euromaidan. A su juicio, la gran victoria del *neobanderismo* ucraniano consiste en haber hegemonizado el discurso político de casi todo el conjunto de fuerzas coaligadas en el Euromaidan. En consecuencia, habría cooptado el gobierno y el ejército ucranianos bajo la presidencia de Poroshenko (y el gobierno provisional del primer ministro Arseni Yatseniuk bajo la presidencia

de su correligionario Oleksander Turchínov). *Svoboda* contó con tres ministros en ese gobierno, entre ellos el de Defensa. Para Ischenko, lo que él denomina el «nacionalismo cívico» de un sector del Euromaidan no socavó, sino que profundizó y allanó el terreno al nacionalismo étnico que atravesó a todos los partidos del bloque político ganador de la Revolución de la Dignidad.

El fracaso del primer Acuerdo de Minsk, firmado en septiembre de 2014, no hará más que recrudescer este aspecto. En una situación de guerra civil con las repúblicas de Donetsk y Lugansk, la libertad de acción de la extrema derecha nacionalista ucraniana fue considerable, e incluirá ataques permanentes a activistas de izquierdas, feministas, romaníes y personas LGTBQ+. En este punto, es importante señalar que esta transversalidad de la extrema derecha es un rasgo común a ambos bandos de la guerra civil ucraniana. Ese dato no solo es determinante en la interpretación de esta guerra y sus consecuencias, sino que viene a confirmar lo que apuntaremos en el segundo capítulo de este trabajo sobre las relaciones entre guerra, máquinas de guerra y percepciones y afectos fascistas. Por desgracia, el escenario ucraniano se lleva bien con esas consideraciones.

### **Rusia semiperiférica**

En un ensayo fundamental publicado en 2014,<sup>113</sup> Georgi Derluguian e Immanuel Wallerstein defienden la tesis de una continuidad relativa de Rusia en el sistema-mundo moderno como Estado semiperiférico. Los autores se hacen preguntas radicales:

Comencemos por los estereotipos más conocidos. ¿Por qué Rusia es tan grande y populosa en comparación con otros países eslavos? ¿Por qué sus gobernantes más destacados —Iván el Terrible y el zar Pedro I, Lenin y Stalin, o Putin en la actualidad— parecen tan ferozmente despóticos y tan obsesionados con Occidente, al que se resisten y emulan a la vez? Para dar una respuesta significativa a estos interrogantes, es preciso desandar la formación del Estado ruso hasta sus inicios, en los albores del siglo XVI, cuando comenzaba a adquirir forma el propio mundo moderno.

---

113 Georgi Derluguian, Immanuel Wallerstein, «De Iván el Terrible a Vladímir Putin: Rusia en la perspectiva del sistema-mundo», *Nueva Sociedad*, núm. 253, Buenos Aires, septiembre-octubre de 2014, <https://nuso.org/articulo/de-ivan-el-terrible-a-vladimir-putin-rusia-en-la-perspectiva-del-sistema-mundo/>

El Imperio ruso no participó en la conformación de la economía-mundo capitalista e imperial entre los siglos XVI y XVII, que quedó confinada a los estados de Europa occidental. Básicamente, la financiación de las guerras por la hegemonía imperial entre los Estados produjo una inmensa acumulación de capital dinerario por parte de los banqueros europeos, que a su vez se empleó en la expansión colonial de la naciente economía-mundo. Pero a diferencia de los estados occidentales, o de vecinos como Polonia, el Estado ruso tuvo una:

[...] ininterrumpida capacidad de sus gobernantes para mantener a raya los intereses de la élite, subordinados a las metas del Estado (es decir, de los zares). Las reformas zaristas ilustran espléndidamente este punto. El zar Pedro I pasó a ser «el Grande» entre las décadas de 1690 y 1720, y no solo porque hubiera reconocido la urgencia de importar innovaciones militares y administrativas desde Occidente.<sup>114</sup>

El patrón que propone la historiografía dominante eurocéntrica es un proceso de modernización capitalista occidental, basado en estados nación coloniales y metrópolis, en las que prosperan clases medias democráticas y clases trabajadoras organizadas para la mejora de sus condiciones de vida (aunque mayoritariamente conformes con su subalternidad respecto al poder político, económico y cultural). Pero, según Derluguan y Wallerstein, la historia de Rusia sigue otro patrón: el de los estados semiperiféricos, es decir, aquellos que ocupan un nivel intermedio, con elementos tanto del centro como de la periferia del sistema-mundo. En el caso de Rusia, la tentativa de ponerse al nivel de los estados dominantes del sistema-mundo moderno se han llevado a cabo mediante formas dictatoriales:

En cada oportunidad, Rusia se vio obligada a acumular fuerzas con miras a aprovechar esas oportunidades geopolíticas. Esto siempre requirió campañas vigorosas para promover un nuevo ejército y un aparato estatal fortalecido, así como recaudaciones impositivas y bases productivas adecuadas para la época. De ahí los déspotas hiperactivos y transformadores: Iván el Terrible, Pedro el Grande, Stalin. Su aparición en los momentos de ascenso del poder estatal ruso no fue casual. La recurrencia de gobernantes despóticos y activos está ligada a la típica estrategia semiperiférica

---

114 *Ibid.*



de compensar la falta de recursos capitalistas con un incremento de la coerción. En las tres instancias, los saltos hacia el siguiente estadio de centralización estatal y poder militar se apoyaron en medidas inmensamente opresivas que apuntaban a expoliar a los campesinos de todos los recursos humanos y fiscales que fuera posible extraer de ellos. Pero entre los gobernantes del Estado y el pueblo llano siempre se interpusieron élites de diferentes tipos. Todo esfuerzo contundente que apuntara a elevar la posición de Rusia en el sistema-mundo tenía que comenzar por el desbaratamiento de las viejas élites y su reemplazo por nuevos cuadros cuyas aptitudes, identidades y organización grupal fueran congruentes con las metas de la reforma estatal.<sup>115</sup>

Para los autores, incluso las revoluciones rusas de 1917 pueden ser vistas como un episodio más de la pugna de la entidad semiperiférica rusa por convertirse en un Estado central del sistema-mundo. En su opinión, el credo obrero y proletario del partido bolchevique no se correspondía con la composición real de su vanguardia, conformada sobre todo por abogados, médicos, científicos, profesores, ingenieros, o literatos, es decir, por la *intelligentsia*, reducidos a la impotencia por la organización del poder zarista. Si la Revolución de Octubre de 1917 resulta inexplicable sin tener en cuenta los efectos de la I Guerra Mundial sobre las poblaciones del Imperio ruso, la anterior Revolución de 1905 tampoco puede explicarse sin tener en cuenta el fracaso de la última tentativa del zarismo de acceder al centro del sistema-mundo entonces dominado por el hegemon imperial británico.

Ese intento está estrechamente vinculado a la figura de Serguéi Witte,<sup>116</sup> un personaje formado, precisamente, en la Ucrania imperial de entonces, y que se forjará en la planificación y gestión de los ferrocarriles que, antes como ahora, eran fundamentales para el transporte de cereales y combustibles fósiles, pero también para las operaciones militares (como se demostrará durante la guerra en los Balcanes entre los Imperios ruso y otomano entre 1877 y 1878). Los ferrocarriles eran el fundamento de los intentos de industrialización, que se aceleraron en los últimos años del siglo XIX. Witte dirigió la construcción

---

115 *Ibid.*

116 Alto funcionario y gobernante entre los dos últimos zares, Alejandro III y Nicolás II. Su figura expresa la contradicción fundamental de todos los intentos de modernización de la formación semiperiférica rusa, antes y después de la Revolución soviética de 1917.

del Ferrocarril Transiberiano, e impulsó la formación de cuadros técnicos de la administración sobre una base meritocrática, en oposición al sistema clientelar y de patronazgo siempre dominante en la administración zarista. Fijó el rublo al patrón oro como facilitador de la inversión doméstica y extranjera, y trató de convencer al zar Nicolás II de la necesidad de la reforma agraria y del abordaje de la cuestión campesina como factor clave para la modernización del imperio.

El papel decisivo del consorcio Putilov (en particular de sus fábricas en San Petersburgo) en las revoluciones de 1905 y 1917 es resultado de este esfuerzo para integrarse en el centro del sistema-mundo y de sus contradicciones. Al fin y al cabo, la modernización efectiva (entendida como acceso u ocupación del centro del sistema-mundo) es un resultado específico de las luchas de clases. Como hemos visto más arriba, para el Imperio ruso esa modernización pasaba por medirse con los intereses de clase de la *intelligentsia* y del creciente pero minoritario proletariado industrial, así como por la transformación capitalista de la agricultura y de la composición de clase del campesinado del imperio. Y eso se demostró imposible porque minaba uno de los pilares de la formación imperial semiperiférica, justamente, como señalan Derlugian y Wallerstein:

Si bien aún era una gran potencia, la Rusia de 1900 se mostraba insegura de su estatus en relación con Occidente. En el plano interno, el Imperio ruso se veía asediado por las enormes disparidades entre ricos y pobres, el descontento político, la brutalidad policial, una burocracia en general inerte y corrupta, así como una embarazosa insuficiencia en materia de progreso tecnológico, aunque contara con algunos excelentes académicos e ingenieros. A pesar de los esfuerzos gubernamentales por fomentar las industrias modernas, tanto el presupuesto ruso como las élites dominantes dependían de las exportaciones de granos y minerales. En resumen, todo indicaba que Rusia estaba quedando rezagada con respecto a Occidente mientras se desplazaba en dirección a la periferia.<sup>117</sup>

Se trata de la contradicción entre el desarrollo de un complejo industrial como las fábricas Putilov y una política obrera del régimen zarista, basada en la alternancia entre la pura represión y lo que se conoció como el «socialismo policial». Lo repetimos

---

117 *Ibid.*

dada su relevancia: en las plantas Putilov se condensa el nudo central de las contradicciones de clase que marcarán, durante el siglo XX, las relaciones del Imperio (y luego de la URSS) con el sistema-mundo moderno: las contradicciones entre las clases obreras industriales, la *intelligentsia* técnico-científica y las oligarquías políticas del Imperio, sin olvidarnos de la *nomenklatura* del Estado y Partido soviéticos. En medio, un campesinado pobre que, formalmente salido de la servidumbre en 1861, sería la víctima propiciatoria del capitalismo semiperiférico del último periodo de la dinastía Romanov y de sus guerras, así como de la modernización acelerada y del desafío al sistema-mundo que encarnó la URSS, al menos hasta mediados de la década de 1960.

Instalada en San Petersburgo en 1801, por un decreto del zar Pablo I (con el nombre de Fundición de Hierro de San Petersburgo), y dirigida en sus inicios por inmigrantes escoceses, se constituye como sociedad por acciones Plantas Putilov en 1873. A partir de 1874 producirá en sus instalaciones vagones de carga, diez años más tarde vagones de pasajeros y, en la década de final de siglo, comenzará a fabricar locomotoras.

El gran impulso del complejo industrial vendrá con el comienzo del nuevo siglo y la carrera armamentística entre los imperios coloniales. En 1912 se crean los Astilleros Putilov para la fabricación de cruceros y destructores, antesala de la conversión de las fábricas en el centro de producción de la maquinaria de guerra del Imperio en San Petersburgo y, a partir de 1915, de su intervención estatal al objeto de garantizar la diligencia en las entregas de material bélico.

Puede decirse que la Revolución de 1905 es la culminación de un ciclo de protestas y huelgas que empieza en la fábrica Putilov, con el telón de fondo del empobrecimiento generalizado de la población, el hambre, la miseria atroz de la inmensa mayoría campesina (entre otros motivos debido al desplome del precio de los cereales, principal fuente de sus ingresos) y el descontento por la derrota tras la aventura imperialista del Imperio en Manchuria y Corea (guerra ruso-japonesa). En torno a las plantas Putilov se juega el destino de aquel experimento ruso del «socialismo policial», cuya influencia en algunos de los rasgos del periodo estalinista es innegable. Sus grandes figuras son el iniciador de la idea, Serguei Vasilyevich Zubátov, y su gran realizador,

el sacerdote ortodoxo Guiorgui Gapón. El caso de Zubátov tiene un interés histórico notable: hijo de un oficial militar medio, su primera inquietud política le lleva a encabezar el círculo nihilista de su propio *gymnasium* [instituto] y, más tarde, a acercarse al movimiento populista ruso. Acosado por la policía zarista por sus contactos con *Naródnaya Volia* [La voluntad del pueblo], no tardará mucho en convertirse en infiltrado policial dentro de las organizaciones populistas, con grandes rendimientos en términos de detenciones y desarticulaciones. Al ser descubierto y condenado a muerte por *Naródnaya Volia*, deja la actividad de infiltrado y pasa a convertirse en director de formación y de las operaciones de infiltración en las organizaciones revolucionarias. Sus éxitos en la represión del movimiento populista serán notorios, contribuyendo enormemente a su debilitamiento.

Pero a finales del siglo XIX le toca enfrentarse a una fuerza completamente distinta: el movimiento obrero y sus expresiones marxistas, que se condensan en la fundación del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en 1898. La experiencia moscovita en la represión de una de las primeras organizaciones sindicales obreras, el Sindicato de Trabajadores de Moscú, permitirá a Zubátov descubrir el nexo entre la *intelligentsia* revolucionaria socialdemócrata (marxista) y la clase obrera industrial, es decir, el nexo fundamental que forma el núcleo de las tesis de Vladimir Ilich Uliánov (Lenin) en *¿Qué hacer?* (1902): la organización centralizada de revolucionarios profesionales que intervienen en el movimiento obrero «aportando la conciencia revolucionaria desde el exterior», contra la reducción de la lucha obrera a la dimensión estrictamente sindical.

La hipótesis de Zubátov será que esa misma persuasión externa puede conseguirse mediante organizaciones de cuadros creadas por el gobierno, al mismo tiempo que se aísla y reprime a las organizaciones revolucionarias de composición mayoritariamente intelectual. Será el comienzo de lo que se llamó la *zubatovschina*, la organización de los sindicatos progubernamentales controlados por la policía zarista.

El pope Gueorgui Gapon conoce a Zubátov en 1902 y empieza a trabajar en la expansión y mejora de dicha organización sindical. Mientras el «método Zubátov» consiste en la persuasión y las prebendas a los cabecillas obreros (para que colaboren con la

policía y vehiculen las reivindicaciones de mejoras laborales evitando huelgas y grandes protestas) para Gapon, de esa manera, es imposible desbancar a las organizaciones socialdemócratas, puesto que el estigma del control policial de las organizaciones es indeleble. Gapon se hará cargo del sindicato auspiciado por Zubátov (la Sociedad de Apoyo Mutuo de los Trabajadores de la Producción Mecánica), le cambiará los estatutos y el nombre, y lo convertirá en el interlocutor con la empresa y del gobierno, apartándolo del control directo de la policía. Nace así la organización que será conocida como «la Asamblea», condensado de la Asamblea de Obreros Fabriles de San Petersburgo. Aquí se inicia la fase de lo que sigue considerándose la profunda ambigüedad de la figura de Gapon.

A diferencia del socialismo progubernamental penetrado por la policía de la *zubatovschina*, el énfasis de Gapon en una organización autónoma de los trabajadores y en la validez de las protestas masivas y las huelgas, lleva a su grupo al acercamiento con el círculo de socialdemócratas de la órbita de Eva Karelina. Entre ambos crean un comité secreto de dirección del movimiento, con el que nace el ciclo organizativo que llega hasta 1904 (gracias al trabajo de la componente socialdemócrata del grupo de Karelina). La Asamblea contará con varios miles de afiliados, con la propia Karelina en la dirección de la sección de mujeres empleadas en la industria textil. En este periodo, la actividad de Gapon difícilmente responde a un patrón policial: hace política contra la legalidad, y promueve la expansión de las actividades de la Asamblea al resto de entornos obreros de San Petersburgo (y, más tarde, a Moscú, Kiev y Jarkov). Lo hace aprovechándose de sus contactos gubernamentales y policiales para no ser molestado, mientras critica e insta a los trabajadores a abandonar los sindicatos pertenecientes a la *zubatovschina*.

En diciembre de 1904, los acontecimientos se precipitan a raíz del despido de cuatro trabajadores de la fábrica Putilov por su supuesta pertenencia a la Asamblea. La respuesta será la organización de una huelga en la planta, que se extenderá a cientos de fábricas en toda la ciudad, que queda paralizada. El comité de la Asamblea decide entonces presentar una petición a las autoridades, y acompañarla de una marcha pacífica el domingo 22 de enero de 1905. La masacre que el zarismo comete contra los

marchistas pasa a conocerse como el Domingo Sangriento: cientos o miles de muertos y miles de heridos como consecuencia de los disparos de las fuerzas armadas. A consecuencia de ello estallan huelgas obreras en todas las grandes concentraciones industriales del Imperio y, en mayo de 1905, nace el primer sóviet en la ciudad textil de Ivanovo. En los meses siguientes llegarán a formarse 62 sóviets de obreros, soldados y campesinos.

A pesar de que la marcha se había organizado como una petición de trabajadores y familias dirigida al zar Nicolás II, completamente desarmada —pero, al mismo tiempo, con la firme determinación de ser escuchada—, el Domingo Sangriento le valdrá a Gapon el pedigrí de revolucionario en los círculos socialdemócratas, anarquistas y socialrevolucionarios del exilio. Causa buena impresión en todo el mundo: desde Plejánov a Kropotkin, pasando por Lenin y Gorki. En sus panfletos tras el Domingo Sangriento llamará al derrocamiento violento de Nicolás II. Los socialdemócratas del exilio le parecen intelectuales, no militantes prácticos. Se encuentra más a gusto entre los socialrevolucionarios, que le ayudarán a ser elegido presidente de la Conferencia de todos los partidos revolucionarios que tendrá lugar en abril de 1905. Con esa legitimidad regresa a San Petersburgo, para crear el Sindicato Panruso de Trabajadores, explícitamente contrario a socialdemócratas (tildados de intelectuales dogmáticos) y socialrevolucionarios. Resulta bien curiosa la insistencia de Gapon en que los trabajadores se liberen por sí mismos, sin la interferencia de intelectuales desconectados de la vida real (en referencia a la socialdemocracia rusa). De ahí el intento de formación de un Partido Obrero bajo su dirección, un proyecto en el que caerán engatusados los socialrevolucionarios y el propio Kropotkin, que escribirá el panfleto de lanzamiento del partido.

Mientras tanto, el zarismo reacciona a las consecuencias del Domingo Sangriento mediante la creación, el 11 de febrero, de una comisión presidida por el senador del Consejo de Estado zarista, Nicolai Vladimirovich Shidlosky. En agosto de 1905, fruto de su labor, se creará la Duma estatal como remedo de democracia parlamentaria. La huelga general de octubre acelerará la publicación del «Manifiesto supremo por la mejora del orden estatal», firmado por Nicolás II, y publicado en noviembre de 1905, que supondrá un paso en la democratización liberal del régimen

zarista. Negándose a solicitar una amnistía, Gapon regresa a San Petersburgo para volver a encabezar de nuevo la Asamblea. Aquí empieza la decantación final de su figura, cuando acepta entrar en negociaciones con el ministro del Interior, el omnipresente conde Serguéi Yúlievich Witte. A cambio de fondos y de la vuelta a la legalidad de la Asamblea, Gapon se compromete a atizar contra un levantamiento armado y contra los partidos revolucionarios. Escribe una «Carta a la Asamblea Rusa de Trabajadores Fabriles» de San Petersburgo, en la que se esmera en advertir a los trabajadores de que no sigan la doctrina marxista:

Vosotros, que no tenéis un conocimiento sutil de Marx, sabéis, por instinto, mucho mejor que nadie en lo íntimo de vuestra posición proletaria, tomar decisiones y evitar errores que son fatales para vosotros y para todo el proletariado. No olvidéis que también vosotros os habéis graduado en la universidad mundial del hambre, el frío, la pobreza y las privaciones, y que en lo que os quede de vida llegaréis a la perfección en el conocimiento de la ciencia de los diferentes tipos de humillaciones e insultos: la ciencia de todos los tipos de opresión y violencia. No olvidéis que, cuando se aplica a la realidad rusa, el sentido común práctico del heroico trabajador ruso es mucho mayor que el del alemán Marx [...].<sup>118</sup>

El conde Witte y Gapon terminarán uniendo sus destinos. En la prensa europea y estadounidense, Gapon elogiará las políticas de Witte y alertará contra la masacre y el riesgo de guerra civil que supondría una insurrección armada contra el gobierno como la que proponen los partidos revolucionarios. Su objetivo declarado es «detener el movimiento». Sin embargo, el fracaso del levantamiento armado de diciembre de 1905 en Moscú, organizado por los sóviets de los diputados obreros, significa el final del periodo de modernización del conde Witte y el inicio del fin del pope Gapon. El nuevo ministro de interior, Piotr Nikoláievich Durnovó, se dedicará a destruir la obra de Witte y a divulgar la larga colaboración de Gapon con la policía desde el periodo de la *zubatovschina*. Las variantes del «socialismo policial» han fracasado. Ya nada será igual en el movimiento obrero del Imperio ruso, y mucho menos en la capital imperial hasta 1918. El dos de

---

118 Véase, «Carta a los miembros de la "Asamblea de Trabajadores Fabriles Rusos"», en <https://ru.wikisource.org/>: Письмо к членам «Собрания русских фабрично-заводских рабочих» (Гапон). La traducción es nuestra.

marzo de 1917, el centro de la producción de máquinas de guerra para el esfuerzo bélico se declara en huelga, contagiado por la ola de huelgas en todas las industrias de la ciudad desde enero y febrero. A principios de marzo la ciudad se paraliza con la extensión de los paros obreros contra la guerra, el hambre y el zarismo, y el día ocho de marzo estalla en la capital el levantamiento armado que terminará con 370 años de zarismo.

### **En el centro del mundo**

Finalmente, con la Revolución de Octubre de 1917 se impondrá la alianza (tan denostada por el pope Gapon) entre la *intelligentsia* que el reformismo modernizador del conde Witte no había podido integrar en sus propósitos de acceso al centro del sistema-mundo y la minoritaria —pero decisiva— clase obrera que el «socialismo policial» no había sido capaz de dominar.

Como sabemos, solo con la URSS la vieja *polity* panrusa conseguirá acceder al centro del sistema-mundo, aunque por poco tiempo y al precio de incontables masacres, de la democracia y del comunismo (tan consecuencias como condiciones de la extensión de la revolución que no se dio y que, con la consolidación del bloque estalinista en el partido y en el Estado, dejó de buscarse). Un continuo de desastres entre 1917 y 1945 en el que opera una amalgama entre la defensa del (primer y más importante) Estado soviético y la defensa de la patria rusa: un mix en el que la primera narración acabará devorada por la segunda, que se consolida con la «Gran Guerra Patriótica» contra la invasión nazi de 1941-1945. Derlugian y Wallerstein conceden escasa importancia al factor ideológico o narrativo de los dirigentes bolcheviques, y atienden más a los componentes (*nomenklatura* de partido, *intelligentsia* técnico-científica y clase obrera) para la construcción de un Estado industrial avanzado:

La estrategia de construcción estatal que llamamos «leninismo» heredó muy poco del marxismo clásico, ya que en realidad se basó en la fusión de tres avances mayúsculos que habían tenido lugar en la organización contemporánea del poder estatal. El primero era el partido ideológicamente inspirado y disciplinado que fomentaba la participación política de las masas y los ascensos desde los estratos más bajos de la sociedad. El segundo era la economía industrial planificada de producción masiva, ya fuera lo que en una versión capitalista más civil se denomina «fordis-



mo» o bien la planificación alemana de guerra, que requería urbanización, educación y provisión de asistencia social a gran escala. Y estas dos innovaciones –la movilización político-ideológica por un lado y la industrial por el otro– condujeron a la tercera movilización mayúscula: la creación del ejército mecanizado de conscripción masiva.<sup>119</sup>

Con el final de los métodos terroristas en la movilización productiva, a partir de la llegada a la secretaría del PCUS de Nikita Jruschov en 1956, podríamos decir que tiene lugar lo más parecido a una tímida tentativa de New Deal en la URSS. ¿En qué términos, con qué actores sociales? En términos tanto políticos como económicos. El llamado «deshielo» será un proceso real, sobre todo en comparación con la violencia estructural difusa del periodo anterior. Antes que como «revisiónismo», se ha de entender la doctrina de la «coexistencia pacífica» de Jruschov como la búsqueda de un respiro que permitiera la introducción de una dialéctica reformista en las relaciones entre la *nomenklatura*, las clases obreras y la economía agraria (por lo demás, crecientemente proletarizada y con una reducción de mano de obra por el sistema de los *koljós* y *sovjós* y la creciente mecanización). Para ello será necesario un aumento generalizado de la cantidad y diversidad de los bienes de consumo (y de la productividad del trabajo) y una aplicación generalizada de las ciencias y las técnicas a la industria y a la agricultura. Recordemos que, durante el periodo estalinista, la epistemología policial hará estragos en todos los campos de la producción intelectual,<sup>120</sup> con miles de condenados y ejecutados, que en este caso tendrán consecuencias directamente catastróficas en una agricultura ya diezmada por las colectivizaciones forzosas (que contribuyeron al Holodomor ucraniano) y, más tarde, por las consecuencias ecosistémicas de la II Guerra Mundial y los 27 millones de muertos entre la ciudadanía soviética.

Con el deshielo de Jruschov se inician las campañas de construcción masiva de viviendas obreras con métodos industriales (y de escasa calidad), conocidas como *jrushchovka*; se produce una incorporación mayor aún de las mujeres a los empleos industriales, educativos, sanitarios y administrativos (muy

---

119 Georgi Derluguan, Immanuel Wallerstein, «De Iván el terrible a Vladimir Putin...», *op. cit.*

120 Como ejemplo, las campañas de Andréi Zhdánov en el campo cultural y artístico, o de Trofim Lysenko en la biología y las técnicas agrícolas.

por encima de los porcentajes occidentales del mismo periodo); y se apuesta por la productividad agrícola (mediante el uso masivo de fertilizantes y pesticidas, así como por la introducción masiva del maíz como forraje en las «Tierras Vírgenes» de Kazajistán, Siberia, los Montes Urales, el área del Volga y el Norte del Cáucaso). Como dirá Jruschov:

No habrá comunismo si nuestro país tiene tanto metal y cemento como queramos, pero la carne y el grano escasean.<sup>121</sup>

Todo esto se traducirá en menos impuestos a la granjas colectivas, y en la introducción de salarios mensuales a los trabajadores de la granjas, en lugar de los pagos anuales vigentes hasta entonces.

Al mismo tiempo, la coexistencia pacífica será la figura a través de la cual los dirigentes del grupo *jruschoviano* querrán llevar a cabo no solo el «comunismo», sino el ingreso de la URSS en el centro del sistema-mundo en razón de su hegemonía política, económica y técnica, antes que militar. La emulación y mejora de las industrias alimentarias y de electrodomésticos estadounidenses forma parte de la variante *jruschoviana* de la modernización occidental, como práctica secular de los gobernantes del imperio ruso. El famoso «debate de la cocina» entre el entonces vicepresidente Richard Nixon y Jruschov del 24 de julio de 1959 es un epítome cómico del carácter competitivo que cobró la coexistencia pacífica en el terreno de la «revolución científico-técnica».

El XXII congreso del PCUS de octubre de 1961 adoptará el llamado Tercer Programa, en el que se fijará un plazo de veinte años para el comienzo de la construcción del comunismo. Un comunismo que el programa define como:

Una sociedad sin clases con una única propiedad pública de los medios de producción, la completa igualdad social de todos los miembros de la sociedad donde, junto con el desarrollo omnilateral de las personas, las fuerzas productivas crecerán a partir del desarrollo constante de la ciencia y la tecnología, se verterá todo el caudal de las fuentes de la riqueza social, y se hará realidad el gran principio: «de cada uno, según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades». El comunismo es una

---

121 Palabras pronunciadas durante la llamada «campana del maíz», a principios de 1954, extraídas de *Seventeen moments in Soviet History*, «Corn Campaign», <https://soviethistory.msu.edu/1961-2/corn-campaign/> (la traducción es nuestra).

sociedad altamente organizada de trabajadores libres y conscientes, en la que se establecerá el autogobierno, el trabajo por el bien de la sociedad se convertirá para todos en la primera necesidad vital, en una necesidad reconocida, y las capacidades de cada cual redundarán en el mayor beneficio para el pueblo.<sup>122</sup>

¿Sobre qué bases, a partir de qué luchas? La lucha quedará confinada al exterior de la URSS, a los conflictos que se producen en el mundo capitalista, con las luchas revolucionarias de la clase obrera en los países desarrollados y los movimientos de liberación nacional en los países colonizados por las naciones del centro del sistema-mundo. En el interior, se trata fundamentalmente de aplicar la revolución científico-técnica a la producción y la administración, así como de reforzar la educación, la conciencia y la moral socialistas del pueblo soviético. Aquí reside lo que podríamos llamar el elemento utópico, ilustrado y progresivamente tecnocrático, del proyecto *jruschovista*. La alianza o más bien la colaboración pacífica, moral, entre *nomenklatura*, *intelligentsia* y pueblo trabajador:

Elevar la conciencia comunista del pueblo trabajador contribuye a la mayor cohesión ideológica y política entre los trabajadores, los campesinos de las colectividades agrícolas y de la *intelligentsia*, de cara a su fusión gradual en un único colectivo de trabajadores en la sociedad comunista.<sup>123</sup>

Una tarea que alcanza su formulación más utópico-grotesca con la proposición del Código Moral del constructor del comunismo:

El partido cree que el Código Moral del constructor del comunismo incluye los siguientes principios morales: (1) Devoción por la causa del comunismo; amor por la patria socialista y por los países socialistas; (2) Trabajo concienzudo en beneficio de la sociedad: *el que no trabaja, no come*; (3) Preocupación de todos por la conservación y la multiplicación del dominio público; (4) Conciencia elevada de los deberes públicos; intolerancia con las violaciones del interés público; (5) Colectivismo y apoyo mutuo con compañerismo: uno para todos, todos para uno; (6) Relaciones humanas y de respeto mutuo entre las personas: el hombre es un amigo, un compañero y un hermano para el hombre; (7) Honestidad y veraci-

---

122 Véase, «El comunismo es el futuro brillante de toda la humanidad», *Tercer Programa del PCUS*, 1961, [http://leftinmsu.narod.ru/polit\\_files/books/III\\_program\\_KPSS\\_files/062.htm](http://leftinmsu.narod.ru/polit_files/books/III_program_KPSS_files/062.htm). La traducción es nuestra.

123 *Ibid.*, «V. Las tareas del partido en el campo de la ideología, la educación, la ciencia y la cultura».

dad; pureza moral, simplicidad y modestia en la vida pública y privada; (8) Respeto mutuo en la familia, preocupación por el cuidado de los hijos; (9) Intolerancia con la injusticia, el parasitismo, la deshonestidad, el oportunismo para hacer carrera y la avaricia; (10) Amistad y colaboración de todos los pueblos de la URSS; intolerancia con la hostilidad hacia otras naciones y razas; (11) Intransigencia con los enemigos del comunismo, de la causa de la paz y de la libertad de los pueblos; y (12) Solidaridad fraterna con el pueblo trabajador de todos los países, de todos los pueblos.<sup>124</sup>

Una utopía llena de cinismo, puesto que evacúa la cuestión del poder constituyente secuestrado por la *nomenklatura* desde finales de la década de 1930 (respecto de su monopolio sobre la decisión política y de su dictadura sobre el campesinado, la clase obrera y la *intelligentsia*) y que se pretenderá resolver con la modernización científico-técnica de los diferenciales de explotación (con arreglo a la división del trabajo y a la división de género). Entre tanto, la denuncia de los métodos terroristas del periodo estalinista servirá de pantalla para la nueva psiquiatrización de la disidencia política, y para la criminalización política del rechazo al trabajo como comportamiento antisoviético, en el contexto de la prohibición de organizar sindicatos autónomos y conflictos colectivos.

La reforma salarial que se introduce con el Sexto Plan Quinquenal de 1956-1962 apuntará a la subida del salario mínimo de los obreros peor remunerados, la desaparición del trabajo a destajo y la reducción de las diferencias salariales por escala. Asimismo, el moralismo seguirá encubriendo la incapacidad para motivar a las clases obreras más allá de los estímulos materiales, en un contexto en el que lo que prima es la alianza entre la *nomenklatura* (y sus objetivos de planificación) y las direcciones de fábricas/empresas (miembros de la *intelligentsia* sin los alicientes de una carrera profesional, y en cuya cotidianeidad lo determinante es la obediencia).

Tras la caída de Jruschov, resulta interesante ver desde este punto de vista la reforma económica Kosygin/Leberman de 1965, porque supone la última tentativa de alianza entre parte de la *nomenklatura* y la *intelligentsia* técnico-científica antes del periodo de largo declive de la URSS. La reforma estará basada en

---

124 *Ibid.* La cursiva es nuestra.

la introducción de un sistema de precios de producción al objeto de asegurar la «rentabilidad» de cada empresa y las «ventas» de stock, en el marco de lo que se calificó como «optimización». Al margen de los «mecanismos del mercado», el control de los precios tenía que hacerse mediante una descentralización que convirtiera a los directores de empresa en responsables de la rentabilidad y colocación de la producción. El seguimiento en tiempo real de la evolución de los precios correspondía a las autoridades de la planificación central, mediante el uso de computadoras. Este es el periodo de eclosión del optimismo cibernético y del peso político y decisivo del Instituto Económico Matemático Central de Moscú y del Instituto de Economía e Ingeniería de Jarkov.<sup>125</sup>

En la práctica, el papel de los directores de fábrica y empresa se configurará de manera no muy distinta a la de un directivo de una empresa privada, con la salvedad de que no podrá despedir ni aumentar a su voluntad los ritmos de trabajo, so pena de enfrentarse a un sabotaje silencioso de los objetivos de producción. Sin embargo, los primeros cuatro años de introducción de la reforma reflejarán una mejora del crecimiento y de la eficiencia, pero no en razón de aumentos de la productividad, sino de las mejoras salariales. La «movilización productiva» basada en la «optimización» terminará fracasando porque contiene una contradicción entre las implicaciones políticas de la introducción de un sistema de información de precios de producción y venta, y la gobernanza de intereses y clientelas que sostiene la legitimidad del sistema político soviético. Esto se traducirá en (1) rigideces de la movilidad de la fuerza de trabajo (entre otros motivos por el agotamiento del campesinado como reserva inagotable); (2) la reducción de costes y de empresas ineficientes (que no servirán para compensar las enormes inversiones en el desarrollo industrial y humano de las regiones siberianas y asiáticas); y, sobre todo, (3) el desarrollo de los programas de armamento nuclear y convencional, y la inversión no productiva en el campo de los países aliados en la disputa geopolítica de la Guerra Fría. Un sis-

---

125 Donde Ovsy Hrihorovich Liberman desarrolló el trabajo que expuso en 1962 en el artículo «Planes, beneficios y primas». Versión en inglés en «Plans, profits and bonuses», *Problems in Economics*, vol. 8, núm. 3, 1965, pp. 3-8, <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.2753/PET1061-199108033?journalCode=mpet19>

tema de precios como el deseado tenía una justificación utópica y tecnocrática, pero también una justificación capitalista, puesto que la veracidad de la información sobre los precios presupone el dominio suficiente de los propietarios del capital sobre la «libertad» de las fuerzas del trabajo para aceptar las condiciones salariales y materiales de trabajo.

Este fracaso supondrá la victoria de lo que, sin ironía alguna, la *nomenklatura* llamaría, desde la década de 1960, el «socialismo desarrollado» o «socialismo real». <sup>126</sup> Tenemos que fijarnos en este periodo para encontrar las bases de la estructura social e institucional de poder que, en la década de 1990, determinará el paso al capitalismo oligárquico que terminará entronizando a Vladimir Putin. El aplastamiento de la Primavera de Praga en 1968 supondrá el final de toda esperanza de movilidad política y social de las clases obreras y de la *intelligentsia* en todo el bloque soviético.

Hay que hacer un esfuerzo para entender las consecuencias éticas y políticas que este periodo tuvo para las fuerzas sociales que, en la URSS, todavía creían posible recuperar el nexo entre socialismo, democracia y crecimiento de los elementos de comunismo en la sociedad.

### **La decantación corrupta del estalinismo**

Más que de estancamiento, tiene sentido hablar de una economía política de la corrupción, el cinismo y la doble moral en los comportamientos. La corrupción de la familia Yeltsin durante la década de 1990 tiene su inmediato antecedente en la comparativamente «pequeña» corrupción de la familia del que fuera, durante 16 años, secretario general del PCUS, Leonid Illich Brézhnev.

¿Cómo pudo sostenerse la URSS tanto tiempo bajo tales condiciones de sabotaje a las bases del sistema? En parte porque, hasta la década de 1980 (donde se introducen las variables de la guerra de Afganistán y la nueva carrera armamentística con Estados Unidos), la parálisis y la apatía quedaban compensadas con los enormes ingresos fiscales procedentes de la exportación de combustibles fósiles, un rasgo del que ya nunca se despren-

---

126 En el periodo de Gorbachov se acuñará la expresión «era del estancamiento».

derá la economía de la URSS y posteriormente de los Estados que nacieron tras su desintegración. Esto permitirá una larga y blanda decadencia, y un descenso lento a la semiperiferización que, salvo en el caso de las minorías políticas de la *intelligentsia* que nutrían la disidencia y las formas de contraesfera pública en forma de *samizdat*,<sup>127</sup> tenía lugar bajo una gran indiferencia. Derluagian y Wallerstein señalan a este respecto el papel clave del reparto de rentas de exportación de combustibles fósiles en la prolongación del inmovilismo:

Más dañinas eran la erosión de la ética laboral y el estancamiento de la productividad que, paradójicamente, emanaban de la victoria tácita de los proletarios soviéticos en la lucha de clases contra sus patrones burocráticos. He ahí la economía política subyacente a la expresión sarcástica según la cual «ellos simulan pagarnos y nosotros simulamos trabajar». En el trasfondo, se cernía la razón última de las concesiones que la *nomenklatura* otorgaba a los trabajadores: el fantasma de una alianza política manifiesta entre la *intelligentsia* y los proletarios socialistas que pudiera materializarse en rebeliones policlasistas, como ocurrió con Solidaridad en la Polonia de 1980. [...] Los círculos de la *intelligentsia* disidente se volvieron entonces hacia las dos ideologías radicales que habían sido un anatema para la burocracia soviética: el nacionalismo y el individualismo de mercado neoliberal. En el colmo de la ironía, ambas ideologías eran radicales solo en oposición al comunismo internacionalista. [...] Y como era de esperarse, el nacionalismo y el neoliberalismo eran las ideologías dominantes del sistema-mundo. Ofrecían una salvación a los miembros de la *nomenklatura*, quienes tras la siguiente conmoción política de 1989 dejaron de ser funcionarios comunistas para transformarse en magnates capitalistas y gobernantes de las entidades nacionales soberanas.<sup>128</sup>

El *shock* petrolero de 1973 será una bendición para la *nomenklatura* brezhneviana: permitirá pagar la importación de cereales (paradójica en un país con un sector agropecuario inmenso pero incapaz de asegurar la autonomía alimentaria del Estado) y compensar la ineficiencia cada vez mayor de la asignación de recursos en los planes quinquenales.

---

127 Circulación clandestina de textos prohibidos, que eran copiados y reproducidos artesanalmente de distintas maneras y en distintos formatos para evitar la represión de las autoridades soviéticas.

128 Georgui Derluagian e Immanuel Wallerstein, «De Iván el Terrible a Vladímir Putin: Rusia en la perspectiva del sistema-mundo», *op. cit.* pp. 60-61.

Al mismo tiempo, el periodo conoce un profundo desarrollo de la llamada «segunda economía» o «economía en la sombra», actividades que aprovechan y suplen las disfunciones del proceso económico mal planificado y basado en informaciones sesgadas por parte de empresas y de responsables locales y regionales: trabajadores que revenden stocks sustraídos de su empresa, incluidos combustibles; grupos de trabajadores que se reparten los salarios de trabajadores ficticios; mercados de trueque de productos que en unos lugares se producen en exceso y en otros deficitariamente; comercio con bienes de consumo procedentes sobre todo de los países occidentales (tanto ropa como electrodomésticos o grabaciones musicales); o empresas ilegales dedicadas a la producción de bienes escasos con materiales procedentes de las empresas públicas, o que suministran productos y materiales primas a empresas legales (aprovechando de nuevo las disfuncionalidades de la planificación económica y la disponibilidad al soborno de algunos inspectores y policías).

Cuando Gorbachov emprende las reformas de la *Perestroika* en 1985, legalizará este tipo de actividades, lo que da una idea de su volumen y, sobre todo, de su importancia en la formación de los ingresos de quienes participan en esa economía. Pero lo que no podrá legalizar es la corrupción difundida entre la *nomenklatura* del partido, la base fundamental de la posterior recomposición oligárquica del sistema de poder político y económico tras la disolución de la URSS. Quizás este sea el aspecto más sórdido del *brezhnevismo* tardío: el hecho de que la *nomenklatura* comience a dar rienda suelta a la acumulación ilegal de bienes y propiedades, a añadir a sus privilegios legales en tanto que miembros del partido (el carnet del PCUS es la tarjeta de acceso a mercados, empleos o rentas privilegiadas).

El considerado principal ideador de la *Perestroika*, Alexander Yakovlev, denunciará con posterioridad los sobornos y apropiaciones indebidas de fondos que se desarrollaron entre los responsables de la importación de grano, un sector sensible y fundamental para la seguridad alimentaria del Estado. Una de las corrupciones que aflorará a finales de la década de 1970 será el «caso del pescado», en el que Okeany, una empresa pública dedicada a la comercialización de pescado en la URSS, sirve de pantalla para el blanqueo de capitales y su traslado a bancos



occidentales. El caso terminará con la condena a muerte del entonces viceministro de Pesca, Vladimir Rytov, y abrirá la puerta al descubrimiento de una gran estructura de corrupción en la ciudad caucásica de Sochi, en Krasnodar, en la que el KGB, dirigido entonces por el sucesor de Brezhnev, Yuri Andropov (que antes de su muerte dará un espaldarazo a la elección de Mijail Gorbachov como nuevo secretario general del PCUS) procesará a más de cinco mil funcionarios de la administración y del PCUS (con más de mil quinientas condenas, incluidos policías e inspectores, una condena a muerte, desapariciones y suicidios). En 1982, la misma KGB de Andropov empieza a tirar de los hilos de un caso de malversación y sobornos que afecta a Eliseevska, el majestuoso palacio de gastronomía fina fundado en 1901 en Moscú. Los hilos conducen, en primer lugar, a la tristemente célebre Galina Brezhneva (hija del secretario general), y a su marido, mando policial y viceministro de Interior, Yuri Churbánov, pero terminarán extendiéndose a los principales representantes del Consejo municipal de Moscú y a funcionarios del ministerio de Comercio y, más tarde, a diputados del Sóviet Supremo de la URSS.

Hay otra trama, el llamado «caso del algodón», que condensa todos los aspectos de degradación y corrupción ética y política de la *nomenklatura* soviética, y que permiten entender la velocidad de los acontecimientos durante el periodo de la *Perestroika* e inmediatamente después de la disolución de la URSS. Afectará de nuevo al yerno de Brezhnev (Yuri Churbánov) y al entonces primer secretario, durante dos décadas, del PCUS de la República Socialista Soviética de Uzbekistán, Sharon Rashidov, que terminará suicidándose en 1983. Dicho territorio se dedicaba al cultivo intensivo del algodón desde la década de 1960, lo cual había supuesto una enorme sustitución de la variedad de cultivos y la conversión de la república en exportadora neta de algodón para la industria textil soviética y de los países del Consejo de Ayuda Mutua Económica (el COMECON de los países del «socialismo real»). El riego intensivo y el uso masivo de fertilizantes será la causa principal de la polución y posterior desaparición del Mar de Aral, que antes de los trasvases de agua era uno de los cuatro mayores lagos del mundo. Hoy apenas alcanza el 10 % de aquella extensión y está cubierto por una concentración de pesticidas y fertilizantes que lo convierte en una de las zonas más tóxicas

del planeta.<sup>129</sup> En este ejemplo soviético de actuación ecosistémica extractiva no podía faltar el elemento que necesariamente acompaña a este tipo de operaciones: la distribución corrupta y criminal de rentas a gran escala. Desde entonces se habla de la «mafia uzbeka», formada por los dirigentes del Partido y la República uzbeka. El «caso del algodón» se arrastrará, con distintos procesamientos y juicios, desde principios de la década de 1980 hasta la disolución de la URSS, con la apertura de ochocientos procedimientos que se saldarán con varios miles de personas condenadas. Saldrán entonces a la luz pública la *pripisca*, (manipulación de los registros de producción y venta del algodón para malversar grandes cantidades de dinero) y los sobornos con todo tipo de bienes. La campaña servirá, además, para el ajuste de cuentas entre facciones de la *nomenklatura* soviética a través de los aparatos judiciales y policiales, un rasgo que, bajo otras condiciones, ayuda a entender la guerra entre oligarcas que tendrá lugar durante la presidencia de Boris Yeltsin entre 1991 y 1999, y que marcará la presidencia de Vladimir Putin hasta finales de la década de 2000.

Como se ha dicho, está acreditado que el *predsedatel* [presidente] del KGB, Yuri Andrópov, había podido comprobar en ese puesto la escala de la corrupción y de la descomposición del sistema soviético. Ello le llevará, durante su breve periodo a la cabeza del PCUS y del Sóviet Supremo, a implantar campañas estatales contra el absentismo laboral y el alcoholismo, acompañadas de decretos que pretenderán reforzar la autonomía de los colectivos de trabajadores y de las industrias asociadas (con opciones de establecer su propia planificación y autonomía en la contratación y en la fijación de salarios).

Al mismo tiempo, ya en 1983, se prepara a Mijail Gorbachov, Nicolai Ryzhkov y Vladimir Dolgikh para la programación de una reestructuración en profundidad de la economía y la administración. Pero cuando Mijail Serguéyevich Gorbachov anuncia, en enero de 1987, la política de *Perestroika* ante el pleno del Comité Central del PCUS, hoy sabemos que solo quedan cuatro años para el final de la URSS y que, en realidad, todo estaba

---

129 El desierto de Aralkum, del que se desprenden polvos tóxicos por toda la región que afectan a otras cuatro antiguas repúblicas soviéticas (y hoy países independientes), además de a Afganistán: Turkmenistán, Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán.

ya perdido tras la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989.<sup>130</sup> Poco antes, el 26 de enero de 1986, había tenido lugar el desastre de Chernóbil y el precio del petróleo había sufrido un brusco descenso de más del 50 %, hasta los diez dólares por barril, que se había sumado a la tendencia bajista existente desde comienzos de la década. Por su parte, la guerra resultante de la invasión de Afganistán el 24 de diciembre de 1979 había producido dos millones de muertos entre la población afgana, a la vez que acarrea un coste económico devastador para la economía soviética.

Se suele insistir, con razón, en esta coyuntura de profundo declive de todos los parámetros económicos y de desarrollo humano. Desde este punto de vista, es muy difícil determinar si la *Perestroika* fue un catalizador, un acelerador, o un amortiguador de un desplome de todos modos inevitable. Quienes ven el final de la URSS como una gran y prolongada conspiración del imperialismo, y a Gorbachov como uno de sus agentes, no tienen que preocuparse por estas cuestiones que, sin embargo, son determinantes para entender lo sucedido los últimos 30 años.<sup>131</sup>

Hay que intentar ver lo sucedido como algo contingente, que podría haber sucedido de otra manera y, para ello, tenemos que distinguir varios procesos que están separados por rupturas traumáticas, pero que se presentan retrospectivamente como un destino inexorable. En efecto, la decadencia fue irremediable y tenía que manifestarse tanto en la corrupción como en las tensiones independentistas en las repúblicas bálticas, caucásicas y de Asia Menor.

Emmanuel Todd se basa en una interpretación de los datos sesgados que se conocían sobre la URSS de la «era del estancamiento» tardío (mortalidad infantil, alcoholismo, productividad del trabajo, tasa de suicidios, diferencia de ingresos y calidad de vida respecto al Occidente capitalista, ritualidad fúnebre de la retórica soviética).<sup>132</sup> Lo notable de su trabajo no es la predicción

---

130 La palabra «*Perestroika*» [reconstrucción, reorganización] se convertirá en un significante abierto antes que en una consigna gubernamental, en la medida en que su enunciación vendrá acompañada de consignas de liberalización económica y política.

131 En este tema domina el pensamiento paranoico, como en todo lo relacionado con la «geopolítica» y los bloques.

132 *La caída final. Ensayo sobre la descomposición de la esfera soviética*, traducción de R. M. Bassols, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.

del declive, que era evidente en muchos aspectos y que, por lo demás, era un género ensayístico desde la Revolución de Octubre y, sobre todo, desde el inicio de la Guerra Fría, sino la precisión y el acumen en atender a las dimensiones demográficas y biopolíticas de la evolución del sistema.

Ahora bien, de sus conclusiones no se desprende que del declive se tuviera que pasar necesariamente a la catástrofe que supuso la «transición» al capitalismo de la década de 1990. Ahí se produce una conjunción que no era necesaria, aunque sí bastante probable: por un lado, la bancarrota política y ética de una *nomenklatura* que abraza un capitalismo idealizado e identificado *per se* con la democracia y el pluralismo; y, por otro lado, una estructura de poder del capital occidental dominada por el neoliberalismo atlántico más agresivo, junto con una Europa occidental que aún no ha abandonado del todo la ilusión de conciliar el poder del movimiento obrero con el final de la gran fábrica, la deslocalización de la producción y las facilidades para la huida del dinero.

Al mismo tiempo, hay una *intelligentsia* que se convierte en el germen de la sociedad civil burguesa, y que se proyecta como nueva clase dirigente de la restauración «democrática y capitalista». En este punto se aprecia una considerable diferencia entre el proceso de disolución de la URSS y el que conocerán los países del «socialismo real» del Este de Europa. En estos últimos, la legitimidad social de la *nomenklatura* es tan ínfima que, en todos los casos, dejará implosionar los regímenes y será apartada bruscamente del poder político (siendo mayormente llevada a los tribunales y, sin excepción, condenada al ostracismo durante los primeros años de transición). Sin embargo, salvo en las repúblicas bálticas, la mayor parte de las *nomenklaturas* conseguirá reciclarse, de una u otra manera, en el proceso de creación de un capitalismo oligárquico y en el liderazgo de las nuevas repúblicas que se separarán de lo que terminaría configurándose como Federación Rusa. Boris Kagarlitsky adopta esta tesis con bastante rotundidad:

De manera sorprendente, la burocracia soviética consiguió incluso usar en su propio beneficio la crisis y el hundimiento de su propio sistema. La desintegración de la Unión Soviética y el caos que la acompañó crearon las condiciones ideales para la élite burocrática, convirtiendo el

poder en propiedad para sumarse a la clase dominante global. [...] Se trataba de un programa de restauración, que siguió la misma lógica histórica que las restauraciones inglesa (en el siglo XVII) y francesa (en el siglo XIX). La restauración no solo significó el retorno al viejo orden que la revolución había derrocado. Su significado social consiste en la reconciliación de las nuevas élites nacidas con la revolución con la clase dominante tradicional que continuaba predominando dentro del marco del sistema-mundo.<sup>133</sup>

Pero insisto en que, para entender el significado de lo que sucedió, es útil imaginar que hubiera podido darse de otra manera, aunque las alternativas fueran muy poco probables. Sabemos que Gorbachov propone explícitamente un plan de relaciones reforzadas con las comunidades europeas, prolongando la retórica de Brezhnev sobre el «hogar común europeo», que en ese momento hace referencia al plano de seguridad compartido con Europa occidental respecto a la amenaza nuclear en el continente. Pero, en la perspectiva de lo que se presenta como inevitable —la integración de los territorios soviéticos en el mercado mundial— Gorbachov alberga la esperanza de que la URSS pueda transicionar hacia una variante de lo que todavía es un «modelo social europeo» (a partir de una relación privilegiada con la Alemania en proceso de unificación) conforme a lo que, a la luz del desastre económico y social en el que está enfangado el país, tendría que ser una especie de «Plan Marshall para la ex URSS».

### **El shock**

Sin embargo, y como sabemos, lo que se impondrá es un autosabotaje del sistema por parte de la mayoría de la *nomenklatura* reformadora. Se impone la variante Yeltsin, la terapia del *shock*. La liquidación de las grandes empresas estatales, incluidas las compañías extractivas, tendrá lugar entre 1992 y 1993, durante el periodo de entronización de Yegor Gaidar, el autor de la liberalización de precios y enlace decisivo con las instituciones financieras occidentales. Mediante el sistema de los «cupones» se repartirán opciones de compra de las compañías, que las distribuirán entre el 97 % de la población por un total de 144 millones de cupones (sobre el valor de unas quince mil empresas),

---

133 Boris Kagarlitsky, *Russia under Yeltsin and Putin*, TNI/Pluto Press, Londres 2002 (la traducción es nuestra).

pudiéndose vender y canjear como un instrumento financiero completamente líquido.

El otro gran nombre de la terapia del *shock* ruso, Anatoli Chubais, explicará después que la venta de acciones preferentes no era aconsejable porque podría haber dado lugar a cooperativas de trabajadores, con el riesgo de que la reforma hubiera quedado en un indeseable «socialismo de mercado».

Nada en los planes de Gaidar sugiere que mediante esta distribución de capital pueda crearse ningún tipo de «capitalismo popular», porque los cupones no equivalen a acciones o participaciones, ni tienen un valor estable, sino que dependen de la situación financiera de la compañía y de su cotización en el mercado. Gaidar también explicará más tarde que los cupones habían tenido una función puramente socio-psicológica, a la que contribuirá que se les asigne finalmente un valor nominal de diez mil rublos, es decir, un valor tan volátil como la cotización del rublo en ese periodo de hiperinflación. Como es sabido, los cupones terminarán (en su mayoría) en manos de los directivos de las empresas, vendidos a precios ínfimos, invertidos en «fondos» de inversión específicos de los cupones, o como cheques al portador (que se liquidarán a la menor oportunidad de sacar pequeños márgenes de beneficio).

Pero la gran formación de una clase oligárquica vendrá de la mano de la venta de acciones de las grandes compañías estatales como medio de financiación de las arcas públicas y, sobre todo, de la campaña electoral de Boris Yeltsin en 1996. El mismo Yeltsin que, en 1993, había terminado con la rebelión parlamentaria contra sus pretensiones presidencialistas bombardeando con tanques la Casa Blanca (sede del Sóviet Supremo de la Federación Rusa),<sup>134</sup> pondrá en marcha, entre 1995 y 1996, el que se conoce como el «Plan préstamos a cambio de acciones». Para entonces, la catástrofe humanitaria producida por la terapia del *shock* (liberalización de precios, independencia de las repúblicas ricas en combustibles fósiles y grano o cuponización de las principales empresas) se había traducido ya en una mortandad masiva, el desplome de todos los índices de desarrollo humano,

---

134 Lo que se conoce como «golpe de Estado de octubre de 1993» fue justificado por los gobiernos occidentales. Las distintas fuentes estiman que hubo entre 200 y 2000 muertos.

hambre y desempleo masivos e inauditos desde la Revolución de Octubre, y en decenas de millones de vidas y carreras rotas, con unas tasas de pobreza de entre el 40 y el 50 % de la población.

El odio hacia los responsables del fraude de las privatizaciones mediante cupones y de la liberalización de precios se reflejará en los sondeos de las encuestas para las elecciones previstas en 1996, que augurarán un desplome total de la candidatura de Yeltsin, frente a una victoria holgada del recién constituido Partido Comunista de la Federación Rusa. La simbiosis absoluta entre la vieja *nomenklatura* y la *intelligentsia* (que aprovechará sus posiciones de privilegio en la privatización), y la obra de constitución de un capitalismo oligárquico se muestra aquí absoluta. Entonces, el derrumbe de la popularidad de Yeltsin se convierte en un asunto de transcendencia mundial para el bloque atlántico. Aquel Yeltsin simpático y bonachón que había poblado las televisiones occidentales desde su periodo de primer secretario del Comité de la Ciudad de Moscú del PCUS (que equivalía al puesto de alcalde), admirador del *fast food* y de la eliminación de las colas en el comercio estadounidense, se ha desteñido demasiado rápido. El golpe de octubre de 1993, el inicio de la primera guerra chechena en 1994, la miseria inocultable en las grandes ciudades rusas, su enfermedad alcohólica plenamente desarrollada o su rechazo a la ampliación de la OTAN al Este de Europa son asumibles comparados con el peligro de una vuelta atrás en el expolio ruso e, incluso, en las transiciones al capitalismo del resto de exrepúblicas soviéticas y de los países del «socialismo real». En consecuencia, el FMI y el Banco Mundial pondrán manos a la obra para aplazar el desplome.<sup>135</sup>

Vladimir Potanin, el miembro de la *nomenklatura* del PCUS dedicado al comercio exterior y, a día de hoy, uno de los mayores multimillonarios de Rusia, estrechamente asociado a Vladimir Putin, propondrá, ya como presidente del banco privado Uneksim, la salida al mercado de las acciones de las compañías estratégicas como medio de financiación del erario público. Con la aprobación de Anatoli Chubais y Yegor Gaidar, la mayoría de las acciones de las compañías mineras, petroleras, gasísticas y me-

---

135 La administración Clinton no había dejado de bombear miles de millones de dólares para sostener el régimen.

talúrgicas serán vendidas a precios muy por debajo de su valor potencial de mercado, a través de una serie de subastas amañadas. De esta manera, el poder político real pasa a manos de los denominados «siete banqueros», la *semibankirschina*, el grupo de siete oligarcas que gobernará los destinos de Rusia hasta la suspensión de pagos de 1998.<sup>136</sup> Ello facilitará la posterior llegada al poder de Vladimir Putin, como primer ministro en 1999 y, un año después, como presidente electo de la Federación.

Lo cierto es que no solo estarán a punto de derrocar al improbable zar Yeltsin, sino que les faltará bien poco para acabar con la viabilidad misma del Estado ruso. Durante este periodo, toda la clase oligárquica rusa se comportará como una oficina colonial instalada sobre la propia nación metropolitana, con una voracidad apropiadora de rentas y activos, y un comportamiento público y político sin precedentes. No se trata del despotismo y la ostentación de una nueva patronal industrial y bancaria con un proyecto de reconstrucción capitalista, sino de la apología pública del saqueo y la apropiación en nombre de la libertad y el anticomunismo. Todo gracias al pacto de las «acciones por préstamos» y a la acción coordinada a través de su monopolio comunicativo, sin despreciar al fraude electoral generalizado.

Yeltsin conseguirá imponerse sobre el candidato comunista Gennadi Ziuganov, que representa un nacionalismo panruso poco disimulado, y un proyecto de protección estatal de las rentas del trabajo, así como de reversión de las grandes pri-

---

136 En realidad eran más de siete. La cifra y la expresión prendieron por su similitud con los Siete Boyardos (*semiboyarschina*) que derrocaron al zar Basilio IV a comienzos del siglo XVI, durante el llamado Periodo Tumultuoso. No obstante, sus peripecias como grupo representan fielmente la evolución del sistema político en Rusia entre el periodo Yeltsin y el periodo Putin. Son Boris Berezovsky, accionista decisivo del United Bank, que se hace con la petrolera Sibneft y con la cadena televisiva ORT y fallecerá en lo que pareció un suicidio; el mencionado Vladimir Potanin, presidente del Banco Unexim; Mijail Jodorkovsky, hoy exiliado y antes encarcelado, que se hará con el Banco Menatep, gracias al cual comprará la petrogasística Yukos; Mijail Fridman, el fundador de la multinacional Alfa Group y hoy oligarca entre las dos aguas del Kremlin y Londres-Tel-Aviv; Petr Aven, hoy oligarca sancionado por Occidente, que entra como subordinado de Fridman para convertirse en socio importante del Alfa Group; Alexander Smolensky, pionero de la «segunda economía» criminal soviética y primer banquero privado de la Rusia postsoviética, que fundará uno de los principales bancos rusos, el Bank Stolichny; Vladimir Gusinsky, que pasa de la escena teatral a la dirección del comercio exterior, y luego a la fundación de un banco, el Most Bank (más tarde Most Group), y que como propietario del grupo televisivo NTV se enfrentará al bloque de poder del Kremlin Yeltsin-Putin, pagándolo con la cárcel y el exilio.



vatizaciones. La Casa Blanca y la UE, encabezada por Alain Juppé y el Helmut Kohl, darán su respaldo a Yeltsin, rescatado por la *semibankirschina*. Es ya un Yeltsin cada vez más débil y postrado, manejado y paseado como una repetición doblemente siniestra de la presencia semiconsciente del Brezhnev tardío o del efímero Konstantin Chernenko.

A pesar de una leve recuperación de los ingresos fiscales y de una estabilización de la inflación, el *crash* asiático que estalla en julio de 1997, y la suspensión de pagos doméstica y de moratoria de la deuda externa, harán que el proyecto de Yeltsin vuelva a besar la lona. Y la guerra de Kosovo y la intervención de OTAN contra Serbia supondrán una nueva humillación para la gran potencia debilitada y arruinada.

Si nos atenemos al enfoque de Derluguian, Kagarlistky y Wallerstein sobre la larga duración de la formación rusa en el sistema mundo moderno, nunca como en este periodo Rusia estuvo tan al borde del desplome político y social. Mientras, en la disputa por el Kremlin, la pugna entre candidatos a la sucesión de Yeltsin se volverá encarnizada. Vale la pena recordar a Alexandr Korzhakov, el hombre que quedará inmortalizado junto a Boris Yeltsin el 19 de agosto de 1991, aupados ambos al tanque del Ejército Rojo desde el que Yeltsin liderará la lucha contra el fallido golpe de Estado del 19 de agosto de 1991. Según el relato de Korzhakov, entonces guardaespaldas de Yeltsin<sup>137</sup> y hoy un cuadro de Rusia Unida (el partido del presidente Putin) la intimidación y el chantaje contra los rivales, el uso político de la guerra de Chechenia, los planes sobre posibles anulaciones de las elecciones, o los golpes de mano formaron parte del día a día de los círculos de poder oligárquico en torno a Yeltsin.<sup>138</sup>

### **Los siloviki necesarios**

Tras la salida de Korzhakov en 1996, la inestabilidad del grupo dirigente, en medio de una completa zozobra de todos los aspectos económicos, políticos y militares del país, crea

---

137 Korzhakov, que siguió siendo guardaespaldas hasta la muerte de Boris Nicolayévich, desempeñando el cargo de jefe del Servicio de Seguridad Presidencial, se convertirá en protagonista —a la par que testigo privilegiado— del modo de funcionamiento del centro de poder del Kremlin.

138 Korzhakov finalmente perderá la partida contra Anatoli Chubais, al que tratará de encarcelar por una más que probable evasión de capitales.

el momento propicio para el ascenso de los *siloviki*. El propio Korzhakov había pertenecido a la KGB. Pero el *silovik* por antonomasia es Vladimir Vladimirovich Putin, que tras 16 años de servicio, abandona los servicios secretos en 1991 y se pone al servicio del alcalde de San Petersburgo, Anatoli Sobchak, que será el promotor tanto de Putin como del exprimer ministro y expresidente Dmitri Medvedev.<sup>139</sup> Con la caída de Sobchak en 1996, Putin se traslada a Moscú y, tras un breve paso por el FSB, el Servicio Federal de Seguridad (continuación, salvo en el nombre, del KGB) y, más tarde, por el Consejo de Seguridad de la Federación Rusa (órgano al servicio de la presidencia de la república), pasará a convertirse en primer ministro de Yeltsin en agosto de 1999, poco antes de su renuncia en la Nochevieja de 1999.

Vladimir Putin era entonces un personaje poco conocido y del que se esperaba que, a lo sumo, cumpliera una función provisional de estabilización, así que era necesario que se entendiera lo equivocado de esa apreciación. Un mes antes de su nombramiento los independentistas chechenos habían invadido Daguestán y se había implantado la *sharía* en algunas comarcas de la república. Un mes después de su toma de posesión como primer ministro tuvieron lugar, entre el 4 y el 16 de septiembre, las explosiones en bloques de viviendas populares de Buinaksk (Daguestán), en la Calle Guryanova y en la Carretera de Kashira (Moscú) y en la ciudad de Volgodonsk (*oblast* de Rostov), con el resultado de más de trescientas personas muertas. El 18 de septiembre Putin ordenaba la intervención militar en la república federada rusa de Chechenia y el bombardeo del aeropuerto de Grozni, la capital. Sin embargo, los líderes independentistas chechenos negaron toda participación en las matanzas, y los procesamientos posteriores de los detenidos como presuntos autores arrojaron muchas sombras sobre el origen de los atentados. Seguramente no es casual que el exagente del FSB Alexandr Litvinenko muriera en Londres en noviembre de 2006, por envenenamiento con Polonio-210, años después de haber desertado y de haber acusado a Vladimir Putin, entre otros delitos, de ser responsable de las matanzas de septiembre de 1999. Así se estrenó

---

139 Anatoli Sobchak será uno de los perdedores en las refriegas entre representantes de los clanes oligárquicos, aunque nunca perderá el aprecio de Vladimir Putin hasta su muerte repentina (y no perfectamente aclarada) en el año 2000.

como gobernante Vladimir Putin: asumiendo el rol de justiciero implacable contra los enemigos de Rusia. Para Boris Kagarlitsky, el ascenso de los *siloviki* era algo inevitable y necesario para la supervivencia misma del nuevo régimen:

Los oligarcas tenían que ser disciplinados para conservar el sistema oligárquico. Podían continuar controlando la economía, pero en lo sucesivo el liderazgo político tenía que pertenecer a personas procedentes del aparato de seguridad. Aquellos que, como Abramovich, entendieron las nuevas reglas, podían sentirse seguros. Quienes no lo hicieron tenían que ser castigados. Cuando Berezovsky declaró la guerra al Kremlin, lo hizo en gran medida por iniciativa propia, pero otro conocido oligarca, Vladimir Gusinsky, fue la víctima de los rencores de sus rivales. El propietario del holding Media-MOST fue detenido de repente y enviado a la prisión Butyrskaya. Allí fue obligado a firmar un acuerdo para vender sus participaciones en la compañía Gazprom, tras lo cual le dejaron marchar tranquilamente.<sup>140</sup>

Sin embargo, del mismo modo que la *nomenklatura* se había dividido en clanes oligárquicos, el ascenso de los *siloviki* no pondrá fin a las disputas por el poder financiero y político, aunque les dotará de una cualidad de la que carecían las aventuras criminales de los oligarcas del primer periodo yeltsiniano: la construcción del Estado y de la hegemonía social vinculadas a un nacionalismo estratégico. Al fin y al cabo, su ascenso expresa, tanto como representa, la continuidad profunda de la forma Estado rusa a través de —y a pesar de— las convulsiones del siglo XX. Las luchas internas por la apropiación de rentas y poder político se disputan, entonces, en el marco compartido del proyecto de dominio y subordinación de la dinámica económica y social (al proyecto de reinserción y restablecimiento del lugar de Rusia en el sistema-mundo).

La primera década de Putin en el poder se juega, por un lado, entre la búsqueda del respeto y el equilibrio de poderes con el bloque occidental frente a la expansión de la Alianza Atlántica a todos los países del antiguo Pacto de Varsovia, y la perspectiva (sobre todo después de la Revolución Naranja de 2004) de un ingreso *de facto* de Ucrania en la OTAN. Por el otro lado, y ya en el frente interno, la década estará marcada por la segunda guerra chechena y por las guerras en el norte del Cáucaso. Ahí, la actuación de

---

140 Boris Kagarlitsky, *Russia under Yeltsin and Putin*, op. cit.

las fuerzas del orden en el episodio del secuestro en la escuela de Beslán (Osetia del Norte), por parte de un comando suicida checheno, dejará otra marca indeleble de la naturaleza del poder ruso que encabeza el presidente Putin.<sup>141</sup> Y no podemos olvidar que la recepción de estos actos en Occidente estará marcada por la ambigüedad y la doble moral: ciertamente, los métodos son inaceptables; pero se trata de terroristas islamistas suicidas y de un frente caucásico conectado con la *yihad* salafista global.

El régimen de Putin, incluida la inmensa mayoría de organizaciones políticas que componen el sistema de partidos, una vez que las alternativas de izquierda no estalinistas habían sido arrinconadas (con la colaboración inestimable del PCFR de Ziuganov), expresará un anticomunismo sin ambigüedades. Ello incluirá subsumir episodios decisivos de la URSS, (como la victoria en la Gran Guerra Patriótica, la carrera espacial o el arsenal nuclear, en la larga historia de Rusia) y su dimensión imperial, a pesar de la intrusión extranjera y aberrante del bolchevismo.

El compromiso de los gobiernos de Putin con los mercados financieros internacionales y la apertura de su economía han sido siempre más importantes para la *Realpolitik* occidental que el estado ruinoso de las libertades en el país, o el relato hegemónico nacionalista, patriarcal, homofóbico y transfóbico, compartido por lo demás por la gran mayoría del espectro político, Partido Comunista incluido. Al fin y al cabo, la construcción del capitalismo semiperiférico en la Rusia de Putin se ha hecho desde el interior del Estado, mediante su peso creciente en las industrias estratégicas y, sobre todo, en las industrias extractivas y en el sector financiero. La percepción zombi rojiparda o neoes-talinista podrá ver rasgos de «socialismo» en lo que no es sino un capitalismo político en el que las diferentes posiciones de renta parasitaria corresponden a posiciones de poder.<sup>142</sup>

La crisis sistémica de 2008-2009 será un golpe importante para las aspiraciones de retorno en *puissance* de la *polity* rusa en la disputa por la hegemonía en el sistema-mundo. Las adver-

---

141 El asalto se produjo entre los días 1 y 3 de septiembre de 2004. Como consecuencia de la negativa a negociar con los secuestradores, murieron 314 rehenes, de los cuales 186 eran niñas y niños.

142 Y en el que los conflictos se regulan por las buenas, dentro de los reequilibrios entre los clanes plagados de *siloviki*, o por las malas, con las modalidades que conocemos.

tencias de Putin en su discurso en la Conferencia de Seguridad de Munich en febrero de 2007 caerán en saco roto, mientras el desplome del precio del petróleo en 2008-2009 supondrá un duro revés al que, con el cambio de década, se sumarán las protestas de la *intelligentsia* disidente en 2011-2013 contra la exclusión y la represión políticas y, en 2014, el Euromaidan ucraniano. Desde entonces, la viabilidad de la fórmula tradicional del régimen oligárquico basado en la exportación de combustibles fósiles, minerales y materias primas, sumado a un régimen de distribución de rentas clientelar y patriarcal (cuando no brutalmente explotador en lo que atañe al trabajo migrante), junto a una *intelligentsia* técnica y financiera afín al régimen y conectada con los centros de conocimiento e innovación globales, parece haberse vuelto inviable como puerta de acceso al centro del sistema-mundo. Con el peso creciente de las energías renovables en los planes estratégicos europeos, solo quedaba la alianza con la *Große Koalition* alemana bajo la hegemonía de Angela Merkel y de los herederos de Gerhard Schröder, para evitar un aislamiento estratégico repleto de consecuencias.

En el año 2014, a la luz del punto de inflexión del Euromaidan, la invasión de Crimea y el apoyo militar a las repúblicas independentistas del Donbass, Derluguian y Wallerstein se preguntaban al final de su ensayo sobre lo que cabía esperar de esta nueva situación:

Los brutales medios de movilización que usaron en el pasado los zares reformistas y los revolucionarios bolcheviques ya estaban agotados a mediados del siglo XX. A un alto costo, Rusia había dejado de ser un imperio agrario con un campesinado numeroso y explotado sin piedad, para transformarse en una sociedad industrial moderna basada en una *intelligentsia*, especialistas capacitados y trabajadores cualificados que estaban en una posición mucho mejor para defender sus derechos. Vimos esta autoafirmación durante la *Perestroika* y, más recientemente, en las rebeliones y contrarrebeldes ucranianas, cualesquiera fueran los colores ideológicos y políticos que terminaran adoptando. La vemos hacer erupción en Rusia a diario en torno de diversas cuestiones de relevancia local. De hecho, puede decirse que la motivación más importante tras el revanchismo de Putin es la opinión popular de su país antes que la política exterior: los rusos se niegan a vivir en un país periférico. Pero cabe preguntarse cuál es la salida.<sup>143</sup>

---

143 Georgui Derluguian y Emmanuel Wallerstein, *op. cit.* p. 71.

Después de la invasión del 24 de febrero de 2022, la cuestión se mezcla inextricablemente con el caos sistémico en el que ha entrado el sistema-mundo. Y, desde nuestro punto de vista, el papel fundamental de una salida no catastrófica para el planeta corresponde a lo que (de manera en ocasiones muy reductiva en cuanto a sus potencialidades y a su «autonomía» con respecto a los límites que les asigna su posición en el sistema-mundo y sus ciclos) la escuela a la que pertenecen nuestros autores denomina los «movimientos antisistémicos». Este libro quiere ser también una contribución a la elucidación teórica y práctica de la cuestión de por qué tales movimientos están ausentes desde que empezó esta guerra que no termina en Ucrania.



# 2

## PARA ENTENDER ESTA GUERRA

—Coronel Dax (CD): Señor, ya sabe cuál es el estado de mis hombres.

—General Broulard (GB): Sí, naturalmente tendrán que morir algunos, muchos posiblemente. Absorberán balas y metralla y, al hacerlo, permitirán que otros pasen.

—CD: ¿Qué apoyo tendremos?

—GB: No tengo nada para darte.

—CD: Señor, ¿ha calculado el porcentaje de bajas?

—GB: Sí, digamos que un 5 % morirá en el primer asalto, haciendo un cálculo muy generoso, otro 10 % morirá en tierra de nadie y un 20 % en las alambradas. Nos queda el 65 % y con lo peor ya hecho. Pongamos que caiga otro 25 % en la cumbre de la colina, aún tendríamos una fuerza más que suficiente para defenderla.

—CD: General, ¿está diciendo que más de la mitad de mis hombres ha de morir?

—GB: Sí, es un precio terrible, coronel, pero tendremos la colina.

*Senderos de gloria*, Stanley Kubrick, Bryna Productions, Hollywood, 1957

Como hemos expuesto en el capítulo anterior, en la niebla de la guerra deben analizarse los procesos, eventos, espacios y conflictos entre las fuerzas políticas en juego, y debe hacerse desde un punto de vista que no sea ni objetivista ni estadocéntrico, sino desde el materialismo de la subjetividad social, política, psíquica y ecológica. Es imprescindible que no solo se consideren las dinámicas de Estados, corporaciones y bloques regionales, sino que se contemplen también las luchas, resistencias y contrapoderes emancipadores que tratan de abrirse paso en estas coyunturas cada vez más portadoras de espanto. Por eso, la ética del «no a la guerra» implica un pensamiento no campista, una independencia de criterio, y una práctica política a partir de los



intersticios que hoy permite la movilización total de guerra en la esfera pública (y en las fisuras de una esfera comunicativa dominada por la publicidad de guerra). Más arriba se han criticado los principales discursos legitimadores del régimen de guerra, y se han expuesto los procesos históricos, políticos, económicos, tecnológicos y ecosistémicos que han conducido al periodo actual. Pero si verdaderamente queremos comprender el conflicto de Ucrania, sus dimensiones y planos entrelazados, las consecuencias probables sobre los órdenes políticos europeos y globales, o los efectos sobre las subjetividades políticas y micropolíticas, tenemos que hacer un recorrido histórico, geográfico y conceptual por las relaciones entre guerra, capitalismo, Estados, imperialismos, fascismos, máquinas y producciones (de deseo, narraciones y delirios) que atraviesan el campo social.

Para trazar esa panorámica, es necesario recordar que una ética es un modo del pensamiento, y que un modo del pensamiento es una problematización singular de la práctica (política): vale la pena no olvidarlo al abordar la guerra desencadenada por la invasión rusa de Ucrania. Entender las causas profundas, directas e indirectas (en el tiempo y en el espacio) de este conflicto mundial es lo único que nos permitirá actuar colectivamente de manera eficaz,<sup>144</sup> tanto para contribuir a forzar el alto el fuego en los frentes de guerra, como para dar una salida transnacional emancipadora al curso catastrófico que, con origen en el centro del subsistema euroasiático, la historia mundial ha enfilado resueltamente. Ello nos permitirá, ya en el tercer capítulo, exponer las claves e implicaciones principales de la escalada militarista del sistema-mundo a partir de la coyuntura de la economía política y ecosistémica de la globalización capitalista, y abordar las

---

144 Una de las consecuencias inmediatas e inevitables de esta guerra en la que la información sobre el conflicto está sometida a la censura primaria de los Estados Mayores, a la censura secundaria de las corporaciones mediáticas, y a las cajas de resonancia y propagación de las redes sociales, es que todo apego a los hechos no garantiza más que grados variables de certidumbre, gradientes de probabilidad. La dificultad es también enorme cuando atendemos a las narraciones de guerra de las partes combatientes. A pesar de ello, se trata de hacer un trabajo crítico de desmontaje y refutación, multiplicando los problemas y demostrando las inconsistencias y falsedades de los relatos hegemónicos. Esta crítica previa es necesaria para una comprensión de la guerra en Ucrania compatible con las tendencias reales en el sistema-mundo.

alternativas no utópicas a la guerra, la dictadura, la devastación ecológica y el fascismo crecientes.

Quienes, por un lado, afirman que Putin es un personaje autoritario y que Rusia es un régimen filonazi, y quienes, por otro, defienden que el objetivo de la invasión rusa es desnazificar Ucrania y hacer frente al avance imperialista de la OTAN hacia el Este, comparten el marco de que esta guerra en Ucrania tiene elementos de continuidad con la II Guerra Mundial. A mi juicio, sin embargo, la invasión rusa de Ucrania tiene más que ver, a pesar de las diferencias insalvables, con el marco político y militar de la I Guerra Mundial.

¿Por qué? Porque tanto en la I Guerra Mundial como en la actual guerra en Ucrania se dan condiciones similares en el contexto europeo: en cuanto a la pugna entre imperios, en cuanto a los Estados pivote en disputa, y en cuanto a la utilización de minorías y naciones sin Estado como *casus belli*. En ambos momentos, además, se produce un gran salto evolutivo en el desarrollo tecnológico de las máquinas de guerra (y en el caso de la guerra en Ucrania se están desarrollando como nunca antes presentan todas las características de una guerra sin restricciones, híbrida, no lineal y ciberguerra, por citar los enfoques de análisis más comunes de la guerra contemporánea).

En la I Guerra Mundial, el cambio se da con el inicio de la maquinaria y de las estrategias bélicas que dominarán los campos de batalla durante el siglo XX.

El hecho fundamental que emparenta la I Guerra Mundial con la guerra en Ucrania y que, al mismo tiempo, aleja a ambas de la II Guerra Mundial, consiste en que mientras en la I Guerra Mundial se crean las condiciones para que germinen los afectos y lenguajes de la revolución conservadora y de los fascismos de las décadas de 1920 y 1930, para cuando comienza la II Guerra Mundial el fascismo ya ha conquistado (con la complicidad de las oligarquías industriales y financieras italianas, austríacas, alemanas y españolas) el centro de gravedad y la estructura política y militar de varios Estados (por medio de los cuales desencadenará su proyecto genocida).

En la actual guerra en Ucrania no hay Estados fascistas en liza: se trata de formaciones imperialistas (ultraconservadoras, ultranacionalistas en el caso del bloque ruso) y de hegemones

antagónicos en el sistema-mundo (China versus Estados Unidos) y cuyas disputas, retóricas y lógicas están, como en la I Guerra Mundial, generando el marco y los procesos políticos y subjetivos que hagan factibles y probables de nuevo variantes fascistas como formas de gobierno y de poder de mando. Basta ver el peso, tanto narrativo como político y militar, que tanto en el caso ruso como el ucraniano, pero también en la narrativa del régimen de guerra europeo, están cobrando elementos fascistas, coloniales y patriarcales a medida que va agravándose la situación.

Para cristalizar como en el periodo de entreguerras (con los casos italiano, alemán, austríaco y español como ejemplos descollantes, y con las variantes ucraniana y nacional-bolchevique en un segundo plano) el fascismo como subjetividad y «movimiento» necesita al menos seis matrices generativas y/o transformativas<sup>145</sup> a partir de las cuales cobra consistencia operativa: a) la vivencia (*Erlebnis*) fundadora de la guerra; b) el *pathos* de la nación como comunidad de destino; c) el *casus belli* de la traición y la puñalada por la espalda del enemigo interior; d) el antagonismo hacia la lucha de clases y de géneros entendida como conspiración contra la unidad de la nación o del continente patriarcal y supremacista, esto es, el anticomunismo, la misoginia y la transfobia; e) el *pathos* vengativo y desarraigado de la subjetividad excombatiente; y, *last but not least*, f) una relación específica con las máquinas de guerra como vector de destrucción, muerte y agujero negro. Mi punto de vista es que, con la guerra que se inicia en Ucrania, se está abonando el terreno para una generación e intensificación de nuevas variantes fascistas a partir de nuevas combinaciones de las seis matrices fundamentales.

Esto es posible, en parte, porque el capitalismo no es exclusivamente un mecanismo de obtención de plusvalor a través de la explotación del trabajo: va más allá del sistema de acumu-

---

145 Generativas en el sentido de la sintaxis generativa de Noam Chomsky: la proliferación de proposiciones gramaticales a partir de la matriz sintáctica elemental del lenguaje humano. Transformativas en el sentido de que, bajo determinadas condiciones de intensidad y «altas energías» políticas, del producto combinado de las seis u otras matrices emerge un transformado (antes que resultado) fascista nuevo, difícilmente clasificable entre las variantes previas. Entre los fenómenos que apuntan en esa dirección problemática se pueden señalar, por ejemplo, el de las feministas radicales transexcluyentes (TERFs, por Trans-Exclusionary Radical Feminists, en inglés) o los fenómenos de fascismo (sin metáforas o apelativos) que nacen en la ocupación israelí de Palestina y que se reconocen y alían con antisemitas y nazis.

lación que integra dicha dialéctica. De hecho, su principal cuenta de extracción de riqueza está compuesta por el conjunto de relaciones que se dan en las multitudes del trabajo vivo y en los ecosistemas humanos.

A partir de la larga crisis que se inicia en los años setenta del siglo pasado, la incapacidad del capital para reproducir las tasas de ganancia hace que los centros de gravedad vayan decantándose paulatinamente hacia un «momento populista-derechista» en Europa (tendencialmente oscilante hacia el autoritarismo e, incluso, hacia el fascismo); la política de guerra en Ucrania (la activación de un conflicto entre formaciones imperialistas, naciones y Estados pivote) forma parte del mismo esquema. Ucrania, una zona que históricamente hace de gozne del sistema euroasiático, ha vivido, sin exageraciones, una guerra civil insistente, de alta y baja intensidad, con breves pausas, durante el siglo XX y lo que llevamos de siglo XXI.

Por eso, el conflicto actual solo se comprende atendiendo a la genealogía local y europea de los movimientos reaccionarios, autoritarios, estalinistas y fascistas, desde los regímenes autoritarios o dictatoriales, y desde las fronteras arbitrarias, los ejércitos y las guerras.

Es un territorio devastado por el capitalismo, la guerra, el fascismo, el antisemitismo, el estalinismo y la energía nuclear. Y siempre con el punto de mira puesto en las minorías nacionales o lingüísticas, en romaníes y desertores, en mujeres y personas LGTBIQ+, porque también aquí el dispositivo de este tipo de guerra contiene un agenciamiento de guerra sexual, en el que a la soldadesca se la motiva con la impunidad para ejercer la violencia sexual contra las mujeres y las minorías de género.

La guerra no solo se cobra literalmente vidas, ecosistemas, rentas y derechos (en función de la mayor o menor implicación en el conflicto): se cobra siempre vidas, libertad, seguridad y derechos del proletariado sexual y de género. De ahí que la referencia invariante para el rechazo de la guerra moderna —aparte del punto de vista del interés de clase económico y ecosistémico de la multitud, que siempre es la carne de cañón, la que ve destruidas sus ciudades y biotopos, la que es movilizadada para el esfuerzo de producción de guerra— la tengamos en el punto de vista de los proletariados de género y sexual. Esta guerra en

Ucrania no es la excepción: ambos bandos militares operan con la expectativa de cobrarse su salario libidinal/sádico de tropa sobre el enemigo capturado y la población civil.

A la luz de esta realidad, los alineamientos a favor de uno u otro bando en el espacio político europeo son un error trágico relacionado, de una parte, con la falta de herramientas teóricas para comprender el conflicto en sus múltiples dimensiones y consecuencias funestas y, de otra, con el carácter de movilización total, y de policía del pensamiento, que cobra un conflicto que tiene claros rasgos de conflagración mundial.

### **El momento populista**

En septiembre de 2008, la caída de Lehman Brothers cataliza una crisis del sistema financiero con centros en Wall Street, la City y Frankfurt. De las finanzas, la crisis no tarda en extenderse a los mercados de trabajo, la actividad empresarial y las cuentas públicas, determinándose como una crisis general de solvencia de un sistema que se había gestado con dos *shocks* anteriores: el de Richard Nixon en agosto de 1971, cuando anunció el fin de la convertibilidad directa entre dólar estadounidense y oro;<sup>146</sup> y el *Volcker shock* entre 1979 y 1980.<sup>147</sup> Varias décadas después, el periodo 2008-2009 trae consigo meses de pánico e impudor entre las élites políticas y los líderes de empresa europeos. Entre la negación de la crisis, que lleva a la exasperación de la ortodoxia neoliberal, y los llamamientos patéticos a la «refundación del capitalismo sobre bases éticas» (Nicolas Sarkozy), o a un «paréntesis en el libre mercado» (Gerardo Díaz Ferrán), termina imponiéndose el régimen de la «austeridad», con su doble registro de ahogamiento de las rentas del trabajo directas e indirectas, y de culpabilización insidiosa de la aspiración al bienestar y a la seguridad individual y familiar por parte de las fuerzas de trabajo, condensada en la conocida y poco velada acusación del capital: «habéis vivido por encima de vuestras posibilidades».

Este tiempo de depresión y expiación no tarda en generar enormes tensiones políticas, sobre todo en los flancos débiles del

---

146 Un torpedo en la línea de flotación de los acuerdos de Bretton Woods.

147 La decisión del presidente de la Reserva Federal en 1979, Paul Volcker, de subir los tipos de interés de la Reserva Federal entre un 11,2 % y un tremendo 21,5 % del tipo *prime* (el que se usa para los prestatarios más solventes).

subsistema del euro (los entonces llamados PIIGS).<sup>148</sup> La principal tensión en la UE se produce entre la Comisión Europea, el Consejo de jefes de Estado y de Gobierno, y el semiclandestino Eurogrupo, por un lado, y los partidos y movimientos de los países de la UE más golpeados por la austeridad, por otro. Pero, al mismo tiempo, se acumula otra tensión interna de los países más saneados fiscalmente a la hora de abordar la puesta en marcha de los mecanismos de estabilización financiera del Eurogrupo y del BCE, esto es, contra toda mutualización de las deudas soberanas de los socios del Eurogrupo.

Así se gesta el proceso, acéfalo y macilento, de descomposición del sistema europeo, que adquiere nuevos desarrollos en nuestros días bajo la forma de un régimen de guerra, apuntando a la construcción de formas centralizadas de gobierno continental (en la producción y distribución privatizada de la energía,<sup>149</sup> en el control sobre la política exterior y en la planificación del gasto militar y del rearme de los Estados miembros) bajo programas que cancelan «temporalmente» los objetivos de abandono de combustibles fósiles y nucleares del GND europeo (como el REPower EU).

El europeísmo tecnocrático y/o eurocéntrico siempre ha afirmado que las crisis económicas y políticas mayores refuerzan la integración política del continente. Así lo pensaron durante el *impasse* provocado por la victoria del «no» en el referéndum sobre el Tratado para una Constitución Europea (TCE) en Francia, Países Bajos y Dinamarca; con la crisis de la deuda pública de los PIIGS en 2009-2013; con el Brexit británico; o durante la pandemia de la Covid-19. Así que no ha de sorprendernos que, en medio de una guerra sin restricciones, híbrida y no lineal en el sector oriental, continúen albergando esperanzas de que de este reto saldrá una UE con un Tesoro propio, una mutualización de las deudas, un *pool* energético federal, un sistema de protección social y un ejército europeos. No en vano esta supuesta «astucia de la razón europea», que avanzaría enmascarada en

---

148 Sigla que por entonces el siempre colonial *The Economist* empezó a usar para referirse a Portugal, Italia, Irlanda, Grecia, España. «Pigs» significa «cerdos» en inglés.

149 Salvo cuando se nacionalizan propiedades estratégicas en la guerra, como en el caso del gigante del gas alemán Uniper, principal cliente de Gazprom y adquirida al accionista mayoritario, el grupo finlandés Fortun, en septiembre de 2022.

medio de los desastres y las discordias hacia la unidad política y económica, es uno de los últimos residuos del excepcionalismo eurocéntrico y neocolonial, que se considera el alfa y el omega de la civilización a secas, el papel de faro y autoridad moral en el sistema-mundo.

Por el contrario, se ha producido una gran mutación de coyuntura en Europa, teatro de operaciones principal de la actual guerra en curso: la oportunidad política del periodo 2008-2014 ha cobrado en todas partes un sesgo de revolución conservadora o en todo caso neocolonial, dentro de la continuidad del proyecto de orden social y económico rentista y extractivista. El eje oligarquías neoliberales/pueblo, de relativa presencia y eficacia en el diagrama político europeo hasta 2014, ha sido ocupado por las fuerzas de las nuevas derechas de la ruptura, que lo convierten cada vez más en un eje que opone élites cosmopolitas degeneradas y poblaciones extranjeras, frente a comunidades nacionales en peligro (*Volksgemeinschaften*).<sup>150</sup>

Ello ha provocado que en la gran mayoría de los Estados del centro y norte de la UE se hayan gestado y estén creciendo dislocaciones políticas en los bloques orgánicos de las derechas unificadas, que reverdecen los nacionalismos históricos, los racismos coloniales, los autoritarismos, y los anticomunismos del siglo XX. No podemos atribuir estos procesos a una matriz causal simple, pero sí que podemos trazar una integral imaginaria, que los vincula al conflicto que se da en la UE entre los agregados sociales jerárquicos de la renta parasitaria financiera y fiscal (y

---

150 Los acontecimientos de los últimos tiempos muestran los límites de la minoritaria variable populista progresista: útil cuando el social-liberalismo es hegemónico, se convierte en una trampa o cárcel —del pensamiento y la práctica políticos— cuando asciende el neoliberalismo del *apartheid*. En este contexto, el llamado «momento populista» se ha convertido para la izquierda en motivo de desorientación, en una fábrica de errores de análisis táctico y estratégico. El 15M es buena muestra ello: no fue un movimiento populista, pero su fracaso abrió las puertas al populismo institucional. Con un 15M capaz de recrearse a sí mismo en sus transiciones de fase y sus recomposiciones, a medida que hubiera sido capaz de asumir grados de complejidad política e incorporado nuevas componentes sociales, no habría habido tal «momento populista institucional» posterior. Las continuidades fáciles, orgánicas, evolutivas o dialécticas pueden llevarnos a pensar que el «momento populista» era algo así como la «verdad interna o latente» del 15M, o un estadio superior de su madurez política, pero ello no sería más que una apología retrospectiva del resultado histórico. Sucedió más bien lo contrario: el «momento populista institucional» emergió de los atolladeros del 15M, como respuesta oportuna al bloqueo de la potencia política de aquel sistema-red.

sus instituciones) y las rentas salariales directas e indirectas del trabajo <sup>151</sup>

Nos encontramos, pues, en una coyuntura europea en la que resurgen lo que la ciencia política burguesa califica como «populismos», que no son sino las tradiciones mortíferas de la reacción europea, y las recidivas de las derechas anticomunistas y antisemitas de la primera mitad del siglo XX. Sus consecuencias, la guerra en Ucrania entre otras, están hoy a la vista.

### **Un capitalismo siempre terminal**

En todo caso, como hemos apuntado, desde la crisis financiera de 2008-2009 y sus consecuencias, se han entonado hasta el aburrimiento los cantos del cisne del neoliberalismo, cuando no del capitalismo en cuanto tal. Las intervenciones de la Reserva Federal, del BCE y del Banco Popular de China estabilizaron las rentas del capital y la solvencia de los principales Estados durante la década de 2010, al precio de la enésima masacre social de las clases subalternas de los países más golpeados por la gestión capitalista de la crisis. Luego vino la pandemia de la Covid-19 y, de nuevo, se afirmó que había sonado la hora del neoliberalismo si se quería salvar al capitalismo, puesto que se había vuelto im-

---

151 En países como Francia y Reino Unido, donde las contradicciones políticas y sociales del periodo postcolonial habían consolidado una extrema derecha supremacista, esas formaciones (Frente Nacional y UKIP) cobran aún mayor fuerza hasta convertirse, bajo otras siglas, en pilares del sistema político de hoy en día. En los países del Este de la UE (incluidos los *Länder* de la antigua RDA), las fuerzas de derecha que habían tomado el poder tras la caída de los respectivos sistemas socialistas son legitimadas como nuevo poder constituyente oligárquico y se convierten en los socios mimados por las jefaturas de la UE. Esas nuevas derechas de Europa oriental tienen cada vez más su neoliberalismo bisoño de elementos de las viejas tradiciones nacionalistas reaccionarias, antisemitas y patriarcales, en la misma medida en que utilizan los instrumentos diplomáticos de la cooperación reforzada que permiten los tratados europeos, como el Pacto de Visegrado (firmado en 1991). En el caso específico de la exRDA, el nacionalismo antisemita, *völkisch*, hunde sus raíces en la historia de *Länder* como Sajonia, hoy bastión del renacimiento neonazi en Alemania, con movimientos de masas como Pegida [Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente] o, más recientemente, Freie Sachsen [Sajonia libre] y secciones regionales de AfD [Alternativa por Alemania] de descarada filiación nazi. Al sur, en Italia, el nacionalismo acista y neoliberal de la Liga Norte ha conquistado la hegemonía cultural y política en el país, para cedérsela poco después a la ultraderecha de Fratelli d'Italia, más acorde con la herencia del régimen mussoliniano. Este último partido tiene una nítida alineación atlántica, desde los tiempos de la estrecha colaboración con el programa de sabotaje y terrorismo anticomunista de la OTAN en Europa occidental (la red Stay Behind, creada en 1948) y que ganó en las elecciones italianas del 25 de septiembre de 2022, por primera vez en la historia democrática italiana.



perativo el retorno a la intervención estatal en la formación de la demanda agregada, en el refuerzo de los sistemas sanitarios y en la logística de la lucha contra la pandemia. Sin haber salido de la pandemia, la invasión rusa de Ucrania y el régimen de guerra que está provocando en Europa (y en buena parte del mundo) vuelven a enterrar al muerto neoliberal. Pero el muerto que están metiendo en el féretro, no solo sigue vivo y coleando sino que ha provocado una recesión mundial todavía mayor, mediante subidas de tipos de interés (y bajadas brutales de impuestos, como la que ha intentado de forma suicida el efímero gobierno británico de Liz Russ), so pretexto de una inflación que nada tiene que ver con desmanes salariales o inversión pública social.

Esta secuencia última pone de manifiesto hasta qué punto no se ha entendido en qué consiste el neoliberalismo y dónde reside su capacidad para zafarse de sus enterradores. Su éxito fundamental reside en la destrucción del movimiento obrero industrial y en su hegemonía política sobre las clases subalternas, así como en la reducción axiomática de las instituciones de la demanda social y política (al individuo propietario y deseante y a la familia tradicional).

La violencia monetaria y financiera, junto con la plena libertad de circulación y huida de los capitales, respaldada por los Estados democráticos de la propiedad, han constituido el vehículo fundamental de esa liquidación del contrapoder obrero, proletario y campesino forjado en el periodo fordista y de descolonización. De esta suerte, sin nuevos movimientos obreros, proletarios y campesinos el neoliberalismo no puede morir, y no digamos ya el capitalismo —que, como veremos más abajo, en cierto modo es eterno—. Por lo demás, se equivocan quienes contraponen las artes de gobierno neoliberales anglosajonas u ordoliberales germánicas (eficiencia económica, lucha contra la inflación, crecimiento y limitación estatal del desequilibrio de clases) frente al peso del Estado en la economía y en la mediación entre actores económicos (estado del bienestar, altos salarios directos e indirectos, fiscalidad progresiva): las series históricas de los principales países indican precisamente lo contrario desde la década de 1980, salvo excepciones que no cuentan mucho a este respecto, como Dinamarca.

Porque, al contrario de las descripciones canónicas, tanto contrarias como apologéticas, el capitalismo no se define por la destrucción de las culturas, las tradiciones, o las barreras nacionales, en aras de su reproducción ampliada. El capital es y opera como una máquina abstracta<sup>152</sup> que, como forma de garantizar la acumulación de capital-poder,<sup>153</sup> integra diversos planos de dominación a través de múltiples operaciones: de escritura, cálculo y registro económico; de equivalencias monetarias y financieras entre sistemas de valor de uso económico, ecosistémico, cultural o religioso; de formaciones de poder estatal, militar o religioso; y de capitalización y apropiación de mutaciones técnicas y científicas. Darlo por muerto (por muy profundas y frecuentes que sean sus crisis) es no entender que el capitalismo es, sobre todo, un mecanismo para generar renta y/o ganancia a partir de la explotación y el dominio de la cooperación social y de la simbiosis ecológica (que emplea ecosistemas, fronteras, datos o cuerpos), y un mecanismo que, lejos de aborrecer crisis y trastornos, se sirve de ellos, incluida la guerra, para resolver sus bloqueos, redistribuir poder y riqueza y lanzar nuevos regímenes de acumulación.<sup>154</sup>

---

152 Una máquina abstracta se define por sus operaciones con vectores y aplicaciones abstractas, es decir, que al igual que las máquinas digitales o las matemáticas, opera con arreglo a diagramas. En las máquinas concretas, por el contrario, las materias y sustancias generadas forman parte tanto de los componentes de la máquina como de los flujos que trabaja (lo cual territorializa su uso o ensamblaje). Véase, por ejemplo, Félix Guattari, *Caosmosis*, traducción de Irene Agoff, Manantial, Buenos Aires, 1996.

153 Marx y Engels, en el *Manifiesto comunista*, no achacan al capitalismo esa condición destructora, sino a la burguesía entonces ascendente y por un tiempo capaz de revolución, a la clase del capital: «La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas» [La traducción es nuestra a partir del original alemán en [https://de.wikisource.org/wiki/Manifest\\_der\\_Kommunistischen\\_Partei\\_\(1848\)](https://de.wikisource.org/wiki/Manifest_der_Kommunistischen_Partei_(1848))].

154 Ganancia entendida como beneficio procedente de la explotación del plus trabajo (con arreglo a una medida de la productividad de las fuerzas del trabajo en la empresa) o de su sobretrabajo: plusvalor relativo y absoluto respectivamente.

Desde esta perspectiva, tampoco el progreso es un vector interno lineal (siempre continuo) del tiempo histórico, sino que está sujeto a desplazamientos en cualquier dirección, determinados en última instancia por la dialéctica material de los antagonismos de clases. La axiomática esencial del capitalismo se basa en los derechos de propiedad (que pueden ser privados o públicos —como en la URSS—), en la apropiación y explotación de los medios de producción y de las fuerzas productivas y en las figuras y funciones multiformes del dinero como capital (medio de cambio, depósito de valor, unidad de cuenta) pero también como crédito-deuda, producto derivado financiero, token virtual convertible o criptomoneda. Asimismo, la axiomática originaria del capital prescribe que la fuerza de trabajo, las materias primas, los alimentos y las fuentes de energía han de ser baratas y abundantes (como ha recordado Jason W. Moore).<sup>155</sup> El capital es un medio autorizado por la ley y el *imperium* (inter)estatal para apropiarse de plusvalor y para extraer plustrabajo, energía, materias primas y alimentos.

Sin embargo, en tanto que modo de producción histórico, el capitalismo es siempre conservador y reaccionario: a su historia están inextricablemente unidos esclavitud, proletarianización de las formas de vida campesinas y devastación ecosistémica, colonialismo, racismo, segregación, fascismos, estalinismos. La idea de un capitalismo revolucionario no supera la prueba de los hechos históricos, puesto que el capitalismo, en tanto que integral de las formaciones de poder, solo cambia para reproducir las condiciones de explotación y para enfrentarse a las formas de luchas de clase de las fuerzas del trabajo. El capitalismo solo se actualiza a partir de aquello que ya ha recuperado, ya sean nuevas composiciones de clase<sup>156</sup> capaces de desbaratar el poder de mando del capital en la producción y la reproducción social, ya sean invenciones tecnomagnéticas o científicas.

El capitalismo, en definitiva, se define por su capacidad para descodificar y luego sobrecodificar flujos de todo tipo (materiales, energéticos, semióticos, biológicos, genéticos y de poder), y por su capacidad para establecer equivalencias entre

---

155 Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2020.

156 El taylorismo (como expropiación de los saberes del obrero profesional), la economía de la información o la economía de los cuidados, por citar solo tres ejemplos.

sistemas de valor y entre regímenes de poder económico, institucional, financiero, productivo, estatal o militar. Su resultante es lo que, con Guattari, llamamos la integral del capital. Como en una máquina de Turing, su capacidad para integrar y computar informaciones, sujetos, procesos y estructuras es, en la práctica, interminable. El capital, pues, va más allá de la mera relación económica basada en la fuerza y/o en el derecho comercial y subjetivo, que se aplicaría a la «producción» (entendida como la actividad laboral «primaria» o «secundaria», relativamente separada de una «superestructura» política e ideológica) porque es el resultado y el transformado de la computación de las formaciones de poder en el campo social, y el «valor de cambio» capitalista no puede concebirse al margen de ese proceso de integración.<sup>157</sup> Ello permite la comparación y jerarquización entre formaciones capitalistas diferenciadas en el mercado mundial, tanto sobre bases estatales como de conjuntos regionales.<sup>158</sup>

Además de por la descodificación y sobrecodificación de los flujos, el capitalismo se define por una axiomática propia<sup>159</sup> cambiante que, como en el álgebra abstracta de la teoría de grupos, define las operaciones posibles (compatibles con una resultante capitalista) sobre los derechos de propiedad, la separación entre capital y fuerza de trabajo, las funciones del dinero, el papel de las mujeres (en la familia, en la producción y en la reproducción), el mercado mundial, la participación económica del Estado, el papel de colonias, fronteras y cárceles, la relación entre salarios, rentas y reproducción ampliada, la integración del

---

157 Jean Pierre Faye habla, en su análisis de las formación y transformación de los enunciados fascistas, del *transformat*, es decir, de algo que no es solo un resultado, sino una transformación de las relaciones o concatenaciones entre enunciación, acción y los estados de cosas, o aquello a lo que se refieren los lenguajes. En castellano hablaríamos entonces de resultado, en tanto que síntesis pasiva, y transformado, en tanto que síntesis transformadora. En inglés sería la distinción entre *output* y *transput*. De Jean-Pierre Faye, véase, *Los lenguajes totalitarios*, traducción de Miguel Ángel Abad, Taurus, Madrid, 1974. Véase Félix Guattari, «El capital como integral de las formaciones de poder», *Plan sobre el planeta*, Traficantes de sueños, Madrid, 2004.

158 Así se explica, por ejemplo, la persistencia de la hegemonía del capitalismo estadounidense a pesar de su declive manufacturero y de su inmenso déficit comercial: en la integral resultante de sus formaciones de poder monetario, financiero, jurídico (en las instituciones internacionales), tecnológico, militar, mediático e imaginario, el capitalismo estadounidense continúa siendo, con mucha diferencia, el más sólido y seguro.

159 Conjunto de expresiones primeras, no derivadas, que definen y limitan las operaciones posibles e imposibles del capital como relación social y medioambiental.

medio ambiente en una ecología del capital o el lugar de la guerra en las relaciones entre formaciones de poder capitalistas.<sup>160</sup>

El capital, en tanto que operación de integración de formaciones de poder, transforma su axiomática a través de una computación<sup>161</sup> que, antes de la era digital, se llevaba a cabo en las cabezas de las élites de los Estados, las corporaciones, las universidades y los ejércitos, mientras que ahora se procesa mediante interfaces entre algoritmos de análisis y evaluación y decisiones políticas y administrativas. La transforma con arreglo a las evaluaciones y estrategias del poder de mando capitalista colectivo, donde juegan un papel fundamental las evaluaciones políticas (sobre las luchas y amenazas de las clases subalternas); las evaluaciones geopolíticas y las tecnocientíficas (en tanto que posibilidad de destrucción creativa en las formas de empresa de explotación combinada de las fuerzas de trabajo); las evaluaciones monetarias y financieras (sobre la convertibilidad, solvencia, liquidez y rendimiento posible y probable de las masas monetarias y de productos financieros); o las evaluaciones de impacto medioambiental en términos monetarios y fiscales. Las decisiones políticas están cada vez más condicionadas y dirigidas por la información que sistematizan procesadores de datos y analistas mediante sistemas de inteligencia artificial asistida y entrenada por humanos, conformando un nuevo estadio del cuerpo-máquina al servicio de las estrategias de gobierno del capital. Es un poder distribuido en los diferentes bloques imperialistas que opera de forma imperfecta, contradictoria e ilógica, porque no usa patrones previos, sino que los genera a partir de las tensiones en curso.

---

160 Lo que en la tradición marxista se conoce como la «lucha de clases» es uno de los motores de la modificación de los axiomas del capitalismo, al igual que las luchas anticoloniales, las luchas feministas o las luchas de las disidencias de género y de deseo. Estas luchas contribuyen a producir contradicciones e incompatibilidades en la axiomática del capital. La Revolución de Octubre, por ejemplo, hace insostenible la axiomática del capitalismo liberal y financiero, puesto que las inevitables crisis económicas subjetivizan y refuerzan un movimiento obrero internacional capaz de construir una forma de poder contraria al Estado capitalista en el mayor imperio del planeta. Las luchas anticoloniales hacen insostenibles los axiomas de segregación racial de las fuerzas de trabajo, y las luchas feministas hacen insostenibles las formas tradicionales de la familia patriarcal.

161 Capacidad del capital para operar modificando los componentes y las relaciones axiomáticas para garantizar su reproducción y acumulación bajo nuevas formas y matrices.

A pesar de que las narrativas anarcocapitalistas y una concepción errónea del neoliberalismo sugieran lo contrario, lo cierto es que un axioma fundamental del capitalismo es la presencia activa y constante de una forma Estado, esto es, de funcionarios, policías y jueces como cuerpos separados y especialmente protegidos por la Ley. Un Estado frente al campo social en el que encontramos distintas expresiones de una «sociedad civil/burguesa»<sup>162</sup> (que define el pacto social supuestamente fundador del Estado y de su legitimidad) junto a estatutos siempre precarios —y variables en función de coyunturas, geografías e historias— de mujeres, personas LGTBIQ+, extranjeras, racializadas, proletarias, discapacitadas, monstruos, desviados, o locas. La categoría misma de «sociedad civil» se define tanto por la inclusión como por la exclusión de las poblaciones de la forma Estado considerada. La axiomática capitalista permite añadir o sustraer axiomas de esclavitud, *apartheid*, o patriarcado extremo, pero también de propiedad estatal de los medios de producción, de Estado del bienestar e, incluso, de estatutos jurídicos especiales para algunos «bienes comunes».

El capital se presenta y se impone como una civilización que territorializa/coloniza<sup>163</sup> cuerpos, espacios y tiempos mediante sus combinaciones axiomáticas. En el campo social, por su parte, se crean las líneas de fuga, los éxodos (trans)individuales o colectivos<sup>164</sup> que tratan de sustraerse a las líneas de sometimiento, encierro o cuadriculación: líneas de deseo,<sup>165</sup> de rebelión,

---

162 De la expresión alemana *Bürgerliche Gesellschaft*, donde *Bürgerliche* es tanto «burguesa» como «civil», «ciudadana».

163 Territorializar es demarcar un adentro y un afuera, una propiedad e impropiiedad (un cuerpo, un paisaje, una pareja, una patria, etcétera) para individuos o grupos (un «para sí»).

164 El hecho social es un proceso de transferencia afectiva mediado por el lenguaje.

165 El ser humano es una máquina biológica deseante, al mismo tiempo que se define por su inacabamiento, por su desterritorialización y construcción artificial de territorios y por una conexión necesaria con todo tipo de devenires no humanos. Ello no significa que sea único y excepcional; antes al contrario, su devenir animal contra la humanización nos previene de las tentaciones antropocéntricas. Es deseante porque es productiva (el inconsciente imagina, delira y da forma al campo social en la historia, la ciencia, las clases, las naciones, las etnias, la Tierra y el cosmos), y el funcionamiento del deseo humano se estructura con un ensamblaje que le proporciona capacidad de agencia o agenciamiento (por ejemplo, la boca es un ensamblaje de tejidos musculares, óseos, epiteliales y dentales cuyo agenciamiento le permite intervenir sobre flujos alimentarios). Al mismo tiempo, añadir «deseante» a «máquina biológica» tiene algo de pleonasma. Si entendemos «deseo» en el sentido

de revolución, que trabajan sobre las imaginaciones de clases, géneros, razas o naciones (en tanto que operaciones históricas de estratificación y territorialización de los poderes capitalistas) para hacerlas derivar, para trazar líneas de fuga que escapen de las líneas de encierro y estratificación que asignan posiciones binarias de género, identidades excluyentes, individualizaciones y familiarizaciones, jerarquizaciones raciales, deseos equivalentes y convertibles en mercancía.<sup>166</sup> Las líneas de fuga son procesos de desterritorialización que, sin embargo, deben detenerse en algún momento para construir un territorio autónomo del capital porque, si no, tienden a implosionar en líneas de abolición.<sup>167</sup> El capitalismo se enfrenta a ellas reterritorializando el deseo en formaciones patriarcales,<sup>168</sup> edípicas, nacionales o coloniales, cuando no en formaciones paranoicas<sup>169</sup> o fascistas. Y no duda

---

spinoziano, es decir, como *cupíditas*, el modo humano del *conatus* o esfuerzo de todos los cuerpos por perseverar en su existencia y aumentar su potencia de acción, de afectar y ser afectado por cada vez más cosas, entonces todas las formas de vida constan de máquinas deseantes. Pero conocemos y podemos concebir una vida deseante de los cerebros humanos que tiene algo de singularidad y de enorme artificialidad sin perder su aspecto biológico en un sentido no restringido de una biología que excluye la conciencia y el deseo humanos. El capitalismo, por su parte, no puede vivir sin máquinas deseantes y se esfuerza por integrarlas en su axiomática, pero el deseo escapa de la producción capitalista, o negocia constantemente sus condiciones de existencia (a partir de 1968, el deseo se incorpora a la cadena de valorización capitalista a través de la publicidad, que integra el imaginario de deseo en la experiencia de consumo y que crea la demanda de la mercancía antes que la oferta o la propia producción). Sobre esto, véase Gilles Deleuze, Félix Guattari, *Antidipo. Capitalismo y esquizofrenia*, traducción de Francisco Monge, Paidós, Barcelona, 1989

166 Es más, las máquinas deseantes (el inconsciente del psicoanálisis) elaboran, deliran el campo social, porque el deseo humano no versa (salvo bajo las condiciones mismas de un dispositivo de edipización neurótica) sobre la carencia de objetos parciales (boca, ano, uretra, seno materno) u objetos totales simbólicos (falo). Tampoco es, en su expresión genérica, pura forma de la carencia del deseo de algo estructurado como lenguaje, ni pura forma del puro deseo como significante de una carencia que remite a otro significante (a su vez, de una carencia). El deseo humano, *conatus* o trabajo vivo, es producción (delirante) de mundos posibles: construye ensamblajes o agenciamientos heterogéneos, planes y planos de consistencia siempre críticos, siempre a punto de desplomarse, pero siempre capaces de reconquistar la capacidad de reanudar y multiplicar los procesos de agenciamiento.

167 Es la diferencia entre la experimentación liberadora con sustancias que alteran la percepción de la realidad y la dependencia farmacológica autodestructiva o nihilista.

168 La desterritorialización de la identidad masculina por la larga onda feminista hace que la subjetividad cishetero no encuentre su territorio, de modo que el capital la reterritorializa en las claves misóginas que están en la base de nuevo fascismo que remite a lo que se ha llamado la alt-right.

169 En la pandemia ha estallado una protesta contra el biopoder farmacocrático sobre los cuerpos, que ha derivado en paranoia conspiracionista, obviando que la creciente longevidad del cuerpo en la época contemporánea no se entiende sin la medicalización.

en desterritorializarse a sí mismo para luego poder reterritorializar mejor.<sup>170</sup>

### El filo maquinico

La historia del capital es inseparable de la evolución histórica del uso de los sistemas de máquinas, aunque las máquinas no *pertenezcan* al capitalismo. Todas las máquinas se caracterizan por su propio *filo maquinico*:<sup>171</sup> de las piedras talladas en sílex al cuchillo y, de ahí, a la guillotina; del percutor para tallar la bifaz paleolítica al martillo, y de este al martillo neumático. Si por algo se caracterizan las máquinas (biológicas, enunciativas, termodinámicas o de guerra) es por el corte y transformación de flujos de todo tipo, así como por su capacidad para desterritorializar y desestructurar, y para presentarse en grados de abstracción que hacen que la máquina opere de forma diagramática, como máquina abstracta, pero no por ello menos real y potente, sino todo lo contrario. A mayor grado de abstracción de las máquinas y de su diagramatismo, mayor capacidad de operar y «pilotar» agenciamientos (heterogéneos: sociales, políticos, técnicos o naturales) más complejos, que involucran máquinas, estructuras, flujos materiales semióticos, territorios de todo tipo (naciones, tribus, grupos, comarcas, personas) y de orden más concreto.

Desde siempre, el poder de mando en la empresa capitalista ha empleado las máquinas para asegurar la extracción de energía e información del trabajo vivo social. La industria armamentística desarrolla máquinas de guerra aplicando procesos maquinicos y de trabajo industriales, y viceversa. Pero, ¿qué es una máquina de guerra, *más allá de su definición militar*? En principio, no se distingue de cualquier otra máquina, concreta o abstracta:<sup>172</sup> cortan, transforman, codifican y recodifican

---

170 En el caso de la industria informática, el capital reterritorializó las líneas de fuga que se dieron (movimiento *hacker*, *nerds*) frente al disciplinamiento toyotista, transformando derivas disfuncionales en máquinas productivas (*startups*, *criptos*, *youtubers*).

171 De *phylum* en latín: cada especie de máquinas tiene su propio proceso evolutivo.

172 El grado de desterritorialización diferencia las máquinas abstractas de las concretas. La máquina abstracta está hecha de signos-partículas y es diagramática, mientras que la concreta está vinculada a los materiales de los que está hecha y con los que «trabaja». La relación entre máquinas abstractas y concretas es de tipo «captura modular», donde las máquinas concretas funcionan como un elemento modularmente deformado y «pilotado» por las funciones de la máquina abstracta.



flujos de todo tipo. La distinción aparece en el ensamblaje, el agenciamiento, la función. Por eso las máquinas de guerra están siempre vinculadas a agenciamientos de trabajo y energía que destruyen materias, obstáculos, barreras (en las armas más primitivas) o que transforman materia en pura energía (bomba atómica); o bien decodifican información o bien la destruyen, como sucede con los virus informáticos o con el software de espionaje y de descryptación. De ahí que la innovación técnica en la producción y la logística esté íntimamente relacionada con las máquinas de guerra. A su vez, las máquinas de guerra presentan una genealogía nómada que las ha enfrentado a lo largo de la historia a los Estados imperiales, despóticos o coloniales y sus aparatos de captura, como es el caso del carro de caballos o del jinete armado, invenciones de la máquina de guerra nómada.<sup>173</sup> Los Estados o los imperios se dotan, por captura, pacto o sometimiento, de las máquinas de guerra y de las técnicas de genealogía nómada,<sup>174</sup> que pasan a nutrir los ejércitos o las policías.

La experiencia de la guerra es inseparable de las transformaciones técnicas y maquinicas de la práctica de la guerra. Los puntos de inflexión en las formas históricas de la guerra siempre han tenido que ver con las transformaciones cualitativas del filo de las máquinas de guerra, en correspondencia con la evolución de los sistemas de máquinas de trabajo, mecánicas, termodinámicas o digitales.

Durante el siglo XIX se produce una evolución acelerada, pero es en la I Guerra Mundial cuando se desencadena el gran cambio cualitativo en la mecanización de la batalla: lanzallamas, granadas de mano, ametralladoras ligeras, los primeros tanques (como el Mark I británico o el Sturmpanzerwagen A7V alemán), submarinos, el obús Gran Berta, los grandes cañones ferroviarios, los «Cañones de París» (utilizados por el ejército alemán en el último año de la guerra), las armas químicas como la cloroacetona, el gas mostaza, el fosgeno, el ácido cianhídrico o el gas dicloro<sup>175</sup>

---

173 Estados que se definen (en tanto que aparatos de captura y apropiación) por la ley, el tributo, la moneda-deuda y la policía.

174 Sobre todo esto véase «Tratado de nomadología: la máquina de guerra», en Gilles Deleuze, Félix Guattari, *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, 2, traducción de José Vázquez y Umbelina Larraceleta, Pre-Textos, Valencia, 1989.

175 En el caso del gas dicloro, producto derivado del descubrimiento del nitrato amónico

(empleadas desde 1915 en adelante) o los primeros bombardeos aéreos mediante dirigibles y biplanos (generalizados en la última fase de la contienda).

La escala y las formas de destrucción de los cuerpos (en magnitudes y variaciones de deformaciones y mutilaciones sin precedentes) crearon una experiencia de la guerra tan completamente nueva como traumática, y basada en la mecanización masiva, el enorme incremento de las velocidades, la aplicación de la química y la metalurgia industriales, así como en los procesos de taylorización en la producción de barcos, aviones y automóviles. Recordemos que, para los soldados del frente franco-alemán, la guerra consistió, en gran medida, en hacerse matar en las trincheras durante semanas y meses enteros.

En este punto, asoma un principio clave en el análisis de las relaciones entre guerra, subjetividad y fascismo, y es que los fascismos nacen y se transforman a partir de su relación fundamental con las máquinas de guerra y con la evolución exponencial que se desata en la I Guerra Mundial. Dicha contienda, mecanizada como nunca antes, da pie al conocido análisis de Walter Benjamin en *Experiencia y pobreza*:

La cosa está clara: la cotización de la experiencia ha bajado, y precisamente en una generación que de 1914 a 1918 ha tenido una de las experiencias más atroces de la historia universal. Lo cual no es quizás tan raro como parece. Entonces se pudo constatar que las gentes volvían mudas del campo de batalla. No enriquecidas, sino más pobres en cuanto a experiencia comunicable. Y lo que diez años después se derramó en la avalancha de libros sobre la guerra era todo menos experiencia que mana de boca en boca. [...] No, raro no era. Porque jamás ha habido experiencias tan desmentidas como las estratégicas por la guerra de trincheras, las económicas por la inflación, las corporales por el hambre, las morales por el tirano. Una generación que había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos, se encontró indefensa en un paisaje en el que todo menos

---

(primer fertilizante industrial descubierto por Fritz Haber y cuya producción estuvo dirigida por él mismo), se pone de manifiesto tanto el carácter de agenciamiento político y deseante de las máquinas de guerra, como su relación con las líneas de desterritorialización maquinaica de los flujos materiales y energéticos. Fritz Haber era un judío asimilado y ferviente patriota del Reich guillermino en la I Guerra Mundial, de ahí que participara activamente en el desarrollo de la guerra química alemana. Al trabajo desarrollado en su instituto, el *Kaiser Wilhelm Institut*, se debió en uso militar del pesticida Zyklon, basado en el cianuro de hidrógeno o ácido prúsico que, en la II Guerra Mundial, servirá para el exterminio de la comunidad judía europea a manos del régimen nazi.

las nubes había cambiado y en cuyo centro, en un campo de fuerzas de explosiones y corrientes destructoras estaba el mínimo, quebradizo, cuerpo humano.<sup>176</sup>

La experiencia de la guerra de trincheras mecanizada destruye la psique humana hasta límites que impiden cualquier relato de dignidad personal, orgullo colectivo o amor a la patria. Sin embargo, la conflagración global alumbrará también la obra y la imaginación política de Ernst Jünger, intelectual clave del fascismo alemán junto con Carl Schmitt y Martin Heidegger. Su primera aproximación es similar a la de Walter Benjamin, en el sentido de que la vieja guerra dirimida con lógicas (pseudo) caballerescas se ha convertido, definitivamente, en un proceso puramente técnico, donde las unidades militares no están compuestas por individuos con capacidad de raciocinio, sino por soldados despersonalizados y mecanizados manejados por los estados mayores.

Pero donde Walter Benjamin ve tal alienación que las palabras no alcanzan para describir la nueva experiencia, Ernst Jünger atisba en *Tempestades de acero* y en sus trabajos de la década de 1920 una oportunidad para el espíritu (guerrero y aristocrático) que no se ha vuelto pacifista ni cobarde. Una renovada espiritualidad que no solo es eficaz en la guerra tecnificada, sino que devuelve al primer plano la tríada soldado-trabajador-patriota.

Porque Ernst Jünger entenderá correctamente que, a partir de la Revolución de Octubre de 1917, el fiel de la balanza se ha movido del parlamentarismo de las élites liberales al (hasta entonces) anómico poder obrero. Por ello, dedicará sus esfuerzos a traducir el bolchevismo (del que aprecia las levas masivas, la disciplina industrial y la homogeneidad coreográfica de su figura serial y marcial —su *Gestalt* (figura)<sup>177</sup>—) al ecosistema político e ideológico alemán. Y de ahí también que, a pesar de que descarte el ideal comunista por antialemán, desarrolle el concepto del obrero nacional-revolucionario en *El Trabajador*, en oposición al trabajador soviético alienado de su ser nacional y, en oposición también, al

---

176 Walter Benjamin, «Experiencia y pobreza», traducción de Juan Barja de Quiroga, *Obras II*, Abada, Madrid, 2005.

177 El subtítulo de *Der Arbeiter* (El obrero o el trabajador) de Ernst Jünger es precisamente *Gestalt und Herrschaft* (Figura y dominio).

trabajador de la democracia liberal que carece de la idea nacional y que está resignado a la subalternidad económica y cultural.

### La guerra moderna

El término de «guerra moderna» tiene más de un siglo de historia, y se lo debemos fundamentalmente al banquero y empresario ferroviario Jan Gotlich Bloch,<sup>178</sup> judío converso al calvinismo (en gran medida debido al feroz antisemitismo europeo que no se detendría hasta la Shoah). Él es la encarnación por excelencia del entusiasmo histórico de la *intelligentsia* imperialista europea anterior a la I Guerra Mundial. Su optimismo imperialista le llevará también a apoyar económicamente a la Jewish Colonization Association [Asociación de Colonización Judía], y a respaldar con amistad y apoyo financiero a la Organización Sionista de Theodor Herzl. A más de un siglo de distancia, resulta fácil hacer sorna de su escasa clarividencia, pero no sería correcto, porque su posición concienzuda, minuciosa y vehemente (su obra principal, *La guerra del futuro y sus consecuencias*, consta de siete volúmenes)<sup>179</sup> es reflejo de una opinión extendida, incluso entre los dirigentes de la Segunda Internacional, sobre todo en el SPD alemán.

El razonamiento fundamental de Bloch es sencillo: bayonetas y cargas de caballería han quedado obsoletas respecto al desarrollo de la artillería, las ametralladoras o la pólvora sin humo. De esta manera, la guerra de movimientos se vuelve enormemente difícil, puesto que un asalto de infantería contra una línea defensiva garantiza una mortandad enorme (la mitad o más de los efectivos). Por consiguiente, los conflictos tenderán a

---

178 Nacido en Polonia (1836-1902), fue súbdito del Imperio zarista.

179 Volúmenes que, según su contemporáneo Serguéi Witte (citado al final del primer capítulo), que también era especialista ferroviario y altísimo funcionario (ministro de Hacienda y Primer Ministro interino zarista), no habrían sido escritos por el propio Bloch, sino que habrían sido elaborados por un equipo de redactores. Dicho sea de paso, en toda la descripción del personaje, Witte destila el antisemitismo nada disimulado y habitual entre la *intelligentsia* europea del periodo imperialista: los judíos no prosperaban por sus méritos, sino por su poder económico, sus intrigas, su ambición y su perfidia. Cfr. Sergei Y. Witte, *Memyari*, cap. 7, «Sobre los reyes del ferrocarril» [*O zheleznodorozhnykh korolyakh*]: [http://az.lib.ru/w/witte\\_s\\_j/text\\_0010.shtml](http://az.lib.ru/w/witte_s_j/text_0010.shtml). La traducción es nuestra. Este mismo antisemitismo resentido se prolonga, ya con mayor tensión hacia una «solución final», en la generación siguiente: sin ir más lejos, en los diarios de preguerra de Carl Schmitt y en los *Cuadernos Negros* de Martin Heidegger.

convertirse en guerras de desgaste y, en esa medida, a consumir tantos recursos económicos, humanos y materiales que el desplome social y político las hará inviables (Bloch ni siquiera tuvo en cuenta los tanques y carros armados que se desarrollaron poco después como respuesta a la guerra de trincheras). En definitiva, a nadie en su sano juicio, y menos a los gobernantes de los imperios civilizados, se les ocurriría lanzarse a una guerra que, a medio plazo, solo podría tener consecuencias devastadoras:

Quando los soldados y hombres de Estado hablan sobre la *Guerra del futuro*, no se están refiriendo a esas frívolas expediciones contra pueblos semibárbaros. La guerra del futuro, la guerra que se ha vuelto imposible, es la guerra que ha atormentado la imaginación de la humanidad durante los últimos treinta años, la guerra en la que las grandes naciones, armadas hasta los dientes, iban a lanzarse con todos sus recursos a una lucha a vida o muerte. Esa es la guerra que cada día se vuelve cada vez más imposible. Sí, en los preparativos contra esa guerra imposible, los supuestos hombres prácticos, que son los verdaderos utopistas de nuestro tiempo, están desperdiciando los recursos de la civilización.<sup>180</sup>

El libro de Bloch, escrito en ruso, no tardó en traducirse al inglés, en una versión resumida, y causó un gran impacto en el mundo anglosajón.<sup>181</sup> Su argumento se presentaba como un descubrimiento científico, la ecuación de la paz perpetua sin necesidad de una fundamentación ética y jurídica:

No estoy manejando consideraciones morales, que no pueden medirse, sino cosas prosaicas, materiales, que pueden estimarse y medirse con cierta aproximación hasta llegar a la precisión absoluta. Sostengo que la guerra se ha vuelto imposible tanto desde el punto de vista militar como desde el punto de vista económico y político. El desarrollo mismo que ha tenido lugar en el mecanismo de la guerra ha hecho que esta se convierta en una operación impracticable. Las dimensiones de los armamentos modernos y de la organización de la sociedad han hecho que llevarla a cabo sea una imposibilidad económica y, por último, si se intentara de algún

---

180 Véase I. S. Bloch, *Is War Now Impossible? Being an Abridgment of «The War of the Future in its Technical, Economic and Political Relations»*. With a Prefatory Conversation with the Author by W. T. Stead, Londres, Grant Richards, p. XI, (la traducción es nuestra).

181 Son los tiempos de la Primera Conferencia de La Haya (1899), auspiciada por el zar Nicolás II y su jefe diplomático, con el objeto de reglamentar y evitar el recurso a la guerra y la carrera de armamentos. Bloch fue propuesto, junto al zar Nicolás II y Fiódor Martens (uno de sus principales cuadros diplomáticos), como candidato al Nobel de la Paz (mucho antes de Kissinger, que lo ganaría, y Obama).

modo demostrar la inexactitud de mis afirmaciones poniendo a prueba la cuestión a gran escala, nos encontraríamos con el resultado inevitable de una catástrofe que destruiría todas las organizaciones políticas existentes. De ahí que no pueda hacerse la guerra, y todo intento de hacerla sería un suicidio. Tal es, creo yo, el mero hecho demostrable.<sup>182</sup>

Que quede claro que Bloch se equivocó en una sola cosa, pero fundamental y decisiva: la «racionalidad» económica y política, el sano juicio de las élites imperialistas, era precisamente lo que faltaba. En todo lo demás acertó, incluso en el sentido político de lo que llama «suicidio» de las naciones, es decir, el desorden y la «revolución socialista». La Revolución rusa de 1905 sigue a la humillación militar y diplomática rusa en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, y tras el hambre y las masacres en la guerra de trincheras, llegarán la Revolución de Febrero de 1917 y la abdicación del zar Nicolás II. Bloch no se equivocaba, aunque no acertó del todo respecto al comportamiento de la mayoría de los «socialistas» tras los acontecimientos que desencadenaron la I Guerra Mundial:

Junto al agostamiento del atractivo de una carrera militar, ha habido una agitación creciente contra todo el sistema, una agitación que tiene a sus representantes más extremos entre los socialistas, cuyo repertorio principal consiste en perorar sobre el derroche de recursos industriales provocados por la actual organización de la sociedad sobre bases competitivas, que según sostienen tiene como resultado la excesiva onerosidad de nuestra paz armada. Lo que todos los gobiernos terminarán viendo, con mayor o menor claridad, es que si persisten en despilfarrar los recursos de sus pueblos para prepararse para una guerra que, en adelante, se ha vuelto imposible sin acarrear un suicidio, no estarán sino preparando el triunfo de la revolución socialista.<sup>183</sup>

No podemos dejar de ver un eco, una similitud, entre el optimismo civilizatorio de las potencias coloniales y las opiniones públicas dominantes en la época imperialista (que negaban la posibilidad de la guerra moderna en los preludios de su estreno) y la inocencia civilizatoria de las opiniones públicas blancas y eurocéntricas, conservadoras y *progres* (o *liberales*), respecto a la bondad democrática de la implicación bélica y financiera en

---

182 *Ibid.*

183 *Ibid.*, p. LXII.

la guerra en Ucrania (y que, como en los prolegómenos de la I Guerra Mundial, descartan la posibilidad de una guerra moderna a gran escala, que en el caso presente sería probablemente una guerra nuclear).

La retórica imperialista, patriarcal, panrusa y victimista del régimen de Putin tiene la virtud de cierta franqueza brutal, un reconocimiento de la violencia en la que se basan tanto los regímenes como las relaciones internacionales. La inocencia armada y la superioridad moral que esgrimen *pundits*, politólogos y tertulianos occidentales, cuando asumen el riesgo de una conflagración mundial conmovidos por el heroísmo ucraniano y espoleados por la maldad luciferina de Vladimir Putin son igualmente inquietantes: revelan un escotoma ético y cognitivo, una ceguera funesta respecto a las matanzas impunes de la coalición civilizadora durante todo el siglo (en Irak, Palestina, Kurdistán o Afganistán, entre otros lugares), y respecto al tratamiento diferencial de las personas refugiadas con arreglo a su procedencia, religión o perfil racial.

La diferencia entre este militarismo civilizador occidental y el militarismo fascista es una cuestión de umbral, de grado, sin duda importante y preñada de consecuencias, pero no por ello menos correspondiente a un largo y añejo continuo supremacista colonial y fascinado con la violencia civilizadora. Más adelante mencionaremos el optimismo que la obra civilizadora del imperialismo occidental, ruso y japonés había creado incluso entre los dirigentes del movimiento obrero internacional, inglés, francés y alemán. Bloch no vivió para comprobar el escaso juicio que respecto a la guerra iban a demostrar las élites del capitalismo imperialista en 1914.

Sin embargo, ninguna «bancarrotita» (Lenin dixit) más sonada en el movimiento obrero europeo que la de Karl Kautsky, mano derecha de Engels y principal teórico mundial del «marxismo».<sup>184</sup> Representante de la ortodoxia teórica y del oportunismo político, moderador del abierto revisionismo de Eduard Bernstein pero coincidiría, en lo fundamental, con las hipótesis políticas de este último: el paso a paso parlamentario y sindical hacia el

---

184 Sobre el origen y los contextos histórico-político de lo que se vino a llamar «marxismo», véase la obra fundamental de Montserrat Galcerán, *La invención del marxismo*, Traficantes de sueños, Madrid, (próxima edición en 2023).

socialismo, como algo que, por así decirlo, caería por su propio peso. Los primeros lustros del siglo XX casaban muy mal con esa predicción, a pesar de lo cual el pobre Kautsky tuvo la mala suerte de dedicarse a la redacción de un artículo en el que exponía su tesis sobre el «ultraimperialismo» (la superación pacífica de la competencia interimperialista) justo en el momento en que estallaba la I Guerra Mundial. El artículo tuvo que publicarse tres meses más tarde, en septiembre de 1914, con una nota en la que acomete contorsiones dialécticas letales para su columna vertebral política e intelectual. Kautsky no pensaba que ni la guerra ni la «unión sagrada» fueran a durar mucho, puesto que «desde el punto de vista puramente económico» y, a su juicio, siguiendo la doctrina de Marx, la tendencia del curso histórico era bien otra:

Del imperialismo puede decirse lo que Marx dijo una vez del capitalismo: el monopolio genera la competencia, y la competencia general el monopolio. La furiosa competencia entre las grandes empresas, los grandes bancos y los multimillonarios generó en los grandes poderes financieros la noción de cártel, que se tragó a los pequeños. Del mismo modo, ahora puede surgir de la guerra imperialista de las grandes potencias una fusión de las más fuertes entre ellas, que ponga fin a su carrera armamentística. Así, pues, desde el punto de vista puramente económico no puede excluirse que el capitalismo experimente una nueva fase, la transmisión de la política de cártel a la política exterior, una fase de ultraimperialismo, que por supuesto también debemos combatir tan enérgicamente como el imperialismo, pero cuyos peligros apuntan sin embargo en otra dirección, no en la de la carrera armamentística y de la amenaza para la paz mundial.<sup>185</sup>

A la luz de la historia europea posterior, y del papel de aquella socialdemocracia mayoritaria, bien puede decirse que aquí terminó de morir, por implosión política y teórica, aquella invención reciente que se quiso llamar «marxismo ortodoxo».

De modo que, a pesar de las predicciones de Bloch y Kautsky, la «guerra moderna» tiene su primera manifestación completa y devastadora con la I Guerra Mundial. Dicho conflicto tiende a presentarse como una irrupción súbita en la que se emplearon las máquinas de guerra desarrolladas durante décadas

---

185 Karl Kautsky, «Der Imperialismus», *Die Neue Zeit*, 32-II., 1914, núm. 21, p. 13 de la versión que consultamos, en <https://www.marxists.org/deutsch/archiv/kautsky/1914/xx/imperialismus.pdf>. La traducción es nuestra.



anteriores. Así lo fue, desde luego, para la inmensa mayoría de las tropas movilizadas y para las poblaciones civiles de las potencias en conflicto. No obstante, hubo en el seno de las clases capitalistas europeas voces que denunciaron, desde la política y la ética, el carácter imperialista y colonial de las tensiones internacionales en curso, y cuyos vaticinios acertaron respecto a lo que se avecinaba.

Christopher Clark ha reconstruido los eventos que se precipitaron el 28 de junio de 1914 con el asesinato en Sarajevo del Archiduque Francisco Fernando de Austria (y de su esposa Sofía Chotek) por los disparos del nacionalista serbio Gavrilo Princip. Clark insiste en el hecho de que lo que hoy nos parece, retrospectivamente, una cadena inextricable de consecuencias que llevaron al desastre, no fue percibido así por la mayoría de actores y comentaristas de la época en las semanas que precedieron el estallido, y ve en ello una profunda similitud con nuestra época:

[...] a cualquier lector del siglo XXI que siga el curso de la crisis del verano de 1914 le sorprenderá su cruda modernidad. Empezó con un escuadrón de bombarderos suicidas y un desfile de automóviles. Detrás del atentado de Sarajevo había una organización terrorista de reconocido culto al sacrificio, la muerte y la venganza; pero esta organización era extraterritorial, su ubicación geográfica o política no estaba clara; estaba diseminada en células a lo largo de las fronteras políticas, era inexplicable, sus vínculos con cualquier gobierno soberano eran indirectos, ocultos y sin duda muy difíciles de discernir desde fuera de la organización. De hecho, hasta podríamos decir que julio de 1914 está menos lejos de nosotros —es menos incomprensible— ahora que en la década de 1980. Desde el final de la Guerra Fría, un sistema de estabilidad bipolar global ha dado paso a una serie de fuerzas más complejas e imprevisibles, entre ellas imperios en decadencia y potencias emergentes, una situación que invita a la comparación con la Europa de 1914. Estos cambios de perspectiva nos llevan a repensar la historia de cómo la guerra llegó a Europa. Aceptar este reto no significa adoptar un presentismo vulgar que rehaga el pasado para satisfacer las necesidades del presente, sino más bien reconocer esas características del pasado de las cuales el cambio de nuestra situación privilegiada puede permitirnos una visión más clara.<sup>186</sup>

---

186 Christopher Clark, *Sonámbulos: Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, traducción de Irene Cifuentes de Castro y Alejandro Pradera, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015.

Es un proceso en el que interactuaron el expansionismo colonial (ruso, francés, inglés, alemán, austrohúngaro y otomano) y la política de alianzas entre imperios y Estados nacionales (Francia y Rusia; Italia, Alemania y Austria-Hungría; Rusia y Serbia; Gran Bretaña, Francia y Bélgica; Gran Bretaña y Rusia; Japón y Gran Bretaña). El desplome del Imperio otomano y las variables de las tensiones de las naciones sin Estado serán las que movilicen los agenciamientos bélicos, actuando como cebadores de la tensión interimperialista. Desde comienzos del siglo, las escaramuzas y los conflictos irán acumulándose: la carrera armamentística y de buques de guerra entre el Imperio británico y el Reich alemán; los conflictos entre Francia y Alemania en torno al mando sobre Marruecos (1905-1906); la anexión de Bosnia-Herzegovina por parte de Austria-Hungría en 1908 (que desencadena las ansias revanchistas del paneslavismo serbio); de nuevo la crisis de Agadir en 1911 entre Francia y Alemania, donde se roza la guerra; la aventura colonial del Reino de Italia en la Tripolitania libia en guerra contra el Imperio otomano en 1911; la guerra de la Liga balcánica (Serbia, Montenegro, Bulgaria y Grecia) contra el Imperio otomano en octubre de 1912; y, en junio de 1913, la Segunda Guerra Balcánica, que enfrentará entre sí a los reinos que formaban la Liga balcánica (primero Bulgaria contra Serbia y Grecia y, poco después, también contra Rumanía y al Imperio otomano).

Comentaristas y diplomáticos veían en la *détente* de la escalada armamentística entre el Imperio británico y el Reich guillermino una garantía de que la guerra no era inevitable, pero lo cierto era que sonámbulos y criminales remaban en la misma dirección.

### **Bancarrotta socialista**

En aquella época existía un movimiento obrero internacionalista, al menos de palabra y de declaración solemne; mucho menos, como pudo comprobarse, en lo que respecta a la lucha contra los proyectos coloniales de sus respectivas burguesías y Estados, y respecto a las cuotas de renta colonial que se redistribuía en lo que Luxemburgo y Lenin, entre otros, denunciaron en su tiempo como la constitución de una «aristocracia obrera», beneficiaria material e institucionalmente de la operación colonial.

Ya en agosto de 1907, la Segunda Internacional había celebrado una gran reunión en Stuttgart, dedicada fundamentalmente a las cuestiones del militarismo, el colonialismo, el sufragio electoral de las mujeres y la inmigración, a la que asistieron 866 representantes de 25 países. En este Congreso Socialista Internacional fueron evidentes las tensiones que llevarían a la catástrofe de la «unión sagrada» de los partidos socialistas con sus Estados en julio de 1914. Y, en concreto sobre el militarismo, se enfrentaron dos posiciones principales: la que defendía el derecho de las clases trabajadoras a defender su soberanía nacional, dejando la cuestión de las guerras para cuando se acabara con el capitalismo, y la de Eduard Vaillant y Jean Jaurès,<sup>187</sup> que llamaban a luchar contra la guerra con todos los medios disponibles, desde la iniciativa parlamentaria a la huelga general, pasando por la insurrección armada. Otro tanto sucedió con la discusión sobre el colonialismo, donde chocaron las posiciones de Eduard Bernstein, Henry Hubert van Kol y Eduard David —que consideraban que, a pesar de sus excesos, el colonialismo no solo era inevitable, sino que llevaba el desarrollo a los pueblos colonizados— con las de la izquierda socialista, donde todavía se encontraba Karl Kautsky. Como sucedió con casi todas las ponencias, se llegó a un compromiso final contra el colonialismo.<sup>188</sup>

Los intereses de las clases dominantes promueven las guerras utilizando los prejuicios nacionales que se cultivan de manera sistemática entre los pueblos civilizados, con el fin de distraer a las masas proletarias de sus propias tareas de clase, así como de sus deberes de solidaridad internacional.<sup>189</sup>

---

187 Jean Jaurès acabará asesinado por un nacionalista ultraderechista francés, Raoul Villain, solo tres días antes de la entrada de Francia en la I Guerra Mundial, el 31 de julio de 1914.

188 Véase «Resolución adoptada en el Séptimo Congreso Socialista Internacional de Stuttgart», traducción inglesa en <https://www.marxists.org/history/international/social-democracy/1907/militarism.htm> (la traducción es nuestra a partir de la versión inglesa).

189 Hasta qué punto la catástrofe en ciernes no se percibía aún en toda su potencia letal es algo que se advierte en un pasaje sorprendentemente cándido del informe de Lenin sobre el congreso, en el que señala que: «como resultado de la amplia política colonial, el proletariado europeo se ve en parte en una posición en la que no es su trabajo, sino el de los nativos prácticamente esclavizados en las colonias, el que mantiene a toda la sociedad. La burguesía británica, por ejemplo, saca más ganancia de los cientos de millones de habitantes de India y de las otras colonias que de los trabajadores británicos. En algunos países esto ofrece la base material y económica para infectar al proletariado con el chovinismo colonial. Desde luego, esto podría ser solo un fenómeno temporal pero, no obstante, el mal tiene que ser identificado

Aún en marzo de 1913, los dos principales partidos de la Segunda Internacional, la SFIO francesa y el SPD alemán, publicaron un manifiesto conjunto contra la guerra, en el que se decía que:<sup>190</sup>

Los socialistas de Alemania y de Francia ya han desenmascarado [...] el juego péfido de los chovinistas y los proveedores militares de los dos países que evocan, a ojos del pueblo en Francia, una pretendida complacencia de los socialistas alemanes por el militarismo y, en Alemania, una pretendida complacencia de los socialistas franceses por el mismo militarismo. La lucha común contra el chovinismo, de un lado y del otro de la frontera, el esfuerzo común por una unión pacífica y amistosa de las dos naciones civilizadas debe poner fin a este engaño. (...) Es el mismo grito contra la guerra, es la misma condena de la paz armada, que retumba a la vez en los dos países.<sup>191</sup>

En junio del mismo año, el grupo parlamentario del SPD en el Reichstag votaba a favor de un impuesto especial para el rearme. El 4 de agosto, todo el grupo parlamentario del SPD<sup>192</sup> aprobaba los créditos de guerra alemanes. Con palabras que hoy resuenan en los discursos de guerra actuales, Friedrich Ebert, futuro primer presidente socialdemócrata de la República de Weimar, declaraba que:

Nos enfrentamos ahora con el hecho de hierro de la guerra. Estamos amenazados por los horrores de las invasiones enemigas. No decidimos hoy a favor o en contra de la guerra; simplemente tenemos que decidir sobre los medios necesarios para la defensa del país [...]. De lo que se trata para nosotros es de alejar este peligro y salvaguardar la cultura y la independencia de nuestro país. Así honramos lo que siempre hemos prometido: en la hora del peligro no vamos a abandonar a nuestra Patria. Nos sentimos de acuerdo con la Internacional que siempre ha reconocido el derecho de cada nación a la independencia nacional y

---

claramente, y sus causas han de ser comprendidas para poder reunir al proletariado de todos los países en la lucha contra ese oportunismo. Esta lucha está destinada a la victoria, puesto que las naciones "privilegiadas" son una facción menguante de las naciones capitalistas».

190 Cita extraída de Francesc Tur, «Los Socialistas: del «Guerra a la Guerra» a la Unión Sagrada (1906-1914)», Ser histórico. Portal de Historia, 5 de octubre de 2018, <https://serhistorico.net/2018/10/05/los-socialistas-del-guerra-a-la-guerra-a-la-union-sagrada-1906-1914/>

191 Véase el original francés, «Manifeste des partis socialistes allemand et français», 1 de marzo de 1913, [https://www.marxists.org/francais/inter\\_soc/sfio/sfio\\_19130301.htm](https://www.marxists.org/francais/inter_soc/sfio/sfio_19130301.htm) (la traducción es nuestra).

192 Karl Liebknecht incluido, porque en ese momento ni él ni otros miembros de la fracción del SPD en el Reichstag quisieron romper la disciplina de grupo aunque estuvieran radicalmente en contra.

a la legítima defensa, al igual que nosotros también condenamos, de acuerdo con la Internacional, cualquier guerra de conquista. Exigimos que, tan pronto como el objetivo de la seguridad se haya logrado y los oponentes se muestren listos para la paz, esta guerra termine con una paz que haga que sea posible vivir en amistad con los países vecinos. [...] Guiados por estos principios, vamos a votar a favor de los créditos de guerra.

Todavía se discuten las razones que llevaron, no solo a los dirigentes de la socialdemocracia alemana, sino a la gran mayoría de los dirigentes de partidos y sindicatos de la Segunda Internacional, a convertirse a la pasión militarista y patriotería de las oligarquías políticas, capitalistas y militares de sus países. Las explicaciones apuntadas por Lenin en el fragmento que citamos, es decir, la captura político-económica de las élites del movimiento obrero por parte de las «sociedades civiles» y las instituciones de las democracias oligárquicas del periodo imperialista, siguen teniendo una fuerza considerable, dicha lectura encaja con el entusiasmo y la «inocencia» con las que las elites blancas progresistas en Estados Unidos y Europa azuzan la guerra civilizatoria hasta la recuperación de la total integridad territorial de Ucrania y, sobre todo, el derrocamiento violento del régimen de Putin, como si Putin fuera la réplica energúmena de Adolf Hitler, aunque, en realidad, se asemeje más a un Saddam Hussein a lo grande, pero con armas nucleares y biológicas y una población de 144 millones de personas, circunstancias cuya mención excita la indignación moral de estos modernos guerreros de salón y teclado.

En la intelectualidad europea, las posiciones contrarias a la I Guerra Mundial se cuentan como excepciones a la norma. Siempre en Alemania, desde Thomas Mann:

Lo que sentimos fue una purificación, una liberación y una gran esperanza.<sup>193</sup>

A Max Weber:

Con toda su abominación, esta guerra es grande y maravillosa. Vale la pena vivirla, aunque más valdría la pena participar en ella pero, por

---

193 Véase Thomas Mann, «Reflexiones en la guerra», publicado originalmente en *Der Neue Rundschau*, año XXV, núm. 11, noviembre de 1914, recogido después en *Politische Schriften und Reden*, Band 2, Berlín, Fisher, 1968. Traducción castellana en: <https://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/45577/88-100.pdf;sequence=1>

desgracia, no sirvo de nada en el campo de batalla, como sí que hubiera servido si en su debido momento —hace veinticinco años— me hubieran llamado a filas».<sup>194</sup>

La intelectualidad humanista sucumbe a la pasión militarista. En Francia, el mismo Edouard Vaillant que firmaba junto a Jaurés la ponencia de la «Guerra a la guerra» en el citado Congreso Socialista Internacional de Stuttgart, sumará su apoyo a la «unión sagrada» junto al resto de la SFIO y la CGT, declarando que:

En presencia de la agresión, los socialistas cumplirán todos con su deber. Por Francia, por la República, por la Internacional.<sup>195</sup>

Vaillant moriría un año después, tras la constatación amarga de que:

[...] esta guerra me ha matado [...] ¡haber luchado cuarenta años para evitarla, para conjurarla y haberme visto obligado a sufrirla, atroz, implacable! Es el derrumbe de todo mi ser.<sup>196</sup>

Pero, como veremos, ni las ventajas económicas y de estatus, ni la captura «ideológica» permiten explicar el rapto militarista de los ánimos de la población, fundamentalmente de las clases medias, que no tardó en arrastrar a parte de las clases trabajadoras. En Alemania, el llamado «espíritu de 1914» o *Augusterlebnis* (experiencia o vivencia de agosto) supone un episodio de fervor patriótico en una sociedad urbana moderna, donde el papel de la prensa (tanto «popular» como distinguida) en la formación de la opinión pública está ya fuertemente consolidado. Un evento singular al que hay que añadir los fenómenos de contagio, imitación y masa teledirigida analizados por la psicología reaccionaria de Gabriel Tarde y Gustave Le Bon, así como —desde un punto de vista distinto— por Elías Canetti en *Masa y poder*:

Cuando estalló la I Guerra Mundial, todo el pueblo alemán se convirtió en una única «masa abierta». Se ha descrito muchas veces el

---

194 Max Weber, carta a Karl Oldenberg del 28 de agosto de 1914. Max Weber, *Gesamtausgabe*, Band II/8, Briefe 1913-1914, Tübinga, Mohr Siebeck Verlag, 2003.

195 Véase Francesc Tur, «Los Socialistas: del "Guerra a la Guerra" a la Unión Sagrada (1906-1914)», *op. cit.*

196 Citado en Jolyon Howorth, *Edouard Vaillant*, cap. XVII, «L'Internationale et la guerre», Editions Syros, 1982, París (la traducción es nuestra).

entusiasmo de aquel día. Muchos en el extranjero tenían esperanza en las convicciones internacionalistas de los socialdemócratas y se quedaron asombrados de su completo fracaso. No habían considerado hasta qué punto también aquellos socialdemócratas llevaban consigo el «Ejército de los bosques»(Wald-Heer) como símbolo de su nación; que ellos mismos habían formado parte de la masa cerrada del ejército; que allí habían estado sometidos al poder de mando y a la influencia de un raro y eficaz cristal de masa, la casta de los *junkers* y los oficiales. Frente a estos, su pertenencia a un partido político era un contrapeso insuficiente. [...] Pero aquellos primeros días de agosto del año 1914 son también el momento del engendramiento (*Zeugung*) del nacionalsocialismo. Al respecto contamos con un testimonio fuera de toda sospecha, el de Hitler, que cuenta cómo, tras el estallido de la guerra, se postró de rodillas y dio gracias a Dios. Es su vivencia decisiva, el único momento en el que él mismo fue sinceramente masa.<sup>197</sup>

### **Fascismo y guerra indisolubles**

Una de las razones por las que los fascismos históricos escapan a las definiciones útiles para otras matrices políticas es su condición de agujero negro respecto a las formaciones históricas de poder de clase (si atendemos a las relaciones que he tratado más arriba con las máquinas de guerra y su potencia de arrastre a centros de gravedad de implosión y muerte,<sup>198</sup> por un lado, y a sus aspectos de desinhibición en cuanto a la realización de deseos y fantasías derivadas de la frustración y la represión de la vida deseante,<sup>199</sup> por otro).

---

197 El fascismo, como política y micropolítica de los afectos, nace y cristaliza como un germen en esas semanas. En adelante, y a lo largo de la I Guerra Mundial, la máquina de guerra se apoderará del Estado alemán y lo pondrá a su servicio, hasta llevarlo al colapso en 1918. Desde 1933, lo llevará a la mayor matanza y destrucción conocidas de la historia europea y asiática, incluida la ruina completa del Estado y la sociedad alemanas. Véase Elias Canetti, *Masa y poder*, traducción de Horst Vogel, Alianza, Madrid, 1981.

198 Robert Paxton señala, en su *Anatomía del fascismo*, que los fascismos nunca ganan siguiendo sus propias estrategias, sino por invitación, apoyo, entrega del poder por parte de las élites conservadoras y burguesas. Angelo Tasca, por su parte, en su *Storia del fascismo* afirma que es un error dar una definición canónica del fascismo porque los fascismos tienen siempre historias singulares y, por lo tanto, tienen que ser descritos en su formación y explicados por/en su historia.

199 Se trata del prototipo del «hombre pequeño» de Wilhelm Reich que, incapaz de sentir las pasiones de los «grandes hombres» y de vivir según sus instintos libidinales primarios, en el sentido de no deformados por la represión, vive del deseo con la condición inamovible de la represión de sus tendencias orgásmicas. Su frustración es el caldo de cultivo perfecto para el fascismo, que a cambio le ofrece acceder a los instintos sádicos bajo la cobertura del patriotismo y de la solidaridad de raza.

En un determinado momento, la axiomática que hace funcionar la reproducción ampliada de las formaciones de poder capitalistas se satura. Aquí es donde entra en juego el fascismo como una captura de las líneas de fuga en el campo social (con su dimensión de «revancha de perdedores») para convertirlas en líneas de abolición del proceso de agenciamiento, en agujeros negros fascistas. Dicho de otro modo, elimina antagonismos no axiomatizables, poniendo en un primer plano una política del agujero negro contra el enemigo (de clase, de «raza», de «género», de «civilización») y contra el campo social.

El fascismo, además, opera como un fenómeno de deseo, porque está vinculado al deseo de aniquilación del enemigo en la guerra y, al mismo tiempo, al deseo de maltrato y violación, de las mujeres del enemigo y de los cuerpos «degenerados» respecto a la norma supremacista. Para ello, el fascismo se presenta en la feria de las clases dominantes como un pretendiente que ofrece soluciones, y sigue su camino en busca de intermediarios<sup>200</sup> que le permitan acceder a un aparato financiero, comunicativo y militar adecuado para su política del agujero negro. En esa fase intermedia, el capitalismo suele ser incapaz de entender/computar que el objetivo del fascismo es capturar el Estado,<sup>201</sup> y que se dispone a destruir la consistencia de las operaciones capitalistas al identificarse con la guerra y con la máquina de guerra hasta el punto de la devastación completa y el exterminio.

A partir de 1919, y durante el periodo de entreguerras, el fascismo irá tomando el poder en Alemania (durante la década

---

200 Hitler lo hizo con el Partido Nacional-Popular Alemán (DNVP) de Hugenberg, con el que confluía y al que acabaría devorando, como puente hacia los grandes industriales alemanes (para vencer las reticencias del gran capital hacia la prosa plebeya nacionalsocialista). Von Pappen y Hindeburg usaron a los nazis creyendo que podrían mantenerlos bajo control, pero acabaron viéndose obligados a meterlos en el gobierno —con la errónea esperanza de que serían deslumbrados y domesticados por los oropeles de palacio—. Por su parte, Falange Española se ofreció a Mussolini como fuerza de choque, compitiendo con los sectores monárquicos que consiguieron desde el primer momento la financiación económica y la colaboración militar y logística del Duce para sus incesantes intentos de golpe de Estado contra la Segunda República.

201 Los niveles de comunicación entre los nazis alemanes y el gran capital europeo occidental fueron intensos y fructíferos desde que el fascismo alemán llegó al poder. Es significativa la admiración mutua que se profesaban Henry Ford —epítome del gran industrial estadounidense y autor del panfleto antisemita *El judío internacional*— y Hitler: el primero valoraba muy positivamente el antisemitismo de Hitler y el segundo el dominio de Ford sobre los obreros en su Ford River Rouge Complex de Daerborn, Michigan.



del ascenso electoral nazi que va desde el fallido *putsch* de Munich de 1923 hasta la Ley Habilitante de 1933); en España (con la Dictadura de Primo de Rivera entre 1923 y 1930 como antesala, la Sanjurjada de 1932 como ensayo general y el golpe de Estado militar y la guerra civil entre 1936 y 1939); y en Italia (con la marcha paramilitar sobre Roma de 1922). La política del agujero negro se exacerbará con la II Guerra Mundial, y para 1943, con la derrota de Stalingrado, pondrá en marcha la guerra total:<sup>202</sup> la fusión absoluta de la industria económica del Estado con la industria del exterminio (que acabará fagocitando a la primera).<sup>203</sup> Mientras tanto, los fascistas e imperialistas japoneses llevan años masacrando, esclavizando y violando en tierras chinas y coreanas. Con la caída de Berlín y las bombas atómicas lanzadas sobre suelo japonés, las variantes fascistas entrarán en estado de latencia, a la espera de que vuelvan a darse las condiciones para su desarrollo.

Como ya se ha mencionado anteriormente, las resultantes fascistas principales operan con arreglo a seis matrices generativas y/o transformativas: la vivencia fundadora, la nación como comunidad de destino, el *casus belli* de la traición, el antagonismo con la lucha de clases, la subjetividad excombatiente y la relación específica con las máquinas de guerra.

La primera matriz generativa y/o transformativa de dichas resultantes fascistas es, pues, la vivencia fundadora (*Erlebnis*) que

---

202 Stalingrado es el punto de inflexión que precede al discurso de Joseph Goebbels en defensa de la Guerra Total (*Totaler Krieg*) y que viene a decir que da igual si la guerra se gana o no (eso dependerá del destino) porque la decisión del pueblo alemán ya está tomada: el Tercer Reich debe durar 3 000 años; si no, es mejor morir. Las últimas reflexiones de Hitler antes de la derrota no dejan lugar a dudas: «si la guerra está perdida, Alemania debe perecer», una verdadera planificación de agujero negro. En esa lógica hay que entender su suicidio, así como la inmolación de miles de nacionalsocialistas, principalmente en las últimas semanas de la guerra (en los parámetros de la ética guerrera). A pesar de todo, el mandato no solo no se extendió al pueblo alemán, sino que Wilhelm Keitel y la mayoría de los militares del Alto Mando, firmaron la rendición porque no estaban dispuestos a llevar la línea de abolición hasta el final. En menor medida, la República de Saló del fascismo italiano también participa de esa lógica de tierra quemada. El franquismo, más conservador, no tendrá una pulsión de muerte tan acentuada salvo en las minorías nazis dentro de Falange Española.

203 La economía nazi, en la que todos los recursos productivos se convierten en destructivos, ya incorpora un sistema de computadores mecánicos con tarjetas perforadas de IBM: véase a este respecto Edwin Black, *IBM and the Holocaust: The Strategic Alliance Between Nazi Germany and America's Most Powerful Corporation*, Dialogue Press, 2001. Hay una edición en castellano, *IBM y el Holocausto*, Atlántida, Buenos Aires, 2001.

se produce en la guerra imperialista de 1914-1918, cuando las llamadas «Ideas de 1914», la «vivencia de agosto» (la declaración de guerra), y la «comunidad de las trincheras» se imponen sobre la guerra entre las clases. La *Erlebnis* es más vivencia que experiencia porque, aunque el propio Jünger se encargará después de escribir y construir la narración del guerrero nacional-revolucionario transformado y renacido en la guerra, la vivencia es contrapuesta a la experiencia. Sin palabras, es mutismo y trauma o, como escribirá más tarde, una «vivencia interior» de tonos telúricos:

Mientras caía pesadamente sobre el piso de la trinchera, había alcanzado el convencimiento de que aquella vez todo había acabado, acabado de manera irrevocable. Y, sin embargo, aunque parezca extraño, fue aquél uno de los poquísimos instantes de los que puedo decir que han sido felices de verdad. En él capté la estructura interna de la vida, como si un relámpago la iluminase. Notaba un asombro incrédulo, el asombro de que precisamente allí fuera a acabar mi vida; pero era un asombro lleno de alegría. Luego oí cómo el fuego se debilitaba; parecía que me hundiese como una piedra bajo la superficie de un oleaje furioso. Allí no había ya ni guerra ni enemistad.<sup>204</sup>

La «vivencia interior» es el contrapunto a la mecanización completa de la guerra. Es el punto de partida para la transformación del soldado raso en un combatiente mecanizado que pueda enfrentarse, sin quebrarse, a la experiencia deshumanizante y aterradora de un frente de batalla industrializado con mecanización, suelo, sangre y espíritu forjado en el combate:

Tenemos el derecho a esperarlos (el éxito y nuevas soluciones) porque hemos vivido la guerra. Esa experiencia que nos ha cambiado en lo más íntimo, nos ha hecho sentir el aliento mismo del destino. En la guerra no solo vemos el ocaso del viejo mundo, sino también el albor de una nueva era. Perdimos la guerra porque teníamos que perderla; para nosotros este hecho no será el final, sino el principio. Una victoria en la guerra nos habría traído solo una expansión de las fronteras exteriores. La derrota, por otra parte, nos permite concentrar toda la fuerza interior y poner los sólidos cimientos para el futuro. La derrota en la guerra no nos llevó a dudar de nuestros valores, que deben ser forjados de nuevo en el combate. La derrota nos enseñó a confirmar nuestra fe con la sangre, restauró nuestra conexión con la tierra (*Boden*), cambió todos los puntos de vista y dio

---

204 Ernst Jünger, *Tempestades de acero*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Tusquets, Barcelona, 2018.

profundidad a los sentimientos. En ella, con una intensidad increíble, se unieron experiencias externas e internas. [...] En el epicentro de la guerra estaba el soldado raso del frente. Él tuvo que sufrir en sus propias carnes la destrucción de lo viejo y el nacimiento del nuevo mundo. Él entiende su pasado, pero ahora sus valores son diferentes.<sup>205</sup>

La segunda matriz generativa y/o transformativa de las resultantes fascistas, la nación como «comunidad de destino», será acuñada por Otto Bauer,<sup>206</sup> y se entiende como «vivencia (*Erlebnis*) común del mismo destino».<sup>207</sup> Conviene insistir en la datación genealógica de «la nación» en el pensamiento político europeo. El caso de Alemania es, de nuevo, central. Debemos al romanticismo alemán antinapoleónico la conversión de una identidad aristocrática (*Die Herren sind die Nation*) en una identidad popular-étnica (*Wir sind die Nation. Wir sind das Volk*).

A este respecto, el profesor José Luis Villacañas, mentor y promotor de un republicanismo comunitarista, acuña para «España» la idea de «nación existencial», en contraposición y diferencia respecto a la nación constitucional, definida en un régimen político determinado. La nación existencial viene al mundo con la guerra antinapoleónica de 1808-1812 y hay que seguirle la pista hasta su surgimiento porque forma un grupo combinatorio con las nociones complementarias de soberanía, decisión y jefatura (que es compartido entre las versiones fascistas o ultrarreaccionarias de la revolución conservadora, y entre las variantes nacional-bolcheviques o nacional-revolucionarias).

Carl Schmitt es el nexo de unión entre (1) la tradición contrarrevolucionaria europea del siglo XIX (con Juan Donoso Cortés a la cabeza) basada en la concepción teológico-política de la soberanía y de la decisión dictatorial; (2) la «revolución conservadora» europea de las décadas 1920 y 1930; (3) las «ter-

---

205 *El soldado de primera línea y la Era guillermina*, de Ernst Jünger.

206 Dirigente socialdemócrata austriaco, judío y pangermanista, y precursor del austromarxismo. Justificará la entrada en la guerra y su propio servicio en ella como defensa del proletariado centroeuropeo contra la amenaza zarista. Exiliado en París tras el ascenso nazi en Austria, morirá en 1938.

207 Término de gran fortuna y circulación en la Europa posterior. También, como sabemos, en el fascismo español, en la dicción de Jose Antonio Primo de Rivera que glosaba «[...] la eterna metafísica de España, [...] como tarea y como misión, como unidad y como comunidad de destino en lo universal [...]».

ceras posiciones» de las extremas derechas contemporáneas; e incluso (4) el populismo de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.<sup>208</sup> Precisamente en Schmitt se anudan las cadenas de lenguaje que, prácticamente sin excepción, encontramos en todos los soberanismos actuales de lo nacional-popular. Con distintos grados, en todas ellas existen tanto una identificación entre nación, pueblo, jefatura, como las lógicas de amigo-enemigo sobre bases culturales/espirituales. La concepción schmittiana afirma que la política la hace el pueblo y no la clase; el pueblo no está —la presencia de la ausencia—, de ahí que deba representarlo un líder. Sin embargo, el Duce/Caudillo/Führer no puede ser elegido: emerge por sí mismo en un proceso de selección natural, como apéndice/ extensión del pueblo (su voz representa al pueblo y todo lo que dice es ley).<sup>209</sup> Para Schmitt, el Führer es resultado de un postulado teológico-político, puesto que las categorías políticas son una secularización de las categorías religiosas: el enemigo es siempre un avatar del Anticristo.<sup>210</sup>

Esta condición, la nación, es determinante en nuestra consideración teórica y política de la variante fascista. En efecto, la adición, sustracción o permutación de algunos elementos conserva las correspondencias y operaciones fundamentales de los lenguajes en los contextos políticos, es decir, conserva las simetrías. De modo esquemático, la «nación existencial» nace en el peligro y en la amenaza, y solo es soberano el sujeto político que decide la guerra en la dimensión teológico-política del problema de la nación (es decir, en el ser o perecer de su existencia); en suma, abrazar la guerra es señalar al enemigo y al amigo mediante una decisión soberana. De la importancia de la «nación existencial» española da fe el primer parágrafo de la *Teoría del partisano* de Schmitt, no en vano considerado una apostilla o

---

208 En el populismo/soberanismo de izquierdas, la formación del nosotros popular se articula a través de una cadena de equivalencias: el jefe condensa/encarna la enunciación del nosotros contra ellos a través de significantes vacíos (el nombre del líder, del movimiento, etc.) que suturan la cadena de equivalencias —las demandas parciales— del pueblo (separación de poderes, justicia social, ejército democrático, derechos civiles, reconocimiento de la meritocracia). Se reconoce el nosotros a través del líder por medio de una transferencia tan afectiva como signifiante.

209 Schmitt apoyó el equivalente al artículo «155» de 1934 sobre Prusia argumentando que la palabra del Führer era la ley.

210 La *yihad* («lucha, esfuerzo»), tal y como se la concibe en la variante del wahabismo como «revolución conservadora» del islam sunnita, opera con los mismos elementos.

acotación (*Zwischenbemerkung*) a su texto seminal *El concepto de lo político*.

El punto de partida para nuestras consideraciones en torno al problema del partisano es la guerrilla que hizo el pueblo español contra el ejército de un invasor extranjero entre los años 1808 y 1813. Por primera vez en la Historia, el pueblo, un pueblo preburgués, preindustrial y preconventional, chocó con un ejército regular moderno y bien organizado sobre la base de las experiencias de la Revolución francesa. Gracias a este choque se abrieron nuevos espacios de guerra, se desarrollaron nuevas nociones de beligerancia y surgió una nueva teoría de la guerra y la política.<sup>211</sup>

En esa lógica, la amistad y la enemistad no preexisten a la decisión de la guerra, porque la decisión es inseparable de un *nomos*, entendido al mismo tiempo como apropiación de la tierra y como regulación de un orden jurídico-estatal. Continúa Schmitt:

Así, pues, para nosotros la toma de la tierra hacia el exterior (frente a otros pueblos) y hacia el interior (para el régimen del suelo y de la propiedad de un país) es el tipo originario de un proceso jurídico constituyente.<sup>212</sup>

En Schmitt, pero también en las versiones del nacional-bolchevismo, la decisión concomitante a la nación existencial constituye el pueblo (*das Volk*) como resultado de la distinción entre amigo y enemigo de la nación. En esa medida, el pueblo se basa en una identidad étnica (*Artgleichheit*):

La identidad étnica del pueblo alemán unido en sí mismo es, pues, un presupuesto y un fundamento imperativo para el concepto de la conducción política del pueblo alemán.<sup>213</sup>

Pero la identidad étnica, presupuesto de la constitución soberana del pueblo bajo la dirección o guía (*Führung*), no es un elemento invariante. El mismo José Antonio Primo de Rivera, como hemos visto, no afirmaba un principio étnico o racial de la nación, sino que esta:

---

211 Véase Carl Schmitt, *Teoría del partisano*, traducción de Anima Schmitt de Otero, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966.

212 *Ibid.*

213 *Estado, movimiento, pueblo*, Carl Schmitt (1933). Ensayo de 1933 sobre la naturaleza política del Tercer Reich. Véase Carl Schmitt, *Staat, Bewegung, Volk. Die Dreigliederung der politischen Einheit*, Hamburgo, Hanseatische Verlagsanstalt, 1935 (la traducción es nuestra).

[...] No es una lengua, ni una raza, ni un territorio. Es una unidad de destino en lo universal. Esa unidad de destino se llamó y se llama España.<sup>214</sup>

La tercera matriz generativa y/o transformativa de las resultantes fascistas es el maniqueísmo metafísico de la traición del enemigo interno, un rasgo presente en las tres variantes fundamentales. En todas hay una «leyenda de la puñalada por la espalda», una narración de la traición a la «nación existencial» nacida con la «vivencia del destino» y protagonizada por un cuerpo extraño a la misma, revelada en su intención antinacional precisamente en ese acto decisivo. Se puede decir que este es un rasgo necesario que está presente de una u otra manera.

De nuevo hay que hacer referencia al ejemplo alemán de la *Dolchstoßlegende* («puñalada en la espalda»). Esta narración, que sería el punto de unión de todas las tendencias de la «revolución conservadora», fue iniciada por el directorio militar alemán con Erich Ludendorff a la cabeza. Deliberadamente, traspasó el poder político a los partidos que firmarían el armisticio de Compiègne en 1918, luego el Tratado de Versalles en 1919, y que declararon la República que sería de Weimar. Aquella «puñalada por la espalda» serviría de narración de anclaje de las extremas derechas hasta la subida al poder del NSDAP en 1933. En Italia, el relato explicará que, si bien se ha ganado la guerra, la situación no ha mejorado a pesar de los nuevos territorios coloniales. El «bienio rojo» (1919-1920) y la catástrofe económica se atribuirán a una clase política que ha traicionado las aspiraciones de los que murieron en las trincheras. En el caso español, si bien hay una melancolía por la pérdida del Imperio, la puñalada está representada por la República (antiespañola por definición): una conspiración liberal, masónica, atea, antinacional y comunista, que ataca al clero, alienta la lucha de clases, y se dispone a desmembrar el país.<sup>215</sup>

---

214 Véase José Antonio Primo de Rivera, *Obras completas*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976.

215 Es el esquema narrativo que preconizarán órganos como *Acción Española* de Ramiro de Maeztu, Víctor Pradera, José Calvo Sotelo y otros. En esta revista, que nace contra la II República como encarnación de la «Antiespaña», se menciona al «[...] carácter español [...] formado en lucha multiseccular contra los moros y contra los judíos». En sus páginas se afina buena parte de las cadenas de lenguaje de la oposición monárquica contrarrevolucionaria a la II República española, condensada

La cuarta matriz generativa y/o transformativa de las resultantes fascistas es la relación de antagonismo que necesitan con un enemigo eterno y existencial o, para ser más exactos, de enemistad entre la nación y la lucha de clases, entendida en el sentido de la invención marxista y de las sucesivas internacionales obreras. Recordemos la afirmación del *Manifiesto comunista*:

Los obreros no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen. Toda vez que el proletariado ha de conquistar en primer lugar el poder político, «alzándose como clase nacional, debe constituirse como clase nacional, aunque en absoluto en el sentido de la burguesía».<sup>216</sup>

Tenemos aquí una ambivalencia constitutiva, la que persiste, por un lado, entre la «necesidad» política de operar en la realidad histórica y cultural de las naciones en las que surge la clase obrera —en y por su lucha— y, por otro lado, la aceptación de la tendencia intrínseca del capital hacia la construcción de mercados mundiales y, por lo tanto, de la extensión y creación de un proletariado transnacional, migrante, abigarrado y, en ese sentido:

En la medida en que se termina con la explotación de un individuo por otro, se termina con la explotación de una nación por otra. Con la contraposición de las clases en el interior de la nación, desaparece la hostilidad entre unas naciones y otras.<sup>217</sup>

---

en la «conspiración judeomasónica» (que en esta matriz de lenguajes establece equivalencias con «comunista», «bolchevique» y «cosmopolita»). Debemos también a Ramiro de Maeztu un desarrollo de la doctrina del patriotismo que tiene pocos rivales en la tradición españolista (sus páginas muestran la futilidad de los usos del patriotismo en las variantes actuales del populismo en el Reino de España). Así, leemos en su *Defensa de la hispanidad*: «He aquí un sentido completo de la patria. La que engendra es la raza; la que nutre, la tierra; la que educa, la patria como espíritu, a la que se quiere tanto más cuanto más tiempo pasa, es decir, cuanto más la conocemos. No es meramente la tierra, como decía un anarquista que llevaba a su hijo a una frontera, para hacerle ver que no hay apenas diferencia entre una nación y otra. [...] No es una superalma. Es más que el Estado, porque este puede sernos opresivo y explotador, y no pasa de ser el órgano jurídico y administrativo de la patria. En cierto modo, es inferior al hombre; porque el hombre tiene conciencia y voluntad, y la patria no las tiene. Pero le es superior, porque puede durar sobre la tierra, porque debe durar, si lo merece, hasta el fin de los tiempos, engendrando, nutriendo y educando a las generaciones sucesivas, y el hombre es efímero. No podría decirse, sin embargo, que el hombre haya sido hecho para la patria; porque la verdad es que las patrias han sido hechas para los hombres, para que los hombres puedan espiritualizarse en esta tierra y no lo conseguirán del todo si no dedican la existencia a procurar que merezca su patria perdurar hasta el fin de los tiempos, cosa que no se logrará si no la hacemos servir a la justicia y a la humanidad».

216 Véase Friedrich Engels, Karl Marx, *Manifiesto der Kommunistischen Partei*, op. cit.

217 *Ibid.*

Contra esta tendencia, que plantea la primacía de la lucha de clases de obreros, proletarios y campesinos pobres contra las figuras del capital nacional (estamos aún lejos del apogeo de la primera mundialización de los sistemas capitalistas) y, por lo tanto, que excluye toda «superación» (*Aufhebung*) de esa lucha de clases dentro de la nación por mor de la identidad o comunidad nacional, surgen todas las variantes de los socialismos nacionales, patrióticos, o raciales; vetas que, tras la I Guerra Mundial, ingresarán como componentes de las primeras cristalizaciones fascistas en las décadas de 1920 y 1930, con el Parti Populaire Français del exjefe comunista y luego colaboracionista nazi Jacques Doriot como uno de los ejemplos más claros de esa «superación».

La quinta matriz generativa y/o transformativa de las resultantes fascistas es la figura subjetiva de los excombatientes, que se construye con una «vivencia común del mismo destino», es decir, que está compuesta por el trauma de la guerra (y la transformación espiritual de quienes han vivido una experiencia inaudita e inenarrable); por la euforia de la renovada adhesión a una comunidad de destino nacional; por el resentimiento debido a la traición de los falsos compatriotas; y por el odio hacia los enemigos antinacionales (judíos en Alemania; rifeños, masones y bolcheviques en España; comunistas en Italia). Este *pathos* común en la constelación de las extremas derechas (*Freikörper* Alemania,<sup>218</sup> *fasci di combattimento* en Italia,<sup>219</sup> y militares africanistas en España),<sup>220</sup> se expresa en un fanatismo irracional y

---

218 Fuerzas de choque que serán la base de las formaciones paramilitares contrarrevolucionarias como el «Casco de acero», milicia de la «derecha nacional» del periodo de Weimar.

219 En origen los *fasci* [haces] son una forma de organización campesina siciliana que trabaja a través de la acción directa, los Fasci Siciliani dei Lavoratori, entre 1889 y 1894.

220 La guerra colonial del Rif forja los cuadros de la milicia golpista que, junto con la extrema derecha monárquica y, en los últimos años de la II República, la Falange Española, constituirán la espina dorsal de las derechas «revolucionarias», y cuya expresión político-militar será la Unión Militar Española, fundada en 1933. Cabe señalar el papel pionero de la novela de Giménez Caballero, *Notas marruecas de un soldado*, publicada en 1923 y en la que se plasma el espíritu de los excombatientes africanistas: «Unámonos otra vez en algo, compañeros vascos, catalanes, gallegos, asturianos, andaluces y nosotros, castellanos, todos estos que hemos respondido aún al nombre de españoles y nos hemos mirado como hermanos todavía. Si nos entregamos otra vez a la fatalidad, perdiendo la esperanza en una nueva empresa común y nacional, particularizándonos en nuestras regiones, es posible, seguro, que



en el coraje enloquecido:<sup>221</sup> los legionarios españoles, los camisas negras italianos y los camisas pardas nazis son, además de maltratadores, asesinos, y gentuza en general, personajes aventureros que encuentran en la milicia un renacimiento espiritual. La milicia (como la noche, la frontera o la marina mercante) es una dimensión desterritorializada que engancha prometiendo una vivencia espiritual de gloria y muerte. Puede decirse que la comunidad de excombatientes se constituye como reunión de desterritorializados no reconocidos y ansiosos por encontrar un *Erlebnis* que les dé sentido.

Se suele prestar mucha menos atención a la sexta matriz generativa y/o transformativa de las resultantes fascistas, constituida por las máquinas de guerra como vector de destrucción, muerte y agujero negro, y que probablemente sea la más importante para la generación de nuevas variantes o resultantes. Como hemos visto más arriba, las máquinas de guerra se definen por un filo maquínico que puntúa y define históricamente las formas de guerra entre Estados y/o pueblos, comunidades y/o tribus. Al mismo tiempo, toda máquina, concreta o abstracta, puede entrar en un ensamblaje, concatenación o agenciamiento que la convierte en máquina de guerra.

Pensemos en los paraguas de las protestas de Hong-Kong en 2014, que dieron nombre al movimiento: el paraguas se torna en arma defensiva porque desactiva las máquinas de visión e identificación de la policía. En el ciclo de protestas español de 2011 (y antes el 13 de marzo de 2004, con la organización de los enjambres de protesta contra las mentiras del gobierno Aznar sobre la autoría de los atentados del 11M), los teléfonos móviles, (herramienta de comunicación y de trabajo) se tornan máqui-

---

esa fatalidad nos ponga mañana unos frente a otros, mirándonos hostilmente, sin que España, no esa matrona de los leones, sino esta viejecita de luto, pobre y angustiada que es España, sea ya capaz de reunirnos al conjuro de su nombre respetable».

221 Prácticamente todos los mercenarios que operan en Ucrania son exmiembros de fuerzas armadas o de seguridad. Antes estuvieron en Siria, Chechenia o Malí, y son los excombatientes de hoy (Batallón Azov, Grupo Wagner, regimientos chechenos al mando del presidente checheno Ramzán Kadírov, Blackwater, que ha escapado de su mala fama renombrándose como Xe Services). La economía de sus unidades paramilitares es criminal: un zafarrancho de combate permanente que, a falta de estatalidad, guerrea para obtener recursos con los que pagar salarios y gastos. Por lo demás, no solo participan en las guerras: todos los cárteles de la droga del mundo están compuestos, casi íntegramente, por exmilitares.

nas de guerra para la organización de formas de agujerear el espacio de la visibilidad, para la ocultación, acción por sorpresa, coordinación de grupos e individuos dispersos y distribuidos, de condensación y dispersión de masas. Pero estos son ejemplos de ensamblajes de humanos y máquinas de guerra que *no tienen por objeto la guerra*.

La cuestión se plantea de manera muy diferente cuando los ensamblajes se dan en el medio de la milicia, del combatiente, de la subjetividad guerrera, es decir, cuando en el ensamblaje de humanos y máquinas de guerra se nutre de afectos y pasiones del acto de guerra. No se trata aquí de los valores o del *ethos* combatiente, sino de la relación entre máquinas deseantes y máquinas de guerra y, en particular, de los afectos que son propios de los efectos de desterritorialización comunes a todas las máquinas, pero intensificados en el ensamblaje de humanos y máquinas de guerra: velocidad, desaparición, invisibilidad, aceleración, éxtasis de la batalla, zozobra en la derrota, goce en la victoria en medio de los campos de cadáveres... A esto se suman los afectos frecuentes y recurrentes pero no intrínsecos al ensamblaje de guerreros y máquinas de guerra: placer de la tortura, desmembración y pulverización de los cuerpos, de la posesión y violación sexual, del ver morir, fetichismo de cuerpos mutilados y de partes del cuerpo enemigo como trofeo de guerra, etcétera. En esto no hay «ideología», sino subjetivación guerrera.

Como hemos visto, en toda desterritorialización de los signos y los cuerpos crece el riesgo de la formación de un agujero negro, de un afecto/efecto de gravedad semiótica y afectiva tan intenso que arrastra significaciones y afectos. Ese afecto/efecto de gravedad se vive como lo que Deleuze y Guattari denominan, en *Mil Mesetas*, una «pasión de abolición», un dejarse llevar a la muerte como destino o sentido paradójico, una pasión que carga sobre la muerte y el dar muerte la (re)solución del hastío y las imposibilidades de la vida.

En la literatura, estos afectos pueden expresarse tanto en el «Soy un hombre a quien la suerte / hirió con zarpa de fiera / soy un novio de la muerte / que va a unirse en lazo fuerte / con tal leal compañera» del conocido cuplé de Fidel Prado Duque, como en el *Sein zum Tode* [Ser para la muerte] de Martin Heidegger, donde «La muerte es la posibilidad más propia del *Dasein*

(el ser-ahí, el modo de la existencia humana).<sup>222</sup> El estar vuelto hacia esta posibilidad le abre al *Dasein* su más propio poder ser, en el que su ser está puesto radicalmente en juego. [...] La muerte no “pertenece” tan solo indiferentemente al propio *Dasein*, sino que ella reivindica a este en su singularidad. La irrespectividad de la muerte, comprendida en el anticiparse, singulariza al *Dasein* aislándolo en sí mismo [...] Las características del proyecto existencial del modo propio de ser para la muerte pueden resumirse de la siguiente manera: el adelantarse le revela al *Dasein* su pérdida en el *Man-selbst* [uno mismo] y lo conduce ante la posibilidad de ser sí mismo sin el apoyo primario del cuidado solícito, y de serlo en una libertad apasionada, libre de las ilusiones del uno (*des Man*), libertad fáctica, cierta de sí misma y acosada por la angustia: la libertad para la muerte».<sup>223</sup>

El primer texto hace las veces de himno oficioso de la Legión. El segundo pertenece al filósofo que tiene el dudoso honor, según el dictamen de Jean-Pierre Faye y de su hijo Emmanuel, de haber «introducido el nazismo en la filosofía» europea del siglo XX, en su caso tras la *Erlebnis* de la humillación alemana en 1918, la traición «judía y bolchevique» de la República de Weimar y la tecnificación, masificación y anonimización de la vida moderna que ponían en peligro de muerte el «*Dasein*» alemán. Pero ambos expresan a la perfección el tipo de afectos vinculados a la experiencia de la desterritorialización «guerrera». La cosa no cambia en lo esencial si consideramos otros tipos de guerrero, como los «guerreros» del teclado de la alt-right, dedicados a la ciberguerra contra el enemigo comunista, «globalista», *woke*, *progre*, transexual o *queer*. En este caso, la desterritorialización es la que pasa por el abandono o el odio del (propio) cuerpo, el odio de los cuerpos imaginados de los enemigos y la proyección en el yo digital del guerrero virtual supremacista. En ellos encontramos

---

222 *Dasein* es un palabra alemana de uso corriente, que significa «existencia», «presencia» y que, en lo que Adorno llamó la «jerga de la autenticidad» de las filosofías de la revolución conservadora alemana y sobre todo en la de Heidegger cobra un lugar central en tanto modo característico de la existencia humana, que en castellano se ha vertido como ser-ahí o, como en el caso de la traducción de *Ser y Tiempo* que he utilizado, se deja como *Dasein* para significar su uso fuera de lo corriente.

223 Martin Heidegger, *Sein und Zeit*, Tubinga, Max Niemeyer Verlag, 1967 pp. 258 y 266. Usamos la traducción, modificada, de Jorge Eduardo Rivera, Trotta, Madrid, 2022, pp. 259 y 262.

otras manifestaciones de la pasión de abolición, del morir y dar muerte a los enemigos en/con las máquinas de guerra como destino y final escogidos.

### **Resultantes fascistas**

En Alemania, la veta nacional-revolucionaria del fascismo forma parte de los relatos de la llamada «revolución conservadora». A sus elementos constitutivos vinculados a la I Guerra Mundial hay que añadir (desde octubre de 1917 en el Imperio ruso y desde noviembre de 1918 en Alemania) la revolución proletaria y campesina de los consejos. El resentimiento y el odio hacia la comunidad judía ya estaban ahí antes de que llegaran los nazis, cuyo tratamiento computacional los integrará en el fascismo germano, haciendo una síntesis con la puñalada por la espalda y el socialismo nacional.<sup>224</sup>

Debemos al secretario de Ernst Jünger, Armin Mohler, la fijación del término, «revolución conservadora», aplicado a las ideas y organizaciones políticas de extrema derecha que nacen desde la Revolución alemana de 1918 hasta el ascenso «legal» al poder del NSDAP de Hitler en 1933 (por medio de una doble operación «monstruosa»: el apoyo de los grandes industriales y, en la calle, la victoria de las SA sobre el KPD). La historia del concepto es larga pero, en sus sucesivas cristalizaciones a lo largo del siglo XIX, encontramos rasgos comunes que consisten en el uso de tácticas y lenguajes nacidos al calor de la Revolución francesa, pero para imponer los fines de la contrarrevolución. Hoy en día es un término discutido y poco aceptado en la historiografía más rigurosa, que somete a la crítica histórica y textual las aparentes paradojas de la expresión misma y sus derivados. Sin embargo, esas paradojas son un síntoma histórico fundamental para entender la coyuntura histórica del ascenso del nazismo que marcará el resto del siglo XX occidental (la confusión de los lenguajes es un indicador de la intensidad de las mutaciones en la política conservadora).

Catolicismo, patria e Imperio conforman la triada del fascismo español. La unidad de destino en lo universal parte de la

---

224 La propaganda incendiaria del tabloide nacionalsocialista y antisemita *Der Stürmer* de Julius Streicher jugó un papel fundamental.

idea de convertir al enemigo a través de la grandeza imperial y de la Iglesia romana. No hay definición étnica ni lingüística.<sup>225</sup> Ernesto Giménez Caballero advirtió en el fascismo «una nueva catolicidad» y Ramiro Ledesma Ramos descubrió que «el interés supremo es la comunidad de “todo el pueblo”». Para este último, verdadero intelectual genuino del fascismo español, «La Patria es la categoría histórica y social más firme. Y el culto a la Patria, el impulso creador más vigoroso», en contraposición a los valores del marxismo:

Puede hablarse de una internacional marxista, no solo porque hay marxistas en casi todos los países, sino porque, además, son tipos humanos de calidad rigurosamente idéntica, que han retorcido el cuello a todo signo nacional y de raza, aún a costa de adquirir una configuración espiritual monstruosa.<sup>226</sup>

En el caso de Falange, y de la influyente revista de extrema derecha *Acción española* se preconiza un fascismo imperialista, pero está ausente el racismo biologicista alemán. De hecho, el fascismo católico español se decanta por el condicionamiento psíquico, es decir por considerar que la ideología marxista puede tratarse, y que al prisionero hay que aplicarle una terapia de conversión y no de exterminio.<sup>227</sup>

El cuadro principal se completa con una tercera variante que, para el mundo germánico y anglosajón, se presenta distante, exótica y, por lo tanto, sometida a las mayores violencias de la traducción e interpretación: el fascismo italiano. Verdadero «núcleo irradiador», será una fuente mayor en la generación de lenguajes a lo largo de las décadas de 1920 y 1930. Pensemos tan solo en la fortuna de la palabra «totalitario», que ve la luz en 1925, en medio de la destrucción del régimen parlamenta-

---

225 De hecho, formalmente, Falange reconocerá a las lenguas minoritarias.

226 Véase Ramiro Ledesma Ramos, *¿Fascismo en España?*, Trinidad Ledesma Ramos, 1988.

227 La variante fascista española no integra la eugenesia nazi que, desde el punto de vista de la salud de las poblaciones, está conectada a la eugenesia protestante, escandinava o norteamericana posterior a la II Guerra Mundial. Antonio Vallejo Najera, máximo representante de la psiquiatría fascista española defiende que la inferioridad mental de las personas de ideología marxista es más producto de razones ambientales que biológicas. Ello justificará la existencia de instituciones como Auxilio Social, el robo de bebés y la reeducación de los prisioneros, salvo en los casos de «patologías incurables». Ello es compatible con la política de aniquilación desarrollada coyunturalmente durante la guerra civil y la posguerra.

rio italiano cuando, meses después del asesinato de Giacomo Matteotti a manos fascistas, Benito Mussolini menciona en su discurso en el congreso del Partito Nazionale Fascista del 22 de junio de 1925 «*la nostra feroce volontà totalitaria*», reivindicando tanto el asesinato como el propósito anticonstitucional del fascismo. La novedad del enunciado no pasará desapercibida a los finos oídos del «nacional-revolucionario» Jünger, ni tampoco a los del ya por entonces cotizado jurista de la extrema derecha católica, Carl Schmitt.<sup>228</sup> El italiano será, originariamente, un fascismo imperial y performativo, que lleva a cabo la construcción nacional a través de la unificación lingüística (fundamentalmente con la radiodifusión), el desarrollo de obra pública (infraestructuras), y las conquistas militares para construir un pequeño imperio africano. Posteriormente, evolucionará modulando las ideas de su legitimación con las leyes raciales en 1938, añadiendo y reforzando el componente antisemita que no era central en los enunciados de la década de 1930.

Capítulo aparte merecen dos de las resultantes fascistas de rango menor y cuyo abordaje es pertinente a la hora de analizar la guerra en Ucrania: las variantes nacional-bolchevique y ucraniana. El concepto nacional-bolchevique, que conjuga el obrero masificado, germina en el periodo de entreguerras en sectores socialdemócratas, en el círculo de Jünger, en figuras como Karl Radek o Ernst Niekisch,<sup>229</sup> y en escisiones minoritarias del KPD alemán, pero será rápidamente criticado por los bolcheviques. Más que un agujero negro, la resultante nacional-bolchevique es un Frankenstein que opera como síntoma de que se están produciendo acumulaciones excepcionalmente potentes de energía en la política. Su gran virtud es que sirve de intermediario para ganar a comunistas y anarquistas hacia posiciones reaccionarias, xenófobas y racistas,<sup>230</sup> pero no dispondrá de tiempo histórico

---

228 Su discípulo Ernst Forsthoff dedicará la obra, *Der totale Staat*, publicada oportunamente en 1933, a la legitimación jurídica del régimen hitleriano.

229 Karl Radek es quien primero enuncia el término y Ernst Niekisch lo desarrollará después (este último será marginado, aunque acabará sus días en la RDA).

230 El fascismo español intentó atraerse a sectores libertarios, sobre todo con los intentos fallidos de Ramiro Ledesma Ramos de seducir para el nacional-sindicalismo (apoyándose en un supuesto anticomunismo compartido) a dirigentes y militantes de la CNT. Tal es el origen (con función de señuelo) del color rojo y negro de la bandera de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista y luego de la Falange Española de las JONS.

suficiente para desarrollarse (a pesar de que el pacto germano-soviético de 1939-1941 dará pie a cierta fascinación mutua), por lo que vegetará en los aledaños del nacionalismo y del estalinismo durante las décadas siguientes.

Por otra parte, la «revolución conservadora» alemana y sus retoños políticos (de la posición nacional-revolucionaria de Jünger y la revista *Standarte* al NSDAP, pasando por las variantes «socialistas» de los hermanos Strasser o el nacional-bolchevismo de Ernst Niekisch y Karl Otto Paetel) no son comprensibles fuera de la polaridad e intersecciones que establecen con el acontecimiento inesperado que trastoca el resultado de la I Guerra Mundial: la Revolución de Octubre y el nacimiento de un inmenso Estado bolchevique, asimilable con el tiempo a un gigantesco espacio imperial, frente al Reich alemán. En la «revolución conservadora» tenemos una doble resultante: la primaria, que se gesta en la Alemania de Weimar, cuyo centro de gravedad es el llamado «campo *völkisch* (racista-antisemita)», y la secundaria, que nace en paralelo y en concomitancia con la Revolución soviética (que no deja de mirarse en el espejo deformado de los lenguajes y los agentes de las vicisitudes alemanas). En esa maraña de ecos y deformaciones se gesta el «nacional-bolchevismo», ancestro de las formaciones rojipardas actuales y fuente oscura de las tentaciones en las izquierdas europeas.

Con posterioridad, la idea de la Gran Guerra Patriótica, dirigida por el «jefe» (*voschd*) Stalin se convertirá en la gran experiencia fundadora del nacional-bolchevismo que, sin embargo, permanecerá en estado de hibernación en Rusia a lo largo del ciclo del capitalismo de Estado soviético, y en una posición muy marginal a partir de 1989. El bonapartismo y el nacionalismo panruso —utilizados en los procesos de la Gran Purga como pruebas incriminatorias— mutan y pasan a ser enunciados de legitimación durante el estalinismo. El imperialismo norteamericano y el fascismo europeo siguen siendo los enemigos políticos, pero no por anticomunistas sino por antirrusos: el fascista ya no es el anticomunista, sino el enemigo de la patria rusa.<sup>231</sup>

---

231 A día de hoy, en Rusia (como en Hungría o Polonia) las narrativas actuales son más bien neoliberales nacionalistas y de conservadurismo paternalista y patriarcal; basadas en dinámicas patrimonializantes y mafiosas del Estado, y en agendas natalistas y de discriminación de las familias no normativas. Por su parte, Manuel

En lo que respecta a Ucrania, todos los horrores del siglo XX han tenido lugar en aquel territorio: desde el genocidio judío a la mortífera hambruna con responsabilidades políticas del Kremlin estalinista (el Holodomor ucraniano de 1932-33), sin olvidar los siete millones y medio de muertos en Ucrania durante la II Guerra Mundial, entre militares y civiles, y la peste radioactiva de Chernóbil en 1986. Si hay un fascismo específicamente ucraniano (como así pensamos),<sup>232</sup> este se gesta, como en los casos alemán, italiano o español, en la experiencia, la vivencia, la *Erlebnis* de la prolongada guerra civil europea que no cesa tras los armisticios de 1919, sino que se prolonga hasta el final de la II Guerra Mundial.

Desde el final de la I Guerra Mundial y hasta 1945 hay un continuo de organizaciones ucranianas abiertamente racistas, fascistas y antisemitas, implicadas en procesos de limpieza étnica y que colaborarán estrechamente con el nazismo.

### **Neofascismos y tecnofascismo**

A partir de 1945, el capitalismo occidental integra el fascismo en su axiomática, pero con una función subordinada tras las

---

Monereo en España, y Fusaro en Italia, siguiendo la línea de su antecesor Costanzo Preve, desarrollan el nacional-bolchevismo a través de la idea de lo comunitario y de lo nacional, conjugando nación, Estado y pueblo/comunidad.

- 232 El fascismo ucraniano vive y se desarrolla dentro de organizaciones como la Organización de ucranianos nacionalistas [*Orhanizatsiya ukrayyns'kykh natsionalistiv*], creada en Viena en 1929 con el objeto de conseguir la independencia ucraniana respecto no solo de la URSS, sino también de Polonia, Checoslovaquia y Rumanía. Con la II Guerra Mundial, la organización se escindió en dos. Una de las escisiones la encabezaba el actual héroe nacional ucraniano, Stepan Bandera, y empezó infiltrándose en la policía de la Ucrania ocupada por los nazis. Desde ahí, participó en el genocidio de los judíos ucranianos, en las operaciones de detención y deportación en los guetos y en la extorsión financiera. Con la tendencia al exterminio de todas las poblaciones por parte de los ocupantes nazis, (que solo eran combatidos por los partisanos soviéticos) la organización entró en crisis. Más allá del inequívoco colaboracionismo de la OUN banderista, en lo que se conoce como nacionalismo integralista ucraniano aparecen todos rasgos y gamas de los fascismos y autoritarismos eslavos y rumanos del periodo, donde domina el antisemitismo, el caudillismo del jefe (*vozhd*), la homogeneización étnica de la nación a través de la violencia, la admiración bien por el régimen mussoliniano o por el nazismo y un anticomunismo fanático. Documentos como los «Diez mandamientos del nacionalista ucraniano», las «44 reglas de un nacionalista ucraniano» o los «12 signos del carácter de un nacionalista ucraniano» dan buena fe de las matrices que informan esta variante de las extremas derechas y los facismos europeos. Esta es la primera generación del fascismo ucraniano, en la que se inspiran las formaciones fascistas legitimadas desde 2004 por las elites oligárquicas surgidas tras la Revolución Naranja de 2004, sobre todo los primeros ministros y presidentes Yulia Timoschenko, Viktor Yúshchenko y Petró Poroshenko respectivamente.



lecciones de la II Guerra Mundial, es decir, bajo la lógica de asumir cierta utilidad del fascismo, pero sin dejar que se convierta en opción de poder, dado que se considera posible mantenerlo bajo control en tanto que recurso antisoviético y/o anticomunista.<sup>233</sup>

Con el paso de las décadas, las resultantes fascistas latentes aumentarán su capacidad de procesamiento, e interactuarán entre ellas a una velocidad cada vez mayor, dando paso a organismos sincréticos a partir de arquitecturas modulares. Adoptarán la forma de movimientos, aptos para absorber flujos incesantemente y, en idéntica medida, con altas capacidades de incorporación de nuevas propiedades y mutaciones.

Esos nuevos y variados fascismos (que ya no son «fascismos eternos» ni «fascismos únicos») viven en las composiciones políticas y micropolíticas contemporáneas, siempre dispuestos a proliferar y sin necesidad de nuevos guías, porque les basta con la memoria de los líderes espirituales anteriores (Duce, Führer, Caudillo), que son funcionales sin necesidad de encarnación física. Operan de manera vírica, seleccionando/integrando fuerzas productivas del intelecto general que estén convirtiéndose en fuerzas destructivas. Dichos encuentros producen un plusvalor del código fascista como consecuencia del enriquecimiento de gamas a través de la fascistización de grupos o estratos de enunciados o narraciones.<sup>234</sup> La intensa desterritorialización fascista contemporánea se compone con líneas de delirio social («marxismo cultural», «ideología de género», «gran reemplazo», «pandemias de laboratorio», *chemtrails*, etcétera) creando polos paranoicos conectados a los fascismos históricos («protocolos de Sión» y similares) y activando procesos de fascistización fuera del campo habitual del escuadrismo y de los medios policia-

---

233 Por citar solo tres ejemplos, el franquismo organiza la «ruta de las ratas» para la huida de nazis a Sudamérica, el MSI italiano existe desde el comienzo de la República Italiana en 1946 y la tenue desnazificación de los aliados permitirá que gran parte de los cuadros intermedios nazis vuelva, con el tiempo, a ocupar puestos de poder en la República Federal de Alemania.

234 La histórica pugna francesa entre el Frente Nacional y el Partido Comunista Francés empezó a decantarse hacia la ultraderecha en el momento que los comunistas abrazaron el racismo. Su rechazo a la inmigración magrebí, atendiendo a las demandas de unas bases derrotadas ideológicamente —y en fase de putrefacción— les llevó al extremo de montar candidaturas racistas *fake* para quitarle votos al Frente Nacional. En la actualidad, y al igual que hizo y hace con la causa obrera (extrayendo los elementos supremacistas y patriarcales), el fascismo está integrando un feminismo racista blanco en sus matrices generativas.

les y militares, con sus réplicas en el mundo de la revolución conservadora sunnita.<sup>235</sup> Además, operan con una aceleración anticipadora (de lo que consideran que va a suceder inevitablemente como máximo peligro para las razas, pueblos o religiones superiores de referencia), integrando/computando en tiempo real (eventos climáticos, atentados, guerras) para mantener la tensión narrativa y propiciatoria de la catástrofe, de forma que el proceso de construcción del prototipo no acaba nunca, prolongándose siempre hacia la aglomeración de narraciones y banderines de enganche.

En el siglo XXI, la dimensión de red acelera los procesos de germinación fascista: es un modelo *crowdsourcing*, bidireccional, en el que la velocidad de ensamblaje de componentes en la línea de abolición fascista es meteórica (la captura detecta módulos de enunciados y los integra a gran velocidad) y que no necesita consistencia interna ni axiomática, sino mantenerse en movimiento en la línea de abolición con el método ensayo-error. El fascismo de red es una máquina de guerra de altas energías (el dispositivo con mayor capacidad de actualización), con milicias y lobos solitarios y que funciona sin jerarquías estables; una máquina de captura y creación de agujeros negros, con forma de movimiento, que monitoriza partidos políticos (de los que obtiene réditos y a los que sobrevive si desaparecen) y a la que le basta con la memoria y la narración (no necesita nuevos liderazgos). Al igual que los memes y giros lingüísticos de la sociedad en red, la producción de afectos y lenguajes de la *alt-right* (superadores de las metáforas de las viejas variantes fascistas) apelan al inconsciente cada vez con mayor rapidez: su oferta para aliviar el resentimiento es accesible para cualquier sujeto frustrado conectado a un ordenador.

Esta elevada capacidad de agencia —con su facultad de computación sin precedentes, su propagación de neoarcaísmos y sus fuertes competencias para la traducción y transformación— es posible gracias a la complicidad de las grandes corporaciones

---

235 El proyecto político del ISIS y del salafismo —con su califato, *sharia*, *yihad*, *tafkir*— es un neoarcaísmo que opera apelando a subjetividades que buscan una salida espiritual y sacrificial. Las conversiones aceleradas con interpelaciones a los orígenes religiosos forman parte de la velocidad de propagación acelerada típicamente fascista. El ensamblaje de enunciados se produce por medio de las redes sociales.

digitales (*big-tech*). Capitalismo y fascismo de plataforma operan conjuntamente en la fascistización de la esfera pública:<sup>236</sup> el sueño de una red democrática se ha poblado de agujeros negros.

La clave es que la era digital ha permitido que el capital intercepte el funcionamiento de la transmisión de saberes a través de la subsunción informática, integrando completamente la explotación de la subjetividad humana en la cadena de valor (la dimensión micropolítica se ha integrado por completo en la línea de producción). Somos cuerpos-máquinas que nos comportamos como una CPU cada vez más integrada en una arquitectura de red, y cuyo poder de computación está cada vez más distribuido. Y puesto que tenemos todos nuestros puertos de captura abiertos y activos en la red, y dado que el fascismo forma parte de la cultura de masas —puesto que su repertorio está ahí, más accesible que nunca—<sup>237</sup> los módulos de fascistización se incorporan a los muestreos, y de ahí al cerebro (el capital fijo humano).<sup>238</sup> De esta forma, el fascismo penetra en nuestro cerebro a través de (1) la pura percepción cognitiva semántica de las cadenas de lenguaje y/o procesos lógicos de leer y entender (texto, vídeo), (2) la excitación de lo senso-motriz (videojuegos), (3) la identificación a partir de la percepción audio-visual entre lo icónico y

---

236 El apoyo de los patricios de las grandes multinacionales de Estados Unidos a Trump, inexistente o cauto hasta hace bien poco, es cada vez mayor. Trump es un miembro mafioso y patriarcal de las élites norteamericanas, de la especie oportunista y que, con su instinto sádico-fascista —misoginia, violación— es un gran activador del odio y gestor del resentimiento. En ese sentido, los atacantes frikis, negros, latinos, mujeres o mayores que acompañaron a los *wasp* en el asalto al Congreso, bajo el paraguas de unas milicias (que ya han devorado al Tea Party) cuyas lógicas son de excombatientes, fue una auténtica metamorfosis fascista de la multitud. Ello se explica, en buena medida, por las excelentes condiciones que se dan en Estados Unidos para las mayores desterritorializaciones (la conquista del Oeste, las grandes oleadas migrantes —africana, judía, protestante—) y reterritorializaciones (la propia construcción de los Estados Unidos, el providencialismo que obvia la colonialidad del poder y que se siente ungido para exportar la libertad al resto del planeta), todo ello construido sobre la Segunda Enmienda (la reivindicación libertaria del derecho a la tierra y a defenderse de los programas federales) y sobre el odio a negros e indios nativos. La llegada de Obama fue un catalizador absoluto (en tanto que profecía autocumplida) para la reactivación de la semiótica fascista: el signo de que se aproxima el fin de EE. UU..

237 Ha ocurrido siempre: el problema es que ahora está por todas partes, porque el capitalismo de plataforma ofrece el fascismo como un producto más, favoreciendo su mutación en la red.

238 No es casual la fascistización de Elon Musk, un señor que preconiza la colonización de Marte como solución a un planeta agotado: el sueño aberrante de un racista antisindical.

lo figurativo (memes), (4) la dimensión inconsciente y la producción de narraciones delirantes (navegar en el móvil) e, incluso, (5) la dimensión no consciente relacionada con la micropolítica del deseo (los automatismos que modulan algorítmicamente los interfaces entre máquinas informáticas y percepción y acción humana, alimentándose y seleccionando variantes a partir del uso). Se trata de una intervención antropológica que opera sobre las fuerzas del trabajo: una servidumbre maquínica, no tanto orwelliana como característica de *Matrix* y, a consecuencia de la cual, el hecho cierto es que, por desgracia, la variable fascista se ha convertido en un componente más de la subjetividad contemporánea.

### **La paradoja anticomunista**

En el plano de la política, los nuevos fascismos se legitiman hoy (reflotando y ampliando los consensos atlánticos posteriores a Yalta) como los anticomunistas que asumen las tareas que las democracias liberales de la propiedad habrían abandonado por debilitamiento y decadencia. Se habla de la paradoja o del escándalo de un anticomunismo desahogado en las derechas y las extremas derechas globales cuando «no hay comunistas»; de la paradoja o del escándalo de una campaña contra un supuesto «marxismo cultural», cuando el «marxismo» no ha recuperado ni mucho menos el vigor contrahegemónico que, tanto en los países del socialismo real, como en lo que se ha llamado el «marxismo occidental», pudo llegar a tener en la segunda mitad del siglo XX (sobre todo por el auge de los movimientos de descolonización y por los nuevos movimientos anticapitalistas en torno a la revuelta global de 1968). Hay dos claves de lectura de este fenómeno.

La primera indica que las extremas derechas explotan a su favor los significantes constitucionales de las democracias nacionales de la propiedad. Para la izquierda neoliberal suele ser un apuro esta constatación, pero las democracias de la propiedad de la posguerra se basan en un compromiso anticomunista constituyente serio (que se extenderá al Sur global),<sup>239</sup> mucho más que

---

239 Por poner solo dos ejemplos, en Sudamérica, el nacionalismo popular peronista y la larga historia del *trabalhismo* brasileño de raíz getulista, (desde el *Estado novo* hasta Leonel Brizola, pasando por la presidencia de Jango Goulart), comparten ese

el compromiso antifascista, que ni siquiera en la RFA se cumplió, como cuatro décadas de historiografía se encargaron de demostrar.<sup>240</sup> Ni siquiera en la República italiana, donde el antifascismo figura en la Constitución de 1948 como mandato constitucional, hubo una expulsión de las instituciones del personal político del Partito Nazionale Fascista y, sobre todo, no la hubo en las fuerzas militares y policiales.<sup>241</sup> Tras la caída del Muro de Berlín, fue el propio PCI el que introdujo el anticomunismo en el consenso constitucional, mediante lo que, más de tres décadas después, aparece como un suicidio inexplicable del mayor partido comunista occidental. La historia misma del pensamiento neoliberal en sus distintas variantes (la Escuela Austriaca, la sociedad de Mont Pelerin, la revista *Ordo*) presenta una invariante anticomunista feroz, mientras que, de von Mises a von Hayek, o de Friedman a Hernando de Soto, la comprensión y el reconocimiento del valor oportuno del fascismo y la dictadura militar, de la masacre y la desaparición de subversivos, o del *apartheid* sudafricano, está escrita en negro sobre blanco.

Entonces (en paralelo a los conceptos de la patria o la nación), las derechas y extremas derechas globales emplearán el consenso anticomunista como argamasa del orden mundial «occidental» tras la II Guerra Mundial. La reconstrucción histórica del fascismo se articulará a través de su reintegración, como perro de presa y agente provocador, en los servicios de seguridad de las democracias occidentales de la propiedad, dentro del programa *Stay Behind* de la Alianza Atlántica. Esta reintegración ha funcionado

---

afán antagonista contra los elementos antinacionales, antimilitaristas, antiburgueses, disolventes, internacionalistas, sin patria, que encarnaban los movimientos anarcocomunistas en Argentina y Brasil. En el mundo musulmán del socialismo nacionalista (admirador del NSDAP nazi alemán, por su antisemitismo, su nacionalismo y su fusión de política y milicia), el Partido Baaz Árabe Socialista nacido en 1947, con sus ramas siria, iraquí, yemení y argelina, se caracterizó, sobre todo en las versiones siria de la familia Assad e iraquí de Saddam Hussein, por la represión y el asesinato sistemáticos de comunistas desde su llegada al poder.

240 En 1959, el programa *Bad Godesberg* aprobado en la Conferencia extraordinaria del SPD de la Alemania Federal, limpia el partido de los residuos de la II Internacional «marxista» (pero anticomunista tras la Revolución de Octubre). Es el momento decisivo que dibuja la línea de aceptabilidad y que da carta de naturaleza a la *Große Koalition* anticomunista entre SPD y CDU-CSU, que se pondrá de manifiesto en la década de 1967-1977 respecto a la voluntad de aniquilación del movimiento antiautoritario, anticapitalista y antiimperialista en la RFA por parte de los gobiernos de ambos partidos.

241 Gracias a la labor del ministro del Interior, Mario Scelba.

sistemáticamente, con atentados y amenazas de golpe de Estado, cada vez que movimientos comunistas crecieron peligrosamente, de Lisboa a Atenas, de Berlín a Roma, de Yakarta a Uagadugú.

¿Qué decir del caso español? La historia de la dictadura franquista es inexplicable sin tener en cuenta el sustancial apoyo atlántico al régimen franquista y el decidido respaldo a su «modernización» desde la década de 1950. De ahí la «extraordinaria placidez» (Mayor Oreja *dixit*) con la que los fascistas españoles se convirtieron en demócratas sin dejar de ser fascistas. Su amenaza con volver al régimen que se acababa de abandonar fue funcional para doblegar la amenaza del PCE y del movimiento obrero y, de paso, de los movimientos comunistas y anarquistas autónomos que habían crecido durante la década de 1970.

Esta primera clave de lectura se situaría en el «oportunismo» de las fuerzas de extrema derecha, su deslealtad en el cumplimiento del pacto constitucional que, en su caso, les asignaba una posición marginal en la representación política, al mismo tiempo que una presencia institucional reconocible en las fuerzas del orden, el ejército y la judicatura. Dicha ubicación política,<sup>242</sup> que les impedía un crecimiento electoral, ha sido desplazada por un nuevo comportamiento, que no responde al mero voluntarismo y a las nuevas capacidades de las fuerzas de extrema derecha, sino a las mutaciones de la *demanda política aceptable*. Dichas mutaciones, que operaron en los sistemas de partidos y medios de información de las democracias de la propiedad, fueron el resultado de un proceso doble: la mundialización neoliberal de los mercados (financieros, de cadenas de suministro manufactureras, de fuerzas de trabajo migrantes, de materias primas etc.) y el desplome del «socialismo real».

En la exclusión «constitucional» de toda medida que reforzara el contrapoder económico e institucional de las fuerzas del trabajo,<sup>243</sup> desde la década de 1990 tiene lugar, entre la forma Estado y los grupos sociales integrados, una selección estratégica de la demanda política aceptable, que corresponde además

---

242 Basada en acusar de «comunistas», «judíos», «musulmanes», o enemigos del Estado y de la sociedad, a las fuerzas del centro de gravedad constitucional a la derecha y a la izquierda.

243 En términos de derechos sociales y laborales, gasto en la universalización, y mejora de la sanidad, la educación, la vivienda y los ecosistemas urbanos y rurales.

a la composición de las relaciones estratégicas dominantes en las democracias de la propiedad. La demanda política aceptable es entonces encabezada por pequeños propietarios de capital, pequeñas y medianas empresas, pequeños y medianos empresarios del *agrobusiness*, miembros del ejército y de las fuerzas del orden y sectores profesionales urbanos (desde el pequeño comercio al trabajo autónomo, pasando por los transportes de personas y mercancías).

A partir de sus bases sociales y de su hegemonía narrativa y de clase, esos sectores serán capaces de extender su coalición a las clases obreras industriales más beneficiadas en las décadas anteriores por el aumento de salarios, pensiones y prestaciones, y que vieron (y ven) seriamente amenazada su posición. En ese contexto de exclusión del vector comunista de la demanda política aceptable, nace el centro de gravedad móvil de las políticas del privilegio colonial, el racismo y el resentimiento, en una evolución que cuenta ya con más de 25 años de historia.

La segunda clave de explicación de la paradoja del anticomunismo extemporáneo de las extremas derechas nos remite a las dimensiones inconscientes del proceso de desterritorialización y reterritorialización que se inicia a finales de la década de 1970 con el *Volcker shock* estadounidense (la brutal subida de tipos de interés de la Reserva Federal estadounidense) y con la primera gran desregulación de los mercados financieros, el Depository Institutions Deregulation and Monetary Control Act [Ley de desregulación de las entidades de depósito y control monetario].<sup>244</sup> Ese es el inicio del fin del compromiso del Partido Demócrata con las bases del New Deal y de Bretton Woods, y el comienzo del modelo macrofinanciero denominado Washington Consensus [Consenso de Washington], basado en la Reserva Federal, el Tesoro y Wall Street como receptores extremos de los ahorros de los excedentes por cuenta corriente de las clases propietarias y de los fondos soberanos de todo el planeta.

En este capítulo se han tratado las relaciones entre las desterritorializaciones y reterritorializaciones capitalistas como

---

244 Aprobado por las cámaras y firmado por el presidente Jimmy Carter el 31 de marzo de 1980 (Ronald Reagan ganaría las elecciones presidenciales en noviembre del mismo año).

respuestas a las territorializaciones (los estados providencia y el movimiento obrero «oficial», los estados postcoloniales nacionalistas y desarrollistas) y las desterritorializaciones (el largo 68 y sus efectos en las relaciones de género, las minorías raciales, sexuales y existenciales, el resurgir del «otro movimiento obrero» autónomo y multinacional) de las fuerzas del trabajo y de sus formas de vida. En el plano del inconsciente (siempre político, siempre delirando sobre el campo social), el polo paranoico fascista de la percepción y la significación, que corresponde al crecimiento de las extremas derechas en todo el mundo (siempre espoleadas por las crisis financieras y los trastornos sociales que provocan), delira el campo social y husmea comunismo allí donde se expresa el polo esquizo de la desterritorialización.

Encontramos aquí una explicación más sólida de la coincidencia entre extremas derechas y conservadurismo estalinista o rojipardo, si atendemos a unas (micro)políticas del deseo que incluirían frustración, resentimiento y sadismo hacia los percibidos como inferiores, agentes y beneficiarios de la desterritorialización (entendida, además, como una conspiración de los sospechosos habituales). En síntesis, un mix de agujero negro identitario, enamoramiento fascista de la máquina de guerra y secreta envidia por el supuesto goce en el devenir, el nomadismo, la metamorfosis y por la ligereza y la aparente falta de raíces (de feminismos no blancos, migrantes del Sur, refugiados, minorías étnicas, putas, bolleras, personas no binarias o trans). Desde el íncel que opera en 4Chan acosando a mujeres y personas trans, al *streamer* misógino, pasando por el identitario alemán o austríaco que recrea en comunidades puras una ecología social y medioambiental supremacista, y sin olvidar al *tankie* estalinista o rojipardo, que quiere resolver la degeneración revisionista del pueblo y las conspiraciones de las «élites globalistas» mediante la fuerza militar vicaria del Kremlin putinista: en todos ellos encontramos un continuo de posiciones de deseo paranoico que «huelen» comunismo allí donde la desterritorialización construye agenciamientos de deseo y formas de vida en común en el medio inestable de la globalización capitalista y que, a día de hoy, en pleno caos ecosistémico, resisten y practican distintos tipos de contraconductas.





# 3

## LA NECESIDAD DE UNA PAZ CONSTITUYENTE

*Al principio, en el 14, nos enviaron a combatir en bayoneta y sin municiones, para no perder el tiempo disparando... y con los gendarmes detrás para que no retrocediéramos. ¡He visto a esos capullos abatir a tipos para que corriéramos más deprisa! Una bala por la espalda a uno nos hacía espabilar a los demás. A mi mejor amigo lo mataron a mi lado.*

Jacques Tardí, *La guerra de las trincheras (1914-1918)*, Norma, Barcelona, 1994

Desde 2008, los acontecimientos en el mundo nos obligan a usar con menor ligereza el comentario irónico de Marx sobre Hegel y la repetición histórica. La combinación de crisis sistémica del capitalismo mundializado, regímenes de gobierno neoliberales, autoritarismo creciente, revueltas fallidas y contraataques feroces, calentamiento global y guerras desatadas, ha llegado *de nuevo* al corazón de Europa, con la implicación directa de las dos principales potencias nucleares del planeta. Ello nos lleva a pensar que este siglo está replicando el anterior, pero con rasgos nuevos, como una repetición anunciadora de un ecosistema complejo y nuevo llamado capitaloceno o ecosistema global capitalista.

Pero antes de dar paso a ninguna propuesta, tenemos que entender el contexto laboral, social y psíquico que se daba en la UE antes de la guerra en Ucrania. Tenemos que partir de las formas de vida creadas por la precarización de las relaciones laborales y del acceso a los derechos que, *in illo tempore*, estaban vinculadas al trabajo asalariado en la Europa democrática posterior a la II Guerra Mundial. A estas relaciones laborales precarizadas corresponden formas de gobierno completamente nuevas. Hasta

tal punto que, para entender políticamente lo que (sobre todo en los países del Sur de la UE) se acuñó como «precariedad», y llegó incluso a formularse con la expresión de «precariado» como nueva configuración de clase, es necesario, siguiendo a Isabell Lorey, descomponer el lexema de lo «precario» en tres dimensiones que no pueden confundirse: (1) la precariedad como objetivo y resultado de las políticas neoliberales sobre las relaciones laborales y el mercado de trabajo; (2) la condición precaria, entendida como finitud, contingencia e interdependencia de los seres humanos; y (3) la precarización en tanto que técnica de gobierno de las formas de vida de las poblaciones humanas.<sup>245</sup>

Durante los últimos treinta años, la destrucción de la seguridad social de las mayorías en los países de la UE ha puesto de manifiesto la extrema fragilidad en la que se asentaban las sociedades de seguridad basadas en el predominio de la figura del trabajador varón, blanco, heterosexual y urbano. La derrota de ese centro de gravedad a manos de la contrarrevolución de las décadas de 1970 y 1980 en los países de la OTAN acarrió el final del movimiento obrero organizado y de la seguridad asociada a su predominio. El gran y grave problema del pensamiento (y de la sociología) crítica ha consistido precisamente en la unidimensionalidad que se ha dado a la lectura de esa transformación. Una lectura restrictiva que otorga toda la iniciativa al gobierno del capital, como si este fuera un soberano absoluto, que concede y retira seguridades y derechos al albur de sus designios.

Isabell Lorey y Judith Butler insisten en que el final de la seguridad social de la mayoría de las familias, dominadas por el varón blanco y heterosexual, pone de manifiesto que aquellas décadas de «seguridad sin libertad» en el seno de la familia patriarcal fueron un efecto óptico parecido a lo que en astrofísica se conoce como lente gravitatoria (en el sentido de que la seguridad se «curvaría» al llegar a la familia patriarcal sin, por tanto, llegar a proteger realmente a sus miembros).<sup>246</sup> Aquella seguridad bajo la protección del cabeza de familia varón, blanco, heterosexual y urbano no permitía ver el fondo de inseguridad existencial coexistente a las formas de vida humana, a la finitud de los cuerpos.

---

245 Véase, Isabell Lorey, *Estado de inseguridad*, traducción de Raúl Sánchez Cedillo, Traficantes de Sueños, Madrid, 2016, p. 28.

246 *Ibid.*

Ninguna soberanía puede eliminar ese fondo de inseguridad existencial que Lorey denomina condición precaria (*Prekärsein*). El llamado compromiso (de seguridad) fordista no ha sido, desde este punto de vista, más que un clásico contrato social entre poderes desiguales: un contrato desequilibrado entre las fuerzas del capital y las fuerzas del movimiento obrero oficial para conceder seguridad solo a la figura central en el modo de producción y regulación fordista. El resto de figuras sociales y productivas (mujeres, niños, migrantes, personas mayores y demás subalternos) podían beneficiarse de tal compromiso de seguridad solo de manera derivada y degradada, subalterna precisamente.

En este marco de largo recorrido, la salida relativa de la movilización total pandémica dio paso a una parálisis catastrófica de la dinámica política y social en la UE y en el resto del planeta. Al mismo tiempo, las desigualdades globales, regionales y locales, de China a Estados Unidos, de Alemania a Sudáfrica, no hicieron más que agigantarse durante la emergencia sanitaria. Por lo que sabemos, algunos fenómenos transnacionales se están oponiendo a esa tendencia de inmovilización catastrófica, sobre todo en torno a lo que —USA (still) rules— se ha llamado la *Great Resignation* o Gran renuncia.<sup>247</sup> En ambos casos (pandemia y nueva acumulación de capital) la causa principal de las desigualdades crecientes responde a la misma matriz fundamental: la respuesta médica y epidemiológica a la emergencia sanitaria y educativa global de la Covid-19 debería haber implicado la interrupción de la movilización total capitalista (la obligación de vivir y trabajar bajo el poder de mando para sobrevivir) y debería haberse instaurado una renta garantizada universal, personal y suficiente, cosas ambas que no ocurrieron. Ahora, la «recuperación económica» —es decir, la nueva acumulación de capital— pretende llevarse a cabo, en primer lugar, sin considerar los efectos devastadores

---

247 Sobre todo en Estados Unidos, es el fenómeno de las personas que abandonan sus empleos por iniciativa propia y sin alternativas laborales, tendencia agudizada a partir de la pandemia del Covid-19. Desde 2013 existe un foro en Reddit, llamado *antiwork*, cuyo lema es «¡Desempleo para todo el mundo, no solo para los ricos!», dedicado al sufrimiento laboral, las alternativas al *overworking* y a los empleos que amargan la vida. El foro tuvo un enorme aumento de participación con la recuperación de la actividad laboral tras la fase aguda de la pandemia de la Covid-19. Véase <https://www.reddit.com/r/antiwork/>

que la gestión capitalista de la pandemia ha tenido y sigue teniendo sobre la salud física y psíquica de las fuerzas de trabajo; y, en segundo lugar, sin tener en cuenta la absoluta necesidad de descarbonizar al máximo la actividad humana en general y, sobre todo, la producción capitalista de mercancías. Porque, retóricas y declaraciones aparte, las estadísticas de la producción global y regional muestran que el consumo de combustibles fósiles ha aumentado en términos absolutos y relativos, y que no deja de hacerlo a medida que «recuperación» y régimen de acumulación de guerra se confunden cada vez más.

Por otro lado, y como recuerdan y fundamentan varios trabajos recientes (sobre todo los de Andreas Malm y Jason W. Moore<sup>248</sup>, a pesar de las diferencias y de sus acusaciones mutuas de infidelidad), la cuestión de la energía, intrínsecamente vinculada a la historia colonial y extractiva del capitalismo y a sus jerarquías sociales y políticas concomitantes, ¿es hoy un concentrado de la política o de la economía? Cuando, en la fase hipertrófica del capitalismo financiero basado en la renta extractiva, ambos ámbitos se tornan difíciles de distinguir, lo más apropiado es afirmar que la dimensión energética es un concentrado del antagonismo irremediable entre el biopoder fósil y nuclear capitalista, y de las fuerzas constitutivas de un modo de producción del común que viven hoy como presupuestos (desfigurados, explotados, extraídos, reducidos a la mínima expresión compatible con el capital) de la reproducción de la vida humana. En efecto, en la cuestión de la energía se condensa la realidad del capitalismo, ya sea democrático, fascista o «socialista con características chinas»: un indicador del verdadero valor de la legalidad internacional y de los derechos humanos cuando se trata de alimentar el proceso de producción y reproducción social capitalista. En definitiva (pensamos en la energía nuclear) su sola existencia como recurso energético es un intento del Estado autoritario para (auto)perpetuarse, un chantaje para la eternidad.

En este contexto general de inseguridad existencial, precariedad y amenaza nuclear, la agudización actual del enfrentamiento entre los bloques regionales del capitalismo global nos

---

248 *Op. cit.*

coloca ante el chantaje del miedo: el chantaje ético de ser o bien cómplices de la masacre del pueblo ucraniano, o bien súbditos del «proyecto globalista» de Occidente en decadencia, según las versiones maniqueas de la lógica campista. Sin embargo, que las consecuencias de la guerra lleguen al centro de Europa y nos recuerden, súbitamente, que tal es el estado normal de cosas en los alrededores de 30 conflictos armados en curso ahora mismo en distintas partes del mundo, debería servirnos para centrarnos respecto al chantaje al que nos enfrentamos.

### **Metamorfosis bélica del Nuevo Pacto Verde**

Con un decorado compuesto por la derrota del movimiento obrero, la parálisis social postpandémica y el renovado impulso del biopoder fósil y nuclear, las ilusiones del «retorno del Estado» y del «fin del neoliberalismo» (que ya emergieron con la crisis financiera de 2008, doce años antes del estallido de la pandemia de la Covid-19) cobran nuevos significados cuando se insertan en las narraciones dominantes del régimen de acumulación de guerra entrante.

Necesitamos tener en cuenta estos antecedentes, pero sobre todo las cuestiones que hemos tratado más arriba sobre el «socialismo de guerra» del SPD alemán de la I Guerra Mundial, así como sus correlatos de movilización total. Es imprescindible para, por un lado, volver a señalar la insuficiencia de la crítica keynesiana y socialista al neoliberalismo y, por otro, para explorar las contradicciones que se abren cuando se produce un esfuerzo financiero de endeudamiento de 1,8 billones de euros (cantidad prevista por el plan NextGenerationEU para los próximos siete años), que ahora está reconfigurándose como un esfuerzo de coordinación de las políticas financieras y fiscales de los 27, así como de intervención en los mercados de energía y de alimentos, al objeto de contener los efectos de una recesión provocada por la política belicista del Consejo Europeo y de la Comisión Europea.

Una apuesta que se presentaba vacilante y contradictoria<sup>249</sup> antes de la invasión rusa de Ucrania, es ahora firme y difícilmente reversible después de la decisión del Kremlin. A este

---

249 Recordemos las reticencias (francesa y alemana) y las presiones (interna del grupo de Visegrado y externa de los aliados británico y estadounidense).

respecto, las clases subalternas se enfrentan a tres maniobras de captura principales: (1) el marco del «pacto de rentas» auspiciado por la Comisión Europea y sostenido por los topes de precios de la energía;<sup>250</sup> (2) la fijación del tope de beneficios de las corporaciones energéticas<sup>251</sup> (como en el caso de las medidas adoptadas por el gobierno tripartito alemán, que va a destinar 65 millardos a paliar los efectos de la inflación mediante paquetes de ayudas sectoriales);<sup>252</sup> y (3) la «transición verde» dominada por el papel preponderante del Estado en la fijación de los precios de la energía, la planificación indicativa (es decir, no vinculante), la determinación pública de los factores ESG (*Environmental, Social and Governance*, esto es medioambientales, sociales y de gobernanza) en las inversiones, la inversión público-privada en infraestructuras, y la coordinación entre políticas monetarias y fiscales. Hay dos razones fundamentales para definir esas operaciones como

---

250 En el Reino de España, junto al pacto de rentas entre patronal y sindicatos, una especie de Pactos de Guerra de la Moncloa, la maniobra de captura se centra en el impuesto especial a las eléctricas, que vendría a sustituir a una subida de impuestos directos y regresivos como el IVA, a un aumento de la presión fiscal sobre funcionarios y pensionistas, o a un frenazo de la subida del salario mínimo. El marco del pacto de rentas se propone, además, en el contexto de un aumento generalizado de los conflictos colectivos del trabajo dependiente, como muestran las estadísticas del Ministerio de Trabajo y Economía Social hasta julio de 2022, con un incremento muy considerable de las horas no trabajadas, el número de huelgas y la participación, sobre todo en el sector privado. Véase [https://www.mites.gov.es/estadisticas/hue/hue22julpublicacion/hue\\_SS\\_07\\_22.pdf](https://www.mites.gov.es/estadisticas/hue/hue22julpublicacion/hue_SS_07_22.pdf)

251 El mecanismo de formación de los precios del gas en Europa sigue siendo completamente especulativo, dominado por el precio de los productos derivados y de los contratos de futuros sobre precios venideros (y no por los precios de producción). El anuncio de desacoplamiento del gas ruso ha incrementado, pero no ha causado, esa tendencia al alza que ya existía antes de la invasión rusa.

252 El modelo alemán, en relación con el concepto de «clientela política» del economista germano Marcel Fratzcher, es muy interesante porque, debido a su peso político, sirve de referencia principal para la formación de las directivas de la Comisión Europea. En este caso, además, el interés aumenta porque lo lleva a cabo un gobierno tripartito de socialdemócratas, verdes y liberales, unificado por un atlantismo sin fisuras, pero dividido por las consecuencias fiscales que la apuesta bélica supone sobre sus clientelas políticas. El modelo de «clientela en el gasto social» no pretende facilitar el cambio socioeconómico con sus medidas, facilitando coaliciones en torno a luchas de interés común, como podrían ser un salario mínimo (extendido también a los falsos autónomos, al trabajo doméstico y a la dependencia); o como sería, sin duda, una renta básica individual, universal e incondicional ajustada a la evolución de los precios. Por el contrario, se basa en dinámicas clientelares: precio reducido para el consumo básico de electricidad en los hogares; subvención de 1 500 millones los billetes del transporte público; o inyección de unos 300 euros a cada pensionista y de 200 a cada estudiante. Todo ello se financia, en parte, con la tasación de los beneficios «casuales» de las empresas energéticas.

maniobras de captura: se basan en la anulación de las luchas de clases de las clases subalternas, y parten de la obediencia a la metamorfosis imperialista del sistema euroatlántico bajo el régimen de guerra.

A su vez, la coyuntura es ambivalente. No olvidemos que hay una paradoja aparente entre el marco europeo favorable a los conflictos colectivos, (que se expresa claramente en la propuesta de directiva sobre el salario mínimo en los países de la UE, elaborada por la Comisión Europea en octubre de 2020, en plena pandemia de la Covid-19),<sup>253</sup> y las resistencias de las patronales europeas, tanto en los países con mayor peso industrial como Alemania (y, en menor medida, Italia) como en las economías más extractivas y de servicios de escaso valor añadido y productividad como las de nuestro reino, Portugal o Grecia.<sup>254</sup> Esta ambivalencia de la Comisión Europea es un rasgo característico de su naturaleza, no solo tecnocrática y administrativista, sino como operador fundamental de gobernanza capitalista tenebrosa. Se trata de un organismo capaz de manejar tensiones e intereses, contrapuestos (incluso incompatibles) entre estados, grupos sociales, corporaciones y sectores económicos, ofreciendo soluciones parciales y empujando hacia adelante la resolución de las contradicciones mediante directivas, regulaciones y recomendaciones: en ello reside su éxito relativo desde la firma del Acta Única Europea en 1986.

Pero ahora la Comisión Europea y su presidenta tienen que compatibilizar el «sueño europeo» con la movilización de Estados, regiones, empresas y «sociedad civil» en el esfuerzo de guerra. Tienen que velar, junto al BCE, para evitar el resquebrajamiento de la cohesión social como consecuencia de: la recesión provocada por la inflación no salarial; la reducción de actividad industrial debida a las medidas de ahorro de gas y petróleo; las

---

253 Véase *Employment, Social Affairs and Inclusion*, «Adequate minimum wages in the EU» Véase <https://ec.europa.eu/social/main.jsp?catId=1539&langId=en>

254 Nuevamente en el Reino de España, esto explica, además, la paradoja secundaria de una agenda gubernamental de medidas sociales y de derechos civiles por parte del gobierno de coalición que ha ido saliendo adelante (en particular, la legislación sobre el salario mínimo o la ratificación del Convenio 189 de la OIT sobre los derechos laborales de la fuerza de trabajo doméstica) sin que haya habido movilizaciones y huelgas de los principales sindicatos de concertación. En este sentido, ha habido una clara sinergia entre la agenda reformista de Unidas Podemos y la agenda coyuntural de la Comisión Europea en (y tras) la pandemia de la Covid-19.



subidas de los tipos de interés y de los préstamos hipotecarios; el aumento de los presupuestos militares hasta alcanzar el 2 % exigido por la OTAN; los efectos sociales y medioambientales del aumento del consumo de combustibles fósiles «mientras avanza la transición hacia el hidrógeno verde»; o el desplome de la independencia diplomática europea, puesta al servicio de la OTAN y llevada a cabo, con pleno descaro, con un cínico doble rasero en la defensa de los derechos humanos.

Cabe pensar, pues, que esta vez la gobernanza europea no va a poder gestionar y transaccionar adecuadamente intereses y tensiones y que se acercan puntos de inflexión en la unidad de acción de los gobiernos europeos. Ello es debido a la imposibilidad de mutualizar los efectos financieros, políticos y sociales del régimen de guerra entre unos 27 con enormes divergencias en su capacidad de sostener el compromiso bélico, con probabilidades de estallido social muy desiguales y con gobiernos que se juegan la permanencia si lastiman en exceso los intereses sociales de sus electorados o de sus corporaciones energéticas. Las presiones de los países bálticos y del grupo de Visegrado, unidas a la presión externa del Reino Unido y de Estados Unidos y, desde luego, de Kiev, contribuirán fuertemente a la huida hacia adelante y, por lo tanto, a una realimentación local y regional entre el malestar sociopolítico y la intensificación del régimen de guerra.

El escenario del resquebrajamiento está ya servido en la contradicción entre (1) una tentativa de control de los precios del mercado energético, con una tasación de sus beneficios extraordinarios, encaminada a controlar la inflación y a generar recursos para las arcas públicas nacionales, por un lado; y (2) una completa libertad e impunidad de los mercados de capitales, del diseño macrofinanciero euroatlántico basado en lo que Daniela Gabor ha llamado el «*Derisking State*». A esto se añade el reciente golpe «monetarista» en el seno del BCE, justificado por la lucha contra una inflación que, tanto en Estados Unidos como en la UE, responde a factores no salariales, es decir, al mantenimiento de los beneficios empresariales y al aumento de precios de mercado de la energía y de los cereales (incrementado, pero no provocado, por la guerra en Ucrania).

## La hora de los halcones

La coalición que ha tomado el poder de los bastiones ordoliberales en la UE<sup>255</sup> (rentistas, especuladores, *shadow bankers* y mercantilistas alemanes, neerlandeses e italianos) está respondiendo a las subidas de tipos de la Reserva Federal estadounidense, y al consiguiente reforzamiento del dólar y de los bonos del Tesoro estadounidenses, con las mismas armas: apuntalamiento de los bonos alemanes y neerlandeses; depresión de los factores inflacionistas debidos al diferencial cambiario en los mercados de petróleo y gas de esquisto y de las principales materias primas; y, ya de paso, desencadenamiento de una recesión que liquidará *ab ovo* toda presión salarial.

No cuesta ver la incompatibilidad entre la subida de tipos y el encadenamiento sucesivo de procesos de endeudamiento público y privado.<sup>256</sup> Se anuncia así una contradicción (¿secundaria?) entre los dos regímenes de guerra posibles. Uno que quiere conciliar compromiso atlántico, rearme, cohesión social y transición verde a medio plazo (pero recurriendo a los combustibles fósiles debido al «chantaje ruso»), y que se basa en una coordinación entre políticas fiscales descarbonizadoras y mercados de capitales comprometidos con la dirección del BCE.<sup>257</sup> Y otro,

---

255 El Bundesbank alemán y el Nederlandsche Bank neerlandés a manos de Jens Weidmann y Klaas Not, respectivamente. Más un cierto Luis de Guindos, vigente vicepresidente del Banco Central Europeo y ejemplo palmario de que, como el proletariado, el capital financiero no tiene patria.

256 Auspiciados por la respuesta europea y estadounidense a la recesión profunda que provocó la gestión neoliberal de la pandemia de la Covid-19. Ello generó un consenso acelerado para el lanzamiento del programa interanual 2021-2027 *NextGenerationEU* que, junto al presupuesto a largo plazo de la UE del mismo periodo, asciende a poco más de 2 billones de euros.

257 En julio de 2022 el BCE hizo públicas las medidas que tomará entre 2022 y 2026 para incorporar los objetivos de descarbonización en su política de compra de bonos públicos y corporativos, a la par que cumple con su objetivo fundacional de mantenimiento de la estabilidad de precios. Las medidas consisten básicamente en (1) la compra de bonos de las compañías con mejores resultados de descarbonización y reinversión en las mismas de las amortizaciones (sin embargo, «el volumen de compras de bonos corporativos seguirá estando determinada únicamente por consideraciones de política monetaria y de sus papel en la consecución del objetivo de inflación del BCE»); (2) un sistema de activos de garantía que limita el porcentaje de activos de compañías con alta huella de carbono, que pueden ser presentados como garantía en las operaciones de crédito con el BCE (asimismo, esos activos sufrirán recortes en su valoración a partir de la evaluación de su riesgo para el cambio climático); (3) la exigencia de cumplimiento de la Directiva de información corporativa en materia de sostenibilidad (CSRD) de la CE, anunciada en febrero de 2022 pero aún sin implementar; y (4) la mejora de la evaluación de riesgos relativos al cambio

que quiere conciliar el compromiso atlántico con una ofensiva contra la cohesión social y territorial de la UE, que restaure el predominio total del modelo macrofinanciero ordoliberal de lucha contra el déficit público, la inflación (de salarios y gasto social) y que, por lo tanto, subordine los aspectos sociales y descarbonizadores del NextGenerationEU al «saneamiento fiscal». Este último sería un régimen de guerra dominado por la alianza germano-neerlandesa-luxemburguesa de rentismo y mercantilismo. Sin embargo, esta vez cuesta ver cómo podría mantener la pretensión ordoliberal de mantener una red de protección social mínima cuando los cimientos del modelo alemán creado a principios de siglo se han vuelto inviables con la guerra en Ucrania.<sup>258</sup>

La esperanza de esta segunda modalidad de régimen de guerra consiste en desplazar a los países más endeudados de la UE el precio financiero y social de su golpe austero, reforzando los bonos del tesoro germano conforme a una repetición compulsiva de la política alemana tras la crisis financiera de 2008. Y lo hacen cuando Alemania vive la peor crisis económica, social e institucional desde su reunificación en 1991. De esta suerte, cabe esperar fuertes convulsiones en el sistema de partidos (y en sus conexiones sociales) de la «locomotora europea».

Tengamos en cuenta que el régimen de guerra ha generado una división transversal en todo el espectro político e institucional alemán, desde la extrema izquierda a la extrema derecha, en los sindicatos y en las organizaciones patronales, y que el duro precio social a pagar aumenta la probabilidad de dislocaciones que ya se anunciaban antes de la guerra. Esta dinámica es manifiesta, sobre todo en el este del país, donde la extrema derecha de AfD se está convirtiendo en un centro de gravedad respecto a los electorados y a sectores del personal político de la derechista CDU y de parte de la izquierda de Die Linke. «Si permanecemos

---

climático y su inclusión en sus calificaciones de activos.

258 El modelo alemán que nace con el gobierno «socialdemócrata» de Schröder —flamante multimillonario al servicio de Gazprom, junto a otros como Volker Rühle (CDU)— se basó fundamentalmente en: (1) un euro ordoliberal contrario al gasto social expansivo, so pretexto del peligro inflacionista considerado la antecámara del infierno; (2) la existencia de un mercado de trabajo barato propio y foráneo gracias a lo que en Alemania se denominó un «*sozial Kahlschlag*» [la deforestación o demolición social] llevada a cabo con las reformas Hartz IV de los gobiernos de Gerhard Schröder entre 1998 y 2005) y a las externalizaciones de las cadenas de valor a los países del Este; y, (3) *last but not least*, la energía barata del amigo ruso.

unidos como *nación*, saldremos bien de este periodo»,<sup>259</sup> decía el canciller Scholz antes del otoño. Resulta sintomático que un signifiante tan problemático en Alemania como «Nation» aparezca como centro del discurso sobre el malestar social ante la escasez energética, el cierre de pequeñas y medianas empresas y la depresión salarial. En el otro lado del eje rector histórico de las comunidades europeas, Macron dramatiza con el «final de la abundancia y la despreocupación», dispuesto a activar el estado de emergencia, como cada vez que las protestas sociales han irrumpido en la escena pública en los últimos años.

En esta nueva vuelta de tuerca neoliberal, los tesoros públicos operan como aval para unos mercados de capitales completamente dominados por una «banca en la sombra»<sup>260</sup> cuya jerarquía de balances (cadena de endeudamiento) termina en el tesoro público como deudor en última instancia. Pero a pesar de que es una arquitectura que permite la creación de todo tipo de productos financieros (obligaciones de deuda hipotecaria, bonos de carbono o bonos de proyectos de energía renovable, entre otros) no conviene despistarse, y para ello tenemos el precedente de la crisis financiera de 2008. Entonces las arcas públicas operaron como última garantía de los mercados de capital al precio de una masacre social, y solo la expansión monetaria del BCE y, posteriormente, la relajación del Pacto Fiscal Europeo, permitieron una huida hacia adelante mediante el endeudamiento masivo de las finanzas privadas y públicas. Todo ello se ha sostenido hasta hace poco por tipos de interés negativos y sin modificar un ápice la estructura de completa dominación de las finanzas privadas sobre las arcas públicas.<sup>261</sup>

Más tarde, la pandemia de la Covid-19 supuso una nueva recesión brutal en un marco de expansión monetaria dominada por la renta parasitaria de los mercados financieros privados, lo

---

259 Véase «Wenn wir als Nation zusammenhalten, werden wir durch diese Zeit kommen» *Die Welt*, 7 de septiembre de 2022, <https://www.welt.de/politik/deutschland/article240901059/Olaf-Scholz-Wenn-wir-zusammenhalten-werden-wir-durch-diese-Zeit-kommen.html> (la cursiva es nuestra).

260 Organizaciones y prácticas financieras de crédito no reguladas: fondos de capital riesgo, socimis, empresas de seguros, corporaciones y bancos que hacen operaciones de crédito fuera de sus balances, etcétera.

261 Recordemos el deterioro de las condiciones y expectativas de vida de los no propietarios de capital.

que obligó al regreso del «activismo fiscal» de los gobiernos, es decir, tal y como sostiene Daniela Gabor:

Aun en el caso de una financiación monetaria impulsada dentro del marco macrofinanciero actual, que se despliega explícitamente para reducir los costes de la deuda pública, los parámetros del respaldo del banco central se establecen sin ningún tipo de coordinación con las autoridades fiscales, sino que se guían por criterios opacos que se centran en la creación privada de crédito. Este arreglo opaco es políticamente insostenible en países en los que tanto el gobierno como el banco central están cada vez más comprometidos en el combate contra la crisis climática, toda vez que estimula la protesta política de quienes se muestran escépticos ante el retorno del predominio fiscal, o de quienes continúan viendo el mundo a través de una óptica monetarista. Si se quiere auspiciar (el regreso de) una financiación monetaria subordinada a los objetivos de la transición verde, entonces se hace necesario un marco propio congruente que no confunda instrumentos con lo que han de ser medidas políticas.<sup>262</sup>

Sin embargo, la retórica de la Comisión Europea y de su presidenta sigue considerando compatibles (e, incluso, sinérgicos) el esfuerzo de guerra civilizatoria y el Nuevo Pacto Verde europeo, como se pone de manifiesto en los relatos que vinculan el plan REPower EU con la reconstrucción de Ucrania. En su discurso en el Foro Estratégico de Bled (Eslovenia) del 29 de agosto de 2022, la presidenta narró en términos (pseudo)churchilianos el futuro radiante que, tras el sacrificio, aguarda no solo a Ucrania, que será libre, próspera y verde gracias a la inversión multilateral, sino también a unos Balcanes «democráticos». Esta ponencia de Ursula von der Leyen es particularmente interesante porque reúne todos los desafíos de la política interna y externa de la UE bajo la narración de la guerra de civilización democrática, ya no solo contra Rusia, sino también contra China. Es una caracterización de la coyuntura en la que el chantaje ruso del gas y el petróleo impide la democratización,<sup>263</sup> y donde la «transición

---

262 Véase Daniela Gabor, *Revolution without revolutionaries: interrogating the return of monetary financing*, Transformative Responses to the Crisis, Berlín, 2021, [https://transformative-responses.org/wp-content/uploads/2021/01/TR\\_Report\\_Gabor\\_FINAL.pdf](https://transformative-responses.org/wp-content/uploads/2021/01/TR_Report_Gabor_FINAL.pdf) (la traducción es nuestra).

263 Se trata del mayor acto de revisionismo de la política exterior hacia la URSS-Rusia de los últimos 50 años, por no hablar de la desautorización que supone respecto de la política de la excanciller Angela Merkel, en cuyo gobierno sirvió Ursula von der Leyen como ministra de Defensa entre 2013 y 2019.

verde» (identificada con la democracia y la civilización) se enfrenta a la coacción del hegemón chino:

Las transiciones verde y digital aumentarán enormemente nuestra necesidad de materias primas (el litio para las baterías, el silicio para los chips, y las tierras raras para los imanes de vehículos eléctricos y aerogeneradores). Su demanda podría duplicarse para 2030. Y, si atendemos a la demanda europea de baterías de litio, está lista para aumentar a una tasa anual del 40 % entre 2020 y 2025. Ahora bien, la buena noticia es que el Nuevo Pacto Verde europeo está avanzando. La noticia no tan buena es que un país domina el procesamiento. De las 30 principales materias primas, hoy diez proceden en su mayor parte de China. Así que tenemos que evitar caer en la misma dependencia que con el petróleo y el gas. No debemos sustituir las viejas dependencias con otras nuevas. Tenemos que asegurarnos de que el acceso a esos productos no se use para chantajearnos.<sup>264</sup>

En el mismo discurso se vincula el desafío estratégico de la civilización europea-atlántica (no olvidemos que tanto la OTAN como el Pentágono han ratificado en 2022 la designación de China como amenaza estratégica) con la llamada *Global Gateway*.<sup>265</sup> Esta alternativa europea a la nueva Ruta de la Seda china estaría repleta de oportunidades para las corporaciones europeas y del G7, en forma de grandes infraestructuras (por supuesto, ecológicas, transparentes, con la seguridad como centro y muy democráticas, conforme a la retórica civilizatoria) en los países socios de la UE y en los países empobrecidos. En este punto, África cobra de nuevo una importancia central, en tanto que lugar de conflicto entre bloques geopolíticos y neocoloniales en lucha por sus recursos. El continente se reubica en una posición que no tenía desde las décadas que condujeron a la I Guerra Mundial, puesto que las consecuencias de la Guerra Fría en el continente africano (periodo de descolonización y de proyectos de liberación y desarrollo nacionales) no estuvieron tan directamente vinculadas al acaparamiento de recursos y al extractivismo por parte de Estados Unidos, Francia y Reino Unido (y menos aún por parte de la URSS y China).

---

264 «Keynote speech by President von der Leyen at the Bled Strategic Forum», 29 de agosto de 2022, [https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/en/SPEECH\\_22\\_5225](https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/en/SPEECH_22_5225)

265 «*Global Gateway*». Véase [https://ec.europa.eu/info/strategy/priorities-2019-2024/stronger-europe-world/global-gateway\\_es](https://ec.europa.eu/info/strategy/priorities-2019-2024/stronger-europe-world/global-gateway_es)

### **Green New Deal ist kaputt**

Sobre el telón de fondo del «sueño europeo» que ahora cabalga «la razón de la guerra», y con el fracaso de la COP26 de Glasgow amortizado;<sup>266</sup> las reverberaciones —para quienes conservan el oído de la razón— provocadas por la filtración del Sexto Informe del IPCC en agosto de 2021 resultan ensordecedoras.<sup>267</sup> La realidad política europea (y española por añadidura) se vuelve asfixiante por dos motivos principales: la incapacidad de decir políticamente lo intolerable de la situación, es decir, que la estructura mundial de poder capitalista *está ya* produciendo un ecocidio sin precedentes (con visos de incluir en algún momento a la especie humana); y la incapacidad de las grandes mayorías sociales para los tipos de mutación subjetiva que permitan una salida emancipatoria *en y contra* las consecuencias de la aceleración del calentamiento global.

A este respecto, además, lo primero que hay que decir es que una reducción drástica como la recomendada por el Sexto Informe es *imposible*. Su imposibilidad es sencillamente de orden biopolítico: no estamos en condiciones de organizar *ex nihilo* una fuerza social y política capaz de interrumpir la máquina ecológica del capital en prácticamente todo el planeta. En este sentido, las recomendaciones del IPCC no son de suyo políticas, pero eso no les resta su carácter de «predicción extremadamente probable». Por lo tanto, y para cualquier instancia emancipadora, sería un error no partir de ellas para construir una estrella polar de referencia en la crítica del capitalismo a secas. Es una condición necesaria pero no suficiente: toda discusión que no considere el

---

266 Conferencia de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático celebrada en la ciudad escocesa entre octubre y noviembre de 2021. Solo la primera ministra escocesa Nicola Sturgeon planteó el problema decisivo: la transferencia directa de fondos del Norte al Sur, no como ayuda, inversión o crédito, sino como reparación por los daños producidos por las emisiones de gases de efecto invernadero por parte de los países hiperdesarrollados.

267 La filtración del primer informe del Sexto Panel del IPCC (*Intergovernmental Panel on Climate Change*, Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático) en agosto de 2021 significa algo tan fundamental como urgente: tenemos que poner en juego todo para producir una salida emancipadora a una nueva fase de la humanidad en el planeta Tierra. La amenaza es completamente irreversible, aunque mitigable en sus peores efectos si, como prescribe el informe, se impide el aumento de la temperatura media global por encima de 1,5°C o 2°C mediante reducciones drásticas e inmediatas de las emisiones de gases de efecto invernadero.

régimen de guerra, como ocurre en la polémica entre colapsistas y reformistas climáticos, está abocada a un callejón sin salida.

Así pues, si hacemos el esfuerzo de traducir las recomendaciones del Sexto Informe a un conjunto de prácticas políticas posibles, el GND es el primer problema que tenemos que abordar.<sup>268</sup> Y es la cuestión principal, porque tanto en el ámbito europeo (desde los gobiernos español al alemán, desde los partidos a la izquierda de la socialdemocracia al centro derecha y, en buena medida, desde parte de la Comisión Europea actual) como en el estadounidense (desde una parte considerable de la coalición que llevó a la presidencia a Joe Biden en Estados Unidos), se ha adoptado ese nombre para designar la nueva naturaleza del pacto social para *otro desarrollo capitalista*. Un acuerdo en el que, en teoría, se darían la mano una sustancial descarbonización tendencial de la actividad económica y un reforzamiento de las formas de redistribución directa e indirecta de las ganancias de un capitalismo que se volvería cada vez más «verde».<sup>269</sup>

Para calificar el marco del GND como una ilusión (perniciosa) disponemos de varias líneas y planos de crítica. Desde un punto de vista histórico, la comparación con el New Deal rooseveltiano (y con las distintas formas del pacto social en Europa occidental después de la II Guerra Mundial) no se sostiene por tres razones fundamentales.

La primera es que no se puede entender el gran reformismo capitalista occidental del siglo XX sin, por un lado, la amenaza letal que para este modo de producción determinó el éxito de la

---

268 Las ilusiones son efímeras en nuestros tiempos. Poco ha tardado el Pacto Verde Europeo y su alternativa progresista, el GND, en convertirse en un posible ahuecado, vano, de los que mantienen la apariencia de que hay una salida sistémica del capitalismo con derechos sociales y ecológicos. El proyecto socialdemócrata se ha desmoronado y ha sido sustituido por un régimen de acumulación para la guerra, un GND militarista (relativo, porque los salarios no se están manteniendo). Un régimen de guerra que, además de cancelar la descarbonización, absorbe el enfrentamiento de pre-guerra civil estadounidense, y que está orientado a delinear los grandes bloques imperiales mundiales, arrinconando a China por la vía de eliminar ambigüedades en países intermedios.

269 Pensemos, por ejemplo, en la temática en boga sobre las alianzas entre lo público, lo comunitario y lo privado en la generación de plantas de energía renovable de diseño, propiedad y gestión compartida, como las que está abriendo en la Península Ibérica la empresa pública noruega Statkraft, el mayor productor de energía renovable de Europa (<https://www.statkraft.es/>). En este tipo de operaciones se «jugaría» la supuesta concreción de una transición verde más democrática y participativa, basada en el contrapeso que pueden jugar cooperativas de pequeños productores y municipios.



Revolución de Octubre en 1917 (contra la cual, además, el gran capital industrial y financiero europeo se entregó al fascismo y al nazismo); y sin, por otro lado, la existencia de un movimiento obrero profundamente arraigado en la población trabajadora, dotado de organización, instituciones y culturas propias, y susceptible de inclinar la balanza a favor del socialismo.

La segunda razón es que el régimen fordista de producción, distribución y consumo, pero también la arquitectura financiera occidental (Bretton Woods) y las dinámicas demográficas que le acompañaban, son incomparables (en cuanto a las altas tasas de crecimiento y a la tensión hacia el pleno empleo de entonces) con las que aparecen como presupuestos del marco del GND, cuyas tasas moderadas de crecimiento y empleo son, salvo ilusiones, la condición de todo GND posible en los capitalismo actuales, China incluida. Aquí se podría objetar que, tanto en el New Deal como en el GND, el Estado es un actor fundamental en la formación de una demanda agregada y, por lo tanto, en la corrección (fiscal, de inversión, de redistribución mediante la reconstrucción de la protección social) de las desigualdades en el acceso a empleos de calidad, que la llamada transición verde del capitalismo implica necesariamente. Pero esa objeción puede refutarse doblemente, de manera sencilla y rápida: por un lado, la *puissance* del Estado nación providencia dotado de relativa autonomía financiera y fiscal ha dejado de existir con la Europa de Maastricht y, por otro, la capacidad de presión —o más bien de contrapoder— que era capaz de ejercer el movimiento obrero, en los marcos del New Deal y de la Europa de los «Treinta gloriosos» años de crecimiento y redistribución fordista, no tiene equivalente serio en las instancias que presumiblemente podrían ejercer presión y contrapoder para la transición «ecológica y social» hacia un capitalismo progresivamente descarbonizado. En ese sentido, las fracciones de las clases medias urbanas, y de las pequeñas comunidades y cooperativas rurales de la agricultura y la ganadería sostenibles, son incapaces de construir una coalición social y política mayoritaria.<sup>270</sup>

---

270 Como punto de partida para la transición descarbonizadora, esa federación debería vertebrar las alianzas con quienes durante un largo periodo iban a padecer el desempleo, la descualificación, y la falta de reconocimiento social de su trabajo. Sin embargo, difícilmente podrán liderar esos sectores a unas clases medias hoy basadas

La tercera razón es quizás la más demoledora: como veremos más abajo, si por algo se definen la crisis de los regímenes de acumulación capitalista actuales y sus desequilibrios financieros y comerciales globales, es por un exceso de oferta, es decir, por una producción excesiva de mercancías respecto a una demanda familiar mayoritaria completamente deprimida por bajos salarios, bajas pensiones, alto endeudamiento, altos impuestos de las rentas bajas y complementos fiscales públicos raros e insuficientes.

### **Una descarbonización imposible**

Si un GND o Nuevo Pacto Verde quisiera ser tal, tendría que combinar un aumento considerable y suficiente de la demanda agregada (consumo más inversión pública y privada) basada en un incremento sustancial, garantizado y mayoritario del salario-renta de las familias, y en incentivos fiscales, políticos y culturales sólidos al consumo «productivo» de la oferta de productos «verdes»: automóviles, casas, electrodomésticos, informática, alimentos saludables, etcétera. Por nuestra parte, y como ya se ha dicho, consideramos que el régimen de guerra instaurado en Rusia y en los países de la zona euroatlántica, tras la invasión de Ucrania, pone fin a toda veleidad de un GND con justicia social, medioambiental y postcolonial.

El problema es que en el marco euroatlántico de un GND solo en los países del centro (más adelante justificaremos la imposibilidad de un GND que no aborde la colonialidad de la división mundial del trabajo y la división centro/periferia o Norte/Sur en el sistema-mundo, y las consecuencias sistémicas que acarrearía) tenemos un trilema irresoluble entre descarbonización, crecimiento capitalista (acumulación de capital), y crecimiento y seguridad de las rentas del trabajo y de la protección social.

En la coyuntura actual de subconsumo de las familias y de exceso de oferta, los países en los que se plantea el GND (en tanto que pacto entre capital y fuerzas del trabajo) se cuentan entre

---

en la participación diferencial en la renta extractiva financiera mediante el acceso privilegiado a la propiedad, a la educación superior y a los mejores servicios sanitarios y residenciales (sobre todo teniendo en cuenta que el presupuesto de partida del GND no puede dejar de suponer un aumento considerable de la presión fiscal sobre las rentas medias y altas).

los grandes emisores de CO<sub>2</sub> y de gases de efecto invernadero, así como los que más contribuyen al envenenamiento de los ecosistemas y del ciclo del agua, en orden de mayor a menor: China (si consideramos la «Prosperidad Común»<sup>271</sup> como una especie de GND «con características chinas»), luego Estados Unidos, en quinto lugar Japón, en sexto Alemania y Corea del Sur en octavo lugar. Teniendo en cuenta que el GND se plantea como pacto a escala de la UE, los 27 son el tercer emisor global después de China y Estados Unidos, y entre los tres suponen el 46 % de las emisiones mundiales de CO<sub>2</sub>. Con arreglo al trilema, recuperar las tasas de crecimiento (reduciendo el endeudamiento, aumentando el papel de los circuitos de la inversión pública descarbonizadora y de las rentas del trabajo-consumo de las familias) significaría un aumento general de la productividad de las inversiones, que a su vez implicaría un saneamiento y desendeudamiento a corto y medio plazo de los capitales públicos y privados. En resumen, esta secuencia implicaría no solo no avanzar en el volumen total de emisiones de las tres regiones y países considerados, sino incluso retroceder; y todo ello teniendo en cuenta el nivel de endeudamiento público y privado, la enormidad de los excedentes de la balanza por cuenta corriente de China y Alemania (hasta el estallido de la guerra en Ucrania) o, fuera de los tres grandes emisores, el problema endémico de ahorro y exceso de oferta en Japón.

Más aún, si se quisieran dar grandes pasos en la descarbonización de la economía mediante un pacto político-social entre los Estados y las fuerzas del trabajo, entonces habría que aumentar el poder de compra de salarios y rentas del trabajo, reforzar enormemente su seguridad, reducir drásticamente los horarios de trabajo sin pérdida de salarios, instaurar una renta básica universal de transición ecológica, y promover la creación de empresas, industrias, cooperativas y mercados con objetivos claros de descarbonización en las cadenas de producción y distribución de alimentos, en la generación y distribución de energía, en el sector de la movilidad (transportes públicos con emisiones cero y gravamen y limitación al transporte privado no laboral),

---

271 Principio fundamental de la doctrina del PCCh desde octubre de 2021. Su aplicación supone, en teoría, la mejora de las condiciones de vida de toda la población.

o en la hostelería turística. Ello generaría resultados netos de decrecimiento de los dividendos de capital y de los indicadores macroeconómicos de la acumulación de capital financiero y de la «banca en la sombra». Alguno de los tres factores del trilema expuesto más arriba (descarbonización, crecimiento capitalista o acumulación de capital, y crecimiento y seguridad de las rentas del trabajo y de la protección social) tiene que salir perdiendo. Si al trilema añadimos los costes de extracción y transformación de los minerales y tierras raras (como ya hemos dicho, fundamentales para la generación, almacenamiento y distribución de energías renovables y para la fabricación de materiales y componentes sostenibles y reciclables), así como sus derivadas políticas respecto a los términos del comercio internacional entre los países productores y los receptores, las contradicciones entre las opciones del trilema se agudizan.

En este punto se pone de manifiesto la aporía central del GND: aún suponiendo un capitalismo homogéneo desde el punto de vista del interés por la descarbonización (algo que, como veremos, está muy lejos de la realidad), no es serio pretender que una presión tan débil como la que parecen capaces de ejercer las fuerzas sociales y políticas que abogan por un GND progresista, puedan acabar con las economías extractivas y sus correlatos industriales y logísticos planetarios (así como con el subsistema financiero de las materias primas, el petróleo y las tierras raras).

¿Es verosímil que el capitalismo global integrado vaya a asumir, en favor de la mitigación del cambio climático, la mayor presión fiscal de todos los tiempos sobre los rendimientos del capital y sobre los patrimonios, es decir, a resignarse a un debilitamiento de su poder de clase en favor de una nueva potencia del Estado social(ista)? ¿Acaso el capital va a impulsar un debilitamiento del triángulo de poder financiero Washington-Nueva York, Londres, Berlín-Frankfurt, con sus correlatos de desfinanciarización y de pérdida sustancial de poder sobre la producción de los distintos tipos de intermediación financiera actual (banca privada, fondos de inversión, sociedades de inversión, mercados bursátiles)? El GND es imposible porque, a diferencia del New Deal histórico, escamotea por completo el problema de las luchas y/o los antagonismos de clase para pensar una nueva fase del capitalismo.

Dicha evacuación de las luchas y/o antagonismos de clase se ve compensada por el rescate del Estado (tras décadas de un neoliberalismo que lo habría debilitado) en tanto que actor central de la dinámica económica y, por ende, política. Pero no hay que insistir mucho en que la centralidad del Estado que se postula en la versión europea del GND<sup>272</sup> tiene poco que ver con la del Estado keynesiano-fordista. El Estado se presenta ahora como una agencia de legitimación democrática de una nueva acumulación originaria de capital, y esa legitimación reside en la tutela del mecanismo de distribución de los fondos a empresas y corporaciones. Para entender esta excepción en el régimen ordoliberal (a la primacía del saneamiento de las cuentas públicas y del combate a toda costa social del aumento de la inflación) tenemos que recordar la devastación social provocada por la gestión capitalista de la pandemia y sus efectos sobre la actividad económica. Existe un consenso amplio que alcanza al corazón alemán del ordoliberalismo, y que remite a la conciencia de las élites gobernantes en la UE (así como a las élites del Partido Demócrata de Biden tras la presidencia Trump)<sup>273</sup> de que, con la emergencia sanitaria global, el toque de difuntos asomó en el horizonte de las democracias capitalistas del eje atlántico, tanto para el sistema de gobierno federal estadounidense como para el proyecto de la UE.

Sin embargo, existe el mismo consenso respecto al hecho de que la excepción no constituye norma. No puede constituir norma. No puede volverse norma el endeudamiento público y privado estratosférico que determinan tanto el NextGenerationEU y el Marco Financiero Plurianual (en torno a 1,8 billones de euros) como el fallido proyecto Build Back Better Act [Ley para la óptima reconstrucción] de la administración Biden (3,5 billones de dólares en su formulación inicial que se han quedado en los 433 000 millones con la Inflation Reduction Act [Ley de reducción

---

272 En el marco laxo del GND y, sobre todo, en la orientación dominante de la Comisión Europea, el papel del Estado se limita a las llamadas colaboraciones público-privadas, que son el modelo central del llamado Mecanismo de Recuperación y Resiliencia, los 750 millardos de euros «destinados a la transición ecológica, la transformación digital, la cohesión social y territorial y la igualdad de género en la UE (sic)».

273 Hay un fondo de impotencia terrible en el discurso que pronunció Biden en Philadelphia el uno de septiembre de 2022, sobre el «alma de la nación: *Remarks by President Biden on the Continued Battle for the Soul of the Nation*», <https://www.whitehouse.gov/briefing-room/speeches-remarks/2022/09/01/remarks-by-president-biden-on-the-continued-battle-for-the-soul-of-the-nation/>

de la inflación]), ni la inmensa creación monetaria que los sostiene por parte del BCE y de la Reserva Federal respectivamente. El consenso versa sobre la propia ambivalencia de la excepción (cuánto puede durar y qué sucederá cuando se vuelva a la norma) y la indistinción entre inversión y endeudamiento remite a la tensión extrema que le rodea.

### **Pathos colapsista**

La secuencia ininterrumpida entre pandemia, guerra y eventos climáticos extremos durante el verano de 2022,<sup>274</sup> ha reforzado el largo debate entre lo que se conoce como colapsismo y las posiciones que contemplan algún tipo de pacto social verde para mitigar el calentamiento global y retrasar la aparición de los principales *tipping points* (movilizando a los poderes públicos y a la sociedad civil para reducir el impacto de sus consecuencias ya inevitables).

A su vez, dentro del colapsismo europeo hay una tensión entre, por un lado, quienes consideran que es posible una respuesta estatal y política a los efectos del calentamiento global basada en el decrecimiento generalizado<sup>275</sup> y quienes, por otro, consideran que es demasiado tarde para ello y que lo prioritario es la adaptación de las poblaciones humanas a las consecuencias del calentamiento global. En el caso de esta segunda propuesta, se trataría de apostar por la organización colectiva de la vida y de la producción en sociedades no capitalistas y de bajo consumo energético. Hablaríamos, por lo tanto, de realidades no metropolitanas y con intercambios (fundamentalmente locales) asociados a redes de transporte menos densas y desaceleradas, y a una profunda desdigitalización de la producción y de la vida social (una Internet reducida a lo esencial, para la comunicación científica, comercial y personal).

En todo caso, hay una intersección entre las opciones estadocéntricas del Nuevo Pacto Verde y el colapsismo que sigue

---

274 Sequía extrema en Europa; episodios también extremos de calor en India, Pakistán y China; inundaciones sin precedentes en Pakistán a principios de septiembre, entre otros.

275 Hipótesis sostenida por el aumento de los precios de los hidrocarburos líquidos debido al *peak oil* (es decir, a los costes crecientes de producción y a la incapacidad de seguir los ritmos de la demanda) y a la imposibilidad material de satisfacer la demanda con sistemas de producción de energías alternativas.

afirmando que «queda poco margen, pero aún se está a tiempo de evitar lo peor». Y no cuesta ver que en esa intersección no hay lugar para la independencia de las luchas de clases subalternas respecto a la dirección del Estado, y sí para formas de autoritarismo más o menos «socialista» que busquen una legitimación basada en el «compromiso» de seguridad, decrecimiento y supervivencia.

Además, como hemos visto en los primeros compases de este capítulo, la guerra ha supuesto un baño de realidad para las dos opciones reales en juego: para la que apuesta por un pacto social verde entre clases y generaciones, pero también, particularmente, para las variantes ecosocialistas de la transición verde, en la medida que se basan en una dirección estatal (para la redistribución de la riqueza, la democratización de la producción de la vida humana y de su sostenimiento y el decrecimiento de la producción de mercancías).

Y ello no solo porque, en las condiciones del régimen de guerra actual, únicamente cabe imaginar un tétrico «socialismo de guerra» (que no podría dejar de basarse en la represión de las luchas de clase y en la movilización total y segregadora de las fuerzas del trabajo), sino porque el socialismo, entendido como gestión y planificación estatal de la producción de mercancías y de los mercados de capitales (incluida la mercancía fuerza de trabajo), es incompatible con la emancipación de las clases subalternas y la salida del capitaloceno.

El socialismo estatal, como desarrollo alternativo al capitalismo liberal de la propiedad privada de industrias, servicios y bancos, solo puede moverse en el terreno del desarrollo, es decir, de la reproducción ampliada del capital.<sup>276</sup>

Quizás la propuesta socialista más divulgada sea la de la Teoría Monetaria Moderna, que vincula la recuperación de la soberanía monetaria con los programas de trabajo garantizado y de transición ecosocial. Pero tampoco en esta ocasión son difíciles de ver los dos grandes problemas que presenta esta hipótesis:

---

276 El desarrollo que se refleja en indicadores macroeconómicos como el PIB y la tasa de crecimiento, la demanda agregada y la tasa de ahorro, la productividad media, local y sectorial del trabajo y de la inversión de capital, la inflación, el balance por cuenta corriente, la proporción de rentas salariales y de capital, la tasa de ocupación, la distribución proporcional y la composición del sector público y el sector privado, la deuda pública, los precios del dinero, los tipos de cambio, etcétera.

(1) la ilusión de que la soberanía monetaria en un solo país, o en un pequeño número de países, puede cambiar las reglas de los mercados de capitales en el régimen macroeconómico actual mediante la emisión monetaria y el proteccionismo; y (2) la pretensión de que generalizar la relación salarial a toda la población activa es compatible con la composición de clases actual de las fuerzas del trabajo (atendiendo a las dimensiones multinacionales, de colonialidad-racialización y de género), con la libertad de las fuerzas del trabajo y con la ruptura con el desarrollo capitalista.

El problema es que, por primera vez, la métrica del valor de cambio capitalista y la métrica de los valores de uso ecosistémicos son completamente inconmensurables:<sup>277</sup> capital y trabajo vivo se han desvinculado definitivamente de toda compatibilidad o dialéctica progresiva. El capital como integral de las formaciones de poder se enfrenta en esta fase crítica del capitaloceno a un desafío inaudito: tiene que operar en un medio caótico y crecientemente bélico en las disputas hegemónicas en el sistema-mundo; tiene que lidiar con su incapacidad para satisfacer las expectativas de vida, salud y seguridad de la mayoría de la humanidad (es decir, incluyendo a China); tiene que vérselas con la realidad del agotamiento de la disponibilidad barata de fuentes de energía, materias primas y alimentos y, en esa medida, de los costes de reproducción de las fuerzas del trabajo; y tiene que buscar su reproducción ampliada en una ecología donde la finitud y la escasez ocupan el centro de la escena.

En este escenario, la política en todo el mundo está hoy dominada por las transiciones de fase. Es una política determinada por las situaciones críticas, los puntos de inflexión, los saltos cualitativos de un Estado a otro, de un proceso a otro, es decir, no es una política de incrementos lineales. Cualquier política que se precie de realista no pasa por la retórica de las correlaciones de fuerza, sino por la fuerza subjetiva de las hipótesis sobre la probabilidad de que algo suceda. Es decir, en un medio ecológico de incertidumbre creciente, la política pasa por el acierto de las probabilidades subjetivas de que un acontecimiento se determi-

---

277 El valor de uso de la cooperación ecosistémica es el tensor que anima el modo de producción del común, como veremos más abajo.



ne. Dicho con otras palabras, puesto que nos enfrentamos a un medio ecológico de interacciones hipercomplejas,<sup>278</sup> no podemos olvidar que como agentes sociales y políticos de enunciación formamos parte de ese medio ecológico. Y que, en esa medida, nuestra agencia se traduce en grados de creencia, en hipótesis sobre cómo pueden ir las cosas, que a su vez contribuyen a modificar las probabilidades en juego en «la próxima ronda», puesto que somos un observador participante. La agencia misma entra como factor inmanente en la determinación de nuevas evidencias que llevan a respaldar o reformular las hipótesis políticas propias y ajenas. Es lo que se conoce como probabilidad bayesiana subjetiva,<sup>279</sup> pero en un medio en el que lo que creemos determina lo que pasa, como sucede por lo demás en la acción política.

De todas maneras, se tiende a objetivizar y naturalizar las ecologías complejas, sociales, medioambientales y psíquicas; separándolas y considerando la acción humana o los procesos de la psique personal y social (en el fondo transindividual) como una injerencia externa o un efecto pasivo y patológico cerrado sobre sí mismo o con efectos puramente sociales.<sup>280</sup> No: hay un

---

278 Un sistema de múltiples cruces entre la termodinámica de la biosfera, los antagonismos sociales y políticos en la crisis del sistema-mundo capitalista y el sufrimiento insoportable de la psique transindividual.

279 La utilidad de aplicar la probabilidad bayesiana (por su iniciador, el matemático inglés del siglo XVIII Thomas Bayes) a las luchas sociales consiste en la posibilidad de formalizar y discutir socialmente el grado de expectativa racional y de creencia en las hipótesis y prácticas políticas. La probabilidad bayesiana se distingue de la probabilidad clásica (condiciones ideales de simetría de un lanzamiento de dados, cartas, etcétera) y de la probabilidad frecuentista (ocurrencia o preponderancia de un fenómeno a partir de un muestreo experimental suficientemente amplio y aleatorio, con intervalos bien definidos en el tiempo y el espacio, etcétera.). Tanto en su versión objetiva como en su versión subjetiva, la probabilidad bayesiana se coloca en la hipótesis sobre cuya validez no cabe esperar una confirmación absoluta, sino solo grados de probabilidad (y, en este sentido, de creencia). A partir de un conocimiento o de datos a priori, se calcula la probabilidad de que un evento o hecho *x* se verifique. A partir de nuevos datos, relaciones, contextos, circunstancias, se vuelve a calcular la nueva probabilidad de *x*. Siempre en valores que no son 0 o 1, sino variaciones entre 0 y 1. Más interesante resulta la probabilidad bayesiana cuando las hipótesis versan sobre un evento o hipótesis que pertenece al mismo ámbito de sucesos al que pertenecen los observadores o en el que los observadores son participantes, implicados, inmanentes. Entonces la relación entre expectativa o creencia racional y cálculo de su probabilidad entra en relaciones de realimentación y de determinación mutua distintas del comportamiento valorativo externo de la probabilidad frecuentista.

280 Siguiendo la estela del estudio de Durkheim sobre el suicidio. Véase Émile Durkheim, *El suicidio*, traducción de Mariano Ruiz Funes, UNAM, México, 1974.

rizoma de líneas transversales que unen esas tres ecologías, como veremos más adelante.

En este punto, se hace necesario aclarar que ya no hay elección entre reformismo verde y revolución colapsista, entre temporalidad lenta y temporalidad abrupta, discontinua o insurreccional. Por eso, si de algo sirve el pensamiento ecosistémico no lineal es para relativizar y reducir el voluntarismo y el decisionismo que dominan las narraciones políticas, a su justa medida de «una forma de hablar».<sup>281</sup> ¿Tiene, pues, sentido privilegiar las luchas de clases (pobres y ricos, trabajadores/as bajo mando y ejercientes del poder de mando) en torno a la reproducción y a la libertad de las fuerzas del trabajo vivo y de la sociedad subalterna en general, sin tener en cuenta la urgencia y la importancia de las alianzas sociales sobre el calentamiento global, incluso connotadas por la crítica al capitalismo y a la reproducción ampliada del capital? Sí, lo tiene. Aprendamos de los chalecos amarillos: explosiones parecidas son muy probables, y una izquierda *grüne* [verde] será incapaz de establecer relevos y conexiones que impidan su aislamiento o, peor aún, su carácter de movimiento reaccionario. Aprender del *No Vax* italiano, en lo que atañe a las biopolíticas sanitarias sin protección social universal; descartar de la ecuación al reformismo ecoliberal vigente porque, a diferencia del periodo de posguerra o, incluso, del periodo de la globalización financiera neoliberal, carece de enganche con la realidad y, precisamente por eso, es inútil.

### **Excurso sobre el problema del comunismo**

Podríamos decir que entre la lucha contra el calentamiento global y el proceso de invención/construcción del comunismo hay una ley de potencias que permite afirmar que la aceleración de uno se corresponde con la aceleración del otro. El principal nexo es que enfrenta la finitud ecosistémica con la axiomática del capitalismo. La finitud común de los nexos entre biosfera y atmósfera, entre biosfera y vida humana soportable.<sup>282</sup>

---

281 Tras la derrota política del movimiento obrero y la correlativa e inevitable derrota del materialismo histórico, en las izquierdas melancólicas se sigue repitiendo hasta la saciedad el lema gramsciano del «pesimismo de la razón, optimismo de la voluntad», que sirve de muleta tanto al reformismo más pacato como al extremismo menos lúcido.

282 Por finitud hemos de entender la no disponibilidad infinita de tierras, combustibles y materias primas desde un punto de vista meramente cuantitativo respecto a las

Pero, para hablar de actualidad/reinvención del comunismo,<sup>283</sup> se hace necesario un previo destructivo frente a los argumentos que, desde la contrarrevolución neoliberal paralela al desplome del bloque soviético, se han utilizado para desaconsejar o dejar de lado la hipótesis comunista.

El comunismo hoy es el proyecto de constitución del común, entendido como modo de producción y reproducción de la vida, de las singularidades transindividuales que hacen y nacen de la cooperación. Pero ni la cooperación ni la producción en el sentido económico son presupuestos que determinen el común y las singularidades, sino al contrario, la definición de qué es producción, sus finalidades y las formas de cooperación nacen de la acción colectiva encarnada en instituciones del común (frente a una visión economicista que asume las definiciones capitalistas de lo que es producción o productivo y lo que no). Porque el comunismo no es nunca, por definición, una *Setzung* [posición], sino que es siempre una *Umsetzung* [replanteamiento] y una *Übersetzung* [traducción] continuas. Esto es lo que diferencia la política del comunismo de la política de partidos, consignas y programas. Esto es lo que distingue la política comunista (que no acepta, *a priori*, posiciones que se plantean como revolucionarias pero que están cargadas de voluntarismo o ilusión ideológica) de una colocación «entre» posiciones, en un juego de suma cero. De aquí se desprende una diferencia radical respecto a todo extremismo que se defina, por ejemplo, en relación a posiciones socialdemócratas y socialistas, pero que no intente generar un marco nuevo que apunte a las posibilidades de subvertir medidas reformistas interesantes.<sup>284</sup> Por eso el comunismo no puede

---

predicciones del volumen de la producción global. Pero finitud significa además la impermanencia de los equilibrios ecosistémicos en los cuatro procesos ecológicos fundamentales (flujos de energía, ciclo del agua, ciclo de los nutrientes y dinámica de las comunidades biológicas). Un tercer significado de la finitud remite a la contingencia, es decir, a que la biosfera y sus procesos no presentan ningún tipo de necesidad ni de destino y que, tanto la acción humana como cualquier otro evento físico suficientemente poderoso, puede acabar con su existencia.

283 El comunismo está condenado a repetirse, pero lo importante es la política y la ética en/de la repetición. De hecho, hoy equivale a un auténtico ejercicio de la antigua parresía, de «decirlo todo», porque se considera que corresponde a la verdad, sin miedo del castigo u ostracismo que el acto de habla pueda acarrear.

284 Como ejemplo, la renta básica universal, incondicional e individual, o lo que fue la presión desmesurada sobre el salario directo e indirecto en las luchas del obrero masa fordista y de las clases subalternas en Estados Unidos (que contribuyeron a poner en

sino ser siempre devenir, *wirkliche Bewegung* [movimiento real]. El comunismo así entendido permite conmensurar, sin subsumir, la finitud de los cuerpos y de la vida personal con la finitud de la biosfera en sus metabolismos tóxicos con lo humano/capitalo/estadocéntrico.

En todo caso, el comunismo siempre ha sido maldito. No ha sido necesario que hubiera revoluciones comunistas para ello. El anticomunismo es el abecé de la política burguesa, democrática o fascista, desde el periodo de la Restauración europea. Si hay un significativo que domina la historia contemporánea es «comunismo», con grandes hitos y transformaciones: 1848, 1871, 1917, 1949, 1966, 1968, 1977 y una nueva secuencia global que se abre en 2011.

Si hablamos de significativo lo hacemos para que nos entiendan un poco los adeptos de la ciencia política abonados al giro lingüístico y psicoanalítico, porque más allá de las guerras del significativo, el comunismo es una noción común construida por las experiencias y la imaginación de cientos de millones de seres humanos durante décadas y décadas, una noción común que se metamorfosea en cada actualización. Por eso, hoy la «fijación *Komintern*» (con sus variantes tanto sectarias como terroristas), la «fijación leninista» o «maoísta», o lo que Badiou ha llamado el «socialismo de los cuarteles», la obsesión por el Uno comunista transcendente, resultan inaceptables. Desde la revuelta mundial de 1968 el comunismo se torna en una cuestión no solo de interés (de clase), sino también de deseo y, por lo tanto, es irrepresentable por partido alguno. Los deseos se producen, fabrican, componen, no son representables políticamente.<sup>285</sup> Si el capital como idea o máquina abstracta es, en cierto modo, eterno, las nociones comunes del comunismo, construidas en las experiencias, instituciones y acontecimientos que han desbaratado la modernidad capitalista durante la construcción del sistema-mundo, no lo son menos. El espectro vino para quedarse y encarnarse allí donde las luchas de clase atraviesen un umbral

---

crisis los equilibrios del Estado de bienestar de las décadas de 1960 y 1970).

285 La revuelta mundial de 1968 determina la caracterización interseccional del comunismo y, por lo tanto, su indisociabilidad de devenires mujer, devenires subalternos, transgénero. Dicho de otra manera, el patriarcado y sus avatares son inseparables de las estructuras e instituciones del poder de mando capitalista.

de potencia de cooperación, de odio a la explotación y al poder de mando patronal y estatal, y de deseo de liberación e invención común de formas de vida.

Entonces, a la vista de la deriva autoritaria de las democracias de la propiedad, y del crecimiento de fascismos y «socialismos» nacionalistas y supremacistas, ¿quedaría el comunismo, la hipótesis nunca verificada ni acometida, por eliminación de alternativas? Solo en apariencia, solo en la evaluación pausada de una implausible comisión de Historia. Porque el principal problema del pensamiento crítico actual es la eficacia del chantaje anticomunista. Como hemos visto en el capítulo anterior, la socialdemocracia solo tiene sentido, después de la ruptura de 1919 y tras la II Guerra Mundial, como proyecto anticomunista. Un mandato en el que fue extraordinariamente eficaz hasta que la representación vicaria del comunismo, los regímenes del «socialismo real» con la URSS a la cabeza, se desplomaron o quedaron como particularidades sociopolíticas en el mercado mundial, lejos de toda capacidad de reiniciar secuencias políticas transnacionales.<sup>286</sup>

Se reabre así como tensión real la discusión sobre la transición al comunismo, un debate plural y heterogéneo. Basta ver la realidad de la etiqueta en la actualidad. Y, sobre todo, se reabre la cuestión de la aparición, de la ocasión y la coyuntura, del proceso. Y sin duda, de las organizaciones. Mientras las instituciones de nombre comunista oscilaban entre la fosilización y el carácter testimonial, el movimiento real estaba cambiando. Tal es el problema principal: la necesidad (en el sentido ontológico y

---

286 Hoy, parte de la socialdemocracia quiere validarse a partir de la tergiversación de la temática de «lo común». En su marco, no deja de ser otro nombre «modernizador» del control estatal, normativo, financiero y político, de las actividades de servicios a las personas y de protección del medio ambiente, surgidas durante el periodo de la contrarrevolución neoliberal. En las mejores versiones de esta «socialdemocracia de lo común», el común como modo de producción se reduce al régimen de propiedad consuetudinaria de la gestión de los *commons* naturales, agua y recursos forestales fundamentalmente, con la pretensión de generalizar ese régimen a espacios y equipamientos urbanos bajo la protección de un poder público democrático que evite la colonización mercantil y la propiedad privada de esos bienes comunes, materiales e inmateriales. En las peores versiones, «lo común» es el nuevo nombre de lo público, un intento de reverdecir el proyecto socialdemócrata del Estado redistribuidor evitando el estigma que «lo público» ha acumulado tanto por la propaganda neoliberal como por la crítica de las armas y las armas de la crítica del comunismo (autónomo y deseante) cristalizado con las revueltas globales de 1968.

ético) del comunismo carece de sujeto hoy o, más que de sujeto, habría que decir que carece de cuerpo(s). Pero esos cuerpos — para ese comunismo— solo se producirán en la práctica de las luchas, los devenires, las metamorfosis y las instituciones del *contrapoder de mando*.<sup>287</sup>

### Luchas de clases

Hemos explicado que ni el colapsismo ni el Nuevo Pacto (social) Verde tienen la capacidad de aferrar los vectores determinantes de la dinámica política, porque se basan en ilusiones sobre la reedición del pacto social fordista, o sobre el retorno a un Estado fuerte de seguridad y planificación del decrecimiento. Y ello quiere decir algo tan sencillo como que, también en esta fase del capitalismo, en plena presencia de los puntos de inflexión caóticos de la ecología del capital, la lucha de clases sigue siendo el motor de la historia. Este principio es, además, un criterio epistemológico, que prolonga la observación de Fourier y Engels sobre el grado de libertad de las mujeres como indicador del progreso social:

---

287 Por «contrapoder de mando» entiendo la fuerza organizada que se opone, desestructura y desestabiliza lo que Marx llamó el *Kommando* [poder de mando] del capital, es decir, esa «forma de poder» que, en *El Capital*, Marx localiza en el lugar de producción (el taller, la fábrica, la gran industria) como poder de mando sobre la libertad física (movimientos y usos del cuerpo) y psíquica (disciplina, miedo, obediencia) de los trabajadores. Contra la ficción contractual de la relación salarial como libre acuerdo entre partes iguales, este *Kommando* es del mismo género que el *Kommando* militar, o que una cuerda de presos o esclavos. Encontrarse en la «situación natural» de tener que obedecer a este poder de mando es el principal objetivo de la «reproducción» de las condiciones materiales y subjetivas de acumulación de capital. Quienes pretenden reducir la dominación subjetiva a un mero efecto de hegemonía sobre la manera en que los sujetos subalternos reflexionan sobre sus condiciones de existencia olvidan este «hecho» y, con ello, toda posibilidad de pensar con Marx y más allá de Marx sobre el capital como integral de las formaciones de poder o, dicho de otra manera, sobre el capital como civilización fundada en ese *Kommando*. Asimismo, más allá de Marx encontramos, en la dominación patriarcal y colonial, o en la necesidad de una vivienda o de un ecosistema, esa «forma de poder» como poder sobre una cooperación del trabajo vivo, esta vez sí, directamente productiva. En cualquier caso, hemos de introducir este problema en la práctica política. Algo que no puede resolver ningún partido con la representación, ni ningún medio de comunicación con la narración, a saber: el problema de desestructurar, desestabilizar, destruir el poder de mando del capital que existe y opera allí donde se ha de mandar sobre la libertad física y psíquica de las personas. El primer paso en la problematización consiste en definir el ejercicio de una fuerza, suficiente y opuesta, no autolesiva para los sujetos o las comunidades que luchan, de lo que denominé «contrapoder de mando», en tanto que función y organización necesaria del plano más amplio de los sistemas de contrapoderes contra el capital y su forma Estado.

Los progresos sociales y los cambios de periodo se operan en razón del progreso de las mujeres hacia la libertad; y las decadencias del orden social se operan en razón del decrecimiento de la libertad de las mujeres.<sup>288</sup>

A este axioma comunista y feminista de Engels-Fourier tenemos que añadirle una extensión contemporánea, que sirve de guía para encontrar los hilos emancipatorios en medio de las brumas y mistificaciones en torno a la posibilidad de un capitalismo verde con democracia y justicia social, ecosistémica y postcolonial: también los «progresos sociales» y los cambios emancipadores de época se operan en razón del avance de los subalternos del globo hacia la liberación social, política y económica, y su decadencia se corresponde con el reforzamiento de la explotación, el autoritarismo, la violencia, el encierro y el sacrificio de las clases subalternas de la sociedad global. Y aquí no se entiende clase ni subalternidad en un sentido vago, sino preciso: trabajadoras pobres, sin derechos, en el trabajo formal e informal, minorizadas y racializadas por la supremacía blanca, trabajadoras domésticas, sexuales, minorías de deseo, sexuales y de género, precariado, indígenas del planeta, proletariado cognitivo y creativo vampirizado por las plataformas, campesinados mundiales sin tierra y sin agua, naciones pobres y minorías nacionales sin estado, perseguidas y en peligro de desaparición y exterminio. Todas ellas son clases y subalternidades que, además, no pueden resistir ni emanciparse sin la liberación de sus ecosistemas sociales, medioambientales y mentales de las ecologías de explotación, segregación y envenenamiento del capitalismo histórico. El avance de las clases y subalternidades bajo este axioma extendido tiene su primer paso en su constitución política como multitud, como una clase (activa, en proyecto) que se constituye a partir de las luchas de clases (grupos sociales) subalternas (múltiples, heterogéneas).

El problema decisivo es que la lucha de clases no es solo un mero factor abstracto (que se traduce en las proporciones relativas entre salarios y renta del capital), sino que es también una producción de subjetividad, de capacidades de afectar y

---

288 Charles Fourier en *Le nouveau monde amoureux*. Hay una edición en castellano: *El nuevo mundo amoroso*, trad. de Daniel de la Iglesia, Fundamentos, Madrid, 1975.

ser afectados, de instituciones, de narraciones y de universos y ecosistemas incorporeales de valor-afecto. Y, en esta segunda dimensión, la lucha de clases determina direcciones y gradientes fuertes y corpóreos (en las finalidades sociales, en la vigencia de los derechos de propiedad y de las atribuciones del Estado) que generan, en definitiva, un sistema de contrapoderes sociales y políticos. Teniendo en cuenta (1) lo intolerable que para el presente y el futuro de la humanidad supone la continuidad del poder de mando capitalista sobre la producción y el sostenimiento de la vida humana y de los ecosistemas; y (2) la composición tecnomaquínica de las fuerzas del trabajo, la intensidad y la densidad de la cooperación manual, lingüística, afectiva (en redes y territorios) como fuerza productiva que llega a un grado en que puede calificarse como inmediatamente política y biopolítica; cabe concluir que es necesario partir de esta composición múltiple y contradictoria, y de sus luchas, para imaginar concretamente otras narraciones y otra política en la fase actual del capitaloceno y en la coyuntura actual de caos sistémico y de regímenes de guerra.

Es necesario decirlo: el capitalismo terminará cuando lo entierren las clases explotadas (racializadas, generizadas, nacionalizadas, psiquiatrizadas, etc.) que, a través de sus luchas, invenciones, instituciones y máquinas de guerra políticas y sociales, tengan la buena suerte de reducirlo a un umbral crítico de inconsistencia, desconexión e ineficacia. Podemos pensar ese momento (tan imaginario como fértil) como aquel en el que el capital como integral de las formaciones de poder deja de funcionar, de resolverse, de recomponer efectiva y estratégicamente sus axiomas: el momento o momentos acumulativos en los que los lenguajes de la equivalencia general de los valores (las secuencias D-M-D' o M-D-M'<sup>289</sup> como dinero, productos financieros, objetos, ecosistemas, fuentes de energía, seres humanos, universos incorporeales de valor,<sup>290</sup> saberes tecnocientíficos) y de

---

289 Fórmulas generales de la transformación del dinero en capital que Marx expone en el libro I del *Capital*, donde D es el capital como dinero (en cualesquiera de sus formas financieras) y M es la mercancía (bienes, personas como esclavas o como fuerza de trabajo disponible mediante «contrato»).

290 Universos incorporeales de valor son lo que Félix Guattari entiende dentro de una heterogeneidad de sistemas de valor de la subjetividad, donde valor y afecto son indistinguibles. Frente a la dicotomía entre valor de cambio (y equivalencia universal



los poderes (militares, coloniales, epistémicos, industriales, patriarcales) dejan de integrarse y de ser capaces, por un lado, de capitalizar y embridar la potencia de la cooperación del trabajo vivo (en sentido ampliado a la totalidad de la producción y sostenimiento de la vida) y, por otro, de hacer valer suficientemente los derechos de propiedad y el monopolio de la fuerza legítima a través de las formas Estado, de las agencias internacionales del derecho mercantil, y de las alianzas militares. No un momento mesiánico, sino una serie de fallas, de transiciones de fase.

Al mismo tiempo, el capitalismo es en cierto modo eterno, precisamente porque tiene la virtud de la máxima abstracción de sus axiomas de equivalencia entre poderes, saberes y valores heterogéneos. Solo podrá ser reducido en secuencias de luchas no lineales ni garantizadas de antemano, porque el capitalismo reaparecerá de nuevo allí donde la cooperación sin mando sea incapaz de inventar soluciones institucionales a los problemas de seguridad, sostenibilidad, salud y libertad de las singularidades humanas. Es fácil verse llevados a comparar ese «entierro» del capitalismo con el entierro en profundidad o la expulsión al espacio extraterrestre de los residuos nucleares y otros materiales radiactivos y tóxicos, pero la comparación no sería acertada, porque el capital «prende» allí donde reúne las condiciones mismas de su consistencia axiomática (jurídicas, financieras, estatales, éticas, energéticas, institucionales, maquínicas y científicas) y no puede ser aislado en un silo o un cementerio localizado, sino que funciona más bien como un espectro o un virus que puede permanecer latente o aparentemente muerto durante largos periodos, para activarse cuando se reúnen las condiciones adecuadas. Ninguna catástrofe climática acabará por sí sola con el capitalismo.

En este sentido, los delirios tecnofascistas de Elon Musk y de la «mafia de PayPal», de Jeff Bezos o del transhumanismo

---

de los valores mediante su reducción a trabajo abstracto y/o capital financiero) y valor de uso, en un sentido meramente económico e instrumental del valor, los universos incorporales de valor remiten a las gamas de afectos e intensidades transindividuales que «hay» en las ideas matemáticas, en los conceptos filosóficos, en la música y la poesía, la pintura, el cine, etcétera, pero también en las invenciones amorosas, las experiencias revolucionarias, los devenires de género, las experiencias del cosmos, la Tierra o el tiempo. Sobre esto, véase Félix Guattari, *Caosmosis*, *op. cit.*

de Silicon Valley en sus actuales variantes «largoplacistas»<sup>291</sup> son eficaces para el futuro del capitalismo, en tanto motores de renovación del espíritu del capitalismo y han de ser tomados completamente en serio. Escribían hace 50 años Gilles Deleuze y Félix Guattari:<sup>292</sup>

Tender siempre hacia lo más lejano, hasta el punto en que el capitalismo se enviaría a la luna con todos sus flujos: en verdad, todavía no hemos visto nada,

Pues bien, estamos empezando a verlo. Si la integral de las formaciones de poder funciona en Arrakis,<sup>293</sup> habrá capitalismo. La historia de lo que Mike Davis ha llamado los «holocaustos de la era victoriana tardía», a partir de la relación entre distintas manifestaciones de El Niño-Oscilación del Sur, el colonialismo británico y sus políticas de libre comercio y de libre mortandad masiva de las poblaciones hambrientas en India, China, Brasil, Etiopía, Corea, Vietnam, Islas Filipinas y Nueva Caledonia, ilustra que la catástrofe es siempre una oportunidad para el poder

---

291 En los últimos tiempos, en los medios del «transhumanismo» y del particular supremacismo tecnológico de los superricos de Silicon Valley y Mountain View, se han planteado las cuestiones de la acción más eficaz por parte de los supermillonarios y sus proyectos «altruistas». Entre otros, William MacAskill ha propuesto que la prioridad moral de nuestra época es asegurar el futuro a largo plazo de la humanidad, antes que intentar atajar lo que ya es insalvable en el presente (eventos climáticos extremos, hambrunas, guerras nucleares, grandes extinciones, etcétera), al objeto de garantizar las mejores condiciones de entrega del planeta para las generaciones en el futuro lejano. Esto se traduce en todo tipo de «propuestas» de inversión millonaria, entre otras la que, en la pluma de uno de los principales exponentes del largoplacismo, Nick Bostrom, plantea que, a la luz de la finitud de los recursos de la biosfera y de la probabilidad creciente (a largo plazo) de eventos catastróficos, hay una deber moral de preservar una vida digna para el mayor número de seres humanos «digitales» del futuro lejano, es decir, simulaciones en un universo digital simulado pero vivible para los humanos simulados. Junto a Carl Shulman, Bostrom ha fundado el Future of Humanity Institute, con el que se dedican a imaginar y proponer todo tipo de proyectos de *reengineering* de los seres humanos, desde los implantes tecnológicos que prolonguen extraordinariamente la vida a la posibilidad de crear humanos *in vitro* diseñados por sistemas expertos de inteligencia artificial. Como corriente en evolución, simpática a figuras del tecnofascismo con Elon Musk, el largoplacismo prolonga los delirios capitalistas —no por ello menos materiales, puesto que invierten sus fortunas en su realización— de superación tecnológica de la finitud de la biosfera y al mismo tiempo de huida de las consecuencias políticas y sociales de la creciente insostenibilidad de la vida humana en la Tierra y de las amenazas que supone para su poder de clase.

292 Véase Gilles Deleuze, Félix Guattari, *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia 1*, traducción de Francisco Monge, Paidós, Barcelona, 2004, p. 40.

293 Planeta desértico en la saga de *Dune*, del escritor de ciencia ficción Frank Herbert.

de mando del capital, que es el actor colectivo mejor preparado para ofrecer un pacto de supervivencia a subconjuntos de las clases subalternas y de bienestar suficiente a las clases poseedoras y a una parte (cada vez más escasa) de las clases medias del planeta, un bienestar defendido con toda la violencia necesaria.

### **No son guerras comerciales**

Aunque nos limitáramos al ámbito de la crítica de la economía política de la globalización capitalista y del enfrentamiento actual entre los bloques regionales en el sistema-mundo, la lucha de clases aparece como el factor decisivo en la explicación de los desequilibrios y las tendencias a la crisis ecosistémica y a la guerra. Mathew Klein y Michael Pettis apuntaron recientemente en esa dirección:<sup>294</sup> para ellos, la estructura del comercio internacional y de los flujos de capital no enfrenta en realidad a una nación contra otra, sino a un sector económico contra otro sector económico. El llamado Consenso de Washington, basado en la primacía del dólar y del Tesoro estadounidense, no beneficia en absoluto a todo el país, sino a una minoría (el «pueblo» de Wall Street, el *establishment*, los Asuntos Exteriores y la Defensa), y la padecen la inmensa mayoría de agricultores, trabajadores, pequeños productores y pequeñas empresas:

Se suele presentar la guerra comercial como un conflicto entre países. No es así: es un conflicto principalmente entre banqueros y propietarios de activos financieros, por un lado, y las familias corrientes, por el otro lado —entre los muy ricos y todos los demás—. El aumento de la desigualdad ha producido saturación de bienes manufacturados, pérdida de empleos y aumento del endeudamiento. Es una perversión económica y financiera de lo que se suponía que la integración global debía conseguir.<sup>295</sup>

Klein y Pettis afirman que la cuestión del dólar como divisa dominante no puede deslindarse de la discusión sobre los flujos globales de capital, que son el envés de los flujos comerciales y de las balanzas por cuenta corriente, que a su vez son expresión de los niveles de ahorro que se manifiestan como pro-

---

294 Mathew Klein, Michael Pettis, *Trade Wars are Class Wars. How rising Inequality Distorts the Global Economy and Threatens International Peace*, New Haven, Yale University Press, 2021 (la traducción es nuestra).

295 *Ibid.*

ducción excesiva de bienes y servicios. Esto atañe a los grandes países que manejan enormes excedentes de ahorro público y privado que se direccionan sistemáticamente al circuito centrado del Tesoro estadounidense y Wall Street. Países como China, Alemania (antes de la guerra en Ucrania), Japón o Rusia (antes de la invasión del Kremlin). ¿Dónde entra la lucha de clases en todo esto? Precisamente en las razones que explican el ahorro, por un lado, y el exceso de endeudamiento de economías como la China. Conocemos los efectos devastadores que, Bundesbank y Deutsche Bank mediante (y con la plena complicidad de clase del comité ejecutivo del BCE), tuvo la canalización de los excedentes comerciales alemanes en el sur de Europa y la masacre social que produjo (y continúa) produciendo en el flanco meridional del continente.

En este contexto, la relación entre tasas de ahorro y luchas de clase es decisiva: los desequilibrios comerciales mundiales responden al papel del dólar, el Tesoro estadounidense y Wall Street como receptores y refugio interminable de masas de ahorro globales que evitan el escollo de determinar una demanda agregada productiva en sus países. Traducido del keynesiano al marxiano: evitando el escollo de poner en riesgo una estructura de poder de clase debido al fortalecimiento de las rentas salariales directas e indirectas, la protección social, la sanidad, la educación primaria, secundaria y superior universal, la libertad de movimiento y, por supuesto, el contrapoder de las clases trabajadoras consideradas en su dimensión biopolítica (producción y sostenimiento de la vida) y en su capacidad de disputar las instituciones del poder político, los privilegios, la corrupción y las jerarquías de la renta. Esto es algo manifiesto en Alemania, Japón y Rusia, pero sobre todo lo es en China. Como afirman Klein y Pettis:

La absorción del exceso de producción y de ahorro del resto del mundo —a costa de la desindustrialización y las crisis financieras— ha sido el fardo exorbitante que le ha tocado a Estados Unidos. Pero los estadounidenses no son las únicas víctimas. Todos los pueblos del mundo padecen este arreglo, porque el sistema financiero y el mercado de los consumidores estadounidenses funciona como una válvula de seguridad para la explotación en otras partes. La apertura estadounidense al comercio y a las finanzas internacionales significa que los ricos en Europa, China y las principales economías con superávit pueden expresar

a sus trabajadores y pensionistas con la confianza de que siempre van a poder vender sus productos, obtener sus ganancias y colocar sus ahorros en activos seguros. Si Estados Unidos no fuera una economía tan abierta, los países con superávit se verían forzados a desviar su exceso de producción a otros países, ninguno de los cuales ha estado tan dispuesto como Estados Unidos a absorberlo, o a ver cómo se apilan los stocks de mercancías sin vender hasta que las fábricas se cierran y se despidan a los trabajadores. Los costes de la creciente desigualdad de los ingresos en un país serían internalizados, y provocarían un impacto limitado sobre otros. En cambio, impidiendo que las élites políticas e industriales en los países con superávits se enfrenten a las consecuencias de sus acciones, el sistema abierto ha permitido el comportamiento destructivo en el resto del mundo.<sup>296</sup>

La huida como estrategia de lucha de clases de las clases poseedoras y/o de las oligarquías mundiales de la renta parasitaria explica los procesos de endeudamiento público y privado que estallan en 2008, y hoy otra vez de actualidad en la encrucijada fatal entre el endeudamiento masivo público y privado tras la pandemia de la Covid-19 en Estados Unidos y la UE, la guerra en Ucrania y el *shock* energético, y el golpe austero de la Reserva Federal y del BCE durante el verano de 2022.

En este capítulo nos hemos centrado en el comportamiento financiero y político alemán durante la «Era Merkel» en Europa, y de la plena complicidad de las élites políticas y financieras,<sup>297</sup> pero el problema chino es similar. Todo el experimento del gigante asiático se sostiene sobre la continuidad de tasas de crecimiento por encima del 5 % y en volúmenes de inversión pública y privada que incurrirían explícitamente en el endeudamiento severo, con la expectativa de que el consumo público y privado (y las entradas procedentes de las exportaciones y de la inversión extranjera directa) permitan un apalancamiento constante de la megamáquina de crecimiento crecientemente improductivo. El problema consiste, como señalan Klein y Pettis, en que la inversión no redunde en aumentos de la demanda interna de las familias y de las instituciones públicas (debidos a los aumentos salariales o de las prestaciones sociales, así como al gasto sanitario, educativo, en calidad del aire y de mejora de la movilidad urbana). Por el

---

296 *Ibid.*

297 El caso español es ilustrativo y rico, porque además contribuyó a la génesis del 15M y de un ciclo político e institucional que solo ha acabado recientemente.

contrario, se trata de una inversión no productiva en enormes desarrollos inmobiliarios, en una expansión del crédito hipotecario a las clases medias chinas y en el apartado militar.

Aquí adquieren un papel fundamental las administraciones regionales, en las que se juega la legitimidad, el prestigio y la competencia entre el funcionariado del PCCh respecto a los objetivos de crecimiento. Ello se traduce en la formación de burbujas especulativas locales y en crecientes riesgos de insolvencia de las corporaciones inmobiliarias y de las familias hipotecadas, como se puso de manifiesto con el desplome de Evergrande en septiembre de 2021, y en la enorme acumulación actual de pasivos por parte de bancos y corporaciones. Este es uno de los desafíos del proyecto de la «Prosperidad Común» anunciado por Xi Jinping en octubre de 2021,<sup>298</sup> que se expresa en una tensión hacia la centralización del control de los circuitos financieros y en la represión de la corrupción de las administraciones regionales y locales. Pero esto no afecta a la cuestión decisiva de la democracia y la tendencia igualitaria desde abajo: ahí el régimen de dominación del PCCh ha defendido con ferocidad el poder de mando del aparato estatal contra la democracia obrera y las protestas ciudadanas, como puede leerse en las publicaciones de organizaciones como el *China Labour Bulletin* o *Chuang*.<sup>299</sup>

---

298 Hay que tener en cuenta que en la historia de la RPCh el lema de la «Prosperidad Común» (*Gòngtóng fùyù*), no solo está relacionado con la idea fundacional de comunismo en China (*gòngchǎn*, (re)producir, generar juntos), sino que ha servido para justificar líneas muy diferentes de organización de la producción y legitimación del monopolio del poder político. En los primeros años de la RPCh, la expresión estuvo ligada a la definición de los objetivos de la acumulación primitiva socialista, centrada en la producción de alimentos, bienes de equipo y crecimiento de los salarios obreros. Con la liberalización emprendida por Deng Xiaoping y las «cuatro modernizaciones» (agricultura, industria, defensa, ciencia y tecnología), la expresión se usó para respaldar la introducción de las reformas de la propiedad de la tierra y de la liberalización de los mercados en la producción agrícola, en un sentido bien distinto, puesto que se trataba de que algunas familias campesinas se hicieran ricas para que después esa prosperidad —o riqueza: *fùyù* significa ambas cosas— se hiciera común. En la era Xi Jinping, expresa y encubre las contradicciones del «socialismo con características chinas»: las desigualdades salariales y de reparto de la riqueza, pero sin favorecer la holgazanería; la universalización de la protección social, pero sin que nadie reciba nada sin haber trabajado duramente; y la movilidad social, pero sin eliminar el sistema *hukou* (registro de residencia y número de miembros de la familia), que se remonta a tiempos imperiales, y que sirve como dispositivo de control a la movilidad y como fijación residencial de las personas con nacionalidad china.

299 Véanse *China Labor Bulletin*, en <https://clb.org.hk/> y *Chuang*, en <https://chuangcn.org/about/>

En este sentido, en China se plantea el mismo problema que hemos visto en la UE y en Estados Unidos respecto al marco del GND: la inversión productiva. Es decir, que la inversión productiva no se lleve a cabo en bonos del Tesoro estadounidense, en activos de Wall Street o de la City de Londres, o en inversiones inmobiliarias en China (o en el exterior) pasa por lo que podemos llamar la inversión biopolítica. Ello significa el aumento, garantía, tendencia igualitaria y universalización de salarios y pensiones; el reforzamiento de sanidad, educación, equipamientos urbanos y transportes públicos; o la reforestación y mejora de la calidad del aire, entre otras opciones. Sin embargo, por un lado las posiciones de renta y privilegio dentro de la estructura jerárquica del modelo chino de capitalismo socialista funcionan como un obstáculo; y, por otro, el crecimiento del contrapoder de las clases trabajadoras, que se traduce en huelgas, protestas, ocupaciones y autonomía frente al poder político o, en el caso de quienes trabajan conforme al llamado «sistema 996» (jornadas de 9 de la mañana a 9 de la noche, seis días a la semana), en el sabotaje y el rechazo del trabajo, dentro de lo que se conoce como *tang ping* [quedarse tirado, no hacer nada] suponen otro escollo decisivo. Por su parte, las capas medias asalariadas protestan contra la polución del aire y el agua en las ciudades y se enfrentan a la pérdida de sus ahorros invertidos en créditos hipotecarios para casas que no se van a construir, negándose a seguir pagando a los bancos.

Si aplicamos el caso chino al problema del Nuevo Pacto Verde (es decir, a una «transición verde económica y social»), llegamos al mismo punto de bloqueo del análisis: sin democracia expansiva, política, social, económica y transnacional, no cabe transición alguna; sin luchas de las clases subalternas no cabe hablar de democracia real. Ahora bien, si se desarrollan, entonces tienden a poner patas arriba los equilibrios de poder y la estructura de dominación de los regímenes de acumulación y poder de mando capitalistas. En mayor medida, si el problema de la transición ecológica se da en el contexto de un régimen de guerra de intensidad variable, entonces la ecuación del Nuevo Pacto Verde no tiene una solución matemática, política o social. No hay lucha de clases «desde arriba» cuando esta implica la crítica práctica del Estado y de sus jerarquías de renta, raza y género. Sin embar-

go, la lucha de clases «desde abajo» tiende, en las composiciones de clase que encontramos en el sistema-mundo actual y desde luego en China, a desbordar completamente los equilibrios y las compatibilidades del desarrollo capitalista. Esto es así porque implica una explosión de deseos y necesidades, de autoorganización y de creación de instituciones, de formación autónoma de finalidades y prioridades sociales, de contrapoderes en definitiva; y todo ello conduce al bloqueo de la dialéctica reformista entre sujetos reconocidos como clases sociales y políticas.

### **Ilusiones fallidas y ruptura epistemológica**

Sin embargo, hay no pocos apologistas de lo contrario, es decir, quienes sostienen que precisamente el régimen de guerra es el marco propicio para la transición ecosocial. La actual Comisión Europea, presidida por Ursula von der Leyen, no solo no oculta sino que exalta el régimen de guerra como vía principal para la transición ecosocial, vinculada además al destino de la «civilización occidental». El *establishment* del Partido Demócrata y su inmensa red de instituciones y medios de comunicación piensan lo mismo, como medio de neutralizar el peligro de guerra civil y de secesión *de facto* en el país y como oportunidad para afianzar la hegemonía y el control sobre los aliados europeos, poniendo proa al enfrentamiento estratégico con el proyecto hegemónico chino. Pero no es necesario abundar en algo que ya se ha dejado claro en este escrito: el régimen de guerra es un acelerador de procesos de subjetivación, organización y acción fascistas. Bajo tales condiciones, no puede haber democracia y, por lo tanto, como hemos visto más arriba, no puede haber transformación ecológica del capitalismo.

Veamos las cosas conforme a una secuencia necesariamente esquemática, pero que remite a situaciones y procesos que están sucediendo ahora mismo: con el «retorno del Estado» en la crisis recesiva y en el régimen de guerra, en la UE y en Estados Unidos se plantea la fijación de precios máximos del consumo de electricidad, el ahorro energético en iluminación, refrigeración y calefacción de negocios y edificios públicos, así como impuestos a los beneficios extraordinarios de las empresas energéticas, que en Estados Unidos se aprobó como parte de la Inflation Reduction Act en agosto de 2022. Sería muy ingenuo



pensar que la reacción de las corporaciones fósiles y nucleares, estrechamente vinculadas con las extremas derechas supremacistas globales,<sup>300</sup> vaya a ser otra que la de reforzar sus proyectos de toma del poder del Estado y de órdago sobre el sistema financiero global, una coalición en la que tienen intereses objetivos países tan dispares como los que componen la OPEP (en su inmensa mayoría regímenes autoritarios).<sup>301</sup>

Como hemos visto, hay una contradicción central entre las operaciones de incremento de la presión fiscal y del endeudamiento en infraestructuras energéticas, las compras extraordinarias de gas y carbón, el aumento de los presupuestos militares, las ayudas sociales de emergencia, por un lado, y las subidas de tipos de interés y giro hacia la austeridad por otro lado. Una contradicción entre sectores y composiciones de renta y propiedad de las élites capitalistas globales. Una contradicción entre los modos de construcción de bloques orgánicos con las clases medias domésticas y globales, que se traduce en el tipo de recesión que se busca y en los efectos que tienen sobre las masas de ahorro global gestionadas por los grandes fondos de gestión de inversiones.<sup>302</sup> Ahí están los capitales del 1 % de los ricos del mundo, que poseen el 48 % de la riqueza mundial.

Se cierne el peligro de una terrible ilusión: que el apoyo al régimen de guerra euroatlántico —dando por descontado que el respaldo a la internacional putinista con argumentos antiimperialistas no merece aquí mayor comentario, dado su cinismo y su explícita bestialidad— pueda conjugarse con la lucha antifascista y con la lucha contra el cambio climático. Las comparaciones con la II Guerra Mundial dominan esta argumentación. Putin es Hitler, y sus fuerzas políticas aliadas en el mundo son el equivalente de los partidos filofascistas en Europa, Japón, América

---

300 Andreas Malm y colectivo Zetkin, *White Skin, Fossil Fuel*, Londres, Verso, 2021.

301 No olvidemos la conexión profunda entre las extremas derechas y la política cada vez más supremacista e imperialista de la oligarquía política y corporativa rusa. Ese lazo se ha traducido en sustanciosas ayudas a un buen número de partidos y organizaciones de extrema derecha en Europa occidental y Estados Unidos, salvo a aquellas explícitamente antirusas, como las polacas, ucranianas, checas, eslovacas, húngaras, turcas, o el italiano Fratelli d'Italia (todas ellas firmemente atlantistas).

302 Blackrock, Vanguard, Grupo UBS, Fidelity Investments, State Street Global Advisors, Morgan Stanley, JP Morgan Chase, Credit Agricole y otras decenas de firmas, gestionaban inversiones de más de 120 billones de USD a finales de 2021, más del doble de la suma del PIB anual de la UE, Estados Unidos y China en 2021.

y Oriente Medio en las décadas de 1930 y 1940. Las consecuencias son directas y terribles: las élites capitalistas globales están dispuestas a asumir los riesgos de la frecuencia creciente de los eventos climáticos extremos y el exterminio por una guerra entre bloques, antes de atajar de raíz la desigualdad brutal existente en el reparto de la riqueza, en la propiedad de los medios de producción, y en el sostenimiento de la vida. La única manera de sustraerse a esta combinación de ilusiones fatales y agujeros negros pasa por definir la contradicción fundamental en el sistema-mundo, que es la contradicción de clases entre el Sur y el Norte, en el interior del Norte, en el Sur que vive en el Norte, y en el Norte que vive en el Sur.

La guerra y el régimen de guerra (como el desatado por la invasión rusa de Ucrania) son la negación directa de la lucha de clases de las clases subalternas. Y esa constatación hay que asumirla con todas sus consecuencias. Por una parte, lo que podemos llamar «fascismo fósil» apuesta por construir una base amplia de masas entre (1) las clases trabajadoras de la propia industria fósil; (2) el trabajo independiente en los transportes y la logística; (3) las industrias turísticas extractivas e intensivas; así como en (4) las pequeñas y medianas explotaciones agrícolas. Para ello, pone en funcionamiento narrativas identitarias, patriarcales y racistas que proyectan sobre la transición verde una hegemonía de clases medias urbanas adeptas al multiculturalismo, la inmigración y la hibridación, así como a la destrucción de la familia tradicional. Por otra parte, las élites del neoliberalismo centrista y progresista desprecian y reprimen con dureza y criminalización las movilizaciones de las fuerzas del trabajo de los citados sectores, como se ha podido comprobar con la violencia extrema que ha empleado el gobierno francés de Macron contra los «chalecos amarillos» franceses desde 2018.<sup>303</sup> Por eso, cuando se habla de luchas de clase no se habla de luchas sectoriales y corporativas, sino de luchas que contienen dimensiones transversales y comunes a las fuerzas del trabajo, y cuyas narraciones expresan rasgos de universalidad.

---

303 Solamente durante el primer año hubo en las protestas 11 muertos, 22 manifestantes perdieron un ojo, cinco sufrieron amputación de una mano, 2 100 personas fueron heridas de diversa consideración y se produjeron 6 400 detenciones.

Las «políticas sociales» del fascismo fósil y del neoliberalismo centrista y progresista aspiran a apoyarse en distintos sectores y componentes de las fuerzas del trabajo, oponiéndolas entre sí, pero ambas coinciden en la segregación social de las fuerzas de trabajo migrantes y postcoloniales. Respecto al neoliberalismo centrista y progresista, su pretensión de crear un colchón social contra los efectos de la pandemia, de la transición verde y de las consecuencias de la guerra en los precios de la energía, no solo es completamente insuficiente (en el contexto de una recesión provocada) sino que contribuye, en ausencia de una política independiente de las clases subalternas, a crear el humus necesario para la expansión del respaldo electoral y social a las extremas derechas supremacistas.

El desplome de las ilusiones con el Nuevo Pacto Verde y el decrecimiento es completo si se consideran las cosas desde el punto de vista de los países más pobres del mundo, tanto si poseen recursos naturales como si no. Solo un Nuevo Pacto Verde global, que exigiría (1) un nuevo régimen macrofinanciero fundado en una intervención de los mercados financieros globales; (2) un nuevo Bretton Woods (que facilitara un nuevo régimen financiero y monetario sobre el comercio mundial, penalizador de la renta parasitaria y del exceso de ahorro privado y público); así como (3) el fin del papel del Tesoro estadounidense y de Wall Street como principales refugios mundiales de los flujos del ahorro global, permitiría plantear en términos de justicia global la «adaptación» al cambio climático de sociedades devastadas por la desigualdad, el autoritarismo, la desprotección laboral y sanitaria, la corrupción pública, la apropiación de tierras y bosques por el agronegocio global, y por los conflictos interétnicos y religiosos azuzados por las potencias del Norte.

Un acuerdo de tales características es inimaginable en las condiciones de un régimen de guerra que, además, traslada al continente africano, como antaño hicieran las potencias coloniales, los conflictos por la hegemonía y el control de unos recursos cada vez más escasos.<sup>304</sup> Mientras tanto, el rechazo abrumador a

---

304 Véanse los resultados de las intervenciones militares francesas, respaldadas por el llamado G5 Sahel (Burkina Faso, Chad, Mali, Mauritania y Níger), en su lucha contra el terrorismo jihadista al mismo tiempo que contra los mercenarios del Grupo Wagner, al servicio de los intereses del Kremlin. El despliegue se ha producido fundamentalmente

la política bélica de los países de la OTAN y de la UE en la guerra ucraniana, por parte de gobiernos y opiniones públicas en los países del Sur global, es revelador del cisma Norte/Sur y de la percepción de las operaciones civilizadoras de la OTAN y la UE como una nueva forma de colonialismo.

Entonces, considerando el peso que las nuevas expresiones del supremacismo colonial, el tecnofascismo futurista y el malthusianismo tienen entre el 1 % más rico global, ¿es realista imaginar que el neoliberalismo centrista y progresista vaya a poder desarticular política y financieramente a ese 1 %, para desbaratar sus inclinaciones fascistas y negacionistas del cambio climático? ¿Es realista pensar que lo hará al mismo tiempo que impone a las clases trabajadoras vinculadas a los combustibles fósiles una reducción de sus ingresos y de su movilidad (cuando no de sus medios de trabajo) mientras, además, consolida un régimen de guerra? No, no es realista: es una mistificación tan nefasta como lo fue la retórica de la «unión sagrada» con las burguesías nacionales en el movimiento obrero europeo tras el estallido de la I Guerra Mundial.

### **Producción del común**

En este bloqueo de las vías para una política emancipadora que se sustraiga a los callejones sin salida del colapsismo y del Nuevo Pacto Verde, se abre una oportunidad histórica para ir más allá del modo de producción capitalista. ¿Hacia dónde? Hacia un modo de producción que hunda sus cimientos en la contradicción insalvable que hay entre las fuerzas y medios de producción y sostenimiento de la vida y los ecosistemas, y las exigencias intolerables de un poder de mando capitalista atraído por los centros de gravedad de la guerra y del fascismo.

Pero, ¿de qué están hechas las fuerzas del trabajo global hoy? ¿Cuáles son sus composiciones de saber, maquínicas, subjetivas, políticas? Se trata de intervenir en ellas y en sus tensiones, divisiones y desgarros, para producir luchas e instituciones de clase. Se dirá: ¿de una clase? Sí, porque el concepto de clase es un concepto de interés y agencia política: un concepto de antago-

---

en Mali, pero también en Mozambique y en la República Centroafricana. Recientemente Francia ha querido devolver a la UE el esfuerzo de su intervención «humanitaria» en África, enmarcándola además cínicamente en un New Deal para el continente.

nismo, no una categoría sociológica, demoscópica o de estudios culturales. Ahora bien, ¿cómo puede hablarse de una clase que contenga fuerzas de trabajo con distintos niveles de renta, educación, géneros, posiciones en las jerarquías de la racialización colonial, posiciones divergentes o encontradas en la división del trabajo capitalista? En la respuesta a esta pregunta, o en su no-respuesta, reside el bloqueo histórico del movimiento obrero y del método marxiano, antes que en la supuesta incapacidad o no de las matrices del análisis marxista para «incorporar» la cuestión ecológica, debido a un supuesto prometeísmo, productivismo o progresismo decimonónico de lo que Marx escribió. Tanto en el capitalismo de la gran industria como en el de la aplicación de la ciencia a la agricultura,<sup>305</sup> el problema ha consistido en qué capacidades (y con qué medios, temporalidades y máquinas políticas de guerra) la clase de los productores y sostenedores de la vida puede generar otro modo de producción no capitalista.

Como antecedente, el «socialismo» histórico fue, en el mejor de los casos, un periodo de compromiso entre las técnicas de poder de mando industrial, epistémico (la ley del valor), extractivo, tecnocientífico y patriarcal del capitalismo industrial, y algunas expresiones e instituciones incipientes de lo que se buscaba como comunismo: emancipación de las mujeres, reducción del trabajo socialmente necesario para la supervivencia, mayor libertad para los jóvenes y reducción de la penuria para los viejos, socialización y reorganización de los saberes, distribución y socialización del poder político.

En el mundo capitalista después de Yalta, el desarrollo de las luchas obreras y populares en Estados Unidos, Europa occidental, así como en la Argentina de Perón o en el Estado Novo brasileño, contribuyó a la creación de instituciones de producción y sostenimiento de la vida que se conocen como «estado del bienestar», tan necesarias como sólida era la amenaza de una revolución socialista. Pero lo que terminó imponiéndose no es ningún secreto y, junto a la labor encomiable de la propaganda fascista y capitalista neoliberal o socialdemócrata, contribuyó al

---

305 Marx lo estudió y, a partir de las contradicciones de clase, hizo sus previsiones de tendencia, como en el punto de inflexión ecosistémica del capitaloceno en el que nos encontramos.

hundimiento del grado de creencia en la hipótesis comunista. Por eso, y como hemos visto antes, en lo sucesivo, todo compromiso con el poder de mando capitalista —y sus exigencias de acumulación— no podrán considerarse más que un (auto)desistimiento, una (auto)desarticulación de la potencia ecosistémica alternativa de la lucha de clases.

Llamamos, entonces, «modo de producción del común» a las relaciones ecosistémicas de producción y sostenimiento de la vida que organizan la cooperación sin mando entre fuerzas singulares del trabajo vivo, manual, afectivo y cognitivo. Dichas relaciones se constituyen contra la división capitalista del trabajo entre ramas de la producción y entre regiones del planeta, en interfaz con los sistemas de máquinas sociales, informáticas, termodinámicas y lingüísticas (ensambladas en procesos que atraviesan las ecologías sociales, mentales y medioambientales). Las finalidades del modo de producción del común no son la acumulación y reproducción ampliada de un capital social gestionado y distribuido por una autoridad social, sino la producción de la vida y su sostenimiento ecosistémico. De ahí que, en el modo de producción del común, mercados y valores sean sometidos a una heterogeneización, a una inconmensurabilidad, a una multiplicación, contra el valor de cambio como equivalente del trabajo abstracto social explotado.

El modo de producción del común no equivale a la producción, gestión, uso y sostenimiento democráticos de los llamados «bienes comunes» naturales (el agua, la tierra, la energía, los bosques, y los reinos animal y vegetal) sino a todos los ecosistemas del planeta, urbanos y rurales, materiales e inmateriales. El modo de producción valoriza y afirma como común aquello que ya existe bajo el poder de mando del capital como objeto y sujeto de su explotación, dominio, división, subalternización, empobrecimiento, polución y aniquilación.<sup>306</sup> En esa medida, la constitución del modo de producción del común es inseparable de una reapropiación de los medios de producción e intercambio,

---

306 El común ya existe en los ciclos ecológicos (ciclo del agua, ciclos biogeoquímicos o de nutrientes, el flujo de energía y la dinámica de las comunidades ecosistémicas), pero también en los flujos, procesos y metabolismos de las redes de cooperación y sostenimiento de la vida de los seres humanos y de la «segunda naturaleza» construida durante el proceso de hominización.

de cálculo, programación y planificación, así como de la riqueza material e inmaterial expropiada y hecha propiedad privada de las oligarquías capitalistas transnacionales (tierras, patentes, agencias científicas o centros de datos).

El modo de producción del común parte de la extrema socialización del trabajo producida por la dialéctica antagonista del desarrollo del capitaloceno. En ese sentido, asume lo que ya hace 165 años Marx consideró completamente superado desde el punto de vista de la determinación del valor de la cooperación laboral humana (con la aplicación de la ciencia en el sistema de máquinas de la gran industria y con el uso de los fertilizantes en la agricultura, es decir, con lo que Marx llamó el intelecto general de la sociedad), a saber: la consideración del tiempo de trabajo individual socialmente necesario como medida absoluta y, por lo tanto, como fundamento político y económico de la obligación de trabajar del individuo, para su supervivencia y reconocimiento, y para su inclusión social y política. Un fundamento que es común tanto a las versiones capitalistas como socialistas del capitalismo:

En esta transformación, lo que aparece como pilar fundamental de la producción y de la riqueza no es ni el trabajo directo ejecutado por el hombre ni el tiempo por él trabajado, sino la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma, gracias a su existencia como cuerpo de la sociedad; en una palabra, el desarrollo del individuo social. El robo del tiempo de trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual, aparece como una base miserable comparada con la base recién desarrollada, creada por la gran industria misma. Tan pronto como el trabajo en forma directa ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar, de ser su medida y, por tanto, el valor de cambio [de ser la medida] del valor de uso.<sup>307</sup>

La contradicción que Marx señala remite a un intelecto general objetivado en el sistema de máquinas, convertido en un capital fijo que se presenta como una «potencia hostil» al obrero de la gran industria. Con mayor motivo, si entonces, tan solo en el ámbito de la producción industrial:

---

307 Karl Marx, *Elementos fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, traducción de Pedro Scaron, Siglo XXI, México, 2007.

Se revelaba hasta qué punto el conocimiento o *knowledge* social general se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del *general intellect* y han sido remodeladas conforme al mismo. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas no solo en la forma del conocimiento, sino como órganos inmediatos de la práctica social, del proceso vital real.<sup>308</sup>

¿Qué cabe decir de nuestra época, marcada por la extensión de la valorización capitalista a todas las esferas de la biosfera y de la subjetividad, desde la agricultura a los videojuegos, desde las patentes de plantas medicinales a las de software y a la propiedad privada de las bases de datos, desde la casa a las relaciones amorosas, desde la vigilia al sueño, desde la arena y el agua a la predicción del futuro? A esas fuerzas productivas sociales que hoy, bajo la explotación, dirección, división y antiproducción de la forma Estado (y de la forma empresa y plataforma capitalistas) producen la vida y su sostenimiento, y a sus materias primas y máquinas técnicas, sociales, concretas y abstractas en ecosistemas marcados por agonismos y antagonismos, es a lo que llamamos el común.

El común está explotado, apropiado por patentes y propiedad intelectual, despotenciado, envenenado, precarizado y amenazado de aniquilación. Sus finalidades están capturadas y dominadas por el capital como integral de las formaciones de poder, encaminándolo hacia su fascistización y destrucción. Producir, autogobernar e imponer a Estados y corporaciones esas finalidades es un objetivo que precisa de la constitución (no voluntarista) de sistemas de contrapoderes en red, o de sistemas red de contrapoderes, autoorganizados como instituciones del común, que incluyan dispositivos, funciones y organizaciones de *contrapoder de mando*.<sup>309</sup> El contrapoder de mando no se puede construir a partir de la «relación con el Estado» y, en ese sentido, son fallidos los nuevos ecosocialismos más o menos soberanistas, más o menos internacionalistas, más o menos alineados con un punto de vista de lucha de clases (que tratan de acceder a y/o tomar el poder del Estado, por vías tanto electorales como

---

308 *Ibid.*, vol. 2, pp. 216-230.

309 Sobre «contrapoder de mando», véase más arriba, nota 292.



de conquista de mayorías sociales organizadas en un movimiento popular, sindical, feminista, ecologista, vecinal, migrante o LGTBIQ+). Consejo o sóviet, partido, coordinadora, centro social ocupado o no, empresa política, sindicato, asociación internacional, confederación, red descentralizada: la constitución de sistemas de contrapoderes y de instituciones del común no es principalmente un problema de forma, sino de consistencia y función.

### **Transecologías contra la devastación**

Se dice, con razón, que la pandemia de la Covid-19 y la guerra en Ucrania, sumadas a la ansiedad y a la zozobra difusa provocadas por los frecuentes eventos climáticos extremos, están provocando un cataclismo en nuestras mentes. La infantilización mediática de la subjetividad humana evacúa la finitud lancinante que asedia las seguridades infantiles del yo *neoliberal*, en la salud, en la seguridad en el trabajo, en la permanencia y disponibilidad infinita de la biosfera, en el consumo de objetos y relaciones, en el valor de las propiedades y los capitales.

Esa evacuación se expresa en gamas extensas de síntomas y patologías, en un malestar que la farmacia y las adicciones mantienen a raya, y que la atención psicológica y psiquiátrica (cuando es pública y accesible) trata de regular, salvo cuando pasa desapercibida en la normopatía más preñada de frustración y de paranoia silenciosa, en el desplome depresivo, o en la fuga esquizofrénica. Pero este enfoque de la ecología mental es reductivo y psiquiatrizante, porque evacúa las dimensiones políticas de la vida mental, las relaciones de producción en la fábrica de la subjetividad. El problema de los efectos psicológicos del cambio climático (y de las representaciones y narraciones sobre el mismo), de la guerra y recesión global concomitantes, de las pandemias y la precariedad, y de la vulnerabilidad de las vidas, no puede considerarse desde el punto de vista de la psique individual y de sus efectos masivos agregados. Es inseparable de las dinámicas políticas y sociales, de agonismo y antagonismo, de guerra y revolución, de paz y emancipación, de fuga, migración, refugio y desterritorialización. Sabemos, además, que el capitalismo se define por la generación de una ecología del capital, de una producción de naturaleza, y que la aceleración de los *tipping*

points es un proceso tan político y social como natural y mental. Esta indivisibilidad y transversalidad entre lo político-social, lo mental y lo medioambiental nos remite a la temática de las tres ecologías.<sup>310</sup> Este enfoque no lleva a una psiquiatrización de la política sino, todo el contrario, a una politización del delirio y del sufrimiento psíquico.

En el segundo capítulo hemos visto que la génesis de los afectos y narraciones específicamente fascistas estaba estrechamente vinculada a las vivencias en los campos de batalla de la I Guerra Mundial. El contacto con las máquinas de guerra moderna, la movilización general, la nueva percepción de la vulnerabilidad de los cuerpos y del valor residual de la carne de cañón producida y servida en enormes remesas, genera ecologías mentales divergentes. Una se organiza en torno a un polo paranoico de revolución conservadora y fascismo, y otra alrededor de un polo que, con Deleuze y Guattari, podemos llamar de línea de fuga esquizo y que está vinculado a la Revolución de Octubre, al gesto dadaísta, al bienio rojo de 1919-1921, al anarcocomunismo ibérico de los años 20 y 30, al deseo de comunismo y de liberación de la potencia de la cooperación entre los vivos (que no ha dejado de irrumpir como acontecimiento desde 1968).

No se trata tan solo de que los desequilibrios sociopolíticos, medioambientales y mentales se influyan mutuamente y entren en procesos de resonancia y de realimentación positiva: ello nos limitaría a una actitud de mitigación y restauración de equilibrios siempre precarios. Se trata de algo más: los subecosistemas socio-político, medioambiental y mental no están realmente separados, sino que forman un único rizoma de procesos transversales, donde lo social y político, lo medioambiental y lo mental forman puntos de referencia o puntos de vista, «perspectivas» agentes en/sobre el rizoma de procesos ecosistémicos siempre fuera del equilibrio. Esto introduce dimensiones clínicas en la política, y enfoques políticos y subjetivos en la percepción y análisis de los biotopos y de las relaciones biocenóticas, en las divisiones tradicionales de la autoecología (relaciones del indi-

---

310 Véase Félix Guattari, *Las tres ecologías*, traducción de José Pérez y Umbelina Larraceleta, Pre-Textos, Valencia, 1996.

viduo con el medio ambiente), de la ecología de las poblaciones, y de la sinecología (la ecología de las relaciones entre las comunidades vivas). Pero no con el objetivo de conciliar o restaurar supuestos balances, sino de cartografiar las líneas singulares de un devenir común de los ecosistemas que no tiene ninguna garantía, que vive en el artificio de las relaciones rizomáticas en un ecosistema planetario que tiene a las formaciones de poder integradas en el capital.

Es necesario repetir que estamos en un tiempo creado por la nueva Guerra Fría; una época de acelerada competición por la acumulación de capital y por el consumo de recursos de la biosfera, ahora reproducido por una dimensión múltiple de finitud energética, climática, de recursos, o de la hegemonía colonial blanca. Desequilibrio, polución y eventos extremos atraviesan biotopos y biocenosis y, por lo tanto, atraviesan también las sociedades y su psique transindividual, con diferentes expresiones. La guerra es un proceso transecológico, que viene a introducir, en esos desequilibrios, centros de gravedad, atractores de implosión, violencia y fascistización en las sociedades humanas. Al mismo tiempo, se transmite la percepción de contingencia absoluta de manera fóbica y ansiogénica, rechazando, denegando o proyectando paranoicamente ese peligro y esa fragilidad, impu-tándola a los grupos sociales subalternos, convertidos en chivos expiatorios.

En definitiva, la clínica política de la finitud y la contingencia no admite separación entre lo natural, lo social, lo psíquico, lo político y lo económico. En este sentido, el ecologismo necesita ser ecologista respecto a su praxis política: no se puede separar de su propia dimensión transecológica, como se ve permanentemente tentado de hacer incidiendo en la «sensibilización» social mediante la exposición de la amenaza catastrófica, y compitiendo con el tecnofuturismo capitalista de los oligarcas de las plataformas digitales y del capitalismo verde (en su apología de la finitud como oportunidad de un holocausto redentor y de un nuevo comienzo «posthumano»).

Una muestra de este «ecologismo ecologista» europeo que atiende a la centralidad de las luchas de clase es la campaña #Insorgiamo, lanzada en 2021 por la asamblea de trabajadoras de una planta de la empresa británica de aeronáutica

y automoción GKN, en este caso dedicada a la fabricación de semiejes de transmisión. En 2018, los patronos vendieron la factoría de Campi Bisenzio (situada en el área metropolitana de Florencia y con una plantilla de 400 personas) a Melrose,<sup>311</sup> un fondo buitre especializado en industrias en dificultades. Con la reintroducción, en julio de 2021, del despido libre por parte del gobierno Draghi (tras su suspensión durante la pandemia del Covid-19), la plantilla fue despedida mediante un correo electrónico enviado en un día festivo, un despido que luego sería anulado por defectos de forma. Tras el despido comienza la campaña #Insorgiamo, en un primer momento con la intención de construir una relación de fuerzas «desde fuera de la fábrica» La asamblea decidió ocupar la fábrica de Campi Bisenzio el 9 de julio de 2021, rompiendo el cordón de los guardias de seguridad y, de esta manera, impidiendo la salida de la costosísima maquinaria que Melrose pretendía trasladar, planteando «su» problema laboral como un problema de todo el territorio y de toda la ciudadanía trabajadora. Esto se ha traducido en la constitución de la planta como un centro social en el territorio, en el que sindicalistas, ecologistas, feministas y colectivos en lucha se encuentran para conversar y discutir algo parecido a una ecología de las luchas en relación con la crisis climática y la emergencia social. Pero, sobre todo, ha servido para la construcción de un pensamiento propio sobre la transición ecológica desde un punto de vista de clase o, si se quiere, de una transecología industrial. Y no solo se ha planteado la cuestión de la reconversión descarbonizadora de la producción en la fábrica (en torno a asuntos como la integración en las cadenas de producción de los vehículos eléctricos), sino que se han puesto encima de la mesa las alternativas ecológicas que suponen la cuestión de la propiedad de los medios de producción: ¿optar a la compra de la fábrica, constituyéndose en cooperativa, o servir de palanca para la constitución de lo que han llamado un «polo público de la movilidad sostenible», es decir, convertirse en una agencia democrática, territorial y de clase con respecto a la cuestión de la

---

311 Véase «Los accionistas de GKN deciden vender a Melrose», *Diario Vasco*, 30 de marzo de 2018, <https://www.diariovasco.com/economia/accionistas-deciden-vender-20180330001449-ntvo.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.google.com%2F>

descarbonización de la actividad tanto económica como social en el área metropolitana florentina?<sup>312</sup> La respuesta está clara.<sup>313</sup>

La campaña #Insorgiamo ha puesto en práctica una ecología política inédita, puesto que parte de una convergencia no ideológica ni de conveniencia, sino de una problematización abierta de situaciones intolerables inmediatas. Construida en común con el activismo climático italiano, en cruzamientos y roces reales, ha compartido obstáculos que se presentan como irresolubles en las prácticas políticas, reconociendo que el uso de la parcialidad identitaria de clase, o de la ideología, forman parte del problema de la corporativización de las luchas contra el neoliberalismo. Es, en definitiva, una práctica de una ecología del común, que busca la construcción de un común político que no existe.

### **Capitaloceno año cero**

Aquí, en este punto, y a la luz que arroja el ejemplo anterior, es donde tendría que demostrarse que el rechazo a esta guerra y la apuesta por una paz encarnada en la lucha de clases son algo más que una postura ética y que una pantalla consolatoria para no verse ensuciado en la refriega de las acusaciones de los bandos belicistas. En cierto modo, las bases de una política realista basada en la exigencia activa y desobediente de una paz emancipadora, subversiva de los poderes que han generado y sostienen esta guerra, están contenidas en todo lo que se ha escrito hasta ahora.

Lamentablemente, la izquierda europea y la opinión pública de izquierdas están atravesadas por una profunda escisión respecto a la guerra en Ucrania. La escisión, campista, en torno a cuál es el bando justo, la hemos considerado en el primer capítulo de este libro. Pero, salvo en los países más cercanos a la zona de guerra, domina otra escisión, la que se da entre «la guerra en Ucrania» y «todo lo demás». Porque a medida que la coyuntura recesiva programada por la Reserva Federal y el BCE produce sus

---

312 Asimismo, han planteado una cuestión que atraviesa, con distinta intensidad pero decisivamente, las vidas laborales de todos los sectores: el dolor, la depresión y la violencia afectiva en las relaciones laborales y sociales.

313 Véase (en italiano) «Dalla coincidenza alla convergenza: lotta operaia e giustizia climatica alla GKN», *Euronomade*, 12 de enero de 2022, <http://www.euronomade.info/?p=14820>

efectos, y que el *shock* energético introduce la economía de la escasez para la mayoría de las poblaciones, la guerra en Ucrania es algo que tiende a difuminarse para volver a saltar a la actualidad de vez en cuando por razones nunca ajenas a la propaganda (pero que ya ha conquistado la naturaleza de «actualidad ordinaria» sin capacidad de sorprender). Como decimos, la izquierda occidental está profundamente dividida, pero no toda ella está inmersa en el campismo. Es demostrable que hay una izquierda política en Europa que rechaza la guerra en Ucrania, que no alberga duda alguna de que la «operación militar especial» de Putin es un acto criminal de consecuencias catastróficas y que, al mismo tiempo, no puede aceptar, sacrificando su inteligencia y su perspectiva emancipadora, la apuesta militarista de la OTAN, Estados Unidos y la UE.

Una izquierda política así solo puede esperar recobrase en el medio plazo, cargada de razón ética e histórica, pero en una zona de peligro, siempre en el punto de mira del régimen de guerra y de la criminalización. La apuesta militarista de las izquierdas nórdicas y centroeuropeas, que, como hemos visto en el caso de la presidenta finlandesa Sanna Marin, va unida al compromiso con el rigor fiscal contra los socios manirroto del Sur del continente, es un paso irreversible en su plena asimilación al centro neoliberal imperialista. En el caso de la izquierda parlamentaria española y de sus referentes sindicales y de la sociedad civil (salvo en Podemos, parte de Izquierda Unida, las CUP, EH Bildu y Anticapitalistas), se pretende hacer compatible el «apoyo crítico» de la labor de la OTAN<sup>314</sup> y sus consecuencias políticas y económicas, esto es, del régimen de guerra, con la agenda verde, social, sindical y feminista destilada por las irrupciones políticas de 2011 (15M), 2018 (cuarta ola feminista) y 2019 (manifestaciones mundiales por el clima).

Las consecuencias políticas de esa ilusión solo pueden ser nefastas, a medida que avancen las operaciones de disciplinamiento que exige el régimen de guerra europeo. Ante el discurso

---

314 Y aún así, la dinámica es muy ambivalente. Podemos apoyó el envío de armas a Ucrania en el Parlamento Europeo, EH Bildu e IU se abstuvieron y Anticapitalistas votó en contra. Respecto al ingreso de Finlandia y Suecia en la OTAN, en el Congreso español, IU y las CUP votaron en contra, y Podemos, EH Bildu y Alberto Garzón (ministro de IU) se abstuvieron.

de guerra civilizatoria imperial de la Presidenta Ursula von der Leyen, pronunciado con motivo de la cumbre sobre el Estado de la Unión el 14 de septiembre de 2022, no funcionan las ambigüedades. Es un pronunciamiento histórico fundamental, porque hasta entonces no se habían expresado con tanta claridad los contornos y las componentes del régimen de guerra:

Esta no es solo una guerra desencadenada por Rusia contra Ucrania. Es una guerra sobre nuestra energía, una guerra sobre nuestra economía, una guerra sobre nuestros valores y una guerra sobre nuestro futuro. Se trata de la autocracia contra la democracia. Y me presento aquí con la convicción de que, con coraje y solidaridad, Putin caerá y Europa vencerá [...]querida primera dama Olena Zelenski, usted ha dado *coraje* a toda la nación. [...] Ha dado *voz* a su pueblo en la escena global. Y nos ha dado *esperanza* a todos nosotros. Así que queremos dar las gracias a usted y a todos los ucranianos. ¡Gloria a un país de héroes europeos! ¡*Slava Ukraini!*<sup>315</sup>

La recesión es civilizatoria. Los sacrificios son civilizatorios. Las prórrogas en los objetivos de descarbonización son civilizatorios. El aumento del gasto militar y la militarización de la política y del orden público son civilizatorios. Es cuestión de tiempo que las posiciones de perfil se traduzcan en una bancarrota ética y política duradera, porque la transformación de la Comisión Europea en un centro de mando y coordinación político-militar del esfuerzo de guerra interimperialista (y, mirando a China, intrasistémica) es una transformación histórica que está sucediendo delante de nuestros ojos y a la que ningún escotoma de mala fe política en las izquierdas podrá sustraerse a corto plazo.

Sindicalismos sociales (del trabajo informal y precario) y territoriales (por la vivienda) y activismos de las personas racializadas contra el *apartheid* urbano y policial; centros sociales y vecinales ocupados o no, pero inmersos en las luchas urbanas, y redes de cooperativas de trabajo social barrial; convergencias en las comunidades sanitarias y educativas de los sectores públicos; convergencias entre el activismo climático, cooperativas de agricultura sostenible y el sindicalismo industrial y social; ecosistemas de medios de comunicación e información; lu-

---

315 Véase «Discurso sobre el estado de la Unión de 2022 pronunciado por la presidenta von der Leyen», 14 de septiembre de 2022, [https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/es/speech\\_22\\_5493](https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/es/speech_22_5493)

chas e instituciones feministas transversales por los derechos del trabajo doméstico y sexual, y luchas e instituciones por la diversidad sexual y de género; activismos pacifistas y antimilitaristas, y centros de acogida y servicio para las personas refugiadas de todos los tipos y causas: las alianzas y concatenaciones pueden corresponder a los vectores singulares de reapropiación de los medios de producción del común y pueden también darse como capacidades tácticas de convergencia, enjambre y revuelta a partir de la identificación, en cada momento, del adversario a batir entre los poderes que sostienen el régimen de guerra.

La experiencia del ciclo de luchas globales de 2011-2013 da carta de naturaleza al sistema red de luchas y contrapoderes como un punto de partida, que no tiene nada de episódico o circunstancial, sino que responde a la forma red, física y digital, de la cooperación de las fuerzas del trabajo bajo el poder de mando del capital en plataformas, cadenas de suministro, o redes logísticas y de transportes.<sup>316</sup>

¿Cómo se determina una conquista? Como una resultante de campañas, acciones, recuperaciones y negociaciones eficaces, respaldadas por una correlación de fuerzas actuales o virtuales, reales o posibles, en un juego de estrategias antagonistas. A veces en un marco de legitimidad y legalidad formal, otras en la legitimidad de los actos de fuerza creadores de una norma respetada provisionalmente por las partes.

No cabe hacerse ilusiones sobre la liviandad de gobiernos y aparatos del Estado, pero eso no exime de la precisión y la finura en el análisis situado y coyuntural de las relaciones internas dentro de los bloques de poder estatal y transnacional, so pena errar táctica y estratégicamente, de inmolarsse ante un adversario unido, o de despreciar la oportunidad cuando en su seno cunda la división. El dogmatismo y el voluntarismo son epistemologías más propias del régimen de guerra que de un proyecto de paz constituyente en el horror del capitaloceno, un medio dominado por grados de incertidumbre que no se superan ni con la hiperracionalización paranoica, ni con la fe

---

316 Sobre el sistema red como forma (tecnopolítica) nacida con el ciclo de luchas de 2011, véase mi texto *Lo absoluto de la democracia. Contrapoderes, cuerpos-máquina, sistema-red transdividual*, Subtextos, Málaga, 2021.



mesiánica en su final abrupto como resultado de contradicciones internas insalvables.

En cuanto a la praxis, la definición de las temporalidades y del espacio de las luchas convergentes no se puede predecir, solo se puede suscitar y propiciar. En otras cosas, porque saltos y transiciones de fase, respuestas, crisis internas y reorganizaciones de los regímenes de guerra permiten contemplar escenarios muy diversos. Los escenarios definen grados y espesor en las conquistas y reapropiaciones de los medios de producción del común ecosistémico; pero es necesario un vínculo entre las conquistas y su traducción en instituciones del común (que exprese la potencia del común en tanto que grados o gradientes de contrapoder).

La piedra angular de la convergencia contra el régimen de guerra es la renta básica, universal, individual e incondicional: una conquista fundamental e irrenunciable que constituye uno de los cimientos del modo de producción del común. Y será tanto más potente cuanto más se extienda a la geografía política global. Como lo será la reconquista de la educación y la sanidad públicas, universales, gratuitas y completas. O la reconquista de los derechos de huelga y asociación del trabajo asalariado formal e informal, y la escala móvil de los salarios en función de la inflación. O la libertad de circulación e instalación de las fuerzas de trabajo. O la despenalización profunda de las protestas sociales y de la desobediencia civil. En no pocas situaciones, la composición de los bloques de poder en el gobierno, y de los aparatos del Estado, hará muy difícil que estas conquistas tengan una expresión legislativa o que sean reguladas administrativamente, pero ello no impedirá su materialización práctica en el ejercicio legítimo (aunque no legal) del contrapoder.

### **El éxodo, *da capo***

La paz es hoy condición de toda política emancipadora por la justicia global y por la sostenibilidad del máximo de vidas humanas ante el cambio climático. Al mismo tiempo, he intentado demostrar que en las guerras actuales, y en la guerra en Ucrania en particular, la tregua, cuando la hay, no es la paz, sino un respiro en la guerra, un mero cese de las hostilidades. Así que la paz ha de ser conquistada e impuesta como un gran acto multitudinario de sabotaje a la guerra.

Pero para conquistar la paz es necesario que esté vinculada a un proyecto regional y global de sociedad sin guerra, sin explotación de los seres humanos y de la biosfera. Por eso defino el proyecto como una paz constituyente. Constituyente en el sentido de que las luchas de las fuerzas del trabajo global, para ser eficaces, no solo tienen que autoorganizarse, intersectarse, coordinarse, enjambarse y converger, sino que precisan de la construcción de instituciones de contrapoder, que disputen tanto el monopolio de la decisión política y la gestión, así como las finalidades de los medios de producción del común. La relación entre las instituciones de contrapoder es capaz de determinar no solo el sabotaje social de la guerra (y una destitución de los poderes de mando), sino que para prosperar necesita determinar una dimensión constituyente abierta e inclusiva a los grupos sociales, al mismo tiempo que antagonista.

Una dimensión constituyente tiene algo de revolucionario, pero no necesariamente de insurreccional o de toma del poder político de los estados o territorios propio de las revoluciones modernas. Además, el realismo político lleva a pensar que la violencia de los gobiernos contra los contrapoderes que saboteen el esfuerzo de guerra y disputen los medios de producción y sostenimiento de la vida con arreglo a sus capacidades puede llegar a ser extrema. No tiene sentido, salvo para la supervivencia de las poblaciones, responder con la guerra o con la guerrilla revolucionaria al régimen de guerra del capital. El análisis (tanto clínico como político) de las acciones, narraciones y mediatizaciones —en y desde las luchas— es una práctica prioritaria. Es necesario detenerse, emboscarse, discutir y problematizar los pasos a seguir, los gradientes de la construcción política; es necesario poder y saber negociar y ganar tiempo.

En cualquier caso, los procesos políticos de ruptura no son ni pueden ser lineales. Entre otras cosas, porque se distribuyen en las geografías regionales y globales, y por su propia estructura interna heterogénea y nunca exenta de tensiones y agonismos. Asimismo, las formas de expresión destituyente no pueden dejar de lado las instituciones representativas ni el uso de las garantías jurídicas existentes en las democracias en guerra y en los tribunales supranacionales, ni pueden dejar de lado la intervención en las relaciones estratégicas fundamentales entre la forma

Estado y la sociedad, en la administración de justicia, en la representación política dominada por el sistema de partidos, en los consejos municipales y federales, en los medios de comunicación públicos, etcétera.

¿Se trata de llegar a una situación de doble poder en el sentido clásico? No necesariamente. Cuando se dan, las situaciones de doble poder no pueden definirse completamente fuera de la forma Estado, sino que han de intervenir en sus relaciones estratégicas con arreglo a las ocasiones de determinar rupturas en sus articulaciones, instituciones, aparatos y funciones, al mismo tiempo que se conjuran las tendencias a la guerra civil, que siempre se cierne a medida que avanzan los procesos de fascistización.

No podemos perder de vista que el Estado es una forma de organización estratégica y de funcionalización de aparatos e instituciones de poder de mando, coerción y hegemonía, no una fortaleza que pueda caer en manos de unos y otros. Tampoco que la construcción del régimen de guerra implica necesariamente mutaciones de las condensaciones de las relaciones estratégicas de fuerza que se expresan en las instituciones y aparatos del Estado, desplazamientos de los centros de gravedad entre unas y otras componentes de clase y de élite política, judicial, corporativa, policial y militar.

La recesión, la austeridad, los conflictos de interés y de privilegio que necesariamente conlleva la operación político-militar civilizatoria, energética, «verde» y financiera de la Comisión Europea expresarán momentos de unidad, división, desconcierto y desarticulación que han de ser analizados y aprovechados por el cerebro colectivo y distribuido de las luchas y de los grupos comprometidos con el proceso de la paz constituyente en Europa y en el mundo. La tentación de la desesperación y el nihilismo es tan poderosa y tan funesta como la del compromiso «progresista» con el régimen de guerra.

En función de las geografías políticas y las composiciones de las clases dominantes, los cismas o las recomposiciones en los sistemas de partidos coaligados en el régimen de guerra y, en particular, de las divisorias entre fuerzas autoritarias y golpistas y fuerzas del gran centro neoliberal y progresista, se determinarán las posibilidades de negociación y pacto de los grados de

violencia en las luchas políticas. En este ámbito, la desmilitarización y el desarme de las fuerzas de seguridad es un objetivo fundamental en el proceso de lucha por la paz constituyente. Los contrapoderes se determinan como instituciones, y pueden determinar, en base a su potencia, normas pactadas de regulación de los grados de violencia del antagonismo político. Pueden y deben hacerlo. La principal derrota estratégica del proyecto de la paz constituyente y, en esa medida, de los pasos adelante en la constitución de modos de producción del común, se cifra en dejarse arrastrar a escenarios y narraciones de guerra civil y/o de violencia armada. Allí el régimen de guerra tiene todas las de ganar.

Entonces, ¿qué hacer frente al régimen de guerra? Desde mediados de la década de 1990, la teoría y la práctica marxista postsocialistas están trabajando la temática del éxodo: una sustracción (de la emancipación) a la dialéctica infernal (1) del desarrollo capitalista (acumulación, extensión de la obligación de trabajar y, por lo tanto, de la lógica del valor de cambio a todas las esferas de la vida), y (2) del poder del Estado (desarticulación de la multitud en la representación soberana nacional; unidad y exclusividad del poder de mando; tendencia a la guerra y al pacto de obediencia a cambio de seguridad; exclusión y jerarquización de la ciudadanía por motivos de nacionalidad), instancia a la que se tradujo la experiencia histórica del «socialismo real».

La hipótesis del éxodo emerge con el desplome de la ilusión de «gestionar alternativamente» el poder de mando estatal sobre la producción y reproducción sociales bajo la ley del valor y del intercambio monetario de mercancías, conforme a una «transición» infinita hacia la desaparición de la coerción social a trabajar y a obedecer al *imperium* estatal. Es una propuesta que se despliega tanto frente a las experiencias del «socialismo real», como frente a las tentativas eurocomunistas de gestionar el capitalismo (con austeridad, eficacia, obediencia obrera y concertación sindical y patronal). El capitalismo, por su parte, estaba ya, desde mediados de la década de 1970, preparando su propio éxodo global, financiero y logístico, respecto a los obstáculos espaciales, tecnológicos, jurídicos y políticos que los estados

nacionales y sus movimientos obreros suponían para la recuperación de las tasas de beneficio y de reproducción ampliada.<sup>317</sup>

Con la dimensión ecosistémica de los puntos de inflexión del capitaloceno y la realidad de la guerra interimperialista e intrasistémica, la temática del éxodo cobra hoy una importancia decisiva como narración en el interregno que padecemos. Los eventos climáticos extremos obligarán al desplazamiento de poblaciones, a la violación de sus derechos y a su explotación salvaje si no existen contrapoderes regionales y globales que puedan impedirlo.

Hay, además, una dimensión espacial evidente en la temática del éxodo, no solo entre regiones, sino también con respecto a la revolución necesaria entre el campo y la ciudad y a la transformación-deconstrucción ecocomunista de las metrópolis globales. Pero, incluso, hay una dimensión de intensidad ética, afectiva, poética, épica e imaginativa, que afecta a las ecologías mentales de la transición al modo de producción común, y que pasa por la experimentación y la institucionalización del derecho (trans)individual a la lentitud, a la desconexión y el silencio, al devenir, a la metamorfosis, a una improductividad paradójica. Una dimensión que forma parte medular del modo de producción común que no excluye, sino que es la condición de la participación, la invención y la cooperación laboral sin mando.

Enfrente, Ursula von der Leyen nos recuerda, recurrentemente y con intención de triturar las posiciones intermedias, que «estamos en guerra por y para la energía». Las ilusiones civilizatorias de la izquierda verde del régimen de guerra sobre las asociaciones público-privadas-comunitarias-cooperativas para la generación y producción distribuida de energías renovables son solo eso, ilusiones. Por lo demás pretenden desconocer la economía política mundial del silicio, el litio y los minerales y tierras raras, y lo que —en el torbellino actual y la politización bélica del acceso a esos recursos— implican los compromisos políticos con el régimen de guerra y sus promesas de transición

---

317 El movimiento zapatista lo lleva poniendo en práctica desde 1994, demostrando que el rechazo de la guerra civil y de la toma del poder estatal no es una cuestión de coraje o de escrúpulos. Antes al contrario, es una resolución estratégica que prioriza la producción de instituciones del común y contrapoderes sociales y políticos (que estén cada vez más en condiciones de hacer realidad segmentos y bloques de un modo de producción del común basado en la producción de la vida y de su sostenimiento).

energética. Un mínimo rigor analítico obliga a reconocer que la fase de recesión programada significa el final de toda tímida democratización económica sustancial en la generación y distribución de energías renovables, y que de poco sirve, salvo de mistificación y complicidad con el régimen de guerra, la consideración de que algunas pequeñas experiencias de asociación con corporaciones como Statkraft u otras pueden ser una contratendencia, bajo las condiciones de concentración y acumulación de capital que forman parte del diseño estratégico del régimen de guerra civilizatoria euroatlántica.

Si, como hemos visto más arriba, la organización de un modo de producción del común es coextensiva a la descarbonización de la actividad productiva y al sostenimiento de la vida, a la mitigación de los efectos del calentamiento y a la adaptación de los territorios y poblaciones frente a sus consecuencias (en términos de eventos climáticos extremos y desertificación), entonces la lucha por la paz (perpetua, que diría Kant, considerando el epíteto como un pleonasma) incluye una ecología medioambiental, social y mental que vincula estos objetivos a la producción del común. Esto significa que uno de los objetivos del sistema de contrapoderes en el proyecto de paz constituyente tiene que ver, por un lado, con la organización autónoma y distribuida de las energías renovables; y, por otro, con la toma de control y apropiación de las plantas y redes de distribución tanto fósil como renovable y la deliberación democrática para su uso/desmantelamiento. Y no podemos dejar de recordar que la noción de la «forma Estado» incluye el vigente modelo (y sus variantes) de la producción y distribución de energía, el concentrado por excelencia de la política y la economía.<sup>318</sup>

En las primeras semanas tras la invasión rusa de Ucrania se recordó el episodio de lo que Lenin llamó la «bancarrotita de la II Internacional» tras la conversión militarista de la gran mayoría de los partidos socialdemócratas de Europa, sobre todo del alemán y el francés. Poco más de un año después, entre el

---

318 Otro tanto cabe decir respecto a la producción de alimentos, la protección y recuperación de los acuíferos, ríos y líneas de costa, o la explotación forestal. El modo de producción común es de suyo la invención e institución de otra ecología respecto a los «cuatro baratos» (los flujos de fuerza de trabajo, energía, alimentos y materias primas) y, por eso, el modo de producción común es de suyo transnacional, a partir de sus primeros ecosistemas y territorios de consistencia política y productiva mínima.

cinco y el ocho de septiembre de 1915, la Conferencia Socialista Internacional se reunía en Zimmerwald (Suiza). La conversión al fanatismo nacionalista de la mayoría de las organizaciones del movimiento obrero de los países en guerra, junto a las dificultades de transporte y movilidad como resultado de la movilización general y del control militar de las fronteras, dificultó la asistencia enormemente.<sup>319</sup> Aquel ejemplo de hace más de un siglo se presta a fáciles comparaciones, que a duras penas resisten el análisis: la parábola del movimiento obrero y de las Internacionales naufragó completamente en el último tramo del siglo XX. Las composiciones políticas de clases fueron pulverizadas y criminalizadas, y la renovación radical de la práctica y la narración revolucionaria, que había nacido en 1968, se vio acorralada entre la violencia política y la cooptación para el «nuevo espíritu del capitalismo» postfordista.

He mencionado al EZLN que, contra todas las corrientes, dijo lo que nos pasa hace ya 26 años. De la historia se aprende. La

---

319 Los 38 delegados merecen la pena ser mencionados por su nombre y organización. Sin el mandato del Partido Socialdemócrata Suizo al que pertenecían, acudieron Robert Grimm, Karl Moor, Charles Naine y Fritz Platten. De Francia Albert Bourderon por la CGT y la SFIO y Adolphe Merrheim por los grupos contra la guerra de la CGT. Del Partido Socialista Italiano, y con mandato representativo, Angélica Balabánova, Costantino Lazzari, Giuseppe Modigliani, Odino Morgari y Giacinto Serrati. Henriette Roland Holst representó al Partido Obrero Socialdemócrata de los Países Bajos. De Alemania fueron Heinrich Berges, Joseph Herzfeld, Adolph Hoffmann, Georg Ledebour, Minna Reichert y Ewald Vogtherr, por un lado, como representantes de la minoría contraria a la guerra en el Partido Socialdemócrata Alemán y, por otro lado, Ernst Meyer y Bertha Thalheimer como representantes del Grupo Internacional de Berlín (encabezado por Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Clara Zetkin) y Julian Borchardt como representante de los Socialistas Internacionales de Alemania con su revista *Lichtstrahlen*. Desde el Imperio Ruso se desplazaron, por la tendencia bolchevique del POSDR Vladimir Ilich Lenin y Grigori en representación de su comité central; Pável Axelrod y Yuli MártoV lo hicieron por el Comité de Organización de la tendencia menchevique del POSDR, mientras que la tendencia internacionalista del Partido Social Revolucionario ruso envió a Víctor Chernov y Mark Natanson; Lev Davidovich Bronstein, Trotsky, representó al grupo de exiliados socialdemócratas rusos en París, *Nashe Slovo* (Nuestra palabra). De Bulgaria acudió Vasil Kolarov por el Partido Obrero Socialdemócrata Búlgaro (tendencia «estrecha»). Christian Rakovsky lo hizo por el Partido Socialdemócrata de Rumanía. De Suecia, Zeth Höglund en representación de la Liga de la Juventud y Ture Nerman lo hizo en representación de su homóloga noruega. Por la Unión General de Trabajadores Judíos de Polonia, Lituania y Rusia (el *Bund*) acudió solo como observador Liebmann Hersch. De Polonia y Lituania acudieron Karl Radek, por el *presidium* regional de la Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania; Adolf Warski por el *presidium* principal del mismo partido y Pavel Lewinson por el Partido Socialista Polaco. Por último, Jan Berzin intervino como delegado de la Socialdemocracia del Territorio de Letonia.

maduración de las condiciones del modo de producción común es uno de los resultados del espesor histórico y ecosistémico del movimiento obrero mundial, de los movimientos campesinos, obreros e indígenas anticoloniales, antirracistas, feministas, LGTBIQ+, ecologistas y *hackers*. A este respecto sí que podemos inspirarnos en los ejemplos de Zimmerwald y de los Encuentros Intercontinentales por la Humanidad y contra el Neoliberalismo que el zapatismo impulsó entre 1996 y 1997.

Hemos hablado más arriba de las relaciones entre la probabilidad que *a priori* asignamos a una hipótesis política —y, en términos subjetivos, el grado de creencia con que operamos— con relación a los sucesos, nuevas evidencias y acciones que refuerzan o debilitan la probabilidad subjetiva / creencia en la citada hipótesis. De ello se deriva la paradoja de que nuestra creencia activa, en tanto que agentes participantes o inmanentes al mundo observable, tiende a reforzar los grados de probabilidad de la hipótesis. Este optimismo de la razón común en la gran incertidumbre es una de nuestras principales armas en el periodo que atravesamos. Por primera vez en la historia del capitaloceno, los grados de creencia en las promesas de una vida que valga la pena bajo el capitalismo, para la gran mayoría de la humanidad, solo se sostienen en la creencia en la omnipotencia del Estado-guerra, en el fanatismo fascista del destino racial o civilizatorio, y en el ser-para-la-muerte como verdadera posibilidad humana. La paz constituyente vive en la creencia inmanente en la potencia de los cuerpos y las máquinas contra el régimen de guerra, aquí, en este mundo:

Lo que más nos hace falta es creer en el mundo; hemos perdido completamente el mundo, nos lo han arrebatado. Creer en el mundo es, asimismo, suscitar pequeños acontecimientos que escapan al control, o hacer nacer nuevos espacios-tiempos, aunque tengan superficies y volúmenes pequeños. Es lo que usted llama *pietas*. En el plano de cada tentativa se evalúa la capacidad de resistencia o, por el contrario, la sumisión a un control. Hacen falta al mismo tiempo, creación y pueblo.<sup>320</sup>

---

320 Gilles Deleuze, entrevistado por Toni Negri, en *Conversaciones*, traducción de José Luis Pardo Torío, Pre-textos, Valencia, 2006.







## EPÍLOGO

### EN LA PAZ INSUMISIÓN, EN LA GUERRA DESERCIÓN

*Postari zintzo horrek, / zer dakar karpetan? / Amodio gutunik, / etzegok hi-retan. / Militarren ohar bat? / Bitxia benetan, / bidali duenari/ eramaiok bueltan.*

*Natural sentitzen dut / egiten dudana, / eta natural egin / sentitzen dudana. / Insumiso egin naiz, / horitxe da dana, / ahaztu gabe guztioi, / muxu handi bana.*

*Nigarrez ari zara / ama maite hori, / ba omen nuen beste / aukera ugari. / Nola obedituko / diot eroari, / ez badizut jadanik / obeditzen zuri?*

*Ene kolega maite, / beldurtia haiz hi, / aholkuak ematen, / ez hadila hasi. / Kartzelara noala / diostak itsusi, / etor hadi bisitan / txorizo ta guzti.*

*Funtzionario zoli, / ene kartzelero, / juezen sententzia / txikien borrero: / ezin nauzu hain errez / bihurtu numero. / Kantari esnatzen naiz, / goizero goizero.<sup>321</sup>*

Virginia Garayoa Moreno, Unai Salanueva Beldarrain, Enrique Mur Zubillaga, *in memoriam*.

En el conflicto de Ucrania, como en toda guerra moderna con imperios, Estados pivote, naciones sin Estado y minorías, hay víctimas propiciatorias que no se resignan al papel de chivos expiatorios que el régimen de guerra les asigna. Son mujeres que se oponen a la lógica de la guerra desde el apoyo mutuo y la resistencia cotidiana, jóvenes en edad militar refractarios al reclutamiento obligatorio, personas LGTBIQ+

---

321 «¿Qué traes cartero / en tu carpeta? ¡No serán / cartas de amor! / ¿Una citación militar? / ¡Devuélvela por / donde ha venido! / Encuentro normal lo que hago, / hago normal / lo que siento. / Soy insumiso, / sin más; un beso a todos / sin olvidar a nadie / No flores más, / sé que tenía / otras muchas alternativas / pero, ¿cómo iba a obedecer a los locos, / si ya no te obedezco / ni a ti, querida madre? / ¡Ay amigo mío, / eres algo asustadizo! / No me vengas / con la monserga / de que me llevan / a la cárcel; / ya vendrás a visitarme con unos choricillos./ Carcelero, cumplidor funcionario, / verdugo de las / pequeñas sentencias, / no me convertirás en número, / todas las mañanas / me levanto cantando». Jon Sarasua y Oskorri, *Insumisoarena, 25 kantu urte*, Elkar, Donostia, 1996.

que sostienen la diversidad sexual, o romaníes que defienden su identidad marginada, entre otros.<sup>322</sup> Sin duda, las prácticas antimilitaristas, de desobediencia civil y de acción directa no violenta, que ya se daban desde que el territorio sufrió la convulsión de 2014 que desencadenó la guerra civil explícita en el este del país,<sup>323</sup> se han multiplicado desde el inicio de la invasión rusa.<sup>324</sup> Miles de muchachos están eludiendo el reclutamiento obligatorio, escondiéndose de los camiones militares que llegan a los barrios y pueblos a la búsqueda de carne de cañón, huyendo del país, y jugándose la vida al desertar de las unidades militares. Una parte no desdeñable de la población civil les ayuda, procurándoles cobijo, alimentos y dinero para la fuga, en muchos casos por encima de las diferencias lingüísticas, culturales o políticas. Y es una certeza que eso está ocurriendo en las fronteras occidentales y meridionales (donde es mayor el porcentaje de las minorías nacionales más numerosas —húngaras, rumanas, moldavas y búlgaras—), en Lugansk y Donetsk, y en el centro y norte del país. Todo ello por no hablar de los diez millones de habitantes (en un país que en el que antes de la guerra vivían 40 millones de personas) que, en su inmensa mayoría, se sienten, en distintos grados, cultural, lingüística y políticamente rusos.

La objeción de conciencia está regulada en Ucrania desde 1991, penalizándose (como es habitual) con una duración del servicio civil mayor (27 meses frente a los 18 del servicio militar obligatorio). Sin embargo, fue derogada con la implantación de la ley marcial, salvo en los casos en los que la prestación del servicio civil ya se estaba realizando. Con las leyes de excepción vigentes desde la invasión rusa, la negativa a realizar el servicio militar conlleva entre tres y cinco años de cárcel.

Así las cosas, la Fiscalía del Gobierno ucraniano ha reconocido que, durante el primer semestre de 2022, es decir, con tres meses de guerra cumplidos entre marzo y abril, acusó a 4 392 jóvenes de distintos delitos de evasión, desertión, auto-

---

322 La suma de las minorías bielorrusa, moldava, tártara, búlgara, húngara, rumana, polaca, judía, armenia y griega asciende a más de dos millones de personas en Ucrania.

323 Hasta febrero de 2022, hubo 14 000 muertos de ambos bandos, entre ellos 150 niñas y niños, y casi un millón y medio de desplazados.

324 <https://enpiedepaz.org/de-kiev-a-moscu-en-rechazo-a-la-guerra/>

mutilaciones e intento de salir del país.<sup>325</sup> En este último caso, el gobierno ucraniano ha admitido que se habrían cometido en torno a 600 «crímenes», cuando los organismos independientes tienen constancia de que al menos 8 000 jóvenes habrían sido interceptados escapando hacia Polonia, Eslovaquia, Hungría, Rumanía y Moldavia entre marzo y agosto de 2022. Por lo tanto, la represión está siendo arbitraria y selectiva (nuevamente, como es habitual), para amedrentar y ejemplarizar, pero evitando el conflicto social que generaría el encarcelamiento de miles de «desertores». En cualquier caso, han sido oficialmente alrededor de 4 000 los procesamientos durante los primeros cien días de guerra, cuando en el mismo periodo de 2021 dichas conductas «punibles» no alcanzaron los 600 casos. ¿Cuántas serán en realidad? Estos números, además, no contabilizan las evasiones, automutilaciones, exilios y deserciones en las Repúblicas Populares de Lugansk y Donetsk, donde el derecho a la objeción de conciencia no está reconocido.

Por su parte, y desde el comienzo de la guerra a gran escala, el número de solicitudes para realizar el Servicio Civil Alternativo (ACS) en Rusia ha aumentado significativamente.<sup>326</sup> Además, miles de jóvenes que estaban haciendo la «mili», normalmente procedentes de las zonas más deprimidas de la Federación Rusa, y que han sido «alistados»<sup>327</sup> para luchar «profesionalmente» de manera irregular, con promesas falsas y mentiras, están rechazando el reenganche, a pesar de las

---

325 Según el informe presentado en Helsinki por la Oficina Europea de Objeción de Conciencia (*European Bureau for Conscientious Objection*), el cinco de septiembre de 2022, los cargos serían contra 45 oficiales, por evasión durante la realización del servicio militar (artículo 335 del Código Penal de Ucrania); 659 reclutas/reservistas, por evasión durante la realización del servicio militar (art. 335), que según fuentes extraoficiales (que tomaremos como referencia) ascenderían a 1.500; 1.551 deserciones (art. 408); 115 heridos por automutilaciones, para lograr bajas (art. 409); y 637 jóvenes acusados de «tráfico ilegal en la frontera», es decir, refugiados detenidos cuando trataban de huir a otro país (art.332).

326 Los soldados de reemplazo, cuya «mili» obligatoria es de un año, suponen el 25 % del ejército ruso.

327 Colectivos pacifistas rusos denuncian que, desde que empezó la guerra, a muchos de ellos se les está transfiriendo, con falsificaciones documentales, mentiras y coacciones, a la figura del soldado contratado, que cobra un salario, tiene dos años de permanencia, y al que se le puede obligar a participar en «operaciones militares especiales» fuera del país: <https://enpiedepaz.org/de-reclutas-contratados-desercion-y-objecion-en-la-guerra/>

amenazas y los malos tratos.<sup>328</sup> El 20 de septiembre, la Duma aprobaba modificar el código penal en supuestos de movilización (parcial o total) o de ley marcial: hasta los 10 años de cárcel por incumplimiento de órdenes directas de un superior, por rendición, o por desertión injustificadas. El parlamento ruso le alfombraba así el terreno a Putin, que el 22 de septiembre decretaría la movilización parcial,<sup>329</sup> por tercera vez en la historia (las anteriores fueron en 1914 y 1941). Desde entonces cientos de miles hombres han huído del país y las protestas civiles se han multiplicado.

Hay que señalar que tanto en Rusia como en Ucrania hay redes civiles articulando la resistencia a la guerra (madres de soldados, colectivos antimilitaristas, movimiento feminista, asociaciones de objetores de conciencia), pero nada de lo anterior es noticia en los medios de comunicación, salvo cuando algún político europeo promete deportar refugiados ucranianos para que vayan a combatir al frente<sup>330</sup> o cuando, en un alarde de cinismo, se hacen llamamientos para acoger a desertores del bando ruso.<sup>331</sup> La propaganda de guerra se ha apoderado de la esfera pública en Europa, y ni la oposición a la guerra sobre el terreno, ni las propuestas políticas que se enfrentan al militarismo atlantista en Europa occidental, pasan el corte de la censura en los medios de comunicación del continente. Como sostiene el manifiesto «Insumisión a las guerras»:<sup>332</sup>

---

328 Según la publicación *Layout*, casi 1 800 militares rusos se han negado a luchar durante los primeros cuatro meses de guerra. Inicialmente fueron presionados, acusados de traidores y amenazados con cargos criminales. Posteriormente se les trasladó a los llamados «campos de rechazo» en el territorio de la República Popular de Lugansk, primero en Bryanka, luego en Perevalsk. Allí, fueron golpeados, amenazados de muerte, reclutados a la fuerza por el grupo ultraderechista paramilitar PMC Wagner y llevados al frente contra su voluntad. <https://storage.googleapis.com/istories/investigations/2022/08/18/ti-voobshche-ponimaesh-chto-mi-fashisti/index.html>

329 La convocatoria afecta, de momento, a 300 000 hombres.

330 <https://www.publico.es/politica/almeida-pica-broma-humoristas-rusos-aprueba-devolver-refugiados-ucranianos-espana-combatir.html>

331 <https://www.lavanguardia.com/internacional/20220406/8180412/michel-idea-dar-asilo-ue-desertores-rusos.html>

332 Texto promovido por integrantes y simpatizantes de la campaña de insumisión. Redactado en quince idiomas, fue suscrito por varios miles de personas del Estado español y recabó también apoyos en otros países europeos. Sirvió, en los primeros meses de la guerra, como proclama antibelicista en distintas movilizaciones (<https://insumisionalasguerras.org/>).

Mientras los Estados adoran la barbarie de la guerra con su propaganda patriótica, insistimos en el derecho universal a renunciar a las armas y a que las personas decidan libremente su destino. Nadie debería verse obligado a elegir entre uno y otro lado del matadero. El gobierno ucraniano ha establecido el reclutamiento forzoso para los hombres de entre 18 y 60 años, convirtiendo en clandestinos a miles de jóvenes y adultos que se niegan a combatir, y a los que las bandas paramilitares detienen en controles de carretera y a la salida de las ciudades. El Gobierno ruso engaña y coacciona a los soldados para que no abandonen las filas de su armada. La Unión Europea niega asilo político a los desertores de ambos bandos, envía armas a la zona y anuncia el incremento de su presupuesto militar. La guerra acelera la crisis energética y medioambiental global, y amenaza aún más la economía de las personas vulnerables y de los países empobrecidos. Nos negamos a obedecer pasivamente sin ofrecer resistencia. Nos negamos a compadecer a las víctimas de las guerras sin protestar. Rechazamos la masculinidad forjada en la figura y el mito del guerrero, la colonización patriarcal de nuestras mentes y cuerpos. No queremos convertirnos en seres dañinos y peligrosos, capaces de cometer toda clase de humillaciones y maltratos. No queremos ser cómplices de la violencia sexual contra mujeres de todas las edades, ni del asesinato de personas pequeñas, enfermas o mayores indefensas. Las soluciones que generan más violencia perpetúan la dominación.

El llamamiento a crear una red europea que aúne las fuerzas de quienes no han sucumbido a la pasión militarista debería formar parte de esa ruta, de ese movimiento a la búsqueda de una paz constituyente alternativa al régimen de guerra. Y no es una tarea imposible: la historia está repleta de episodios de desobediencia civil, en todas las épocas y contextos de la guerra moderna, en periodos de paz y en periodos de guerra, y siempre en condiciones adversas, cuando no terriblemente hostiles.

Sin necesidad de irnos demasiado lejos, ni en el tiempo ni en el espacio, la última experiencia de envergadura en el Reino de España llevó al movimiento antimilitarista a enfrentarse, en la campaña de insumisión, al Servicio Militar Obligatorio (SMO) y a la Prestación Social Sustitutiva (PSS). En ella, decenas de miles de personas, apoyadas por millones, llevaron a cabo una movilización popular histórica que conquistó el derecho a la objeción de conciencia y que acabó con la «mili»: una comunidad desobediente y antipatriarcal que se enfrentó al reclutamiento forzoso, a miles de juicios, a la persecución y a la cárcel; y que se sostuvo gracias al apoyo mutuo y, en gran medida, a la lucha de las mu-

jeros antimilitaristas. En frente tuvo al ejército, poder fáctico que no había dejado de intervenir, condicionar y someter a la sociedad civil a lo largo de todo el siglo veinte.

Porque, si consideramos el Desastre de 1898 como piedra de toque de la matriz militarista que recorre el siglo XX español, comprobamos que durante ese periodo el ejército es protagonista de cuatro guerras coloniales (Cuba 1895-1898, Filipinas 1896-1898, Rif 1911-1927<sup>333</sup> e Ifni 1957-1958), ocho insurrecciones militares (Primo de Rivera en 1923, Sanjuanada en 1926, sublevación cívico-militar en 1929, sublevación de Jaca en 1930, sublevación del Aeródromo de Cuatro Caminos en 1930, Sanjurjada en 1932, Alzamiento Nacional en 1936, y «tejerazo» en 1981), una guerra civil (1936-1939) y dos dictaduras (Primo de Rivera de 1923 a 1930 y Francisco Franco de 1939 a 1975).

La suma de los acontecimientos arroja centenares de miles de muertos y exiliados; decenas de miles de ejecuciones sumarias y encarcelamientos; miles de incautaciones de bienes, propiedades inmobiliarias, tierras, patrimonio comunitario y empresas; centenares de prohibiciones, estados de excepción y censuras; y un número incontable —que nunca se conocerá en toda su extensión— de fallecimientos por la hambruna de los años cuarenta, de ejecutados por la ley de fugas, y de violaciones, suicidios, enajenaciones mentales, malos tratos, torturas, deportaciones, arrestos, multas o robos de bebés.

Tras la «pérdida» de los últimos territorios coloniales relevantes en África y Asia, el anhelo por un renacimiento imperial operará, junto con la patria como unidad de destino, y la Iglesia como garante de una catolicidad antisemita, como elemento esencial de la matriz militarista española. Por su parte, la Segunda Guerra de Marruecos, con el llamado «desastre de Annual» en 1921 y la posterior victoria de Alhucemas en 1925, conforma el momento constituyente del renacer espiritual que cristalizará en la subjetividad africanista: una mirada clasista y racista que impregnará a la oficialidad del ejército y a los miembros de la Legión, la unidad creada para combatir a la resistencia bereber anticolonialista, y espina dorsal del ejército golpista durante la Cruzada.

---

333 El primer caso de uso armas químicas contra población civil de la historia mundial fue protagonizado por el ejército colonial español en el Rif.

La violencia militarista estará cargada de antisemitismo y anticomunismo, y se justificará reiteradamente por la interminable traición de la anti-España separatista, los contubernios internacionales, y por el odio feroz a los sindicatos (hasta su derrota en 1939, el sindicalismo de clase defenderá la reforma agraria, la secularización de la enseñanza, la salud reproductiva y los derechos civiles de las mujeres, el acceso universal a la vivienda, la mejora de las condiciones laborales e, incluso, durante los primeros diez meses de la guerra civil, llegará a impulsar las colectivizaciones en pueblos y ciudades, alcanzando estas un gran desarrollo en la metrópoli catalana y en el campo catalano-aragonés).

La resultante militar, autoritaria y fascista española, cuya División Azul apoyará el esfuerzo militar nazi en el Frente Oriental de la II Guerra Mundial durante la Batalla de Leningrado entre 1941 y 1943, de vocación golpista e históricamente dispuesta a intervenir sobre la vida civil a favor del capital, mantendrá su axiomática (garante de la unidad de la patria, protectora de los residuos coloniales en Marruecos, espada de la cristiandad, martillo de herejes) más o menos intacta hasta la integración de España en la UE (1985).<sup>334</sup>

Pero esa misma resultante generará, a su vez, un sentimiento arraigado de desapego, cuando no directamente de rechazo, a la institución militar en sectores mayoritarios de la sociedad. Fruto de esa desafección, a lo largo de los años setenta se constituyen los primeros grupos antimilitaristas en la estela de las iniciativas pioneras de Pepe Beúnza<sup>335</sup> y de los Testigos de Jehová (estos últimos rechazan el SMO por convicciones religiosas) y, a finales de la década, ya incubadas las primeras redes activistas, empieza a fraguar el movimiento antimilitarista, al calor de las movilizaciones ecopacifistas y antinucleares europeas contra el despliegue de los Euromisiles Pershing.<sup>336</sup> Al sur

---

334 Aflora, episódicamente y con grandes mutaciones (es decir, la matriz presentaría características nuevas diferenciadas respecto a la última vez, por ejemplo, durante los meses anteriores y posteriores al referéndum independentista catalán del 1 de octubre de 2017).

335 Pedro Oliver Olmo, *La utopía insumisa de Pepe Beúnza*, Virus, Barcelona.

336 La Crisis de los Euromisiles fue consecuencia de que la URSS (primero) y la OTAN (después) planearon desplegar en Europa misiles con capacidad nuclear, cuyo alcance abarcaba todo el continente. En 1987, se acabaría firmando el Tratado INF,



de los Pirineos, los puntos de inflexión (y expansión) es decir, las acumulaciones potentes de energía política en el campo del antimilitarismo de aquellos años son, precisamente, el Referéndum para la entrada en la OTAN (1986) y la Guerra del Golfo (1990).

En este punto, hay que señalar que una de las singularidades de la matriz antimilitarista en su larga campaña de tres décadas por la objeción de conciencia (en primera instancia) e insumisión (posteriormente) será su capacidad para escapar a las capturas y a las líneas de abolición que sistemáticamente (se) planean en su contra, impulsadas desde el Gobierno, la Judicatura, el Ejército y los medios de comunicación. Ello será posible gracias a una mezcla virtuosa de radicalidad política coherente entre fines y medios, una dimensión colectiva asamblearia democratizadora y empoderante, la predisposición generosa de los distintos actores políticos que se irán sumando a la campaña (que, como es obvio, no estuvo exenta de fricciones y conflictos internos formidables), el papel nuclear de la responsabilidad individual, y una brillante inteligencia estratégica colectiva. Ahora bien, ¿cómo se materializó dicha capacidad de agencia en un contexto tan poco propicio?<sup>337</sup>

En los últimos años de la Dictadura empiezan a darse los primeros pasos de objetores de conciencia que son recluidos en cárceles militares y que pasan por batallones disciplinarios de castigo, en muchos casos en África. En 1976, se aprueba el Real Decreto 3011/1976 que regula la objeción de conciencia por motivos religiosos.<sup>338</sup> Un poco más tarde, la Constitución de 1978, recoge en el Artículo 30 que:

Los españoles tienen el derecho y el deber de defender a España. [...] La ley fijará las obligaciones militares de los españoles y regulará, con las debidas garantías, la objeción de conciencia, así como las demás causas de exención del servicio militar obligatorio, pudiendo imponer, en su caso, una prestación social sustitutoria. [...] Podrá establecerse un servicio civil para el cumplimiento de fines de interés general. (...) Mediante ley podrán

---

el *Intermediate-Range Nuclear Forces*, de no proliferación de armamento nuclear de media distancia. Las protestas, sobre todo en Alemania, fueron multitudinarias, y están en el origen de Los Verdes (Die Grünen).

337 MOC, *En legítima desobediencia*, Traficantes de sueños, Madrid, 2002.

338 BOE núm. 4, de 5 de enero de 1977, página 176.

regularse los deberes de los ciudadanos en los casos de grave riesgo, catástrofe o calamidad pública.<sup>339</sup>

Durante esta primera fase, el movimiento antimilitarista articula embrionariamente la primera línea de fuga con un triple rechazo (1) a la propuesta gubernamental para someterse a aquellos primeros marcos reguladores poco desarrollados; (2) a la inercia de un pacifismo continental que (con Francia y Alemania como máximos exponentes) aboga por mejorar las condiciones de reclutas y objetores en los cuarteles del servicio militar y en los servicios civiles complementarios; y (3) a los planteamientos políticos abrumadoramente poco evolucionados de las distintas izquierdas sociales, sindicales y políticas.

En 1984, el gobierno del PSOE aprueba la Ley Orgánica 8/1984 que no reconoce las motivaciones políticas, y que establece un tribunal que evaluará la validez de las razones argumentadas. Además, no se admite la objeción una vez iniciada la prestación del SMO, y se descarta que pueda ejercerse en caso de guerra. En paralelo, el Estado pone en marcha la PSS, con una estructura militar, de duración muy superior a la del SMO, que elimina puestos de trabajo en sectores económicos con altas tasas de paro y precariedad y, en última instancia, concebida como «cuerpo auxiliar» entrenado para ensamblarse en las tareas logísticas de retaguardia de hipotéticos conflictos bélicos.<sup>340</sup> El movimiento antimilitarista desarrolla la primera línea de fuga elaborando una declaración colectiva a la que se acogen sus miembros y que en seis meses recoge 2 800 adhesiones. A los tres años hay 9 300 declaraciones colectivas.

En 1987, el Tribunal Constitucional valida la Ley; en 1988 el Gobierno y el Ejército licencian de forma irregular a una masa de casi 10 000 objetores que está a las puertas de ser encarcelada; y en 1989 transfiere los procesos judiciales de la Jurisdicción Militar a la Civil (con un aumento de las condenas, que pasan de un año de prisión a dos años, cuatro meses, y un día).<sup>341</sup> El movimiento

---

339 [https://www.boe.es/biblioteca\\_juridica/codigos/codigo.php?id=151\\_Constitucion\\_Espanola&modo=2](https://www.boe.es/biblioteca_juridica/codigos/codigo.php?id=151_Constitucion_Espanola&modo=2)

340 Objetores de conciencia llegan a participar en maniobras militares, en funciones de soporte del esfuerzo militar simulado.

341 Por momentos, la retórica gubernamental se inflamará y fantaseará con la «muerte civil» de los insumisos, a quienes amenaza con larguísimas inhabilitaciones para acceder al empleo público, la imposibilidad de acceso a becas y subvenciones, la

antimilitarista responde a ese triple desafío desarrollando una segunda línea de fuga que pasa por estrenar públicamente la campaña de insumisión, con dos palancas organizativas y políticas: la solicitud de que se reconozca la condición de objetor a quienes se ha pasado a la reserva (para después negarse a realizar la PSS); y la renuncia de los condenados a un año de cárcel (por la jurisdicción militar) a acogerse a la libertad condicional.

A partir de 1991, y con la Guerra del Golfo ya finalizada, los insumisos empiezan a ser encarcelados. En el verano de 1993, cuando ya son un número considerable en varios penales, el Gobierno los pasa automáticamente a Tercer Grado Penitenciario (régimen de semilibertad en el que «solo» se permanece en la cárcel ocho de las veinticuatro horas del día, normalmente las de la noche, y en el que se dispone también de permiso durante los fines de semana) para desactivar la campaña de desobediencia. El movimiento antimilitarista compone entonces una tercera línea de fuga rechazando los beneficios penitenciarios.

A lo largo de 1994, Instituciones Penitenciarias va endureciendo progresivamente las condiciones en las cárceles, hace un creciente uso del régimen sancionador contra los insumisos, llegando a dispersar a ocho de ellos. El movimiento antimilitarista responderá deslizándose por una cuarta línea de fuga: una campaña de desobediencia dentro de las prisiones, que incluirá huelgas de hambre, chapeos,<sup>342</sup> encarteladas y concentraciones.<sup>343</sup> Aquella desobediencia modular integró las dimensiones políticas y sociales de la vida carcelaria y, producto de la dinámica de lucha dentro y fuera de las cárceles, llegarán en esta última etapa dos victorias políticas resonantes: (1) la conocida y celebrada abolición definitiva del SMO y de la PSS en marzo de 2001 (tras unos años finales en los que centenares de miles de jóvenes «amontonados» en las listas de espera para hacer la PSS, son, otra vez, amnistiados); y (2) el menos conocido cambio de política de Instituciones Penitenciarias en relación con el consumo de drogas ilegales dentro de las prisiones materializado en la oferta

---

pérdida del derecho al sufragio pasivo y activo, la retirada del carnet de conducir, y hasta del derecho a portar armas.

342 Protesta carcelaria que consiste en negarse a salir de la celda.

343 Colectivo de Insumisos Presos, *Giltzapeko paranoiak*, números 1, 2, 3 y 4; Dossieres *Para quien quiera oír y Zortziko*. Iruñea-Pamplona, 1994-1995.

administrativa de jeringuillas individualizadas, que supondrá un vuelco en la gestión del consumo de heroína y que, desde entonces, salvará miles de vidas.

En paralelo, a partir de 1996 empieza a verse como inevitable el fin del SMO. Los juicios se suspenden, el entramado de entidades que gestiona la PSS colapsa y las cárceles civiles van vaciándose de insumisos. Así las cosas, aún habrá tiempo para que el movimiento antimilitarista ponga en marcha una quinta y última línea de fuga: la insumisión en los cuarteles. Los activistas dejan de presentar la declaración colectiva, vuelven a entrar en los sorteos de reemplazo (el último se celebrará en noviembre de 2000), queman sus cartillas militares en actos colectivos, son juzgados en tribunales militares y cumplen condena de dos años, cuatro meses y un día en el penal militar de Alcalá de Henares. Es un último «movimiento» que, guardando ciertas similitudes con los comienzos de la campaña (en cuanto a su capacidad de agencia), cierra treinta años de desobediencia civil.

En perspectiva, el éxito de la campaña está fuera de discusión. Y fueron claves tanto la composición diversa de las multitudes del campo social que se enfrentaron al ejército (intergeneracional, mujeres, personas LGTBIQ+, familias, rural, estudiantes, precariado), como su capacidad estratégica para componer una confrontación integradora. Dicho de otra manera, la dinámica de la matriz antimilitarista se caracterizó por mutar incesantemente, incorporando nuevos componentes sin parar a una axiomática que se hizo tendencialmente cada vez más compleja (y que impediría decantaciones leninistas). La traducción de lo anterior es que en el movimiento antimilitarista hubo cuerpos que asumieron en primera persona la línea política (del debate colectivo de coyuntura que correspondiera), pero también centenares de miles de objetores de conciencia —la mayoría de los cuales ni siquiera hizo la PSS—, objetores que fueron reconocidos legalmente y que pasaron a la reserva por decreto, insumisos condenados que se acogieron a la libertad condicional, insumisos que se acogieron al tercer grado o que permanecieron años en búsqueda y captura, o insumisos que no se sumaron a la lucha anticarcelaria.

Y, junto a las dos razones anteriores, hubo además una «verdad interna» que sostuvo aquella campaña exitosa: el en-

samblaje exitoso del rechazo ideológico a los ejércitos junto con el sentido común de la desafección a las políticas de guerra realmente existentes en aquellos momentos (Guerra del Golfo y guerras Balcánicas). Ello permitió un desarrollo excepcional de la siempre problemática desobediencia civil masiva, en el complejo camino del compromiso individual y la democracia asamblea colectiva. Fueron treinta años de lucha política e ideológica firme, algo que se necesita en Europa para detener la guerra en Ucrania, y alcanzar las demandas del manifiesto «Insumisión a las guerras»:

Exigimos el cese de la invasión rusa, la retirada de las tropas de ocupación, y el respeto a la voluntad de quienes viven en las diferentes zonas de Ucrania para decidir su futuro en libertad, respetando los derechos de todas las minorías. Exigimos que la Unión Europea, y el Reino de España en particular, acepten las peticiones de asilo de quienes desertan de la guerra o huyen del reclutamiento obligatorio, de acuerdo al derecho universal a la objeción de conciencia (matar en una guerra no es un «deber cívico»). Exigimos que la Unión Europea acoja sin restricciones a todas las personas que vengan huyendo de cualquier guerra que haya en el mundo. Rechazamos el racismo y la crueldad de las fronteras. Exigimos que cese el envío de armas y tropas de países de la OTAN a la zona, el desmantelamiento de los paraísos fiscales donde blanquean sus beneficios las industrias de armamento y las oligarquías europeas, y la desmilitarización del conflicto (los crímenes de guerra anteriores de cualquiera de las partes no justifican ninguna intervención sangrienta más: echar más leña al fuego no es la solución). Animamos a las poblaciones civiles de los territorios en guerra a resistirse al odio social, y a apoyar a los soldados y desertores que se nieguen a participar en la matanza. Apoyamos a quienes en Ucrania y Rusia se autoorganizan con fines pacíficos, emplean medios de lucha incruentos, practican la desobediencia civil y la defensa noviolenta, y padecen la represión política por oponerse a la guerra; en especial, a los movimientos antimilitaristas y feministas de aquellas tierras. Llamamos a organizar una red europea de apoyo a pacifistas y desertores que desobedezcan a la guerra en Ucrania y que sufran persecución política. Y, siempre que nos sea posible, ¡desobedeceremos las leyes españolas y europeas las veces que haga falta, para acoger en nuestras casas a pacifistas y desertores de Rusia y Ucrania!

Posdata. Aunque solo ocho de los 27 países de la UE mantienen en vigor el SMO y la PSS (Grecia, Suiza, Austria, Dinamarca, Suecia, Finlandia, Estonia y Lituania), todos ellos con un peso político y económico menor, la guerra sin restricciones,

híbrida y no lineal en la que está sumergiéndose el continente acelera la construcción de marcos políticos en los que el reclutamiento obligatorio, y otras medidas militaristas, tienen un encaje favorable. La nueva propaganda de guerra y los discursos previos de la derecha y de la ultraderecha (que en Italia, Francia y Alemania llevan años tratando de incorporar, infructuosamente, la conscripción al debate público) han entrado en una dinámica de retroalimentación. Como se expone en el tercer capítulo, no se trata, pues, «solo» de parar la guerra en Ucrania, sino de desmontar el régimen de guerra en Europa. Es posible que ello implique asumir y posicionarse, cuanto antes, en uno de los conflictos pre-visibles de la nueva fase de acumulación capitalista: la vuelta al disciplinamiento del trabajo vivo a través de (entre otras formas) modalidades de milicia obligatoria adaptadas al siglo XXI.

Aitor Balbás Ruiz

Pamplona-Iruñea, septiembre de 2022



## AGRADECIMIENTOS

Al margen de toda retórica, este trabajo solo ha sido posible gracias a la invitación, el estímulo y el esfuerzo de edición de las compañeras de la editorial Katakarak y, en especial, de Aitor Balbás Ruiz: me ha acompañado en la discusión y corrección de cada línea del libro; ha organizado un grupo de lectura con una decena de personas de los borradores de cada capítulo; ha sugerido y expuesto enfoques y temas que no aparecían; ha redactado el apéndice, ha buscado a las prologuistas, y me ha animado hasta el último párrafo. Asimismo, Nerea Fillat Oiz y Luis Soldevila Mataix han leído, corregido y enriquecido el manuscrito con sus críticas y sugerencias. Estoy tan agradecido como contento de haber podido compartir y haber aprendido a hacer una edición política y militante de veras, como proceso siempre colectivo y transindividual, a pesar de las firmas y del culto a la autoría. Por último, no puedo dejar de señalar lo valioso de las discusiones y aportaciones que —a veces desde la (profunda) discrepancia política o epistemológica— han enriquecido el texto de la mano de Iñaki Arzoz Carasusán, Armando Cuenca Pina, Eki González Bassaco, Fernan Mendiola Gonzalo, Pedro Oliver Olmo, Manuel Nogueras Corral, Jesús Paz Pavón, Marta Arrizabalaga Arriazu, Imanol Miramón Monasterio, Hedoi Etxarte Moreno, Chabier Nogueras Corral, Jesús Castañar Pérez, Xabier Maeztu Rebolé y Pablo Oliveros Gregorio.



